

Claudia Piñeiro

Betibú



Lectulandia

Cuando parece que la tranquilidad ha vuelto a reinar en el country La Maravillosa, Pedro Chazarreta aparece degollado, sentado en su sillón favorito, con una botella de whisky vacía a un costado y un cuchillo

ensangrentado en la mano. Todo hace suponer que se trata de un suicidio.

Pero pronto aparecen las dudas. ¿Acaso algún justiciero habrá querido vengar la muerte de la mujer del empresario, asesinada tres años antes en esa misma casa? ¿Será ésta la última muerte?

El Tribuno, uno de los diarios más importantes del país, deja de lado por unos días su enfrentamiento con el gobierno para cubrir a fondo la noticia. Al escenario del crimen, envía a Nurit Iscar, una escritora retirada, y a un periodista joven e inexperto. Y aunque el antiguo jefe de la sección Policiales, Jaime Brena, ha sido desplazado por sacar los pies del plato, decide involucrarse en el caso y ayudar a su reemplazante y a Nurit, a quien admira en secreto.

www.lectulandia.com - Página 2

Lectulandia

más libros en lectulandia.com

Claudia Piñeiro

Betibú

ePUB v1.0

Nitsy 29.08.12

www.lectulandia.com - Página 3

Título original: *Betibú*

Claudia Piñeiro, 2011.

Editor original: Nitsy (v1.0)

ePub base v2.0

Agradecimientos

A Cristian Domingo, Laura Galarza, Débora

Mundani y Karina Wroblewski, por ser lectores meticulosos, implacables y amorosos de los varios borradores de esta novela.

A Guillermo Saccomanno, porque me prestó a Zippo y porque siempre está.

A Juan Martini, Maximiliano Hairabedian,

Facundo Pastor y Ezequiel Martínez, porque me ayudaron a resolver distintos asuntos de esta historia.

A Nicole Witt, Jordi Roca y su equipo.

A Julia Saltzmann y Gabriela Franco.

A Marcelo Moncarz.

A Eva Cristaldo y Anabella Kocis.

A Paloma Halac.

A mis hijos...

«(...) con sus relatos policiales para el diario,

él cuenta al público qué ocurrió y cómo pero

siempre llega después del choque o del crimen,

tiene que revivirlo imaginativamente con

testimonios e indicios. Nunca, hasta ahora,

el suceso se desarrolló ante sus ojos ni el

alarido de la víctima entró por sus propios oídos de cronista.»

ANTONIO DI BENEDETTO, «Falta de vocación», Cuentos claros

«Los restos microscópicos que cubren nuestra

ropa y nuestros cuerpos son testigos mudos,

seguros y fieles, de nuestros movimientos

y de nuestros encuentros.»

EDMOND LOCARD, Tratado de criminalística

«La historia sigue, puede seguir, hay varias conjeturas posibles, queda abierta, solo se interrumpe.

La investigación no tiene fin, no puede terminar.

Habría que inventar un nuevo género literario: la ficción paranoica.

Todos son sospechosos, todos se sienten perseguidos.»

RICARDO PIGLIA, Blanco nocturno

www.lectulandia.com - Página 5

CAPÍTULO 01

Los lunes son los días que lleva más tiempo entrar en el Club de Campo La Maravillosa. La cola de empleadas domésticas, jardineros, albañiles, plomeros, carpinteros, electricistas, gasistas y demás obreros de la construcción parece no terminar nunca. Gladys Varela lo sabe. Por eso se maldice, ahí donde está, parada frente a la barrera de la que cuelga el cartel «Personal y proveedores», detrás de por lo menos otras quince o veinte personas que, igual que ella, intentan entrar. Se maldice por no haber cargado la tarjeta electrónica que le permitiría el acceso directo.

Pero es que la tarjeta vence cada dos meses y los horarios en los que se puede hacer el trámite para recargarla coinciden con los horarios en los que ella trabaja para el señor Chazarreta. Y el señor Chazarreta no tiene buen carácter. O al menos no tiene buena cara y a Gladys, esa cara, la intimida. Aunque ella no sabe si el gesto con que él la mira se debe a que es hosco, o seco, o de poco hablar. Pero sea lo que fuere, ésa es la razón por la que no se atrevió hasta ahora a pedirle salir antes o tomarse un rato para ir a la guardia a recargar su tarjeta de ingreso. Por la cara con que la mira. O no la mira, porque en realidad rara vez el señor Chazarreta lo hace. Mirarla. Mirarla a ella. Mira en general, mira alrededor, mira hacia el jardín, o mira una pared en blanco. Siempre con mala cara, serio, como enojado. También, con todo lo que tuvo que pasar, se entiende. Por suerte ella tiene, al

menos, el permiso de ingreso firmado, eso sí; entonces tendrá que hacer la cola, como de hecho la está haciendo, pero nadie va a llamar al señor Chazarreta para que autorice su entrada al barrio. Al señor Chazarreta no le gusta que lo despierten, y cada tanto él duerme hasta tarde. Cada tanto se acuesta a cualquier hora. Y toma. Mucho. Gladys cree, o sospecha. Porque ella con frecuencia encuentra un vaso y una botella de whisky en el lugar de la casa donde el señor Chazarreta cayó dormido la noche anterior. A veces es el dormitorio.

Otras veces el living, o la galería, o el cine ese que tienen en la planta alta. Tienen no, tiene, porque el señor Chazarreta vive solo desde la muerte de su mujer. Pero de eso, de la muerte de su mujer, Gladys no pregunta, ni sabe, ni quiere saber. Con lo que vio en el noticiero le alcanza. Y lo que dicen algunos no le importa. Ella trabaja en la casa desde hace dos años, y la muerte de la señora fue hace dos años y medio o tres.

Tres. Cree, eso le dijeron, no se acuerda la fecha justa. Ella le cumple al señor Chazarreta. Y él le paga bien, puntual, y no le hace problemas si se le rompe un vaso, o mancha alguna ropa con lavandina, o se le quema un poco una tarta. Una sola vez le hizo problema, mucho problema, cuando faltó algo, una foto, pero después el señor se dio cuenta de que no había sido ella, hasta se lo tuvo que reconocer. Perdón no pidió, pero le reconoció que ella no fue. Entonces Gladys Varela, aunque él no lo haya www.lectulandia.com - Página 6

pedido, lo perdonó. Y además trata de no acordarse. Porque no sirve perdonar si uno no se saca la cosa de la cabeza, ella cree. Tiene mala cara, Chazarreta, es eso, pero quién puede pretender que su patrón no la tenga. Mucha desgracia alrededor para no tenerla.

La cola avanza. Una mujer se queja porque la patrona le impidió el acceso al barrio. ¿Por qué?, pregunta a los gritos. ¿Quién carajo se cree que es?, sigue gritando,

¿tanto lío por un queso de mierda? Pero Gladys no puede escuchar qué contesta el guardia de turno, desde el otro lado de la ventanilla, a las preguntas de la mujer que grita. Ella ahora pasa hecha una furia al lado de Gladys. Gladys se da cuenta de que la conoce, del colectivo interno, o de caminar juntas las primeras cuerdas, no sabe, pero la conoce, la tiene vista. Todavía quedan tres hombres delante de ella, tres que parecen amigos entre sí, o que se conocen, o que trabajan juntos. A uno de los tres le lleva más tiempo el trámite porque no está registrado, entonces le piden el documento y le sacan una foto, y le precintan la bicicleta con un número de serie para que después salga

con la misma bicicleta con la que entró. Y llaman al propietario para que autorice el ingreso. Antes de dejarlo pasar anotan la marca de la bicicleta, y el color, y el rodado, entonces Gladys se pregunta por qué además le precintan un número. ¿Será por si el que entra con la bicicleta encuentra una igualita pero más nueva, en mejor estado y sale con la otra? Demasiada suerte, piensa. Más que conseguir un boleto con número capicúa, o cantar cartón lleno en el bingo. Pero los hombres no se quejan del precinto, ni siquiera preguntan. Es lo que hay, reglas del juego. Aceptan. Y por un lado mejor, piensa Gladys, así uno puede demostrar cuando sale que no se llevó nada que no es suyo, que uno es decente. Mejor que anoten y que después no anden culpando porque sí. En eso está pensando Gladys, en que no anden culpando porque sí, cuando se le acerca la mujer que gritaba hasta hace unos minutos en la cola. Si sabés de algún trabajo, ¿me avisás?, le dice. Y ella le contesta que sí, que le avisa. La otra mujer le muestra su celular y le pide: Anotá. Gladys saca el suyo del bolsillo del buzo y marca los números que la otra le canta. La mujer le pide que marque su número y corte, así a ella también le queda grabado el suyo. Y le pregunta el nombre. Gladys, responde ella. Anabella, dice la otra, anotá: Anabella. Y ella graba ese nombre y ese número. La mujer ya no grita, la furia dio paso a alguna otra cosa.

Una mezcla de rencor y resignación. Intercambia números de celular con otras mujeres de la cola; y después se va, callada.

Llega su turno, entonces Gladys Varela entrega el papel. El guardia ingresa sus datos en la computadora y ella ve, de inmediato, su cara en la pantalla. La sorprende la imagen, está más joven en esa foto, más flaca y con el pelo más rubio; se lo había decolorado el día anterior de que la ficharon, se acuerda. Pero eso no fue hace tanto.

El guardia mira la pantalla y luego la mira a ella, lo hace dos veces, después le dice que pase. Unos metros más adelante otro guardia espera que abra la cartera. No hace www.lectulandia.com - Página 7

falta que se lo pida, Gladys, y todos los que hacen la cola, conocen los pasos a seguir.

Ella lo intenta, el cierre desliza mal y se traba, tira con un poco más de fuerza hasta que los dientes ceden. El guardia mueve las cosas dentro de la cartera de Gladys para ver qué hay. Ella le pide que anote en el formulario de ingreso de efectos personales el celular que trae en el bolsillo del buzo, el cargador del teléfono y un par de ojotas que lleva en la cartera. Se los muestra. El guardia anota. Lo demás no importa: pañuelos de papel; unos caramelos medio pegoteados; la

billetera donde lleva el documento, un billete de cinco pesos y monedas para pagar el colectivo de vuelta; las llaves de su casa; dos toallitas higiénicas. Eso no hace falta que lo anote, pero el celular, el cargador y las ojotas, sí. Ella no quiere tener problemas a la salida, le dice.

El guardia le entrega el formulario completo. Gladys guarda el papel en la billetera, junto con el documento, fuerza el cierre en sentido contrario y empieza a caminar.

Delante de ella van los tres hombres que hacían cola con ella. Se empujan unos a otros, haciendo bromas, se ríen. El nuevo lleva la bicicleta a mano, para poder ir junto a los otros, charlando. Ella apura el paso, la cola de ese lunes la retrasó más que otras veces. Los pasa. Uno de ellos le dice Hola, cómo estás. Gladys no lo conoce y él lo sabe, pero ella le devuelve el saludo. No es feo, piensa, y si está allí adentro es que trabajo tiene. No lo piensa por ella, porque ella casada ya está, lo piensa nomás. Nos vemos, le dice el hombre que ahora quedó detrás; nos vemos, repite Gladys, apura el paso otra vez y les saca más distancia.

Cuando llega a la cancha de golf dobla a la derecha, y unos metros más adelante dobla en el mismo sentido otra vez. La casa de Chazarreta es la quinta al fondo, sobre la izquierda, después del sauce. El camino lo conoce de memoria. Y también sabe qué puerta le deja abierta Chazarreta para que ella entre sin tocar timbre: la que da a la cocina desde la galería interna. Antes de hacerlo recoge los diarios que están en el hall de entrada, *La Nación* y *Ámbito Financiero*. Eso quiere decir que Chazarreta, efectivamente, duerme. Si no estuviera durmiendo, habría levantado los diarios él mismo para leerlos con el desayuno. Gladys mira la tapa de *La Nación*, saltea el titular principal que habla de la última declaración jurada de bienes del Presidente y va a una foto grande, en colores, debajo de la cual lee: dos colectivos chocaron en una esquina de Boedo, tres muertos y cuatro heridos graves. Se persigna, no sabe por qué, por los muertos supone. O por los heridos graves, para que no se mueran también ellos. Luego deja los dos diarios sobre la mesa de la cocina. Pasa al cuarto de planchado, cuelga sus cosas en el placard y se pone el uniforme. Le va a tener que decir al señor Chazarreta que le compre otro; ahora que engordó los botones del pecho le tiran y la sisa le corta la circulación de los brazos cuando los alza para tender la ropa en la soga. Si él quiere que ella use siempre uniforme, como le dijo el día en que la tomó, se va a tener que hacer cargo. Gladys mira en el canasto y nota que hay poco para planchar. Chazarreta es prolijo y suele entrar toda la ropa que queda www.lectulandia.com - Página 8

tendida el fin de semana, pero ella igual va a ir al patio de atrás a revisar si falta descolgar algo, por las dudas. Después va a lavar los platos sucios que vio de reojo en la pileta de la cocina. Y va a seguir por los baños, lo que menos le gusta, así se los saca de encima.

Tal como suponía, Chazarreta entró toda la ropa. En la pileta de la cocina los platos sucios son pocos: o él lavó alguna cosa el fin de semana o comió afuera.

Apoya los platos, el vaso y los cubiertos sobre un repasador para que se escurran sin resbalar por la mesada de mármol negro. Va al lavadero y vuelve con el secador de piso y con el balde que tiene adentro los productos de limpieza, el trapo y los guantes de goma. Cuando avanza por el corredor junto al living se da cuenta de que Chazarreta está sentado en el sillón de terciopelo verde, un sillón de un cuerpo, con respaldo alto, que, ella sospecha, es su preferido. Un sillón que mira al ventanal que da al parque. Pero esta mañana las cortinas aún están corridas, o sea que Chazarreta no se sentó allí a mirar el parque sino que está apoltronado en el sillón desde la noche anterior. Aunque el respaldo y la penumbra del ambiente no la dejan verlo, Gladys sabe que el señor Chazarreta está ahí porque su mano izquierda cuelga a un lado del sillón y, debajo de ella, sobre el piso de madera entarugada, el vaso caído y el último whisky derramado.

Buenos días, dice Gladys cuando pasa detrás de él de camino a la planta alta. Lo dice bajo, tanto como para que la escuche si está despierto y no se despierte si está dormido. Chazarreta no responde. Duerme la mona, piensa Gladys, y sigue. Pero antes de subir la escalera se arrepiente. Mejor secar el whisky porque si el líquido humedece el piso encerado durante demasiado tiempo, se va a formar una de esas manchas blancas tan difíciles de hacer desaparecer si no es a fuerza de pasar cera sobre cera. Y Gladys no tiene ganas de empezar la semana encerando el piso. Vuelve sobre sus pasos, saca el trapo del balde, se agacha, levanta el vaso, seca el whisky al costado del sillón de terciopelo y avanza un poco a tientas con el trapo hacia el frente.

Pero en seguida el trapo se sumerge en otra mancha, un charco oscuro, ella no sabe qué es; suelta el trapo con rapidez para que la humedad de la que se impregna no llegue a su mano; en cambio toca el líquido, apenas, con la punta del dedo índice: es pegajoso. ¿Sangre?, se pregunta sin terminar de creerlo. Entonces levanta la vista y mira a Chazarreta. Chazarreta está ahí, frente a ella, degollado. Un tajo le atraviesa de lado a lado el cuello que se abre como dos labios casi perfectos. Gladys no sabe qué es lo que ve dentro de ese tajo porque la

impresión que le produce la carne roja, la sangre y el amasijo de tejidos y tubos le provoca un gesto de asco que le hace cerrar los ojos, al tiempo que se lleva las manos a la cara como si cerrarlos no fuera suficiente para dejar de ver, mientras su boca se abre debajo de ellas sólo para dejar salir un gemido ahogado.

Sin embargo el asco dura poco, lo vence el miedo. Un miedo que no la paraliza www.lectulandia.com - Página 9

sino que la pone en acción. Por eso Gladys Varela ahora saca las manos de su cara y abre los ojos, se obliga a hacerlo, levanta otra vez la cabeza, mira el cuello desgarrado, la ropa de Chazarreta manchada de sangre, el cuchillo en la mano derecha sobre su regazo y la botella de whisky vacía a un costado de su cuerpo, junto al apoyabrazos. Y no lo piensa dos veces, se levanta, sale corriendo a la calle y grita.

Grita sin parar, dispuesta a hacerlo hasta que alguien la escuche.

www.lectulandia.com - Página 10

CAPÍTULO 02

En el mismo momento en que Gladys Varela está gritando en una calle sin salida del Club de Campo La Maravillosa, Nurit Iscar intenta ordenar su casa. O mejor dicho, su departamento de tres ambientes en el Barrio Norte más pobre, o más venido a menos, French y Larrea. Todavía no sabe que Pedro Chazarreta está muerto. La noticia va a correr rápido, pero no tanto. Si lo supiera estaría con el televisor y la radio encendidos, atenta a las noticias de último momento. O se metería en Internet, en los diarios on line, para obtener detalles de lo que pasó. Pero Nurit Iscar no lo sabe. Aún. Lo va a saber unas horas después.

La casa está patas para arriba. Restos de vino en varias copas, los diarios del día anterior desarmados, algunas migas en el piso, puchos. Nurit Iscar no fuma, nunca fumó, odia el olor a cigarrillo y espera que permitir que otros lo hagan en su casa sea un acto de amor y no de sometimiento. Aunque a veces se lo cuestiona sin llegar a una conclusión definitiva: ¿amor o sometimiento? Y no sólo con respecto al cigarrillo. El día anterior estuvieron allí sus amigas Paula Sibona y Carmen Terrada

—las dos fuman— para el encuentro mensual de cada tercer domingo de mes que desde hace unos años se convirtió en una ceremonia inexcusable. No es que no se encuentren en otros momentos para tomar un café, para ir al cine, para comer juntas o para las otras

ceremonias que encubren lo que está oculto detrás de ellas: dejar que el tiempo pase, como irremediablemente pasa, pero en compañía. Sin embargo, el tercer domingo del mes es otra cosa. A veces se les une Viviana Mansini, pero no siempre, lo cual agradecen porque aunque Viviana Mansini se cree intensamente amiga de ellas, a las otras tres no les pasa lo mismo. Cuando Viviana se une al grupo, se habla, antes que nada, de ella; y siempre dice alguna frase que bajo un tono naif encubre una patada en los ovarios para alguna de las presentes. Como cuando Carmen se quejaba de que un pequeño bulto en una teta la había tenido a maltraer hasta que su médico comprobó que era sólo displasia, y Viviana Mansini con tono de ángel caído dijo: Te entiendo, yo me sentí igual hace un par de meses cuando me hicieron esa biopsia, no sé si te acordás, no, no te debés acordar porque sos la única que no me llamó para ver cómo me había dado el resultado. Y en medio del silencio que siguió a su frase, Carmen la miró con cara de «otra vez me la hiciste, hija de puta», pero no dijo nada.

En cambio fue Paula Sibona la que salió en su defensa e imitando con esfuerzo el tono angelical de la otra dijo: Es que es obvio que te dio bien, Vivi, si la teta se te ve intacta. Y reforzó lo dicho con sus dos manos imitando garras sobre su propio pecho, moviéndolas levemente hacia arriba y hacia abajo, a una distancia importante como para señalar la exuberancia de las tetas de Viviana Mansini. Pero más allá de librarse www.lectulandia.com - Página 11

de sus ironías, lo que les permite la ausencia de «Vivi» es criticarla. Porque como dice Paula Sibona, criticar a Mansini me produce a esta edad casi tanta adrenalina como cojer. Y ese domingo anterior al lunes en que Pedro Chazarreta aparece degollado, la reunión mensual fue sólo para el círculo íntimo, sin Viviana Mansini, en casa de Nurit Iscar. Van rotando la casa todos los meses, pero la ceremonia es la misma. Se juntan antes del mediodía, la dueña de casa compra todos los diarios —y todos los diarios significa todos los diarios—; entonces, mientras ella cocina su especialidad —lo que para Nurit Iscar nunca va mucho más allá de bifés con ensalada o fideos con crema—, las otras desguazan los diarios y leen las noticias con el objetivo de seleccionar aquellas que van a compartir con las demás en voz alta. El intercambio es con el café de la sobremesa. Pero no se ocupan de cualquier noticia.

Cada una, igual que con la comida, tiene su especialidad. Nurit Iscar las noticias policiales, no por nada era considerada hasta hace unos años «la dama negra de la literatura argentina». Aunque eso para ella sea un pasado enterrado y prefiera olvidarlo, cuando sus amigas le reclaman «sangre y muerte» —y mientras no se trate de escribir

ficción— ella no se resiste. Si hay sexo, mejor, suele pedirle Paula Sibona.

La especialidad de Carmen son las noticias nacionales y su mayor placer encontrar en las declaraciones de los políticos incongruencias, errores de sintaxis y, por qué no, brutalidades. Con el que más se divierte es con el Intendente. No puede dirigir una ciudad alguien que no sabe hablar, repite sin cansarse. Y su comentario, lejos de ser elitista, se refiere al desprecio evidente de cierta clase social acomodada —a la que el Intendente pertenece— por el lenguaje (palabra, significado, sintaxis, conjugación verbal, uso de preposiciones, barbarismos), que ella, profesora de lengua y literatura en el secundario desde hace más de treinta años, se niega a aceptar. La elección de lectura de noticias de Paula Sibona —a diferencia de sus amigas y aunque ellas no lo sospechen— no tiene que ver tanto con sus intereses personales como con un acto de amor hacia Nurit Iscar: críticas teatrales, cinematográficas y de otras áreas del espectáculo. Es cierto que Paula es actriz —¿se sigue siendo actriz aunque desde hace casi dos años nadie la llama para ofrecerle un papel?—, una actriz conocida que con los años pasó de protagónicos en telenovelas a hacer de «la madre de», y luego a un olvido injusto. Si hay algo que no le interesa en absoluto a Paula Sibona es leer los diarios. Me cargan mal, dice. Pero igual participa de la reunión con entusiasmo, sostenida por la íntima esperanza de que leer las noticias que ella elige la ayudará a su amiga Nurit a exorcizar un daño que Paula cree que le hicieron. Un dolor. Y

aunque no sabe si lo logrará algún día, no se rinde. Porque Nurit Iscar, la dama negra de la literatura argentina, hasta hace cinco años atrás casada y con dos hijos varones terminando el secundario y entrando a la Universidad, se enamoró de otro hombre y, entonces, además de divorciarse, escribió por primera vez una novela de amor. Que para colmo no terminó bien. No terminó bien ni en cuanto a la trama, ni en cuanto a www.lectulandia.com - Página 12

la crítica, ni en cuanto a su aceptación entre quienes esperan con entusiasmo cada nueva novela de Nurit Iscar. Como tampoco terminó bien su propia historia de amor, de la que también prefiere olvidarse. Algunos de sus muchos lectores la siguieron pero no todos, decepcionados por una novela muy diferente de las anteriores, en la que no encontraron lo que fueron a buscar: un muerto. Y entonces la crítica especializada, que hasta ese momento más que meterse con ella la había ignorado, la destrozó. «Intenta ser literaria y es lo que peor le sale.» «Debería haber seguido apostando a las tramas, lo que se supone que Iscar domina, y dejar las metáforas, las pretensiones poéticas y la

experimentación con el lenguaje para quienes entienden de eso por formación, intuición o talento, algo que si ella tiene, no le luce.» «Una novela que ojalá pase inadvertida, una novela olvidable.» «Es incomprensible cómo Iscar, que había encontrado la fórmula mágica del best seller, se pone a hacer lo que no sabe: tratar de escribir en serio.» Y muchos otros ejemplos parecidos. Nurit tiene una caja llena de recortes periodísticos relacionados con su última novela: *Sólo si me amas*. Una caja blanca —muy grande, no como las cajas que se usan para guardar cartas de amor, o se usaban—, cruzada por una cinta de raso azul y atada con un moño que nunca más deshizo. Ni piensa deshacer. Conserva la caja, casi, como la prueba de un delito. Aunque no sabe qué delito es ese que cometió: si haber escrito lo que escribió, si haber leído las críticas, o si haberse dejado influir tanto por ellas. Las críticas, sumadas al fracaso de la relación amorosa que la llevó a escribir esa novela y al asesinato de Gloria Echagüe, la mujer de Chazarreta —que Nurit no quiso cubrir para el diario *El Tribuno* porque estaba absorbida por *Sólo si me amas*—, la llevaron a hacer la gran Salinger versión subdesarrollada, femenina y policial, y encerrarse para siempre lejos del mundo al que pertenecía hasta ese momento. Sin embargo, a diferencia de Salinger, ella no tenía ni tanta fama ni ahorros suficientes ni derechos por cobrar a repetición para que el encierro se autoabasteciera solo, así que tuvo que buscar un trabajo que le permitiera pagar la luz, el gas, hacer las compras en el supermercado y esas cosas para las cuales uno necesita tener un sueldo o dinero en la cuenta. O en la billetera. Y como lo único que sabe hacer es escribir —aunque ella sienta que después de las críticas su habilidad para la escritura también entró en contradicción—, eso hace. Pero a nombre de otros, como escritora fantasma. O ghost writer. Nurit prefiere el término en castellano, algo que aplaude su amiga Carmen Terrada, que aún hoy defiende el uso del idioma propio frente a la invasión angloparlante, una lucha que sabe perdida pero también romántica. Entonces, como Paula Sibona no se resigna a que su amiga no vuelva a hacer lo que le gusta —

escribir novelas propias— intenta una y otra vez demostrarle la pequeñez de algunas críticas que parecen hechas más para halago y notoriedad de quien las escribe, que para ninguna otra cosa. Algo así como la fama que consiguieron Lee Harvey Oswald o Mark David Chapman. Y Carmen Terrada recurre a otra comparación más erudita: www.lectulandia.com - Página 13

Que Jean Genet haya dejado de escribir cinco años por el prólogo/libro donde su amigo Sartre «lo desnudó», usando sus mismas palabras, vaya y pase, pero ni ellos son Jean-Paul, ni vos Genet, querida amiga.

Ahora, después de vaciar los ceniceros y ventilar para que se vaya el olor a pucho, Nurit Iscar barre. Y luego lava algunos platos que quedaron de la noche anterior, pone el mantel dentro del lavarropas que va a encender más tarde, cuando se junte algo de ropa, y mete los desparramados diarios del domingo en una bolsa negra de consorcio que en unos minutos llevará al pasillo junto con la basura. Hace tareas idénticas a las que, nada más que un rato antes, Gladys Varela también hacía para su patrón, Pedro Chazarreta. Pero en este momento, mientras Nurit Iscar anuda la bolsa de plástico negra con los diarios, Gladys Varela no está haciendo nada. O sí, llora, sentada en el carrito a batería que condujo hasta ahí uno de los guardias de La Maravillosa, cinco minutos después de que un vecino llamó para advertir que una mujer —una doméstica, dijo— gritaba como loca en medio de la calle. Le ofrecieron subir a la camioneta que llegó un poco más tarde, con el encargado de Seguridad y tres guardias más y llevarla a la enfermería. Pero ella no piensa moverse hasta que no venga la policía en serio. La Bonaerense. No se va a mover ni medio milímetro, dice.

Y esta vez los guardias también parecen más precavidos. El que se quemó con leche cuando ve una vaca llora, le contesta el encargado de Seguridad a un vecino que acaba de preguntarle por qué nadie está adentro con el muerto. Ninguno que tenga buena memoria, va a cometer los mismos errores que cometieron los guardias que asistieron a esa casa el día de la muerte de Gloria Echagüe, tres años atrás. No van a acercarse a la escena del crimen ni van a dejar que nadie se acerque, no van a mover ni un pelo que se encuentre a metros alrededor de donde está el degollado, mucho menos van a dejar que alguien limpie la sangre, ni acomode el cadáver sobre una cama, ni van a hacerle caso a ningún pedido de quien sea para que no avisen a la policía con el argumento de que todo fue «sólo un accidente». Si es necesario, no van a dejar que nadie respire hasta que llegue el patrullero. Ese error ya lo cometieron antes. Y aunque nadie lo dice, aunque guardias, vecinos, algún jardinero, la empleada de la casa de enfrente y Gladys Varela apenas se miren en silencio mientras esperan que llegue la Policía Bonaerense y el fiscal, todos tienen la extraña sensación de que alguien les está dando la oportunidad de que, esta vez, hagan las cosas bien.

www.lectulandia.com - Página 14

CAPÍTULO 03

Unas horas más tarde, cuando pasado el mediodía saca la bolsa con los diarios del domingo al palier para que se la lleve el portero junto

con la basura, Nurit Iscar sigue sin saber que Pedro Chazarreta está muerto. Degollado. Sin embargo, lo sabrá pronto.

En un par de horas más. En el momento en que haga un alto para tomar la merienda.

Porque ahora, la noticia empieza a correr. Y un rato después de que Nurit da por terminada la limpieza de su departamento y se dispone a echarle un poco de agua a las macetas que decoran su balcón —nunca tuvo eso que llaman «mano verde», pero sabe que esas plantas son el único ser vivo además de ella en ese hogar y no está dispuesta a dejar que se sequen—, suena el interno 3232 de la redacción del diario *El Tribuno*, el teléfono que está sobre el escritorio de Jaime Brena. O Brena a secas, como lo llaman los que lo conocen del periodismo policial, aunque él ya no está más en Policiales. Lo pasaron a Sociedad. No me pasaron, me degradaron, le gusta corregir a Brena. ¿Por qué te quejás?, le dijo en una de esas oportunidades su jefe y jefe de todos, Lorenzo Rinaldi; si trabajaras en otro diario estarías en Sociedad, ¿o todavía no te diste cuenta de que casi ningún diario de primera línea tiene sección Policiales? Las noticias policiales las meten en Sociedad o en Información general.

Por eso, porque lo cambiaron de sección, cuando esa tarde hace apenas unos instantes comienza a sonar su interno, Brena no está escribiendo una crónica policial sino que revisa una encuesta que asegura que el 65% de las mujeres de raza blanca duerme boca arriba, y en cambio el 60% de los hombres de la misma raza duerme boca abajo.

Lo que más allá de cualquier otra consideración le produce, como primer efecto, una molestia de tipo matemática: ¿por qué no haber dicho que el 65% de las mujeres duerme boca arriba, y sólo el 40% de los hombres duerme en la misma posición? O, el 60% de los hombres duerme boca abajo mientras sólo el 35% de las mujeres duerme en esa posición. La pregunta que se hace siempre cuando el pronóstico advierte: 30% de probabilidades de lluvia. Si sólo es el 30%, ¿no sería más adecuado enunciar: 70% de probabilidades de que no llueva? ¿Qué se resalta en cada uno de los casos?, ¿la diferencia, la coincidencia, la mayoría, la minoría, lo deseado, lo no deseado? Pero lo peor de todo, cree Jaime Brena, es que, al menos en el caso de la encuesta de cómo duermen hombres y mujeres de raza blanca, nadie se hizo estas preguntas antes de redactar el cable. Está convencido de que quien tituló de ese modo lo hizo porque así le vino la información. Ya casi no hay tiempo en las agencias ni en las redacciones para pensar en la sintaxis o en el vocabulario, apenas en la ortografía.

Apenas. El cable de agencia con las conclusiones de la encuesta viene acompañado de declaraciones de investigadores de la Universidad de Massachusetts que aportan www.lectulandia.com - Página 15

posibles razones sociológicas, culturales y hasta psicológicas que explicarían el hecho. ¿Es esto una noticia?, ¿a quién le puede importar qué porcentaje de gente duerme en qué posición?, se pregunta Jaime Brena. ¿Las otras razas no fueron incluidas en la encuesta porque quien investigó no pudo, no quiso o no le importó?

Eso sí podría ser una noticia, saber por qué se incluye algunas razas, o una raza: la blanca, y otras no. ¿O no se incluyeron otras porque nadie que no fuera de raza blanca se prestó a semejante idiotez?, concluye mientras descuelga el teléfono que hasta hace un instante seguía sonando y dice Hola. Pero ya no hay nadie del otro lado, apenas un tono de ocupado. Brena aprovecha la interrupción para estirar los brazos por encima de su cabeza, entrelazar los dedos, girar las palmas hacia arriba como queriendo tocar el techo, hacer sonar los huesos, y relajar así la cintura que a sus sesenta y pico de años no soporta más tantas horas sobre una silla. A ver, ¿por qué el 65% de las mujeres duerme boca arriba y el 60% de los hombres boca abajo?, le pregunta a Karina Vives, la periodista de la sección Cultura que se sienta en el escritorio a su izquierda, junto a una de las pocas ventanas de la redacción, la que da al bulevar. Y Karina, que lo conoce desde que entró a trabajar al diario hace ocho años y que sabe lo que significa para Jaime Brena haber tenido que dejar Policiales para ocuparse de notas como ésta, lo mira con cara de tonta y arriesga: ¿Porque aplastarse las tetas duele más que aplastarse el pito?, y le mantiene la mirada esperando su respuesta. La pija, nena, la pija, le dice Brena y empieza a tipear con disgusto en su teclado el título y el copete que llevará la nota: Las mujeres boca arriba, los hombres boca abajo. Jaime Brena sabe que ese título va a confundir a los lectores, pero al menos se divierte con eso, con la fantasía que puede provocar el malentendido. ¿Hace cuánto lo pasaron a Sociedad? ¿Tres semanas? ¿Dos?, se pregunta mientras se rasca la cabeza con un lápiz negro sin que le haya picado. Ya no se acuerda. Demasiado. Y todo por decir en un programa de cable con escenografía de dos sillones y una lámpara: Trabajo en *El Tribuno*, pero leo a la competencia porque les creo más. Aún se lo reprocha. No estuvo bien, Jaime Brena lo reconoce.

Pero venía de comer con un colega, había tomado vino, bastante vino. Mucho vino. Y

por otra parte decía la verdad. Eso nadie lo discute. Varios de sus amigos se habían cambiado de diario en los últimos meses. Algunos

compañeros de trabajo, también.

Pero nadie es tan idiota como él para reconocerlo, eso es cierto. Y menos frente a una cámara de televisión, sea de cable o de aire. Tanta noticia acerca de los bienes del Presidente, de los exabruptos del Presidente, de los dientes del Presidente, de los negociados del Presidente, de los zapatos del Presidente, terminaron aburriéndolo.

Los dientes y los zapatos del Presidente no le importan nada; y el resto, la primera vez es noticia, la segunda es repetición, y la tercera vez —si sale en la tapa a media página y ese mismo día la muerte en un accidente aéreo del presidente de un país de la Unión Europea y su comitiva oficial no está en esa misma tapa o está pero ocupa

www.lectulandia.com - Página 16

un lugar mínimo— es alguna otra cosa a la que no se atreve a ponerle nombre. Pero no noticia. O eso sospecha él. O eso cree. A él le gustaba cuando *El Tribuno* titulaba con noticias de Internacionales. O deportivas. O policiales, claro, porque entonces en ese título participaba él, Jaime Brena. Sin embargo, Brena lo sabe, ese tiempo quedó muy lejos, y lo que es peor, intuye que no será fácil que algún día vuelva. Al menos, no por el momento. Si vuelve, cree, él ya no lo verá.

Abre su cajón y saca los papeles del retiro voluntario. Tal vez sea el momento. Tal vez sea lo que tiene que hacer de una vez por todas: agarrar la guita e irse. Si fuera inteligente lo haría, se dice, pero yo siempre fui medio nabo. O nabo entero. Brena trabaja en *El Tribuno* desde los 18 años. Aprendió a trabajar ahí. Aunque se imagina leyendo otro diario cada mañana, de hecho lo hace, no se ve trabajando en otra redacción. A pesar de que mirarle la cara todos los días a Lorenzo Rinaldi lo tiene atravesado. Muy atravesado. No sabe cuánto tiempo va a pasar antes de que lo mande a la mierda. Pero que lo va a mandar, lo va a mandar. Es cuestión de tiempo. Y de espacio. Porque uno no puede mandar a la mierda a un fulano en cualquier lugar. En un ascensor lleno de gente, por ejemplo, uno no puede. Brena, me gustaría que cubrieras la Fiesta Nacional del Cordero Patagónico, en Puerto Madryn. Te vas dos, tres días. Salís de la ciudad, ¿fuiste alguna vez al avistaje de ballenas? Andá, te va a encantar. Y Jaime Brena que —Rinaldi lo sabe— detesta salir de la ciudad, y que las ballenas le importan muy poco y el cordero patagónico menos, le habría contestado con todo gusto, por qué no me chupás un huevo, Rinaldi, pero no había espacio suficiente. Porque después de una contestación de ese tipo, uno tiene que estar listo para la piña. Además eso habría sido el final, eso habría sido lo mismo que

vaciar los cajones e irse. Y él, si se va, no se va a ir con lo poco que quede en los cajones de su escritorio. Gustavo Quiroz, de Internacionales, se llevó una torta, y Ana Horozki, de Viajes, otra. Hasta Chela Guerti, que desde hacía tres años estaba desterrada a la última página, dicen que se llevó una fortuna. Se sacan de encima empleados con sueldos que fueron ganando aumento a lo largo de años y los reemplazan con periodistas recién recibidos que contratan por la mitad. Por eso pagan, para que se vayan. No importa que los nuevos conjuguen mal los verbos, que no sepan cuándo tienen que escribir concejo y cuándo consejo, o que confundan a Tracy Austin con Jane Austen. Ya lo corregirá alguien en el camino. Y si no, mala suerte. Lo importante es que los viejos y caros se vayan, sin prisa pero sin pausa. Aunque Brena se juega doble contra sencillo que Rinaldi, a él, no le va a aprobar tanta guita, ni siquiera le va a dar una sombra de lo que les aprobó a los otros. Le va a dar el retiro, sí, pero con lo justo, o con menos de lo justo, con lo que diga la ley. Jaime Brena descuelga el auricular y llama a Personal, ¿hasta cuándo se puede firmar esta cosa del retiro voluntario, nena? Te podés acoger hasta fin de año, Brena, le contesta la mujer.

No, yo acoger no me acojo ni me dejo acoger, la religión no me lo permite, pero a lo www.lectulandia.com - Página 17

mejor me retiro voluntariamente eso sí, le dice él y ella le festeja el chiste desde el otro lado del teléfono: Vos siempre igual, Brena. Ojalá, le contesta él. Y lo dice en serio. Ojalá estuviera igual que siempre, pero desde hace un tiempo sabe que está más viejo. O que ya no puede hacerse el tonto como hasta hace unos años y fingir que tiene diez menos de los que tiene. Mejor que eso, fingir que no tiene edad. Él nunca tuvo edad. Raro, entonces, pero empezó a sentirse viejo. Viejo para todo: para el laburo, para viajar, hasta para las minas. No es sólo un sentimiento; su cuerpo, en el último año, envejeció. Lo nota en el abdomen que le sale justo debajo del pecho y se le hunde en el bajo vientre, ¿por qué, si él nunca fue gordo? Y en el pelo que todavía no se le cae en cantidad pero que se nota ralo donde algún día va a ser, irremediablemente, pelado. Y en los cachetes del culo, que aunque trata de mirarlos poco en el espejo, sabe caídos como dos peras. O dos lágrimas. Qué querés, tenés más de sesenta años, se dice a sí mismo para consolarse, pero inmediatamente se da cuenta de que el consuelo resulta todo lo contrario: no quiere tener más de sesenta años. Guarda otra vez los formularios en el cajón y se queda mirando, por encima del tabique que separa su escritorio del siguiente, al pibe que pusieron para reemplazarlo en las noticias que siempre fueron suyas: crímenes y asaltos violentos. Buen pibe, aunque muy pichón, piensa. Muy tierno. Generación Google: sin calle, todo teclado y pantalla, todo

Internet. Ni birome usan. El pibe se esfuerza, eso hay que reconocérselo, llega primero, se va último, y Rinaldi le da cuerda para demostrar que la sección Policiales funciona bien sin él, sin Jaime Brena. Esas cosas a veces pasan, uno cae en un lugar a cumplir una función que va más allá del trabajo para el que fue contratado, una función con un objetivo final que desconoce. Uno cae a hacerle de títere a otro y eso, Brena cree, es lo que le está pasando al pibe de Policiales: que Lorenzo Rinaldi lo está usando para pisotearlo a él. Pero a pesar del aval del que manda, y a pesar de que el pibe ni sospecha los manejos que hay detrás de su nombramiento y del lugar que le dieron, parece muy asustado, casi aturdido, se le pasan cosas importantes, y aunque no comete los errores burdos de otros principiantes, en la redacción de las notas se le cuela una inseguridad, un titubeo, que a Brena no le pasa inadvertido. Por primera vez, en la competencia aparecen algunas noticias de crímenes y asaltos importantes antes que en *El Tribuno*. Preferí no sacarla, la fuente no era confiable, dicen que dice el pibe. O no me pareció relevante, o tenía poco espacio y mucha nota así que tuve que elegir. Pero él no le cree, Jaime Brena sospecha que el problema es que el pibe no tiene buenos contactos. Y un buen periodista de Policiales se apoya en eso, en los contactos que le pasan los datos que, tarde o temprano, se van a convertir en noticia. Y si ese dato es una primicia, mejor.

Porque si tenés que esperar a que se levante el secreto de sumario, estás frito. No importa si los contactos son policías, fiscales, chorros, jueces o presos, sino que den el dato justo. Por momentos siente que lo tendría que ayudar. Al pibe. Pero al rato se www.lectulandia.com -
Página 18

pregunta por qué, si no lo pusieron a su cargo. Que lo entrene Rinaldi, que sin decirlo ni figurar como editor de Policiales, está funcionando como la cabeza de esa sección acéfala. Aunque Rinaldi, más que entrenarlo, Brena lo sabe, en cualquier momento le va a meter una patada en el culo. Cuando no le sirva más. Una patada que va a doler.

Lo peor de todo es que aunque a Jaime Brena no le gusta reconocerlo, el pibe le genera una gran contradicción. No le termina de caer mal. Le hace acordar a cuando él daba los primeros pasos en la redacción hace más de cuarenta años. Cuarenta y cuatro años, una eternidad. Cómo no va a ser caro, cómo no le van a ofrecer el retiro voluntario. Pero la diferencia es que él entonces tenía maestros, en la redacción y en la calle, y como no estudió más que el bachillerato se salvó de la virgen petulancia de algunos que hoy vienen directo de la Universidad. Al pibe le sobra Google y Universidad, y le falta calle, piensa Brena. Trabajó en Policiales en otro diario, con Zippo, colega y

amigo/enemigo íntimo de Jaime Brena. Trabajar con Zippo es hacerle de secretaria, Brena lo sabe, no mucho más que eso, porque no confía ni en la madre.

En ese momento, cuando Brena piensa, «no confía ni en la madre», el pibe levanta la vista y lo descubre mirándolo, lo saluda de lejos con un movimiento de cabeza y él le devuelve el saludo haciendo un gesto que imita a quien se saca un sombrero, aunque Jaime Brena no lleva nada sobre la cabeza. Desde su escritorio, Brena le dice: ¿Tenés algo para mañana? Nada de peso, le contesta el pibe. Nada de peso, repite él, averiguá qué hay en el resto de la redacción, le aconseja, ¿sabés qué es lo importante para definir si un hecho policial puede o no ser noticia? Al pibe le sorprende la pregunta y aunque Brena le está preguntando de qué color es el caballo blanco de San Martín, se abatata y no sabe qué contestar. Y si bien preferiría no hacerlo, como si el otro le estuviera tomando un examen sorpresa en el que él tuviese miedo de ser reprobado, el pibe de Policiales está a punto de contestarle cuando Brena le advierte: Y no me recites, «el lugar donde se comete un crimen, quién está involucrado, o la gravedad del hecho», que no estás más en la Universidad. Jaime Brena espera. El pibe piensa.

O intenta pensar. Brena no lo dice, pero sabe que si a pesar de la advertencia se abatata y para demostrar que sabe termina recitando «las 5 w, who, what, when, where, and how» —que estrictamente tiene una w al final y no al principio—, tendría que controlarse para no cachetearlo, por su error y por decirlo en inglés. ¿Por qué algunos agregan una sexta «w», why, y otros no? Tal vez porque es la pregunta más difícil de responder, la más subjetiva, aquella que implica meterse en la cabeza del que comete un crimen: ¿por qué? Y dale, insiste Brena. No, no sé, no se me ocurre qué más, dice el pibe rendido. Brena se sonríe y luego sentencia: Las otras noticias que andan dando vueltas en la redacción ese día. Nunca te olvides, en épocas de calma puede salir un loco a último momento a pedirte lo que sea que pueda ir en tapa, y vos se lo vas a tener que dar. Me parece que la tapa de mañana está, le dice el pibe, las declaraciones juradas y el crecimiento patrimonial de un funcionario importante www.lectulandia.com -
Página 19

del área de Finanzas del Ministerio de Economía. Brena lo interrumpe: Ah, qué notición, dice sin ocultar la ironía, ¿eso no lo publicaron la semana pasada? Sí, pero ahora se confirmaron algunos datos más. Ah, mirá, y así esperan que no se les pianten más lectores, después le echan la culpa a Internet y los diarios on line. Si en este país, con Banelco o sin Banelco, afanaron todos, ¿desde cuándo el incremento

patrimonial de un alto funcionario es una noticia tan destacada? Y menos noticia dos semanas seguidas. Jaime Brena mueve la cabeza y se calla, el tema lo tiene cansado, aburrido, no sabe por qué termina siempre enganchado despotricando acerca de en qué se convirtió el periodismo hoy. ¿Acaso él no es responsable también, por acción o por omisión?, se pregunta aunque no tiene una respuesta definitiva. Intenta cambiar de tema pero nada se le ocurre. Todavía se queda allí, mirando al pibe de Policiales unos instantes más, como si quisiera decirle algo, como si quisiera orientarlo. Pero su rapto de bonhomía pasa de largo y Jaime Brena vuelve a su encuesta de cómo duermen hombres y mujeres de raza blanca.

El teléfono suena otra vez y, ahora, Brena atiende a tiempo. Jaime Brena, quién habla, dice. Comisario Venturini, le contestan del otro lado. Comisario, repite Brena.

¿Cómo vas, querido? Yo bien pero pobre, mi comisario, ¿y usted? Igual que vos. A Jaime Brena le da gusto escuchar esa voz. Responde a algo parecido a un reflejo de Pavlov y su cuerpo se pone alerta, tenso pero excitado, casi feliz; alguna sustancia —

¿adrenalina?— se dispara dentro de él. Tengo algo para vos, Brena, dice el comisario.

¿Algo que me va a costar un asado con tinto del mejor? Un asado con champán, te va a costar. Escucho, dice Brena. Aunque lo hace por gusto porque sabe que en Sociedad no va a entrar ninguna información que pueda pasarle hoy el comisario Venturini, ni ninguno de sus contactos. Todavía no les dijo, todavía no se atreve a desactivarlos, son contactos de toda la vida. Sus notas de Sociedad salen sin firma, así que más allá de la gente de la redacción, por ahora y para el resto él sigue siendo el periodista más destacado dentro de Policiales del diario. Lo escucho, comisario, dice, y toma un papelito rosa del taco para anotar lo que Venturini le está por decir. Apareció muerto alguien que vos conocés muy bien, pero no te asustes que no lo querés ni medio, Brena. ¿Quién? Chazarreta. ¿Chazarreta? Degollado. Qué coincidencia. Tal cual. ¿De buena fuente? Estoy parado frente al cadáver, mirando el tajo mientras llega la policía científica. ¿Dónde? En su casa, en La Maravillosa. ¿Y qué hace usted tan lejos de su jurisdicción? Una de esas casualidades de la vida que después te cuento, vos conocés esta casa, ¿no?, lo entrevistaste acá la última vez. Sí, conozco la casa. Lo encontró la mucama, la mujer habló veinte minutos corridos sin decir mucho que sirva y ahora está en shock. ¿Hipótesis? Muchas, pero nada que valga la pena, mucha carne podrida, estaba esperando que vos me dieras tu impresión,

Brena. Es que me toma de sorpresa, comisario, déjeme digerir la noticia y en un rato lo llamo. Oka, querido, yo voy a seguir en la escena del crimen un rato más, llámame cualquier cosa, no te digo
www.lectulandia.com - Página 20

que te vengas porque el fiscal ya está por caer y acá no dejan pasar ni al loro, después de lo de la otra vez... Entiendo. Mirá que te di la exclusiva. Se agradece. Llámame.

Lo llamo, comisario, ¿algo más? Sí, Dom Pérignon, Brena, tira, pechito, molleja, y Dom Pérignon. Así va a ser.

Jaime Brena cuelga y se queda mirando el papel. Se pregunta qué debe hacer.

Sabe que lo que tiene entre manos es un notición. En un par de horas la información va a correr en todas las redacciones, pero en esto, como en todo, el que golpea primero golpea más fuerte. Aunque algunos digan —como dijo Rinaldi en una de las últimas reuniones de tapa en la que participó Brena— que a partir de la explosión de las noticias on line en Internet, el concepto de «primicia» es más efímero que el tiempo que demanda hacer un copy paste y reenviar. A los de la vieja escuela, y él, Jaime Brena, es uno de éstos, les sigue importando la primicia. La muerte de la mujer de Chazarreta, tres años atrás, tuvo en vilo a todo el país. Y a pesar de que no encontraron pruebas suficientes para culpar al viudo, el 99,99% de la gente cree que el asesino fue Pedro Chazarreta. Y ese 99,99% incluye a Jaime Brena, que no sólo tuvo a cargo la investigación periodística del caso para *El Tribuno* sino que se convirtió en un referente del asunto para otros medios, desde el asesinato hasta que se cerró la causa. Cuando mañana aparezca la noticia en los diarios la gente va a decir: se hizo justicia, Brena sabe, aunque uno nunca esté seguro de que es lo justo, ni de nada. Aunque la verdadera justicia para alguien que no debía haber muerto sea la resurrección y no que maten a su asesino. Pero Brena duda que esa justicia se la hayan concedido a nadie, ni siquiera a Jesucristo. Se acerca al escritorio del pibe con el papelito rosa en la mano. ¿Che, tenés un minuto?, le pregunta. Entonces se da cuenta de que el pibe minimiza la pantalla en la que escribe para que él no vea en qué asunto está trabajando, y aunque le dice: Sí, decime, Brena piensa: Fea actitud, pibe, hace un bollo con el papel rosa, lo tira al cesto junto a los pies del aprendiz de periodista policial y le dice: Nada, dejá. Y desde ahí mismo, se vuelve hacia el escritorio de Karina, le enseña la caja de Marlboro que acaba de sacar del bolsillo de su camisa, y le pregunta: ¿Me acompañás? Y la mujer se levanta y lo acompaña.

Cuando salen a la calle hay por lo menos otros tres compañeros fumando. La prohibición de fumar en lugares cerrados en Buenos Aires generó una rutina de vereda que a Jaime Brena no le cae tan mal. Se sientan en el cordón. ¿Cómo andás?, le pregunta Karina y, aunque duda, la mujer se sirve el cigarrillo que Brena le ofrece.

Bien, dice él mientras enciende el suyo. ¿Qué vas a hacer con lo del retiro? Todavía no sé, por momentos estoy decidido y por momentos no me veo dejando de venir acá todos los días. Brena da una pitada profunda y luego larga el humo, lento. Además estoy seguro de que Rinaldi no me va a querer dar la guita que les dio a los otros. Te merecés que te la dé, vos más que nadie. ¿Y eso que tiene que ver?, ¿merecer es garantía de algo? Tenés razón, dice la chica y se pone el cigarrillo en la boca para que www.lectulandia.com - Página 21

Brena lo encienda. ¿Y de amores? Ahí sí, ves, me acogí al retiro voluntario, dice, y la chica se ríe. Él chasquea el criquet hasta que sale la llama y ella entonces se acerca.

Eso no te lo cree nadie, Brena. En serio, quiero vivir tranquilo. ¿Con Irina nunca más? No, Dios me proteja. Los dos fuman un rato en silencio mirando el bulevar.

¿Sabés?, dice Brena, el otro día a la noche bajé a comprar algo para comer y me crucé con un tipo que paseaba un perro, lindo, grande, un labrador debía ser. ¿Y quién era el tipo? El tipo no importa, lo que importa es el perro, sentí que a mí también me quedaría bien un perro así. A lo mejor me compro uno. Ay, Brena, estás loco, no tenés paciencia para perros vos. ¿Qué sabés? Te conozco, a los dos meses lo vas a querer devolver. Bueno, un perro no es para toda la vida como el matrimonio; si no va, no va. Para mí sería más fácil desarmar un matrimonio que devolver un perro, dice ella,

¿a quién se le devuelve un perro? Vos no sabés lo que es desarmar un matrimonio, dice él. Ni quiero saberlo. Brena da la última pitada y apaga la colilla en un hilo de agua que pasa junto al cordón de la vereda, por debajo de sus piernas y las de la chica. Ella, que hoy casi no fuma, aún tiene el cigarrillo encendido y juega con la ceniza. Él la mira y luego dice: Chazarreta acaba de aparecer muerto, degollado.

¿Pedro Chazarreta? Sí. No te creo. Me llamaron recién para avisarme. Mañana es tapa, dice Karina. ¿De *El Tribuno*?, si el pibe se aviva a tiempo, duda Brena, y yo no estaría tan seguro. Sí, si el pibe se aviva. Ahora es la chica la que apaga el cigarrillo a medio fumar en el agua que corre. Casi ni fumaste, le dice él. Sí, dos o tres pitadas nada más,

me duele un poco la garganta, ¿vamos? ¿Sabés por qué creo yo que las mujeres duermen boca arriba?, le pregunta Brena. ¿Por qué? Él la mira, respira profundo, se sonríe y luego dice: Nada, dejá, nada. Se levanta y le da la mano para que ella haga lo mismo. ¿Vas para adentro? Sí, ¿vos no? Voy a dar una vuelta manzana y vuelvo, ¿me hacés un favor?, le pide Brena. Sí, claro. Cuando pases por el escritorio del pibe decile que en su tacho hay un papelito rosa abollado, que lo lea, de parte mía. Sí, le aviso. Karina le agarra la mano y se queda así un instante como si fuera a decir algo más. Pero sólo termina repitiendo: Dale, yo le aviso. Y se va.

Brena podría caminar en cualquier sentido porque —él es consciente de eso— no se dirige a ninguna parte. Entonces elige ir hacia el Este, para que el sol le pegue en la espalda y no en los ojos. No hace demasiado calor, pero el reflejo de la luz del sol en esa baldosa clara hace cuarenta y cuatro años que le hace fruncir la cara. Y hoy no tiene ganas de fruncirla. Gira la cabeza a un lado y al otro para aflojar las cervicales, llena los pulmones de aire, se acomoda el pantalón en la cintura. Luego mira detrás, por arriba de su hombro, y verifica que está solo, que nadie camina cerca de él.

Entonces separa la mano derecha un poco hacia delante, con el brazo extendido y el puño cerrado, y sigue caminando en esa posición, como si lo llevara tirando de su correa. El perro a él.

www.lectulandia.com - Página 22

CAPÍTULO 04

Nurit Iscar trabaja esa tarde en el libro que está escribiendo por encargo: Desarma los nudos. Lo detesta. Es el encargo de la ex mujer de un empresario del transporte que durante y después de su divorcio vivió alternativas que considera «únicas» y encontró «soluciones del alma» que quiere compartir con los demás. No sabés la novela que vas a escribir cuando te cuente mi vida, dijo el día en que se entrevistó con Nurit, sin sospechar las veces que su escritora fantasma —y tantos otros escritores— ya había escuchado esa misma frase o similares de otras bocas. «Si te cuento mi vida, la escribís y te ganás el premio Clarín», «Cuando les cuento a mis amigos, todos me dicen por qué no escribo una novela», «Te voy a contar algo, vos anotá y tenés tu próximo libro, más que tu próximo libro: ¡tres tomos mínimo!». ¿Por qué tanta gente cree que su vida es única y yo creo que la mía es igual a la de cualquiera?, se preguntó entonces y se pregunta cada tanto Nurit Iscar. Al menos terminó la etapa de entrevistas con la «autora» y ahora sólo le queda desgrabar y escribir. Escribir. Por suerte, escribir.

Eso sí. Jugar con las palabras, armar oraciones, conjugar verbos. Escribir. Y la ex mujer del transportista paga bien. Muy bien. Así que Nurit trata de no pensar demasiado en «el mensaje» que esa mujer quiere transmitir, en los nudos, en lo que significan esas palabras que ella elige, sino en cómo suenan, cómo cantan, cómo rebota una delante de la otra hasta formar una melodía que Desarma los nudos no se merece. Sigue escribiendo por las palabras. No por lo que «quiere transmitir» la ex mujer del transportista. Cuanto antes entregue el borrador terminado, antes cobra. El problema que se viene es que después de Desarma los nudos no tiene ningún trabajo en carpeta. Pero no quiere preocuparse por adelantado.

A media tarde, Nurit siente pereza, o fastidio, o lo que sea que la lleva a buscar una excusa para hacer un alto en el trabajo. La merienda, dice. Mira el reloj y se da cuenta de que la hora es adecuada, cinco y diez. En ese mismo momento, el pibe de Policiales de *El Tribuno*, que hace unos minutos terminó de desarrugar el papel rosa que había tirado Jaime Brena en su cesto de basura, tipea en Google distintas combinaciones de palabras clave tomadas de ese mismo papel. Pero nada que sirva aparece, todo es viejo, relacionado con la muerte de la mujer de Chazarreta y no con la suya. Revisa su twitter, ninguno de los que sigue escribió nada acerca del asunto.

Por un momento piensa en lanzar él mismo el tweet: «¿Alguien sabe algo de que hayan matado a Pedro Chazarreta?», pero lo descarta, se da cuenta de que es alertar a los demás sobre una noticia que por el momento parece ser sólo de él. Y de Jaime Brena. El pibe le pide a Karina su número de celular, el de Jaime Brena, y a ella le www.lectulandia.com - Página 23

molesta que él se lo pida con esa contundencia y seguridad, como si no tuviera más alternativa que dárselo. Pero se lo da de todos modos. Lo tiene siempre apagado, le dice, igual si querés intentá. Apagado, sí, maldice el pibe. Deja mensaje en el contestador de Jaime Brena y vuelve a probar con Google. Y con twitter. Para cuando Nurit Iscar tiene listas las tostadas y las pone sobre la mesa con la mermelada bajas calorías y el queso crema, el pibe ya se dio cuenta de que Jaime Brena no piensa devolver su llamado ni tampoco, tal vez, volver a la redacción por el resto del día. Y

que sin su ayuda él no va a llegar mucho más lejos que lo que dice ese papel arrugado. También se dio cuenta, y esto es lo peor, de que perdió un tiempo invaluable tratando de ubicarlo. Por eso, mientras Nurit le agrega un poco más de leche a su té —no suspendió el café por el insomnio ni por la acidez sino cuando le dijeron, nunca sabrá si

es cierto, que produce celulitis—, el pibe de Policiales camina por el pasillo hacia la oficina de Rinaldi: mejor ponerlo al tanto, piensa, y que él vea a qué contacto llamar. Antes de entrar en la oficina revisa una vez más su twitter en la Blackberry y ahora sí allí está, un tweet de un periodista joven que trabaja en la radio y en la televisión, tweet que además es varias veces retwitteado por otros. Apenas la frase: Degollaron a Chazarreta, el viudo de Gloria Echagüe. Y nada más. El pibe golpea la puerta de Rinaldi, espera que del otro lado digan «pase», y luego entra apurado y agradecido de que su jefe no sea adicto a las nuevas tecnologías.

Sin que ninguno de los dos —ni Nurit Iscar ni el pibe de Policiales— lo sepan, a la casa de Chazarreta acaba de llegar el fiscal y lo primero que hace es quejarse de lo concurrida que está la escena del crimen. Alrededor de Chazarreta degollado circulan: un grupo de policías de la comisaría que corresponde a la zona con el comisario incluido; el comisario Venturini que, según le explica al fiscal mientras se palmean los hombros uno al otro, estaba en una reunión de trabajo cuando llamaron para avisarle el hecho a un colega y no quiso perderse la ocasión; dos comisarios de comisarías vecinas que se enteraron del caso, no especificaron cómo; el personal de la ambulancia del servicio médico de emergencia que fue contactado por la guardia de La Maravillosa siguiendo el reglamento del country que les exige avisar con urgencia ante cualquier accidente verificado —el mismo servicio médico que llamaron cuando murió Gloria Echagüe—; los policías de homicidios que ya están labrando el sumario; los policías de criminalística que llegaron apenas unos minutos antes que el fiscal; fotógrafo; planímetro; médicos; bioquímico; huelleros; balístico, que está con el grupo aunque un degollado no lo necesite por si además hay algún tiro perdido; un vecino del country, para que oficie de testigo y firme el acta. Aunque el Código Procesal de la provincia de Buenos Aires no exija testigo, mejor curarse en salud, dijo alguno de los comisarios y los demás lo apoyaron, este caso va a tener aún más repercusión que el de la mujer y no podemos salir otra vez todos mal parados.

Che, muchachos, ¿no faltará llamar a alguien más?, se burla el fiscal mientras se abre www.lectulandia.com - Página 24

paso hasta llegar junto al cadáver. Gira alrededor del sillón, mira el cuerpo muerto de Chazarreta desde distintos ángulos, se acerca al comisario a cargo —después de preguntar cuál de todos los comisarios es el que está a cargo— y le pregunta algunos detalles mientras observa cómo el vecino convocado en calidad de testigo, nervioso y evitando mirar hacia donde está el muerto, deja caer al suelo el papel

del caramelo que está a punto de comer. El fiscal le señala el papel a uno de los huelleros y le dice: Levantá esa evidencia, a lo mejor nos conduce al asesino. De inmediato el vecino se agacha a levantar el papel y en el movimiento casi se atraganta con el caramelo.

Nurit Iscar unta otra tostada con queso y mermelada bajas calorías, la deja sobre el plato, agarra el control remoto del televisor y busca un canal de noticias. Va de uno a otro intentando encontrar algo que le interese. Los números que salieron en la Lotería Nacional: no le importan; el asalto a una casa de productos deportivos: poco; la regata Buenos Aires-Montevideo: nada. Pero en Crónica TV, una placa roja que ocupa toda la pantalla la deja helada: Último momento, Pedro Chazarreta degollado.

Nurit tiene que leer dos veces. Pedro Chazarreta degollado. Degollado. Y la voz del locutor que dice: el viudo de Gloria Echagüe termina su vida como la terminó ella, con un tajo de lado a lado en el cuello. Nurit llama a Paula Sibona para compartir la noticia con alguien, pero no la encuentra y no deja mensaje. Tampoco encuentra disponible a Carmen Terrada. Espera más información, cambia de canal, vuelve al primero, sube y baja por la grilla, nada se agrega. Unos minutos después, en su oficina, de espaldas al pibe de Policiales que otra vez revisa su Blackberry, Rinaldi hace lo mismo que Nurit pero con distinto resultado: tan sólo esos minutos después, la noticia ya está en todos los canales. Aunque nadie logra entrar en el barrio de Chazarreta. El único móvil que ya llegó queda afuera de La Maravillosa y transmite la poca información que obtiene desde la barrera. Son las normas del lugar, responde una y otra vez el encargado de Seguridad al movilero que insiste solicitando el ingreso. Rinaldi sintoniza el canal de noticias que pertenece al mismo grupo empresario que *El Tribuno* mientras le dice al pibe: Pedí que me comuniquen urgente con el jefe de noticias del canal. En la pantalla el encargado del noticiero pregunta:

¿Podemos asegurar que Pedro Chazarreta murió degollado? Sí, responde el especialista en noticias policiales mientras se ve en pantalla la imagen del cartel de La Maravillosa que dice «Acceso exclusivo socios», no hay información oficial pero fuentes confiables nos han asegurado que Pedro Chazarreta, el viudo y hasta hace poco imputado en la causa por el asesinato de su mujer, Gloria Echagüe, apareció muerto esta mañana con un tajo en el cuello, en el sillón de la casa que hasta hace tres años compartía con ella, a metros de donde apareció el cadáver de su mujer.

Entonces, el canal de noticias que ve Rinaldi, el mismo que ahora

acaba de sintonizar Nurit Iscar, a falta de imágenes de la muerte de Chazarreta, pone en el aire un informe de la muerte de Gloria Echagüe. No tienen nada todavía, dice para sí www.lectulandia.com -
Página 25

Lorenzo Rinaldi mientras el pibe de Policiales sigue intentando lograr la comunicación que le pidió. Para aquellos televidentes que no recuerdan este crimen que nos tuvo tan pendientes allá por el 2007, dice el locutor y con una media sonrisa se queda esperando las imágenes de archivo.

Gloria Echagüe apareció muerta tres años atrás, con un tajo en el cuello, igual que ahora su marido. La encontró su prima, Carla Donatto, vecina también del country La Maravillosa, que había quedado en pasar por su casa a última hora a tomar un café.

Venite a las seis, le habría dicho Gloria que todos los domingos a las tres de la tarde iba al gimnasio y después de su rutina de cincuenta minutos tomaba un baño finlandés de media hora. Su prima, casada con Lucio Berraiz, ex socio y amigo de Pedro Chazarreta, la encontró tirada boca abajo, rodeada de vidrios de distintos tamaños y formas, con la mitad del cuerpo adentro de la casa y la mitad afuera, atravesando la puertaventana que separa la galería exterior del living de los Chazarreta. Llevaba puesta la ropa de entrenamiento con la que había salido del gimnasio, zapatillas y un gorro Nike negro con visera que todavía seguía en su cabeza.

¿Por qué ese domingo Gloria Echagüe quiso entrar por la puertaventana del living, cuando siempre usaba la puerta del costado lateral que da a la cocina? ¿Por qué debajo de ella no estaba el charco típico de los degollados? ¿Qué hacía una piedra bola, una idéntica a las que adornan el cantero de entrada, en el living de la casa? ¿Cómo Gloria Echagüe, que según testimonios de sus amigas cuidaba tanto ese parquet entarugado, supuso que la puertaventana de vidrio estaba abierta un día en el que lloviznó casi todo el tiempo y con 90% de humedad? ¿Con qué parte del cuerpo Gloria rompió el vidrio?, ¿con la rodilla?, ¿con la frente? ¿Por qué no había otros tajos entonces en su cuerpo? ¿Qué eran esos pequeños cortes en las palmas de las manos? ¿Cuál de los trozos de vidrio que la rodeaban provocó de lado a lado en su cuello un corte tan parejo, tan limpio, tan paralelo a la línea hipotética que describen los hombros de la muerta? ¿Por qué la galería estaba mojada pero no había manchas de barro o pisadas en un día en que todo era mugre?

Nadie se hizo esas preguntas aquel domingo. O pareció que nadie se

las había hecho. Carla Donatto llamó inmediatamente al celular a Chazarreta, quien estaba comprando unos vinos en la proveeduría del country. «Vení ya, Pedro... a tu casa, vení, es Gloria», dijo ella a los gritos según la declaración que tiempo después integraría la causa. Y Chazarreta tardó siete minutos en llegar. El llamado lo encontró en la caja de la proveeduría a punto de pagar, entonces pagó, con tarjeta — a las 18:15

quedó marcado su ticket en la caja registradora—, se subió al auto y fue directo a su casa. Siete minutos exactos, según consta en el expediente. Dos minutos en la caja, un minuto de caminata hasta el auto que había quedado en la otra punta del estacionamiento, un minuto hasta que acomodó los vinos, un minuto para transitar www.lectulandia.com - Página 26

frente al house en un horario donde hay que darle paso a los chicos que salen de las actividades infantiles, y dos minutos para recorrer las cinco cuadras que separan la proveeduría de su domicilio a una velocidad máxima permitida de 20 kilómetros por hora. Siete minutos.

El marido de Carla Donatto se ocupó del entierro, incluso de conseguir un certificado de defunción falso donde decía que Gloria Echagüe había muerto de muerte natural. Todo se hizo con la velocidad de un rayo, y la mujer de Pedro Chazarreta fue enterrada en menos de 48 horas. Pero una semana después su madre, que vivía en el exterior y con la que Echagüe mantenía una relación distante desde su casamiento con Chazarreta, se permitió dudar. Viajó al país, fue a visitar la tumba de su hija, hizo preguntas. Las respuestas no la convencieron. Dudó más aún. Y con ella, por fin, empezaron a dudar todos. El fiscal pidió la exhumación del cadáver y después de pericias y otras diligencias judiciales la verdad salió a la luz: Gloria Echagüe fue degollada fuera de su casa y arrastrada hasta donde se la encontró, luego de que alguien rompiera con una piedra bola la puertaventana de vidrio. El asesino y sus eventuales cómplices limpiaron meticulosamente la sangre que había manchado la galería, borraron sus huellas, acomodaron la escena del crimen y, recién después, se fueron sin que nadie los viera. Nunca se encontró el arma homicida.

Fotos de Gloria Echagüe, fotos de Pedro Chazarreta, fotos de los dos juntos.

Fotos de cuando eran jóvenes, fotos actuales. Fotos de Gloria Echagüe con unas amigas. Fotos de Chazarreta con unos amigos. Fotos de la pareja el día de su casamiento. Fotos de viajes. Fotos de Chazarreta el día del entierro de su mujer. Fotos de Chazarreta el día del inicio del

juicio en su contra. Fotos de Chazarreta cuando lo llevan a cumplir con la prisión preventiva. Fotos de Chazarreta libre. Un breve comentario de aquel momento de Jaime Brena, el único periodista que pudo entrevistar a Chazarreta. Pero nadie tiene aún, claro, la foto de Chazarreta muerto.

Corte.

Entonces Lorenzo Rinaldi le dice al pibe de Policiales: no vamos a ser los primeros pero tenemos que ser los mejores, y le saca el teléfono de la mano.

Nurit Iscar va a su computadora y tipea una a una las direcciones de los primeros diarios on line y agencias de noticias que le vienen a la memoria: *La Nación, Clarín, El Tribuno, Página/12, Telam, Tiempo Argentino, Perfil, Crónica, La Gaceta, La Voz del Interior, La Primera de la Mañana*. Y mientras lo hace piensa cuánta gente, a medida que se vaya enterando de la noticia, dirá: se hizo justicia. Lo mismo que concluía Jaime Brena unas horas antes, cuando escribía los datos que le pasaba el comisario Venturini en el papelito rosa que luego tiró en el tacho de basura del pibe de Policiales, y que ahora está sobre el escritorio de Rinaldi. Porque si bien la Justicia propiamente dicha, la de los jueces y los tribunales, dejó libre a Chazarreta por falta de mérito, la gran mayoría de los habitantes del país, equivocados o no, creen todavía www.lectulandia.com - Página 27

hoy que Chazarreta fue quien degolló a su mujer. O la mandó degollar. Sin embargo, ella, Nurit Iscar, se permite la duda, sólo por eso de la falta de prueba. Aunque entiende el argumento de los otros: ¿por qué hacer pasar por accidente algo que a las luces del más tonto no lo era?, ¿por qué no darle intervención inmediata a la policía?,

¿por qué conseguir un certificado de defunción falso?, ¿puede gente educada en los mejores colegios y universidades ser tan ignorante? Pero sigue sin aparecer la prueba contundente, el arma homicida con sus huellas, un testigo, el ADN tomado de un pelo, del sudor, de otra sangre, lo que fuera que lo condene irrefutablemente; y entonces ella, aunque se equivoque, prefiere dudar. Debe dudar. No importa lo que sienta, lo que intuya. No hay pruebas. No importa cómo le caiga Chazarreta. Todo el mundo es inocente hasta que se demuestre lo contrario. Y ella no sabe si Pedro Chazarreta es inocente, pero sí que no se pudo demostrar que no lo fuera. No es el caso de Jaime Brena ni del 99,99% de la población: ellos no tienen dudas de que ese hombre es el asesino de su mujer. O que la mandó matar. O que sabe quién lo hizo y por qué, y se lo calla. Lo mismo da: culpable. Sin embargo, la

justicia no es democrática, no se vota quién es culpable o no como se hace para elegir a un presidente o a un gobernador. Si lo fuera, si la justicia fuera un recuento de votos de la opinión pública, seguramente se habrían cometido varios errores. No siéndolo, también se los comete. Mientras Nurit revisa las noticias de último momento para ver si encuentra alguna información más acerca de la muerte de Chazarreta, evoca una a una las expresiones posibles que imagina pronunciadas a medida que cada persona conozca esa noticia. «Se hizo justicia», «a la larga el que tiene que pagar, paga»,

«Dios es justo», «quien mal anda mal acaba». En el mismo momento en que lo supo ella, o frente al noticiero de la noche, o con el diario de mañana por la mañana, en el departamento frente al suyo, en el de abajo, en el de la otra cuadra, en el café de la esquina. Hace doble click en la entrada del diario La Primera, ve que ya hay un breve informe de Zippo. Pero no bien comienza a leer, el sonido del teléfono la distrae y, aunque no atiende —nunca atiende sin que antes lo haga el contestador y la voz se identifique de manera que ella pueda decidir si toma el llamado o no—, tampoco sigue leyendo a la espera de que el sonido deje de quitarle concentración en la lectura y segura de que, una vez que la voz se identifique, rechazará el llamado. Pero la voz, esa voz, y la forma en que la nombra, la dejan tan helada como estuvo hace un rato cuando leyó la placa que decía Pedro Chazarreta degollado. Más helada. Hola, Betibú, oye que le dicen, y luego, llamame, mataron a Chazarreta y me gustaría que esta vez sí te ocupes del asunto. Y luego cortan. O corta. Sonido de ocupado. El contestador se detiene. Quien llamó se olvidó de decir quién era, o no se olvidó sino que tiene la certeza de que Nurit Iscar sabrá quién hizo el llamado. Y así es, ella sabe.

No hace falta decirlo. Hay sólo un hombre en el mundo que todavía hoy puede llamar a Nurit con ese nombre, Betibú, un hombre que apenas al oír su voz le hace www.lectulandia.com - Página 28

estremecer dentro de ella lugares que Nurit Iscar tiene casi olvidados: Lorenzo Rinaldi. Y es a él —y en menor medida al mismo Chazarreta, o al crimen que la mayoría de la población está convencida de que Chazarreta cometió— a quien Nurit Iscar, Betibú, le debe que luego de una exitosa carrera literaria —medida según algunos de los parámetros que en la literatura pueden medir éxito para unos y fracaso para otros— no haya vuelto nunca a escribir una sola novela propia, y haya decidido ganarse la vida siendo la escritora fantasma de gente que quiere contar cosas que a Nurit le importan tan poco como Desarma los nudos. Hola, Betibú, Nurit rebobina y escucha la cinta por lo menos cinco veces, Hola, Betibú, como si quisiera

confirmar quién es que llama pero sin dudarlo un solo instante.

No contesta el llamado, sabe que Lorenzo Rinaldi volverá a llamar, en un rato, en un par de horas. Sabe que Rinaldi no se conforma fácilmente si no tiene lo que quiere. Y sabe también que no le quedará, a ella, Nurit Iscar o Betibú, más que atenderlo.

www.lectulandia.com - Página 29

CAPÍTULO 05

Nurit y Lorenzo Rinaldi se conocieron en el año 2005 en un programa de televisión en el que coincidieron como invitados. Ella acababa de publicar *Morir de a ratos*, su tercera novela, que una vez más ascendía a los rankings de libros más vendidos no bien llegaba a las librerías. Él venía de recibir un premio en España por su trayectoria periodística, y en esos días aparecía como novedad editorial su libro de no ficción *¿Quién manda? Poder real de los medios en la Argentina del siglo XXI*. El primer encuentro no fue en el set de grabación sino en la sala de maquillaje. Cuando Nurit entró él ya estaba sentado en una butaca alta —parecida a las que usan los peluqueros de hombres— con una capa de plástico puesta sobre los hombros para que los cosméticos no le mancharan el traje. A ella la ubicaron en el sillón de al lado. No bien se sentó, Nurit le advirtió al maquillador que le gustaba verse sencilla, natural.

Tapame las arrugas, eso sí, pero que no se note, pidió. Rinaldi se sonrió a su lado.

¿Qué arrugas?, preguntó y ella, que sintió que se ruborizaba incluso unos segundos antes de que el color rojo dominara su cara, se excusó señalando sus mejillas: tengo rosácea. Ah, dijo él, y se sonrió otra vez. Luego quedaron en silencio mientras los maquilladores hacían su trabajo, pero dos o tres veces cruzaron la mirada a través del espejo. Antes de irse Rinaldi se acercó, esta vez mirándola abiertamente, pero no le habló a ella sino al maquillador: Lindos rulos, ¿no? Preciosos, contestó el hombre que sacudió el pelo negro de Nurit para que esos lindos rulos se armaran mejor. Ella se sintió incómoda. Se preguntó si la incomodidad sería por sentirse observada, o por recibir un piropo, o por la entrevista, o por el maquillaje, o por la rosácea. Con cada reportaje, como con cada vuelo en avión, en lugar de estar más tranquila sentía más cercana la posibilidad de estrellarse. Y era indefectible que antes y durante la entrevista —igual que cuando se ajustaba el cinturón en el momento de despegar— se preguntara: por qué estoy acá. Pero ahí estaba, otra vez. Para distraerse se puso a

contar los cepillos de distintos tamaños que el maquillador había desplegado sobre la mesada: catorce; y luego contó los colores de la paleta de sombras: sesenta y cuatro.

Apoyame la cabeza en el respaldo y mirame para abajo, mamita, le dijo el maquillador porque Nurit no lograba dejar de pestañear mientras él intentaba ponerle el rímel. ¿No viste qué bien que se portó tu compañero, que ya está listo?, señaló el hombre mientras Lorenzo Rinaldi se sacaba la capa. Nos vemos en el estudio, le dijo Rinaldi a Nurit y salió. De alguna manera, el hecho de que ya no hubiera testigos la alivió y el maquillador pudo terminar con su trabajo decentemente. ¿Quién es?, le preguntó ella mientras el hombre daba por concluido el maquillaje esparciéndole un poco de polvo volátil en los pómulos. Lorenzo Rinaldi, el director del diario *El*
www.lectulandia.com - Página 30

Tribuno, ¿no lo conocés? Sí, claro, de nombre y de leerlo, sí, pero no le conocía la cara, contestó Nurit. Uno de los hombres más inteligentes del país, siguió el maquillador, y uno de los más jodidos, concluyó. Y Nurit muchas veces después de aquel día se preguntó por qué le dio tanta importancia a la inteligencia de Lorenzo Rinaldi y descartó la segunda parte de la frase del maquillador que la habría protegido de unas cuantas noches en vela y de llantos descontrolados.

El programa transcurrió como transcurren la mayoría de los programas culturales: buenas intenciones en un decorado de bajo presupuesto con dos sillones y un escritorio, y cada bloque dedicado a un invitado. El primero lo ocupó un dramaturgo que volvía de un festival de teatro en Berlín, donde había llevado una versión de la Eva Perón de Copi, que había recibido grandes elogios. Nurit llegó al set cuando ese bloque terminaba y mientras abría la puerta la mirada de los técnicos y asistentes se clavó en ella como diciendo: Si hacés ruido, te matamos. Rinaldi, atento a su teléfono celular en modo silencioso, ni siquiera miró, y ella se sentó en una silla ubicada justo detrás de él como si viajaran en un colectivo. Olía a perfume, él, Rinaldi, o a loción para después de afeitarse, buena, cara, seguramente francesa, pensó Nurit. Luego del primer corte fue el turno de él. Su presencia en ese lugar ocupaba todo el espacio, su seguridad parecía tan natural que podía confundirse quién conducía el programa y quién era el invitado. Nurit lo observaba desde su silla en las sombras del estudio, rodeada de cables y de trastos —maderas, tabiques, un juego de cubiertos, un huevo frito y un bife de utilería— que pertenecían a escenografías descartadas de programas que probablemente ya no estaban al aire. Rinaldi habló de su premio, de periodismo, de su nuevo libro y de política, pero en ese momento no estaba tan

enfrentado con el Presidente como lo estuvo años después, por lo que la entrevista resultó cordial y sin la exaltación que se le nota hoy a Rinaldi cuando habla de «el señor Presidente», y lo nombra con ese tono raspado de bronca que ella tan bien le conoce. Nurit se sintió atraída por sus manos, anchas, duras, que movía en el aire cuando se entusiasmaba con alguna parte del relato. Y las canas, que empezaban a aparecerle sobre las orejas.

Y la voz, gruesa, firme, pero pausada. Pensó en su marido, no recuerda qué pensó, pero se le apareció su marido en medio de la voz de Rinaldi, de sus manos y del recuerdo de su perfume. Un asistente le pidió permiso para pasarle por debajo de la ropa el cable del micrófono y eso la distrajo. En el momento en que Nurit volvió a mirar hacia adelante la entrevista había terminado y Lorenzo Rinaldi saludaba a la conductora, mientras sostenía las manos de la mujer entre las suyas y la miraba directamente a los ojos. Si la mujer no fuera casi diez años mayor que él, Nurit habría creído que Rinaldi intentaba seducirla. Cuando más adelante lo conoció supo que él mira así con frecuencia, que Lorenzo Rinaldi es alguien que intenta seducir a quien se le ponga enfrente, sea hombre, mujer, joven, viejo, alto, bajo, gordo, flaco. Cuando Rinaldi pasó junto a Nurit, ella se abatató, se enganchó con un cable que atravesaba el www.lectulandia.com -
Página 31

pasillo y tuvo que agarrarse del brazo de él para no caerse. Cuidado, Betty Boop, le dijo Lorenzo Rinaldi con una sonrisa. ¿Cómo?, preguntó ella. ¿Nunca te dijeron que te parecés a Betty Boop?, le preguntó. Y en lugar de contestar, Nurit Iscar se quedó pensando si lo que acababa de oír era o no otro piropo. No sé si usás portaligas, lo digo por los rulos negros y por la figura, sobre todo por los rulos, aclaró mirándola a los ojos y ella casi como un gesto automático se los tocó, como si hubiera querido verificar que allí estaban. La próxima vez pediles que te pinten los labios más rojos y vas a ser la auténtica Betty Boop, dijo marcando en el aire el contorno de los labios de ella, y luego tomó del bolsillo interno del saco una tarjeta personal y se la entregó.

Por cualquier cosa que necesites, le dijo. Nurit le pidió un minuto para sacar su propia tarjeta de la cartera, pero el movimiento no fue tan simple como el que había hecho Rinaldi para sacar la suya del bolsillo. Si había un lugar en la vida de Nurit donde el desorden reinaba era en su cartera: tickets del supermercado, tres paquetes de pañuelos de papel empezados más algunos pañuelos sueltos, tampones —porque aunque su menstruación había empezado a ser irregular desde que cumplió cuarenta y ocho años, no terminaba de abandonarla—, dos lápices labiales, tres lapiceras de las que sólo funcionaba una, las

llaves del departamento, un cepillo de dientes, una pinza de depilar, un alicate, la factura de la luz que vencía la semana siguiente, un libro, su agenda, el celular, un par de medias de seda por si se corrían las que llevaba puestas.

Por un momento pensó que Rinaldi podría haber visto los tampones o las medias de seda y se ruborizó otra vez, pero en esta oportunidad sabía que no necesitaba excusarse: en ese lugar del estudio y con la base que le habían puesto, nadie podía notarlo. Por los parlantes, el director dijo de mala manera: ¿Qué pasa que no hacen subir a Nurit Iscar al set, muchachos? Nurit levantó la vista al oírse nombrada y se dio cuenta de que mientras ella seguía revolviendo la cartera no sólo estaba allí Lorenzo Rinaldi esperando por su tarjeta, sino también dos asistentes, un productor y hasta la conductora que se había acercado a ver qué pasaba. No te preocupes, dijo Lorenzo, en el diario tenemos tus datos. Rinaldi la saludó y se fue; el asistente la acompañó al sillón que le correspondía, ella se sentó. La conductora la saludó con la misma sonrisa con la que despidió a Rinaldi. Qué linda estás, le dijo, bajaste de peso,

¿no? No sé, dijo Nurit, a lo mejor. Sí, sí, estás linda, dijo la mujer y acomodó unos libros que estaban sobre el escritorio para que la cámara los pudiera tomar. Parecía que todo estaba por empezar, pero la conductora hizo una seña al cameraman y se quedó mirando a Nurit como si pasara algo. Los labios, ¿sabés?, te los pintaron demasiado, están muy brillosos, y después tanto brillo no da bien en la pantalla, le dijo. Un papel tisú, por favor, gritó como si le hablara a alguien que estaba en el techo y luego le preguntó a Nurit: ¿Me dejás que te saque un poquito? Sí, claro, si a vos te parece, dijo ella y apretó entre sus labios el papel tisú que la mujer le acercaba a la boca. Ahora sí, dijo la conductora. Luego la mujer se acomodó el saco del traje

www.lectulandia.com - Página 32

tirando de abajo, se aireó un poco el pelo con los dedos, miró su imagen en un monitor para controlar que estuviera todo bien, y por fin agregó: Me alcanzan un segundo mi rouge y un espejo por favor. Y eso hizo el asistente de inmediato, alcanzarle lo que su jefa le pedía, entonces ella retocó sus labios hasta quedar tan pintada como lo estaba Nurit antes de que le hiciera apretar el papel tisú. ¿Estás lista?, le preguntó la conductora en cuanto terminó su retoque. Y sin esperar a que Nurit contestara, arrancó con el programa: Estamos en este último bloque con la escritora Nurit Iscar, que acaba de publicar su nueva novela: Morir de a ratos, una novela que devoré y que ustedes también van a devorar. Nurit quedó colgada del verbo «devorar», ¿qué quiere decir que alguien devora un libro? ¿Que lo mastica?,

¿que se lo traga?, ¿que lo digiere y luego lo expulsa? Se acordó del cuento de Fontanarrosa, Una velada literaria, donde los protagonistas, dos estudiosos de la literatura, asan al horno con papas distintos libros clásicos que después comen. Se imaginó a la conductora de labios brillosos con Morir de a ratos entre los dientes, desgarrando la tapa y las primeras páginas de un mordisco y se perdió por completo la breve biografía de ella que mostraron en pantalla. La conductora lanzó su primera pregunta y Nurit ya no pudo pensarla devorando su novela. ¿Te molesta ser un best seller?, dijo. No necesitó pensar la respuesta, una vez más y casi automáticamente inició la serie de frases hechas con las que acostumbra responder a esa pregunta —

también una frase hecha— que ya le hicieron demasiadas veces: que por lo pronto ella no es un best seller sino que lo son algunos de los libros que escribió; que no, que no le molesta, que Saramago, Cortázar, Piglia, Murakami y Bolaño también publicaron libros que resultaron best sellers y representan literaturas y lectores muy distintos; que siempre es un halago que el lector te elija; que en la escritura nadie piensa en esos términos, o al menos no ella, que éstos son conceptos de mercado ajenos a la escritura misma; etc., etc., etc. Pero sobre el final de su respuesta, de alguna manera, sintió que, una vez más, pedía disculpas por serlo, y porque sus libros se leen muy rápido, y porque gente que no suele leer lee sus novelas. Y, a instancias de la conductora, tuvo que tomarse un tiempo para pensar si un libro que se lee rápido es o no mejor que uno que lleva muchas horas de lectura, como si cualquier libro que se lee rápido fuera comparable con cualquier libro de lectura lenta. A lo que terminó respondiendo: La verdad que no sé. Sólo mintió frente a la pregunta ¿Te molesta lo que dice de vos alguna crítica especializada? No, no me molesta. Recién sobre el final de la entrevista, cuando levantó la mano derecha para acompañar con el gesto una frase que no terminaba de redondear, fue que se dio cuenta de que todavía tenía la tarjeta de Lorenzo Rinaldi en la mano. Y otra vez Nurit Iscar se acordó de su marido.

Luego, esa noche, mientras comía en su casa con él y sus hijos, se sintió rara, en falta, como si hubiera percibido que detrás de los torpes movimientos de aquella tarde www.lectulandia.com - Página 33

se escondía dentro de ella algo que no era apropiado, dadas sus circunstancias. Las circunstancias no son un tanque blindado, le dijo un tiempo después Lorenzo Rinaldi antes de besarla. Y no lo fueron. Poco después de aquel beso Nurit Iscar le dijo a su marido que quería separarse. Llevó un tiempo, él no estaba preparado. Pero tampoco enamorado a esa altura del matrimonio. Y hoy, cree ella, le debe de

estar agradecido.

La irrupción de Rinaldi en la vida de Nurit no hizo más que dejar en evidencia que su matrimonio estaba acabado hacía más tiempo del que ella creía. Juan, su hijo mayor, ya vivía con un amigo desde que había empezado la facultad, y Rodrigo, el menor, que ese año empezaba el ciclo básico, aceleró su mudanza con ellos, algo que le permitió no tener que optar con cuál de sus padres vivir. Los dos hijos mantuvieron una buena relación con Nurit pero con una frecuencia de encuentros mucho menor que la que ella hubiera querido, alimentada sobre todo por los llamados de Nurit y por sus invitaciones a comer los fines de semana que, a causa de la vida cada vez más independiente de sus hijos, se fueron haciendo poco a poco menos regulares, con ausencias de último momento apoyadas en excusas de distinto tipo.

La relación con Lorenzo Rinaldi duró dos años. El primero se sostuvo con el deseo de Nurit —y la promesa de él— de que se separaría en cuanto pudiera de su mujer. El segundo año fue el tiempo que le llevó a ella dejarlo a pesar de haberse convencido de que él nunca se separaría. Y el final coincidió con la muerte de Gloria Echagüe. Y con la salida de *Sólo si me amas*. A partir de la muerte de Echagüe, Rinaldi le pidió que hiciera una serie de notas para el diario. ¿Pero qué clase de notas?, yo no soy periodista. Non fiction, le contestó él, como Truman Capote.

Truman Capote entrevistó a los sentenciados por un asesinato, y acá no sólo no hay sentencia, sino que nada se sabe, está todo muy confuso, dijo Nurit. Por eso, Betibú, tiene que hacerlo un escritor, es lo que pasa siempre, en las primeras etapas de un caso policial no hay datos concretos o no trascienden y no queda otra que inventar, imaginar, ficcionalizar. Me parece poco serio, dijo ella. Poco serio sería que invente un periodista, y vos no lo sos. Pero de todos modos a mí me parece poco serio que salga en un diario algo inventado por mí sobre un caso real, la gente se puede confundir. La gente siempre se confunde. No me quiero sentir responsable de eso.

Betibú, no defiendas la moral donde no la hay. No es moral, es ética. ¿No es lo mismo? No, yo soy agnóstica. No la compliques más, yo lo único que quiero es que te sientes en el clubhouse de La Maravillosa y escuches lo que dicen los vecinos, que compres en la proveeduría donde compran ellos, que trotes por las calles donde ellos trotan, que juegues al tenis. ¡Yo no juego al tenis! Tomá clases. Basta, Lorenzo, no, yo estoy con la salida de mi nueva novela, ese es mi proyecto hoy, me comprometí a ir a presentaciones, ferias, entrevistas, no tengo tiempo, pedíselo a algún escritor que le interese hacerlo, vas a

encontrar. Pero yo quiero que lo haga «la dama negra de la literatura argentina». No. Quiero que lo haga mi Betibú, dijo, se acercó y la besó. Y

www.lectulandia.com - Página 34

ella sintió que ése era el beso de Judas. Pocos días después, Nurit Iscar dejó a Lorenzo Rinaldi definitivamente. El mismo día que en *El Tribuno* aparecía un extenso informe de Jaime Brena sobre el crimen de Gloria Echagüe en La Maravillosa, acompañado por la opinión de un novelista joven que hablaba acerca de cuál podría haber sido la historia que se escondía detrás de esa muerte todavía no resuelta. Nunca resuelta.

Un mes después salió en el suplemento cultural del diario *El Tribuno* la primera crítica de la novela de Iscar, *Sólo si me amas*. La primera crítica y la peor de todas, que abrió camino para las que le siguieron. A pesar de que ya no estaban juntos, Lorenzo Rinaldi la llamó para advertírsele: Parece que a quien hizo la reseña no le gustó tu novela, Betibú, pero si me meto va a ser peor. No te metas, le dijo ella y esperó que llegara el domingo siguiente, el día en que *El Tribuno* saca su suplemento cultural, con inquietud. La crítica se titulaba: « *Sólo si me amas*, la última y fallida novela de Nurit Iscar». La firmaba Karina Vives, un nombre que ella nunca había oído mencionar. Un nombre que probablemente Nurit no olvide nunca más. La periodista que hoy tiene a cargo la sección Cultura de *El Tribuno*, la que se sienta a la izquierda de Jaime Brena. Esa que suele salir a la vereda a fumar con él.

www.lectulandia.com - Página 35

CAPÍTULO 06

Durante los dos años que duró la relación con Lorenzo Rinaldi, Nurit Iscar, Betibú, se lo pasó investigando, pensando y sacando conclusiones acerca de Betty Boop y lo que su imagen significa. Y aunque no compartió con sus amigas todas las dudas, algunos de sus encuentros terminaron en arduas discusiones acerca de ese personaje. Nurit quería decidir, más allá de que el apodo de su novio casado con otra

—la palabra amante nunca le gustó— fuera cariñoso, si le gustaba o no a ella ser nombrada de esa manera. Por supuesto que Nurit conocía el dibujo, estático en la gráfica y animado en el cartoon, y podía reconocer que la imagen de esa mujer de cara redonda, rulos negros, y

ojos grandes, en algo se le parecía. Pero además, le interesaba saber qué representaba o qué representó en las distintas épocas Betty Boop. Y si eso la representaba a ella, porque todo signo representa algo y esa representación no es ingenua. No seas tan complicada, le decía Rinaldi, te parecés al dibujo y punto. Pero Nurit Iscar era y es complicada, ella no tiene problema en reconocerlo. Si no fuera complicada no seguiría saliendo con vos, fue su contestación a Lorenzo Rinaldi. Complicada y ácida, dijo él. Eso también, confirmó ella. El apodo Betibú tenía, entre sus allegados, aliados y detractores. A sus hijos les gustaba, pero por supuesto no sabían de dónde había salido. Sus amigas votaban a favor o en contra de acuerdo no sólo con sus criterios sino con la simpatía o antipatía que les provocaba Lorenzo Rinaldi y su falta de definición acerca de su vida amorosa, que había puesto en situación de suspenso la vida, no sólo amorosa, de su amiga. Nurit no se podía comprometer con seguridad a nada por si a último momento Rinaldi se libraba de su mujer y podía hacer algún plan con ella: desde programar vacaciones o un viaje de fin de semana, hasta ir al cine. Carmen decía que el tipo era un crápula y que rebautizar a Nurit era la forma no sólo de marcar su ganado sino de no dejar rastros del verdadero nombre de su amante que pudieran ser descubiertos por su mujer. Mi mujer sos vos, respondía Rinaldi a las objeciones de Nurit, y a ella le gustaba creerle. Paula Sibona coincidía con Carmen aunque con vocabulario propio: un reverendo hijo de remil putas. A ella no le importaba el ganado ni los rastros, pero sí que su amiga lo pasara tan mal esperando que Rinaldi tomara decisiones que a esa altura ya era obvio que no iba a tomar. Sin embargo, estaba de acuerdo con llamarla Betibú, porque es cierto que te parecés, a mí su modelo de mujer sexy y mandada me gusta, y sin lugar a dudas es mejor llamarte Betibú que Daisy, Minnie, Barbie o La Chacha. Y porque si a un reverendo hijo de remil putas de vez en cuando se le cae una idea que vale la pena, por qué no usarla, concluyó la misma Paula. Viviana Mansini, en cambio, no opinaba sobre el uso del apodo sino que se limitaba a decir cada tanto: Pobre Nurit, y pobre la www.lectulandia.com - Página 36

mujer de Rinaldi, también ¿no?, no nos olvidemos de ella. A lo que Carmen Terrada respondía: el que no se tendría que haber olvidado de ella es Rinaldi.

Tanto fue el interés por Betty Boop que en una de las reuniones de tercer domingo de mes para lectura de diarios las amigas suspendieron las noticias y se dedicaron exclusivamente a intercambiar la información que cada una traía acerca del cartoon.

La más prolija, como siempre, fue Carmen, que no sólo tenía los textos

ordenados y subrayados sino que cada vez que leía citaba la fuente: la mayoría de las veces, Wikipedia. ¿Pero no es que a los alumnos les dicen que investiguen en lugar de sacar todo de la Wikipedia? Yo no, contestó Carmen, a Wikipedia le hacen mala prensa porque es el sitio más democrático que existe: hecho entre todos, para todos, sin línea editorial. Ése es el verdadero problema, lo que verdaderamente les molesta: quién es el dueño del saber, de la información, dijo. Y sin más empezó a leer el material acerca de Betty Boop: Nació —o la palabra que se utilice para cuando quien nace es un dibujo animado— en 1930. Apareció por primera vez en agosto en el dibujo Dizzy Dishes, en la serie Talkartoon producida por Max Fleischer. La creó Grim Natwick, un reconocido animador de la época, tomando como modelo a la cantante Helen Kane, la del hit «I wanna be loved by you», que murió a las 62 años de un cáncer de pecho contra el que luchó por más de diez años, acompañada hasta el último minuto por su marido de 27. Mirala a Helen, dijo Paula Sibona. Kane en aquel momento trabajaba para la Paramount Pictures, distribuidora de la serie, siguió Carmen. El dibujo de Natwick empezó siendo un caniche francés y de a poco fue tomando forma humana. Recién en 1932 Betty Boop —que todavía no había sido bautizada— fue evidentemente una mujer, cuando las orejas largas se convirtieron en sus característicos aros de argolla y su trompa negra en una nariz pequeña y respingada.

En ese mismo año los productores se dieron cuenta de que ella era mucho más popular que su novio Bimbo, y dejó el lugar de personaje de apoyo en Talkartoon para ser protagonista y recibir el nombre que después heredaría nuestra amiga en su versión fonética: Betty Boop. Betibú.

El dibujo de Natwick fue la primera mujer flapper que apareció en un cartoon. En los años 20 se empezó a llamar «chica flapper» a mujeres jóvenes que desterraron o adaptaron a otros usos el tradicional corsé, redujeron el largo de sus polleras y se cortaron el pelo de manera no convencional. Mujeres a las que les gustaba escuchar jazz y bailarlo en clubes privados, un ritmo que aún no era tan escuchado, y mucho menos bailado, por la mayoría de la gente. Una flapper desafiaba todo el tiempo el estereotipo de mujer impuesto hasta esa época y transgredía la forma en que se suponía que una mujer debía comportarse: fumaba, manejaba automóviles o motocicletas a alta velocidad, tomaba bebidas fuertes y se maquillaba poco. O, en el otro extremo, se maquillaba como sólo hasta entonces lo hacían las actrices o las prostitutas. ¿Siempre en el mismo paquete nos tienen que poner?, se quejó Paula www.lectulandia.com - Página 37

Sibona. La cara con polvo blanco, y las cejas y las pestañas bien

negras para resaltar el rojo de los labios delineados con rouge «a prueba de besos». Y muchas pulseras y collares de cuentas. Zapatos de taco alto para salir y cómodos para trabajar. Más allá de las discusiones acerca de su origen, la palabra flapper apareció en Estados Unidos con la película protagonizada por Olive Thomas llamada *The flapper*, en 1920, que retrataba el modo de vivir de este estilo de mujeres. Thomas era considerada la auténtica flapper y fue recordada, más que como actriz muda, por su trágica muerte: a los veintiséis años, en un hotel de París, luego de haber salido de copas por bares de Montparnasse con su marido Jack Pickford, Olive Thomas bebió una botella de bicloruro de mercurio —una sustancia que Pickford usaba como solución tópica externa por su sífilis— que le produjo la muerte unos días después en el Hospital Americano en Neuilly, en las afueras de París. La acompañaban Pickford y su cuñado cuando murió. A falta de otras pruebas la justicia creyó la versión del accidente, aunque hubo sospechas acerca de si se trató de un suicidio o de un asesinato.

Recién bastante tiempo después de aquel domingo de Wikipedia, cartoons, flappers y mujeres que las inspiraron, Nurit Iscar notaría cuántas coincidencias había entre esta muerte, la de Olive Thomas, y la muerte de Gloria Echagüe. Y la muerte de tantas otras mujeres. ¿Es más frecuente que un marido mate a su mujer o una mujer al marido? Cuando muere una mujer de una forma dudosa, ¿siempre es sospechado el marido?, ¿siempre esas sospechas son fundadas?, ¿nunca hay pruebas? Cuando una mujer mata a su marido, ¿pasa lo mismo o es más probable que termine en la cárcel?

¿Cuál de las dos muertes —o asesinatos— estuvo o está más justificada socialmente?

¿Mató alguna mujer a su marido en un country o barrio privado? ¿Por qué no nos olvidamos después de tantos años de quiénes eran Norma Mirta Penjerek, Oriel Briant, la doctora Giubileo, María Soledad Morales o María Marta García Belsunce?

¿Cuántos casos no resueltos o resueltos a medias de hombres asesinados podría incluir en una lista como ésa nuestra memoria colectiva?

La aparición de este nuevo estilo de mujer, siguió Carmen después del postre, coincidió históricamente con la Primera Guerra Mundial y algunas de sus consecuencias: la escasez de hombres —Decímelo a mí, apuntaría Paula Sibona—, la necesidad de la mujer de incorporarse al mundo laboral, la moda dictada por lo que usaban las actrices, bailarinas y cantantes de la época. ¿Por qué escritores como

Scott Fitzgerald o Anita Loos popularizaron la imagen de las flappers como mujeres atractivas, seductoras e independientes y en cambio Dorothy Parker les dedicó un texto llamado Flappers: Una canción de odio? Y mientras Carmen leía ese texto, Nurit se preguntaba si a ella, a quien le gustaba Dorothy Parker, podía ser Betibú. ¿Le gustaba a ella de verdad Dorothy Parker? Dorothy Parker murió a los setenta y tres años, tenía algunos años más que Helen Kane y treinta y nueve años más que Olive Thomas a la hora de sus muertes, pero, a diferencia de la cantante que inspiró la www.lectulandia.com - Página 38

imagen de Betty Boop y de la actriz ícono de las flappers, Parker murió en un hotel de New York acompañada por su perro y un vaso de whisky. Otra vez las preguntas de Nurit: ¿Quién estaba mejor acompañada al morir? ¿Quién es más fiel y amorosa compañía: un marido casi cuarenta años más joven, un marido sifilítico y sospechado de asesinato, o un perro y un vaso de whisky? ¿Cómo morirá ella, Nurit Iscar, cuando llegue su hora? ¿A qué edad? ¿Dónde? ¿Quién la acompañará? ¿Podrá ella elegir la respuesta a alguna de estas preguntas? ¿Por qué se pregunta tanto acerca de la propia muerte si tiene apenas cincuenta y pocos años? Por eso, porque ya tengo más de cincuenta años, contestó Nurit a la única de sus preguntas para la que tenía respuesta.

Más de la mitad de la vida, una edad que está del otro lado de la colina, donde la loma empieza a caer hacia el siguiente valle.

El petting o juego sexual sin coito o previo al coito, se convirtió en algo usual en la vida de las mujeres flappers. Ah, debe ser como ahora las peteras, dijo Rodrigo que coincidió ese domingo en la casa familiar con las amigas de su madre. ¿Qué es eso?, le preguntó Nurit. Peteras, mamá, la que te hacen un pete. No entiendo. Las que te la chupan. No seas animal que están mis amigas. Vos preguntaste, mamá. Mirá, nene, intervino Paula Sibona, de esta casa vos podés salir como quieras: de izquierda o de derecha, heterosexual u homosexual, universitario o analfabeto, podés ser de la tribu urbana que más te guste, lo que quieras, una sola cosa ni tu madre ni nosotras vamos a permitir: que seas machista. ¿Y yo qué dije? Nada, nada, te lo digo por las dudas, me pareció que cuando te referías al sexo oral fuiste un poco despectivo con el rol de la mujer en el asunto. No, si a mí me gusta que me la chupen. ¡Basta!, intervino Nurit. Ustedes sacaron el tema del petting, no yo, se quejó Rodrigo. Porque estamos investigando un tema relacionado con las flappers. ¿Con las qué? Flappers, un estilo de mujer que apareció en los años 20... Okey, okey, olvidate, la interrumpió el chico, y se puso a mirar televisión.

Las flappers eran populares pero sucumbieron —como tantos— a una crisis económica: el Crack y la Gran Depresión de 1930. La década trajo un resurgimiento de las ideas conservadoras y de los mandatos religiosos, que veían con malos ojos la vida liberal, no sólo desde el punto de vista sexual, de estas mujeres. Incluso el dibujo Betty Boop suavizó algunos de sus rasgos durante esta época: a la pobre primero le alargaron la pollera, después le cerraron el escote, y por fin le sacaron la liga. Pero la verdadera Betty Boop sobrevivió a la censura y varios símbolos flappers quedaron como guiño de género para las generaciones futuras. Al menos para las generaciones futuras en el mundo occidental, que no es el mundo completo.

Betty Boop fue, es y será definitivamente una mujer sensual y sexual. Eso es lo que importa. Usa vestido corto y portaligas, muestra sus pechos con buenos escotes

—pechos grandes pero no desaforados como los de Viviana Mansini a partir de la menopausia, aclaró Carmen—, los personajes con que comparte la serie intentan www.lectulandia.com - Página 39

espiarla cuando se baña, le gusta bailar el hula hula bamboleando las caderas y repetir su frase Boop Boop a Doop mientras baila —frase que Helen Kane intentó impedir que se usara entablando un juicio contra la productora que finalmente perdió la actriz

—. Betty Boop fue una de las primeras en hacer un cameo participando en Popeye el Marino. En los 60 le dieron color en la pantalla y en los 80 explotó el boom de su merchandising; hoy hay desde bombachas hasta tarjetas de crédito Visa del Bank of America con la imagen de Betty Boop. En 1988 hizo otro cameo en una película que terminó ganando un Oscar: ¿Quién engañó a Roger Rabbit? En 1994, una de sus películas de 1933, Snow White, fue seleccionada por la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos para que forme parte de su videoteca y sea preservada en el Archivo Nacional de películas. ¿Eso es bueno?, preguntó Paula Sibona. A mí no sé si me gustaría que preservaran mi imagen en un archivo para la eternidad, eso de que me imagen sobreviva tanto tiempo a mi cuerpo en movimiento me da un poco de impresión. Pero el cuerpo de un dibujo animado no envejece como el nuestro, contestó Carmen. ¿Hacía falta que lo aclararas?, preguntó Paula.

¿Saben las chicas del secundario que la llevan estampada hoy en sus carpetas, cartucheras, mochilas o remeras qué representa Betty Boop? ¿Saben que tuvo que llamarse a la calma en los 30? ¿Por qué esa mujer cartoon reaparece con tanta fuerza en el siglo XXI? ¿Es Betty

Boop sólo un producto más de marketing que consumimos sin pensar? Nurit Iscar no lo cree. Nurit Iscar, Betibú, se resiste a pensar que hoy Betty Boop está en todas partes sólo porque es negocio. Ella sigue creyendo en la fuerza que transmite el ícono, aunque sea al inconsciente de quienes la eligen ochenta años después.

www.lectulandia.com - Página 40

CAPÍTULO 07

A las seis y media Lorenzo Rinaldi vuelve a llamar a Nurit Iscar y ella, esta vez, luego de oír su voz, atiende. Está nerviosa pero preparada. Después de aquel primer llamado, a las cinco y pico de esa misma tarde, Nurit habló dos veces con Paula Sibona, una con Carmen Terrada y recibió varios mails de las dos. No me traten como si estuviera a punto de mandarme la cagada de mi vida, que no tenemos más veinte años, escribió con copia a las dos después del quinto mail de Carmen insistiendo sobre el peligro de relacionarse otra vez con Rinaldi. Por lo menos preguntale antes si se separó de la mujer, pasó tanto tiempo que a lo mejor está libre y no sabemos, sugirió Paula, siempre la más esperanzada de las tres. Es un llamado de trabajo, nada más, respondió ella y apagó la computadora para no leer ningún otro consejo, advertencia o reto de sus amigas hasta después del llamado de Lorenzo Rinaldi.

Esta vez tenés que hacerlo, Betibú, hace mucho que nadie sabe nada de vos, que nadie te lee, ¿cuánto hace que no aparece un nuevo libro tuyo en las librerías? Más de tres años, el mismo tiempo que llevamos sin vernos, piensa ella pero no le contesta la pregunta. Una crónica de estas características en un diario como *El Tribuno* te va a devolver al ruedo. Es que no estoy segura de querer volver a ningún ruedo; pero si tuviera que elegir, a lo mejor preferiría torear que meterme otra vez en las fauces de la literatura y sus derivados en esta ciudad. Te va a devolver a tus lectores, ¿eso suena mejor? Nurit Iscar no contesta, por un instante se queda pensando en el sonido de su voz, de la voz de Lorenzo Rinaldi, y no en lo que dice. Esa voz es la misma, no cambió en estos tres años. La voz tarda más en envejecer, piensa. ¿Y sus manos?

¿Seguirá teniendo arriba de sus orejas esas canas que ella acariciaba o su pelo oscuro estará ahora más blanco? Intenta concentrarse otra vez en lo que esa voz le dice:

¿Cuánto querés?, ¿una columna?, ¿media página? Ella sigue sin responder. ¿Qué escritor que conozcas dispone hoy de media página

en un diario que leen millones de argentinos? Ella suspira e intenta una pregunta directa: ¿Por qué querés que sea yo?, lo tenés a Jaime Brena en la redacción, quién mejor que él, que debe ser el periodista que más investigó y más sabe acerca del asesinato de la mujer de Chazarreta. Jaime Brena está afuera. ¿Qué quiere decir que está afuera? Cambió de sección dentro del diario. Ah, no sabía, dice ella, ¿por qué? Decisión editorial, agrega Rinaldi. Decisión editorial, linda frase para no decir nada; insisto: ¿por qué yo? Lo mismo, decisión editorial. No, a mí no me arreglás con una frase hecha. Cierto, casi me había olvidado de lo terca que sos. A ver, Betibú, tenés que ser vos porque en estos casos, sobre todo al principio, nadie sabe nada de nada por el secreto de sumario; en el punto en que está la cosa hoy, no se trata de investigar y repetir lo poco que dicen todos, hay que

www.lectulandia.com - Página 41

pensar, tener imaginación y, sobre todo, escribir bien. En el arranque se engancha al lector con la escritura y no con la información. Vos sos la dama negra de la literatura argentina, y la dama negra puede redactar lo que *El Tribuno* necesita en este momento; yo entiendo todo lo que hay que entender del mundo de la noticia y soy el editor de este diario, por eso sé que vos sos otra vez la mejor opción, como lo eras hace tres años, aunque no hayas aceptado aquel trabajo; eso quiere decir «decisión editorial», ¿ahora te gusta más? Un poco más. ¿Aceptás entonces? Si aceptara, lo que yo podría hacer no sería periodismo. Ya lo sé, te quiero a vos porque sos novelista, los periodistas jóvenes cada vez vienen peor preparados, parece que escribieran con los pies, yo quiero alguien que escriba bien, algo tan sencillo como eso. Brena escribe bien, dice ella. Pero tiene otros problemas. Quién no. Mirá, Betibú, te conseguí un lugar en La Maravillosa, un director del diario compró hace un tiempo una casa con la idea de usarla los fines de semana pero no va nunca. Te instalás desde mañana allí con quien quieras, tratá de que no me ponga celoso, y escribís. Escuchás, mirás, pensás, inventás, y escribís. No me interesa que busques la verdad, me interesa que escribas algo que a la gente la atrape, que cuentes ese mundo, que describas a los personajes que vas a ver pasar, eso que vos sabés hacer tan bien. Pensalo, te llamo en dos horas para una respuesta por sí o por no. Ella se queda en silencio un instante y luego dice: Okey, llamame en dos horas.

¿«Tratá de que no me ponga celoso» te dijo el conchudo?, pregunta Paula Sibona sin terminar de creer lo que su amiga le acaba de contar. Sí, responde Nurit, que convocó a sus amigas a una reunión de emergencia en su casa. ¿Sabés qué?, se te nota que querés hacerlo y eso me preocupa, le dice Carmen Terrada. Pero juro que no es por Rinaldi. Sí, sí, claro, ironiza Paula. Es por mí, insiste Nurit, porque es

trabajo, porque en dos semanas más termino de desarmar los nudos de la ex mujer de ese transportista y me quedo sin ingresos a la vista, porque sería la oportunidad de cambiar aquello que pasó hace tres años. ¿Rinaldi sigue casado?, pregunta Carmen.

No sé, responde ella. Si sigue casado no vas a cambiar nada, sentencia Paula. No me refiero a cambiar mi relación con él, me refiero a cambiar una decisión de mi carrera que a lo mejor estuvo equivocada; creo que si hubiera aceptado hacer ese trabajo quizás hoy seguiría escribiendo novelas propias. Mirado desde ese punto de vista me gusta más, dice Carmen. Pero sólo desde ese punto de vista. ¿Alguna de las dos sería capaz de venir a regar mis plantas? Cagamos, lo vas a hacer, concluye Paula. No sé, siento que esto me acercaría a un trabajo mucho más gratificante que escribirle libros a otros. En eso tenés razón, dice Paula. Pero cuidate de Rinaldi, pide Carmen. Me voy a cuidar. No sólo por vos, también por nosotras, ¿con qué grúa te levantamos si caes otra vez en las redes de ese tipo?

Tal como habían arreglado, dos horas después de que Nurit había escuchado su primera propuesta, llama por tercera vez Lorenzo Rinaldi. Sus amigas todavía están www.lectulandia.com - Página 42

allí con ella. Cuidate, repite Carmen antes de que Nurit levante el tubo. Y preguntale si la casa que te dan en el country tiene pileta, dice Paula.

Una hora después Rinaldi arregla con su colega, director administrativo de *El Tribuno*, los detalles para que al día siguiente Nurit Iscar pueda establecerse en su casa de fin de semana en La Maravillosa. Ella arma una pequeña valija, de esas que en un avión le dejarían llevar como equipaje de mano, parece poco para un mes pero Nurit no cree que aguante tanto tiempo en esa casa. Antes de instalarse en el country de los Chazarreta, según lo acordado con Lorenzo Rinaldi, Nurit Iscar tiene que pasar por la redacción del diario para que él le dé las llaves, más algunas instrucciones acerca del uso de la casa, y para conversar con Rinaldi y con el periodista a cargo de Policiales sobre los detalles del caso. Desde allí, cuando terminen, la va a llevar un auto del diario directo a La Maravillosa para que de inmediato pueda empezar a trabajar.

En el mismo momento en que Nurit Iscar cierra la valija y la deja a un costado de su cama, el pibe de Policiales, en su casa, abre el buscador de Google una vez más en el día y combina distintas palabras clave con el objetivo de encontrar algún dato relevante para llevarle a Rinaldi al día siguiente: Chazarreta + degüello + La Maravillosa.

Mierda, nada que sirva. Revisa la larga lista de tweets que se le acumularon, pero los relacionados con la muerte de Chazarreta no hacen otra cosa que enunciarla. Luego intenta dos o tres llamados con resultados también poco satisfactorios. Lo llamaría a su antiguo jefe, Zippo, que siempre tiene buena data, la mejor. Pero Zippo ahora es la competencia, así que el pibe no está tan seguro de que sea tan locuaz con él como lo es en la redacción, a quien desde que cambió de diario considera no sólo traidor sino un idiota. También lo llamaría a Jaime Brena, pero ya lo hizo tres veces y el tipo no le contestó los llamados. Además, su novia lo está esperando metida en la cama para ver un capítulo estreno de Grey's Anatomy, así que mejor suspender la tarea por hoy mientras el pibe de policiales está cerrando programas para apagar su computadora. Paula Sibona y Carmen Terrada hablan en el taxi que comparten de regreso a sus casas acerca de cuánto les preocupa que Nurit caiga otra vez bajo el demoledor efecto Rinaldi. Aunque no podrían asegurar que ellas, en el lugar de su amiga, no harían lo mismo. Mejor dicho, están seguras de que harían lo mismo. Y cosas más humillantes también. Ejemplos sobran, mejor no recordarlos, dice Paula. Y Carmen Terrada completa: Yo me olvidé de todo, lo juro.

Pero no se trata de ellas, sino de Nurit Iscar, y su obligación de amigas, más allá de comprenderla, es ayudarla a que Lorenzo Rinaldi no arrase con Nurit otra vez.

Mientras tanto, Gladys Varela, desde que llegó de La Maravillosa, no para de contar en su barrio los detalles de lo que vio. Es medianoche y los vecinos siguen en su casa hablando de la muerte de su patrón. Ella es hoy una celebrity. Si la muerte de Chazarreta no hubiera sido adentro de un country, yo habría aparecido más en la tele, www.lectulandia.com - Página 43

se queja. Pero en los countries, Gladys Varela lo sabe, no entran las cámaras sin autorización, casi ni la policía sin orden de allanamiento hasta que modifiquen los procedimientos como prometió el gobernador, así que si alguien le quiere hacer un reportaje va a tener que ser en su casa o en la cola antes de entrar en La Maravillosa.

Aunque ahora, se acaba de dar cuenta Gladys Varela, ya no va a hacer cola frente a la barrera, al menos por un tiempo. Ella ya no tiene trabajo ni patrón en La Maravillosa.

Se tendría que poner a buscar otro; lo va a hacer pronto, pero no ya. Le dijeron que en la puerta del country pregunta por ella la gente de un noticiero para llevarla a los estudios, aunque todavía no vinieron a

su casa. Le dijeron que por esas participaciones se puede pedir buena plata. Le dijeron, le dicen otra vez en este momento. A lo mejor se da una vuelta por la puerta de La Maravillosa mañana, ve si siguen las cámaras allí y se presenta con el notero. Sí, eso va a hacer, piensa Gladys Varela, en el momento en que Karina Vives pone música clásica en la computadora de su casa y se dispone a darse una ducha. Recuerda lo que Brena le contó de la muerte de Chazarreta y se pregunta si la noticia ya habrá aterrizado en los canales de televisión, pero su interés no llega a tanto como para romper la paz de su hogar encendiendo ese aparato y buscando un canal de noticias. Sí, definitivamente, a ella Chazarreta y su muerte le importan poco en este momento, ya mañana oír hablar bastante del asunto en la redacción. Se pregunta también si el pibe de Policiales habrá sabido qué hacer con el papel rosa que ella le señaló de parte de Brena en su tacho de basura. Y se teme que no habrá sabido qué hacer. O no se teme, está segura; además, a ella qué le importa en definitiva lo que haga el pibe de Policiales. Bajo la ducha, con Carmina Burana de Carl Orff a todo volumen y el agua caliente corriéndole por la espalda, Karina Vives ya no piensa ni en Chazarreta, ni en el pibe de Policiales, ni en Jaime Brena, sino en si ya será tiempo de que se decida y anuncie en la redacción que está embarazada. Espera que nadie le pregunte de quién. Porque si algo a ella no le gusta, es dar explicaciones. Y que no le hagan chistes estúpidos ni preguntas idiotas como qué apellido le piensa poner. Karina Vives mete la cabeza debajo de la lluvia y deja que el agua caliente la relaje, cuando a más de treinta cuadras de allí Jaime Brena entra en su casa. Son cerca de las once de la noche, y trae con él un paquete con tres empanadas de carne que compró en la rotisería de la esquina. Antes de eso caminó, se metió en un cine a ver una película pero se quedó dormido, llamó a Irina para ver cuándo puede pasar a buscar los libros que quedaron en la casa que compartían —libros que le reclama desde que se separaron, casi dos años atrás—, pero Irina no le contestó el llamado. ¿Creerá ella, Irina, que los libros que uno compra a partir de gustos, preferencias, recorridos y errores, la biblioteca personal que uno arma a lo largo de su vida, es también un bien ganancial?, se pregunta. ¿Lo es? No, no lo es, que ella crea lo que quiera. Aunque el Código Civil diga lo contrario, él está convencido de que podría defender ante el juez que sea que la www.lectulandia.com - Página 44

biblioteca propia no es bien ganancial. No lo es. Cómo podría serlo. Jaime Brena siente que si su ex mujer, o cualquier otra mujer de las que tuvo en su vida, se quedara con esos libros, sería equivalente a que no le quisiera devolver su ropa, sus zapatos, los cuadernos donde tomó notas todos estos años o las fotos de su madre. En realidad, no

son cuadernos sino anotadores Congreso, esos blocks de hojas pequeñas en los que la tapa y las hojas se mueven hacia arriba en lugar de derecha a izquierda.

Allí él anota día a día qué habló y con quién. Por las dudas, por si alguien se queja, por si le preguntan de dónde sacó alguna información. Para cubrirse. Y debajo del día traza una doble línea larga. Los zapatos y los calzoncillos se los trajo él en el bolso con el que se fue de la casa que compartían. Fotos de su madre nunca tuvo. Los anotadores Congreso los tiene, se los mandó Irina en una caja el mismo día en que él consiguió ese departamento y dejó el hotel dos estrellas donde pasó los primeros días de hombre separado. Pero los libros no. A veces, él lo sabe, las mujeres se cobran lo que creen que les deben de maneras muy peculiares. Pasó por delante de esa casa, la que compartió durante casi veinte años con Irina, pero no se atrevió a tocar el timbre.

El portero lo reconoció y lo saludó con un gesto duro, apretando la boca como para hacer un chasquido y negando con la cabeza varias veces, gesto que Brena entendió como de queja a las mujeres y solidaridad de género. Volvió a pensar en el perro.

Pensó en él, en Jaime Brena, llevando un perro. La idea le gusta. Definitivamente lo va a intentar, un día de éstos se va a comprar un perro. Si ya lo hubiera decidido, si ya tuviera uno con él, ahora que entra en su departamento con las empanadas de carne el perro lo recibiría moviendo la cola, le haría gracias alrededor, estaría husmeando el paquete que lleva, y él sentiría que ese perro está contento de que su dueño, Jaime Brena, haya regresado a casa. Y que es sincero. Un perro no miente. No puede mover la cola falsamente. Además, un perro no se queda con la biblioteca completa que uno construyó a lo largo de la vida y cuando se le reclama que la devuelva no contesta los llamados. Un perro jamás haría nada así, ni equivalente. Jaime Brena primero apoya las empanadas arriba de la mesa y después enciende la luz. Cuando va a dejar las llaves sobre la mesita de entrada, se da cuenta de que a un costado de la puerta hay un sobre de papel madera al que seguramente, sin advertirlo, le pasó por encima unos segundos antes. Para: Jaime Brena, De: Comisario Venturini. Lo abre, hay una hoja oficio con frases garabateadas y sobre ella, enganchado con un clip, un papel de notas más corto que dice: Brena querido, vas a tener que bañarme en Dom Pérignon. Te mando los comentarios in situ de la policía científica. Los anoté para vos y te los estoy haciendo llegar por un efectivo de la Bonaerense que va para ese lado. Por supuesto, no tienen el valor de una autopsia, para eso habrá que esperar, pero acá tenés la data varios días antes y,

por lo que me dijeron los que saben, la autopsia va a decir más o menos lo mismo. Ya hay muchos tontos diciendo lo que no es. Abrazo.

las empanadas, pero el microondas no estuvo andando bien los últimos días así que decide que es mejor comer las empanadas antes de que se enfríen. Ya ni se acuerda de cómo se calienta algo a baño María. Y horno común no enciende ni piensa encender en los años de vida que le quedan por delante. Se sirve el fondo de una botella de cabernet sauvignon que abrió dos noches atrás y prende la televisión. Busca un noticiero. Como se imagina, la muerte de Chazarreta está entre los titulares, pero es evidente que siguen sin tener demasiado qué decir porque llenan el espacio con notas viejas del asesinato de Gloria Echagüe, y hasta se ve a sí mismo en algún canal, con un poco más de pelo que hoy y mucha menos panza, hablando de aquel caso. Nada nuevo, nada importante. Cuando termina de ver su propio informe, mete lo poco que ensució en la pileta y lo enjuaga. Toma el sobre que le mandó el comisario Venturini y se va al dormitorio. Está cansado y espera dormirse pronto. Se saca los zapatos y la ropa. El bóxer que lleva puesto está a la miseria, fue negro alguna vez pero ya no puede decirse ni siquiera que sea gris. Va a tener que comprarse un par de calzoncillos nuevos. Antes se los compraba Irina. Pero no puede ser tan difícil comprarse un par de calzoncillos. Pone un almohadón alto en los pies de la cama para levantar las piernas y mejorar la circulación. Toma el informe del comisario Venturini y lee. El cuerpo se presenta en un sillón de terciopelo verde, en la mano derecha tiene una cuchilla de asado y a sus pies un vaso de whisky. La botella de whisky prácticamente vacía en el sillón, entre el cuerpo de Chazarreta y el apoyabrazos derecho. La herida en el cuello mide 16 centímetros aproximadamente. Con cola de ataque en mastoides izquierda y cola de salida en región laterocervical derecha. La cola de salida es más larga que la de entrada. Y más superficial. La herida es recta y paralela al piso, excepto en la salida, donde se eleva. El tajo secciona la membrana cricotiroides y deja ver el vestíbulo de la laringe. Tiene labios bien separados y ángulos agudos. Los bordes y paredes están limpios, sin puentes de conexión entre uno y otro lado. No se observan cortes de tanteo ni heridas que permitan suponer defensa de un ataque. La mancha de sangre al pie del sillón no es a la hora de la inspección roja brillante, con lo cual ha pasado algún tiempo desde el degüello de Chazarreta. Pero no muchas horas, ya que recién empieza a coagular. Es probable que la muerte haya sido por embolia gaseosa y no sólo por hemorragia debido a que por la profundidad del corte es muy posible que haya entrado sangre en los conductos respiratorios. Brena deja las notas que acaba de leer a los pies de la cama. No saca conclusiones, está cansado. Ni siquiera sabe si mañana por la mañana

recordará lo que leyó. Pero qué importa, si él no tiene que ocuparse de esto. Él tiene que informar a la población que el 65% de las mujeres de raza blanca duerme boca arriba y el 60%

de los hombres boca abajo, mañana, hoy ya mandó una nota de parrilla. Ésa es hoy su misión como periodista después de cuarenta y tantos años de trabajo. Siente desprecio. No sabe si desprecio por él, o por Rinaldi, o por esta cosa extraña en la que www.lectulandia.com -
Página 46

se convirtió la profesión. Su profesión. Mañana va a volver a estudiar ese asunto del retiro voluntario. Acoger, qué verbo. Se sienta en el borde de la cama y abre el cajón de la mesa de luz. Antes de dormirse debería contestarle el llamado al pibe de Policiales, ver qué quiere y pasarle la información que acaba de leer y ya no recuerda, piensa. No sabe si se lo merece, el pibe, pero uno nunca sabe quién se merece qué. Y

el comisario Venturini se tomó tanto trabajo que no sería justo desairarlo. Sí, tiene que llamar al pibe de Policiales. Con el cajón de la mesa de luz todavía abierto, Jaime Brena tantea y agarra la lata donde guarda la marihuana picada, una lata chica que alguna vez contuvo, en cambio, pastillas de limón, y deja el llamado para después.

Abre la lata, la marihuana picada es poca, para dos o tres porros, cuatro con buena suerte. Revisa el cajón a ver si quedó algo de la última piedra que compró, tantea varias veces sobre la madera, pero no encuentra nada. Va a tener que ubicar a su proveedor antes del viernes si no se quiere quedar sin fumar todo el fin de semana. Y

esta vez, cuando lo llame, se va a quejar de la calidad: demasiado palo y semilla.

Agarra el atado de cigarrillos Virginia Super Slims, toma uno, y vacía el tabaco en el cenicero. Le gustaría saber armar, pero siempre fue muy torpe con las manos y a esta altura ya no va a aprender. Virginia Super Slims rellenos no está mal. Apoya en diagonal el cigarrillo vacío sobre el fondo de la lata y lo desplaza hacia delante como si fuera una pala, intentando que la marihuana entre. Levanta el cigarrillo y lo sacude levemente como para que la hierba baje y deje espacio para un poco más. Luego repite el movimiento varias veces hasta que el porro está listo. Lo aprieta en la punta.

Lo enciende, da una pitada, retiene el humo y después lo larga despacio. Llama al pibe de Policiales que, como en ese mismo

momento está cojiendo con su novia, no atiende. Brena deja el teléfono a un costado, sobre la cama, y fuma una vez más. Se acomoda entre las sábanas. Se dispone a relajarse. Nota cómo el cuerpo se le va ablandando, sobre todo la cintura. Se sonríe. Da una última pitada y luego apaga el porro, con cuidado, para poder seguir fumando, en otro momento, lo que queda de ese falso Virginia Super Slim. Las hojas manuscritas por el comisario Venturini se caen de la cama y resbalan por el piso de madera. El pibe de Policiales se deja estar junto a su novia un instante, luego le da un beso en la frente y va al baño. Recién cuando vuelve ve la llamada perdida de Brena iluminando la pantalla de su celular.

¿Vos no escuchaste que sonaba el teléfono?, le dice a su novia con voz enojada como si no escucharlo hubiera sido culpa de ella. El pibe de Policiales llama a Jaime Brena.

Suena el teléfono en medio de las sábanas arrugadas de la cama de Brena, que ya duerme. Atiende el contestador. El pibe corta sin dejar mensaje y vuelve a llamar, suena y otra vez aparece el contestador. Se maldice. Le da la espalda a su novia y se tapa con la sábana. Cierra los ojos pero se queda con el teléfono en la mano, por si vuelve a sonar. La chica gira hacia el lado contrario. Jaime Brena duerme relajado, profundo, no existen para él en este momento ni Chazarreta, ni el retiro voluntario, ni www.lectulandia.com - Página 47

los hombres y mujeres de raza blanca. Si sueña, no es con ellos. Si soñara con alguno de ellos, su cara no tendría la paz que tiene. Junto a él se ilumina la pantalla de su teléfono con las llamadas perdidas del pibe de Policiales. Dos (2) llamadas perdidas, número desconocido.

www.lectulandia.com - Página 48

CAPÍTULO 08

Pantalón negro y una blusa vaporosa, que no sea transparente pero sí sugestiva.

Ésa fue la indicación de Paula Sibona con respecto al atuendo que debía ponerse Nurit Iscar para la reunión con Rinaldi al día siguiente. No importa que ya no exista nada entre ellos. No importa que Nurit haya tomado este compromiso sólo por cuestiones profesionales. Y de subsistencia. Y de reparación histórica. Nadie se enfrentaría a un antiguo amor, años después, en una edad tan ingrata para la mujer como los cincuenta y pico, sin producirse mínimamente, le dijo su amiga. Y Nurit Iscar sabe que su amiga tiene razón. Él, Lorenzo

Rinaldi, estará como siempre, supone. Tiene la absurda sensación de que estos tres años pasaron sólo para ella. En la foto que acompaña los editoriales de Rinaldi se lo ve igual. Pero no sabe si creerle, los periodistas a partir de determinada edad no actualizan esas pequeñas fotografías que ilustran sus notas en los diarios. Los escritores tampoco las que aparecen en las solapas de sus libros. Cuando una de ellas sale bien, queda ésa eternamente. Sin embargo, a pesar de tener claro que las fotos engañan, Nurit no puede evitar esa absurda sensación: él debe estar igual. Lorenzo Rinaldi, sí. La debacle de los hombres no es a los cincuenta: o la vida ya los arruinó antes, o los arruina después. Ella, si no es la que era, tiene que disimularlo. O compensarlo. O buscar la ropa adecuada que realce lo que tiene que realzar y esconda lo que tiene que esconder. Por ejemplo, perdió su cintura. No tiene panza, y eso lo agradece, pero perdió su cintura. La cola se cayó, no demasiado, pero lo suficiente como para que un jean haga dos o tres pliegues debajo de las nalgas. Más se cayeron los muslos, se desparramaron hacia los costados y se arrugaron. La piel de las piernas se le empezó a poner transparente, y no transparente bebé sino transparente viejo. Además de una várice que odia y la acompaña desde hace mucho tiempo —se la quiso operar pero cuando le describieron que tenían que tirar de ella con algo parecido a una aguja de crochet porque es una vena que recorre toda la pierna y se inserta en el tronco a través de la vagina, casi se desmaya y descartó en el mismo momento cualquier cirugía—, en las pantorrillas le salieron más arañitas. Pero para compensar casi no le salen más pelos, lo que es una de las pocas ventajas del envejecimiento. Tiene ya algunas manchas en la cara que promete que algún día se va a hacer sacar con puntas de diamante o luz pulsada como hizo Viviana Mansini. Lo hará el año en que escriba varios libros como Desarma los nudos, que le dejen la cabeza destrozada pero un margen de ahorro. En cambio, en las manos no tiene manchas. Tampoco tiene demasiadas arrugas en la cara. Ni en el cuello que, aunque no echó todavía papada, perdió tonicidad. Nadie en su familia se arrugó mucho, ni su madre, ni su abuela, así que supone que ella continuará con la

www.lectulandia.com - Página 49

tradición familiar de mujeres tensas. Tensas en varios sentidos. Las tetas no se cayeron, se expandieron con equidistancia, hacia los costados, hacia arriba, hacia abajo. Siente que le salen desde más cerca de las clavículas y sabe, además, que se le marca el surco entre los dos pechos, algo que nunca antes había sucedido. Nurit se conforma diciendo que para sus cincuenta y cuatro años está demasiado bien. En ese sentido no se parece a Betty Boop, ella no es un cartoon, mientras el dibujo animado conserva intactos los rulos, la

boca y las piernas, su cuerpo, el de Nurit Iscar, Betibú, va mutando año a año. ¿Cómo sería una Betty Boop de cincuenta y pico de años?, se pregunta. ¿La dibujarían preocupada —como ella lo está hoy, a minutos de ver al último hombre del que estuvo enamorada— por cómo luce su cuerpo? No se acuerda de haber pensado en sus manchas, ni en la cintura que perdió, ni en sus muslos en los últimos tiempos. En realidad, nunca se preocupó demasiado por estas cosas. Pero hoy, cuando la vea Lorenzo Rinaldi, quisiera estar —tiene que reconocerlo— por lo menos, digna. Un cuerpo digno. ¿Hasta cuándo una mujer sentirá que tiene la obligación de lucir «linda»? Cincuenta y cuatro años. Ella quisiera tener un poco menos. No pide veinte, ni treinta. Cuarenta y cuatro o cuarenta y cinco, apenas una década de diferencia. Tendría que haberse separado entonces, aunque sus hijos fueran un poco chicos, igual los hubiera criado bien, está segura. Ésa fue su mejor edad.

Pero entonces no lo supo, y ahora ya no importa. No se puede volver a atrás. Sólo se puede realzar lo que se tiene que realzar y esconder lo que se tiene que esconder.

Por eso acepta lo del pantalón negro que le propuso su amiga, aunque si se vistiera pensando que de allí va directo a un country se pondría un jean. Country da para jean, short o bermuda y ella short o bermuda no usa desde hace tiempo por esa maldita várice. Pantalón negro no está mal. Pero la camisa vaporosa sugerida por Sibona la cambia por una remera blanca, de mangas tres cuartos y escote redondo y generoso que resalta sus pechos, la parte del cuerpo de Nurit Iscar que ella considera con mejores posibilidades, a pesar de su expansión.

Baja del taxi con la valija y va a la recepción del diario. Entabla una pequeña discusión con la recepcionista acerca de si puede o no entrar en la redacción con la valija que lleva, pero finalmente la viene a buscar la secretaria de Rinaldi y eso le allana el camino. ¿Qué tal, señora Iscar? Hace mucho que no la veía por acá, le dice la mujer mientras van hacia el ascensor y Nurit no logra definir si en el tono con el que pronuncia la frase «hace mucho que no la veía por acá» hay un dejo de ironía o no. Tal vez es sólo ella que se siente perseguida por el pasado. Sí, hace mucho que no vengo, le contesta. Esa secretaria que la acompaña es la misma que asistía a Rinaldi cuando ellos estaban juntos y más de una vez la llamó en nombre de su jefe para pasarle mensajes, la mayoría de esas veces humillantes para Nurit, por ejemplo: Dice el señor Rinaldi que no lo espere, que no va a poder ir. O le mandó cosas de parte de él: entradas para algún espectáculo al que iban a ir juntos y luego Rinaldi canceló a

www.lectulandia.com - Página 50

último momento, pasajes, flores, bombones. Nurit Iscar se da cuenta de que el hecho de que aquella relación haya sido clandestina para Lorenzo Rinaldi la hace sentir a ella, aún hoy, incómoda. Como si la mirada de esa mujer, de alguna manera, la juzgara. O como si ella volviera a juzgarse a través de los ojos de esa mujer. Aunque Nurit sí se separó, aunque ella no engañó a nadie ni necesitaba clandestinidad, igual se siente molesta. ¿O será que lo que de verdad la molesta, la inquieta, la humilla, es que esa mujer sabe que Rinaldi no la eligió a ella, que a diferencia de Nurit él prefirió seguir casado y prolongar la relación en forma clandestina hasta donde durara y nada más? La elegida. No es fácil aceptar que una no es la elegida, piensa, una siempre sueña con serlo. La secretaria la hace sentarse en la recepción anterior a la oficina de Rinaldi y le ofrece un café. No, gracias, dice Nurit. Si ya le dolía el estómago, un café recalentado de cafetera de oficina enchufada las 24 horas no le va a hacer nada bien.

Unos minutos después irrumpe en el pasillo un hombre joven que dice: Me espera Rinaldi, y avanza hacia la puerta de su oficina sin esperar la autorización de la secretaria, sin ni siquiera suponer que necesita algún tipo de autorización. Pero la mujer lo para en seco: A la señora también la espera el señor Rinaldi; sentate, en seguida los hace pasar. ¿Juntos?, pregunta él sin entender. Nurit no pregunta. Juntos, repite la secretaria y se levanta a hacer unas fotocopias. El hombre gira hacia donde está sentada Nurit, la mira, le hace un movimiento con la cabeza que no llega a ser un saludo y dice: Tendremos que esperar, entonces. Ella sonríe y repite lo mismo: Tendremos que esperar. Pero el pibe de Policiales no se sienta junto a ella para compartir la espera sino que se instala frente a la ventana y mira hacia afuera sin mirar.

Unos minutos después están los dos, el pibe de Policiales y Nurit Iscar, dentro de la oficina de Lorenzo Rinaldi. Ya se habrán presentado, dice él, y aunque ellos no lo hicieron Rinaldi continúa la charla como si cada uno supiera quién es el otro. Nurit Iscar se va a ocupar de darle a este caso un toque de non fiction, dice Lorenzo Rinaldi, y de buena escritura. Non fiction, repite el pibe de Policiales. Y vos vas a hacer el trabajo más de investigación, más policial, de pura técnica periodística, ¿me entendés? Más o menos. Ella se va a instalar en La Maravillosa, le alquilé una casa, se va a mezclar con la gente, va a escuchar, a observar y a escribir. A mí ese trabajo de campo también me vendría muy bien, dice el pibe de Policiales con tono tranquilo, tratando de que no se note que es una queja. Aunque lo es. Lo compensás con buenos contactos, y por supuesto si Nurit se entera de algo relevante te avisará; vos por tu lado lo mismo, cualquier dato concreto e importante que tengas la llamás o le mandas un mail. Allá

hay una computadora instalada con wi-fi y todo lo necesario para que puedan estar en contacto permanente. Vos pasame tus notas directamente a mí, le dice al pibe, sin pasar por el pro-secretario, las voy a revisar yo mismo. Los informes de Nurit van a salir a partir de mañana o de pasado si es que hoy no llega con algo al
www.lectulandia.com - Página 51

cierre, dice Rinaldi, y luego agrega: Reservale media página. ¿Media página?, repite el pibe. Sí, ¿te parece poco o mucho?, le pregunta a su vez Rinaldi, aunque sabe la respuesta. No, no digo que sea poco o mucho con respecto a lo que ella tenga para contar, pero si ocupamos media página con su informe no va a quedar nada para otras notas, esta vez sí se queja el pibe. Si tenés tanta cosa buena para publicar y te falta espacio, le damos a ella una página especial, fuera de tu sección, no te preocupes, dice Rinaldi y se queda mirando directo a los ojos del pibe, que le sostiene la mirada como puede. Nurit asiste con incomodidad a esa pelea tácita pero no interviene, no corresponde que lo haga, se dice. No le gustaría empezar la tarea poniéndose en contra al pibe de Policiales, y menos aún cuando todavía no sabe si será él o Rinaldi mismo quien va a editarla, cortar la nota si es necesario, ilustrarla, hacer el copete y hasta cambiarle el título. Nada va a ser más importante para nuestros lectores que un informe escrito por Nurit Iscar, concluye Rinaldi y da por terminada la discusión.

Nurit, vos mandame las cosas a mí con copia a él pero..., dice y ahora se dirige al pibe, lo de ella va sin edición ni corte. Okey, responde el pibe de Policiales, que a esa altura lo único que quiere es irse. Y con la siguiente pregunta Lorenzo Rinaldi le da la oportunidad de hacerlo: ¿Vos ya tenés algo para el cierre de hoy? En eso estoy, miente el chico y luego dice: Si es todo me voy, así me apuro a hacer unos llamados.

Estás igual, Betibú, le dice Rinaldi cuando quedan solos en su oficina. Y aunque sabe que miente, Nurit se sonríe: Vos también, devuelve ella. No, no creas, el Presidente que tenemos en este país me hizo envejecer dos o tres años por cada uno de los que pasaron desde que asumí. ¿De eso también tiene la culpa el Presidente?

¿De qué? ¿De tus canas y de tus arrugas? Sí, por supuesto, nadie me irritó y decepcionó tanto en estos últimos años como el Presidente. Ah, ya me imagino el titular de uno de estos días: «Director del diario *El Tribuno* con problemas de envejecimiento prematuro por culpa del Presidente de la Nación que no se aviene a pagarle los daños ocasionados». Qué chistosa, no me digas que vos todavía le creés.

Ni a él ni a nadie, a ustedes tampoco. ¿En serio? Sí, muy en serio. ¿Y

cómo hacés para pensar lo que pasa en el país en que vivís?, ¿o no te importa? Claro que me importa, mucho, leo todos los diarios, todos, el tuyo también, y después busco un promedio sobre la base de mi propio criterio. Qué trabajo. Son los tiempos que corren, ustedes nos obligan a eso. Vos siempre fuiste una mina desconfiada, Betibú.

No lo suficiente, dice ella y se para, mejor me voy, que el camino hasta ese bendito country es largo. ¿Te parece que tendrás algo para hoy? No me presiones tanto, Rinaldi. En una época te gustaba que te presionara. En otra época, dice ella, ahora estamos grandes. Sólo pasaron tres años. Es que yo los mido como vos medís los del Presidente, dice ella y se sonríe. Él también. Lorenzo Rinaldi la acompaña hasta la puerta de su oficina y antes de que se vaya le dice: Te extrañé, Betibú. Y aunque ella, Nurit Iscar, siente que esas palabras se le clavan como un aguijón en el medio de la www.lectulandia.com -
Página 52

espalda, intenta seguir su camino pretendiendo no haberlas oído. En cuanto tenga algo que valga la pena, te lo mando, dice, y sale.

Nurit Iscar recorre el pasillo que bordea la redacción haciendo más ruido del que quisiera con las rueditas de su valija. ¿Habrás alineación y balanceo de valijas?, se pregunta. El pibe de Policiales, que la ve venir, le da la espalda a propósito, para evitar saludarla otra vez. Karina Vives, frente a la fotocopidora, la reconoce, pero Nurit apenas la mira, no sabe que sabe quién es, no conoce su cara, aunque si alguien la nombrara, si alguien dijera: Karina Vives, en seguida sabría que esa mujer es quien firmaba la crítica con la que la destruyó *El Tribuno* cuando apareció su última novela, *Sólo si me amas*. Jaime Brena, que acaba de salir del ascensor, también se cruza con ella. Buenos días, dice. Buenos días, contesta Nurit Iscar. No se conocen, o mejor dicho, nadie los presentó antes, pero cada uno sabe quién es el otro. Los dos tienen portación de cara y a los dos les ha interesado en algún momento, con mayor o menor intensidad, el trabajo del otro. Jaime Brena se pone de costado de modo que ella tenga lugar para pasar con su valija. Ella le agradece. Pero las ruedas no se dejan gobernar como deberían y la valija termina pasando por encima del pie derecho de Brena. Ay, disculpá, qué torpe que soy. No te preocupes, le dice él, hace rato que estoy necesitando ver un pedicuro. Brena se sonríe, ella le devuelve la sonrisa aunque sigue un poco avergonzada de su torpeza. Buen viaje, le dice él cuando ya cada uno camina en sentido opuesto de espaldas al otro. Nurit Iscar responde: Gracias, y se mete en el ascensor. Brena se instala en su escritorio. Al instante se le acerca el pibe de Policiales. Me llamaste anoche, dice. Sí, no contestaba nadie y después me quedé dormido. ¿Qué hacía Betibú

acá? ¿Quién? Nurit Iscar. Ah, la contrató Rinaldi para que escriba non fiction en el asesinato de Chazarreta, dice el pibe y pronuncia non fiction con cierta ironía. No es una mala idea, lo puede hacer muy bien, dice Brena.

¿Por qué?, ¿quién es? Pibe, ¿vos saliste de un tupper? No la conozco. Deberías, es una de las pocas escritoras de novelas policiales que hay en la Argentina, ¿no leíste Morir de a ratos? No. La tenés que leer, eso y todo lo que puedas tenés que leer, para abrir esa cabeza un poco. No tengo tiempo, a veces en las vacaciones leo algo de no ficción. Hacétele, el tiempo, hacétele, y leé ficción. Si querés ser un buen periodista, tenés que leer ficción, pibe, no hubo ni hay ningún gran periodista que no haya sido un buen lector, te lo aseguro. Jaime Brena saca de su morral el sobre que recibió la noche anterior del comisario Venturini. Tomá, fijate esto que me llegó de una fuente confiable, tiene información que te puede servir, le dice. El pibe toma el sobre y mira por encima el contenido delante de él. Sabe, a pesar de su inexperiencia, que lo que acaba de darle Brena vale mucho. Gracias, le dice. Que lo disfrutes, le contesta Brena y se pone a trabajar en su próximo informe: Los bebés varones lloran más, antes, y con voz más fuerte que los bebés mujeres. Maricones, masculla, y empieza a escribir.

El pibe de Policiales vuelve y le pregunta: ¿Cómo dijiste que se llamaba? ¿Quién? La www.lectulandia.com - Página 53

mina que escribe policiales. Nurit Iscar. Sí, pero antes dijiste otro nombre. Ah, sí, Betibú. ¿Por los rulos?, algo se parece, sí, confirma el pibe de Policiales. Hace unos años era idéntica a Betty Boop y así la llamábamos: Betibú. ¿Vos y quién más? Eso sí es secreto profesional, pibe. Brena da por terminada la conversación con el pibe de Policiales, se da vuelta hacia el escritorio de Karina Vives y le dice: ¿sabías que los bebés varones lloran más que los bebés mujeres? Y ella dice: No, no sabía, y se le llenan los ojos de lágrimas. ¿Pasa algo?, le pregunta él. Alergia, le dice ella, a esta altura del año siempre me lloran los ojos. Jaime Brena no le cree, pero respeta que, por ahora, su compañera de redacción no quiera decirle qué la hace llorar. Ya tendrán tiempo después, cuando salgan a la vereda a fumar un cigarrillo.

El remís que lleva a Nurit Iscar, poco después de su salida ruidosa de *El Tribuno*, está entrando en la Panamericana. Es un día fresco pero con sol del mejor otoño.

Hace rato que ella no recorre esa autopista, años. Nurit Iscar es del sur

del Gran Buenos Aires, un conurbano muy diferente de ese donde se está metiendo ahora. Al conurbano sur ella regresa cada tanto a ver a sus amigos del colegio Comercial N° 2.

Pero lo que ahora ve a un lado y al otro de la Panamericana, y lo que ve cuando va hacia al sur por el Camino de Cintura, es bien distinto. En los costados del Camino de Cintura hay gomerías, talleres mecánicos, piletas de obras sociales o sindicatos, una universidad, y desde hace unos años un hipermercado y hasta un driving de golf, recuerda. También recuerda que en la Panamericana había muchos hoteles alojamiento. Ya no hay tantos, o no los descubre hoy en medio del progreso que inundó una banquina y otra. Los coches que la rodean también son distintos de los que la rodearían si fuera hacia el sur del conurbano. Cuando ella se aleja hacia el sur el parque automotor envejece, aparecen autos destartalados, con alguna luz que no prende y patentes con las primeras letras del abecedario. En cambio los autos que la rodean ahora, a medida que se aleja de la capital, son cada vez más lujosos, más nuevos, con patentes que empiezan con H o I. Shoppings, cines, restaurantes, fábricas, bancos, empresas de distinto tipo, clínicas. Y ya en el ramal Pilar la sorprende el verde de las banquetas, el pasto recién cortado, la prolijidad a un lado y al otro de la ruta. Sobre la colectora, en muchos tramos todavía con calle de tierra para la que no llegó el asfalto, hay casas de decoración, casas de antigüedades, cementerios privados, agencias de autos de todas las marcas, pequeños complejos de oficinas, malls —ese invento yanqui de negocios de primera necesidad, farmacia, minimercado, quiosco, etc., para abastecer poblaciones alejadas de la ciudad—, un restaurante de sushi de la cadena que tiene un local en Puerto Madero cerca de la oficina donde trabaja su ex marido. Pensar en el sushi la llevó a su ex marido y su ex marido a sus hijos, y entonces Nurit Iscar se da cuenta de que ni Rodrigo ni Juan le contestaron el mensaje en el que ella les avisaba que se ausentaba por unos días y dónde podían encontrarla. Ya están grandes, piensa. Pero no le da consuelo.

www.lectulandia.com - Página 54

Poco antes del peaje detecta los primeros countries. El country al que va usted no se ve desde la ruta, le dice el chofer, hay que meterse. Hay que meterse, repite ella más para sí misma que para el hombre. En algún kilómetro del ramal Pilar el auto toma una salida hacia la derecha y deja la ruta para transitar por una calle lateral, perpendicular a la Panamericana. Recorre unas cuantas cuadras, más de diez, luego dobla a la izquierda, cruza una vía que parece muerta, y después avanza otras cuadras más hasta quedar, por fin, frente a la

entrada de La Maravillosa. Todavía quedan dos móviles de canales de noticias haciendo guardia. Y entonces Nurit Iscar se tiene que enfrentar con el primer problema. «Primera prueba de resistencia» la llamó cuando más tarde se lo contó a Carmen Terrada. No hay nadie en la casa que autorice el ingreso, le dice el guardia. No, claro, en la casa no hay nadie porque yo voy a ocupar la casa, le contesta ella. Pero es que nadie me dio la autorización para dejarla pasar.

Mire, acá tengo las llaves, como voy a tener llaves sin autorización. No sería la primera, señora. Llame al dueño, por favor, le pide Nurit. Lo estamos llamando pero en la casa no hay nadie. Claro que no hay nadie, llámelo a otra parte, a un celular. No tenemos sus datos personales, sólo el teléfono de la casa. Okey, yo lo ubico, dice ella.

Sí, como no, dice el guardia, pero por favor libere la entrada hasta que consiga la autorización. La libero, la libero, dice Nurit Iscar, y mientras el remisero se estaciona a un costado ella llama a *El Tribuno*, le explica a la secretaria de Rinaldi su problema y la mujer le asegura que lo arregla en seguida, que se despreocupe. Nurit Iscar baja la ventanilla y deja que el sol le pegue en la cara. Suspira. Tranquila, señora, le dice el remisero, en un ratito nos dan vía libre, hay que tenerles paciencia, siempre es así en estos lugares. Pero ella mucha paciencia no tiene y, aunque se esfuerza, se impacienta. Unos minutos después se acerca un guardia al auto. El remisero pone el motor en marcha, ahí vienen a darnos el okey, dice. Pero se equivoca. Señor, no puede estacionarse acá. Ah, ya me corro, dice el remisero. ¿Por qué?, pregunta Nurit, indicándole al hombre que la lleva, con una palmada en el hombro, que no se mueva de donde está. Porque no se puede estacionar frente a la entrada del country responde el guardia. No veo ningún cartel de Vialidad Nacional ni Provincial que diga prohibido estacionar. Es una disposición del country, señora. El remisero suspira. El country no puede disponer de lo que no es suyo, la calle es pública, señor. Son órdenes de arriba, insiste el guardia. ¿De arriba de dónde?, pregunta ella. De arriba, repite el guardia. Ella mira el cielo. Arriba no hay más que nubes, le dice. De las autoridades del country, le aclara el hombre. Explíqueles a las autoridades que el country no tiene jurisdicción sobre la calle, ni sobre mi vida, ni sobre dónde decido estacionarme mientras no esté prohibido por disposiciones de Vialidad Nacional o Provincial, insiste ella. Es que está prohibido, señora, usted no escucha lo que le digo.

Me parece que el que no escucha es usted. No se enoje, dice el remisero, corro el auto y listo. No, lo detiene ella, yo de acá no me muevo. Señora, ¿no se da cuenta de que www.lectulandia.com -

un auto estacionado frente a la puerta de un lugar como éste pone en peligro la seguridad de los socios? No, no me doy cuenta, y la que estoy en peligro soy yo delante de esa gente con armas, que ni sé si tiene permiso para portarlas. ¿Tienen permiso para portarlas? El hombre no responde. Se acerca otro guardia. El remisero insiste, corro el auto y listo, no se haga mala sangre. La calle es de todos, repite ella.

Yo cumplo órdenes, dice el guardia que se acercó primero. La señora está autorizada para ingresar, dice el guardia que acaba de llegar. El remisero suspira aliviado y avanza en primera. Menos mal que éstos no le van a hacer el asado del domingo, le dice. Nurit no entiende. Si le hacen el asado, se lo escupen. Es importante saber defenderse de los abusos, le dice ella. Hay causas perdidas, le dice el remisero. Eso es cierto, reconoce Nurit. Cuando llegan a la barrera, otro guardia les pide el documento a ella y a él. Y al remisero también el registro, la cédula verde y el seguro del auto. A ella le sacan una foto con una camarita. Para que ya quede registrada y no la tengamos que volver a molestar, le dice el hombre que controla la barrera. ¿Me permite el baúl?, le dice el mismo guardia al remisero, y el remisero acciona el botón que lo abre sin moverse de su asiento. Nurit Iscar se pregunta dónde quedó el resto de la oración, dónde están las palabras que faltan, la sintaxis completa. Por qué alguien dice ¿Me permite el baúl?, y omite el verbo. ¿Cuál es ese verbo? ¿Ver, o abrir, o mirar? ¿Por qué el otro entiende y acepta? No hay verbos tácitos. Me permite el baúl podría ser, me permite llevarme el baúl, sacarle el baúl, quemarle el baúl, mearle el baúl. ¿Quién le robó esos verbos al guardia, al remisero, a los que se quedaron sin verbos y ni siquiera lo saben? ¿Por qué ese robo a nadie le importa? ¿Robar palabras no es delito? ¿Se roba sólo la palabra o también lo que nombra? Okey, dice el guardia finalmente, y pasa una tarjeta magnética por un lector que hace que la barrera se levante delante de ellos. Adelante.

El auto avanza por la calle principal. Una hilera de árboles altos a un lado y al otro ocupa una vereda que no existe. Algunas ramas se tocan arriba, en las copas.

¿Ves?, esto sí que me gusta, se dice Nurit a sí misma. Pero el placer le dura poco, porque a medida que avanza la corona de árboles se va transformando en un túnel cerrado en el que ella siente que ingresa y del que no está segura si podrá salir. Como esos niños que en los cuentos infantiles abren una puerta y se sumergen en otro mundo, o se caen en un pozo que los lleva a otro reino, o se meten en un ropero que desaparece para dar lugar a un bosque encantado. O embrujado.

El remisero llega a destino. La casa no es de las más importantes de La

Maravillosa, pero sin embargo es mucho más grande, imponente y llamativa que ninguna otra que haya habitado nunca Nurit Iscar. El hombre abre el baúl, saca la valija, la deja junto a Nurit, y luego le da un comprobante de viaje para que le firme.

Bueno, cualquier cosa que necesite, me llama, acá le dejo mi número, dice y le da una tarjeta de la remisería para la que el hombre trabaja. Me dijeron que todos los viajes www.lectulandia.com - Página 56

que tenga que hacer están a cargo del diario, siempre trabajamos con *El Tribuno*, tienen cuenta con nosotros, así que usted quédese tranquila, me llama, y listo. Ah, perfecto, lo llamo, entonces. Eso sí, llámeme con tiempo, porque yo vivo en Lanús y llegar hasta acá me debe tomar dos horas, dos horas y media en horas pico. ¿Lanús?, repite ella. Lanús Oeste, aclara él. ¿Y qué hago si me duele la cabeza y necesito ir a una farmacia a comprar aspirinas? Yo le recomiendo que para esas emergencias pida el teléfono de una remisería de la zona en la guardia y que cuando vaya a comprar algo junte, stockee, le va a salir más barato que andar pidiendo un remis cada vez que le falta alguna cosa. Claro, dice ella, voy a stockear. El remis se va, Nurit Iscar se queda un instante allí, sobre la grava gris, con la valija en una mano, las llaves de esa casa que no le pertenece en la otra, pensando en cuántas cosas tendría que stockear para no sentir que puede caer en cualquier momento en una emergencia de esas que, ella sabe, son insalvables.

www.lectulandia.com - Página 57

CAPÍTULO 09

A última hora de la tarde el pibe recibe el primer informe que Nurit Iscar le envía desde La Maravillosa a Rinaldi, con copia a él. Lo lee. Y siente odio. Ganas de patear algo. Levanta la vista y busca a Jaime Brena en su escritorio pero él no está ahí sino parado frente al de Karina Vives, hablando con la chica. El pibe de Policiales se dirige hacia allá. En serio, no me pasa nada, dice ella. Pero es raro que no te prendas a fumar, le contesta Brena. Es la alergia que no me deja meterme más nicotina adentro, está diciendo Karina cuando el pibe se acerca. Jaime Brena, de espaldas a él, le contesta a la mujer: No fumes si no querés, pero acompañame. Ella se niega, sabe que si sale a la vereda a fumar con Brena va a contarle de su embarazo y hoy no se levantó con ánimo como para darle ni siquiera a él, su mejor amigo dentro de la redacción de *El Tribuno*, la noticia. ¿Por qué ayer cuando se bañaba estaba segura de lo que quería hacer y hoy duda otra vez? Sin proponérselo, el pibe la salva: ¿Tenés un minuto?, le pregunta a

Brena. Tengo, dice él, guarda la caja de Marlboro en el bolsillo de su camisa con resignación y le hace un gesto con la cabeza que indica que lo acompañe a su escritorio. La mina ya mandó su informe, le cuenta el pibe. ¿Qué mina?, pregunta Brena. La escritora que puso Rinaldi en La Maravillosa. Nurit Iscar.

Sí, Nurit Iscar, confirma el pibe. Aprendete el nombre, le dice Brena. Lo sé, pero estoy caliente. ¿Qué pasa? Que la mina inventa una teoría que va a contramano con la mía y no podemos publicar mi nota al lado de la de ella porque va a parecer que somos esquizofrénicos. Y, un poco somos. En serio, yo no puedo publicar lo que manda. ¿En qué no están de acuerdo?, pregunta Jaime Brena. Ella dice, basándose en pelotudeces que escuchó en un supermercado, que la muerte de Chazarreta fue un asesinato y para mí está claro que el tipo se suicidó. ¿Por qué? Tenía el arma en la mano. Eso se planta, no es prueba suficiente. No hay signos de violencia en la casa.

No siempre hay signos de violencia en un homicidio, sobre todo cuando está bien planeado. Y no hay cortes de defensa en las manos de Chazarreta. Lo pueden haber degollado mientras dormía en el sillón, con mucho alcohol encima; hasta ahora no me dijiste nada contundente. ¿Dice el informe si la mano derecha estaba llena de sangre?, pregunta Brena. Al pibe le sorprende la pregunta: No, no dice nada, ¿por? Si no dice, seguro que es porque no había sangre: Es asesinato, pibe. Varios sitios de noticias en Internet se inclinan por la hipótesis del suicidio y hay montones de tweets y retweets..., insiste el pibe de Policiales. Tuits y retuits, repite Brena. Y luego: ¿Sabés cuál es tu problema, pibe?, mucho Internet y poca calle. Un periodista policial se hace en la calle. ¿Cuántas veces te escondiste detrás de un árbol vos?, ¿cuántas veces llamaste a un testigo de un crimen o a un pariente del muerto haciéndote pasar por el www.lectulandia.com -
Página 58

comisario Fulano de Tal?, ¿cuántas veces te disfrazaste para meterte en un lugar donde no te dejaban entrar? El pibe no contesta, pero es evidente que nada hizo de lo que le pregunta Brena. Acordate, pibe, mucha calle, ser entrador y mimetizarte con la situación: vos tenés que ser el ladrón, el asesino, el muerto, el cómplice, lo que haga falta para entenderles la cabeza. Y largá un poco la computadora, tanto Google te está haciendo mal. ¿Te das cuenta de por qué los chinos lo prohíben? Internet va a ser el nuevo opio de los pueblos, la nueva religión. Vení, sentate, le dice Brena, y le ofrece su propia silla. Abre el cajón de su escritorio, agarra una vieja regla de madera de unos veinte centímetros, se pone detrás de él y apoya la regla sobre el cuello del pibe como si fuera a degollarlo pero sin hacer todavía el

movimiento. El pibe se estremece cuando la regla lo toca. Brena le pregunta: ¿Cómo era el corte?, ¿paralelo al piso?,

¿hacia arriba?, ¿o hacia abajo? Paralelo al piso y sobre el final levemente hacia arriba. Lo mataron. ¿Por qué? Brena le da la regla. Degollate, le dice. El pibe lo mira sin hacer nada. Degollate, pibe, le dice otra vez. Sin demasiado convencimiento, el pibe mueve la regla de izquierda a derecha. ¿Dónde terminó tu mano? Levemente hacia abajo. Si te estuvieras desangrando sería notoriamente hacia abajo, es imposible cortarse uno mismo el cuello hacia arriba, es un movimiento antinatural, pibe.

Averiguá si la mano derecha estaba llena de sangre, el primer chorro de sangre siempre va a parar ahí, a la mano que está cortando las arterias. Pero no había cortes de defensa en las manos, insiste el pibe. No importa, el tajo hacia arriba y la mano sin sangre son evidencias más contundentes, no debe haber habido cortes de defensa porque a Chazarreta no le dieron tiempo a despertarse y reaccionar. Vas a ver que cuando llegue la autopsia definitiva va a decir que había mucho alcohol en sangre, seguro estaba dormido, borracho, y hasta le pueden haber puesto algo en el whisky, un tranquilizante, por ejemplo, o varios, o un puré de tranquilizantes. Entonces la mina puede tener razón. La mina no, Nurit Iscar. Nurit Iscar, o Betibú. O Betibú, sí, ella debe tener razón; ¿tiene los datos de la autopsia preliminar que te mandé a vos?

No, no se los di, pensaba guardar esa información para mi nota. Está bien, hay que ser tacaño con la información de uno, aprueba Brena. Ella se basa en comentarios de lo más pelotudos, dice el pibe, ya te dije, cosas que escuchó mientras compraba un yogur en el supermercado, por ejemplo. Ves, calle, ella encuentra en la calle, aunque no parezca, el supermercado de La Maravillosa, en este asunto, es la calle. ¿Puedo leer lo que escribíó? Te lo mando a tu mail, le dice el pibe. No, pibe, imprimímelo, yo soy de la generación paper.

Unos minutos después el pibe llega con el informe de Nurit Iscar impreso y se lo entrega a Jaime Brena que, de inmediato, lee:

«Todo es calma en La Maravillosa. Uno camina por este lugar, a la sombra que dan sus árboles, oliendo el perfume de las flores y del pasto recién cortado, y puede soñar que nada malo le podría pasar estando aquí, detrás del muro. Los chicos van www.lectulandia.com -
Página 59

solos por la calle, en bicicletas, carros a batería y hasta en triciclos. La

gente todavía deja las llaves puestas en los autos y las casas abiertas. No hay ruido de frenadas ni de colectivos, no hay escapes de autos que contaminen el ambiente, es muy difícil escuchar una bocina que suena si no es porque un vecino saludó a otro. Sin embargo, así como en la película Carrie, de Brian De Palma (basada en la novela de Stephen King), cuando la serenidad gana la escena y el espectador desprevenido al fin comienza a relajarse, la mano de Carrie atraviesa la tierra y sale de su tumba para agarrar a su amiga que le lleva flores, así también, en medio de una escena bucólica, la muerte irrumpe, inesperada, y esta vez termina con la vida de Pedro Chazarreta en su casa de La Maravillosa. El escenario dice una cosa y la realidad otra. La realidad ya habló hace tres años cuando apareció muerta Gloria Echagüe. Aunque por un tiempo nos quisieron hacer creer que sólo fue un lamentable accidente, la muerte de la mujer de Chazarreta no fue sino un asesinato. Como cualquier otro. Un asesino, un móvil y un muerto. Así de simple. Así de tremendo. Sólo que en un lugar donde no podía pasar. Allí no. Allí, en el mismo lugar donde tres años después, sin que todavía la justicia haya encontrado al culpable de aquel crimen, se comete otro. También una persona muere degollada. Y para agregar coincidencias y detalles que llaman la atención, digamos que esas dos personas fueron marido y mujer. Y que ese hombre fue acusado de matar a su esposa. Y que ese hombre fue sobreseído por falta de pruebas. Tal vez por eso, y por la sorpresa, y por el shock, lo primero que se escuchó en La Maravillosa, apenas se descubrió el cadáver de Pedro Chazarreta ayer por la mañana, fue que el viudo de Gloria Echagüe se había suicidado. El rumor tomaba como indicio una prueba absolutamente débil: el cuchillo que se utilizó en el degüello estaba en su mano derecha, como si él lo hubiera empuñado. Como si. Pero ese rumor sólo podía correr de boca en boca hasta que se enfrentara con algunos de los que más lo conocían. Amigos y relaciones aseguran que si el cuchillo estaba en su mano es porque alguien lo puso ahí. En la proveeduría de La Maravillosa, yo misma escuché a dos vecinos que mientras elegían yogures frente a la góndola de productos frescos decían uno al otro con total convicción que la muerte de Pedro Chazarreta no fue un suicidio. Y daban sus razones. Las mismas razones que oí después en el quiosco y en el bar del house. Que no puede de ninguna manera haber sido un suicidio. Que sólo quien no lo conocía lo suficiente a Chazarreta puede creer esa versión. Ellos, quienes sí lo conocían, no necesitan esperar los resultados de la autopsia ni que se levante el secreto de sumario para confirmarlo. ¿Por qué? Lo saben, simplemente porque Pedro Chazarreta jamás habría dejado a medio jugar la copa del club, un torneo four ball de golf que se realiza en dos fines de semana consecutivos. Menos si en el primer fin de semana, tal como sucedió,

él y su compañero habían hecho el mejor puntaje registrado en La Maravillosa en los diez años que tiene su cancha de golf. A nadie en este sitio repleto de árboles y que huele a flores y pasto recién cortado le importa si www.lectulandia.com - Página 60

había un cuchillo en la mano de Chazarreta. Lo único que les importa es la certeza de que él jamás habría abandonado un four ball. Menos el más importante del club.

Menos si estaba jugando como nunca. Nadie lo haría. Y él, Pedro Chazarreta, menos que nadie. Hace tres años el four ball del club coincidió con el entierro de Gloria Echagüe. Lo suspendieron una semana, y Chazarreta estuvo ahí, la semana siguiente.

Yo también, como los vecinos, descarto la hipótesis del suicidio. No sé de golf, pero sí de perfil de personajes. Si Pedro Chazarreta hubiera sido un personaje de una de mis novelas no habría pensado en Y dejó muy en claro con sus actitudes que tampoco creía que nadie merecía que él les diera una explicación. Si era así, entonces,

¿por qué suicidarse? Menos ahora que la justicia lo sobreseyó definitivamente en la causa por falta de pruebas. Menos ahora que va a ganar otra vez el torneo de golf del club. No, definitivamente, si Pedro Chazarreta fuera el personaje de una de mis novelas, no se habría suicidado. Pero entonces por qué querer hacernos creer que sí, por qué dejar el arma homicida en su mano. ¿Una broma? ¿Un error? ¿Subestimación de todos nosotros?

Dos son las hipótesis que corren en La Maravillosa en cuanto al móvil: venganza o el mismo motivo, aún oscuro, que se llevó a Echagüe. Entonces: 1) Quién lo mató quiso que Chazarreta pasara por lo mismo que pasó su mujer, o sea que el asesino lo consideró culpable o responsable o encubridor del asesinato de Gloria Echagüe y, por lo tanto, quiso

2) El asesino es el mismo que mató a su mujer y por eso aplicó el mismo modus operandi.

¿El cuchillo en la mano? Sólo para distraer un poco más a los distraídos.

Todavía es muy pronto para inclinarse por alguna de esas dos alternativas. Es más, me atrevo a sospechar que cuando tengamos los datos de la autopsia y la investigación avance, aparecerán otras hipótesis. Mientras nosotros caminamos bajo los árboles de La Maravillosa, respiramos el aire puro y disfrutamos de su silencio, esas

hipótesis saldrán, inevitablemente, a la luz.

Como la mano de Carrie que sale de su tumba.

Es cuestión de ser pacientes y esperar.»

Estás en problemas, pibe. ¿Por qué? Porque Iscar sabe más que vos. Cambiá tu nota, tocala un poco, y decí algo así como que algunos siguen barajando la hipótesis del suicidio, pero que «fuentes oficiosas» y distintas versiones que circulan por La Maravillosa lo descartan. Y ahí, le mandás una referencia cruzada al informe de Iscar y todos contentos. ¿Okey? Okey. Vas a tener que hacerte amigo de ella, tenés que ser entrador, acordate, y tirar para el mismo lado o Rinaldi te va a pasar a mejor vida. El pibe se queda un momento en silencio. Quiere decir algo, pero no se atreve. Andá, andá a laburar que no vas a llegar al cierre, le dice Brena. Gracias, dice el pibe con dificultad. Jaime Brena sólo repite: Andá. Lo adoptaste, concluye Karina Vives
www.lectulandia.com - Página 61

cuando al final del día pasa junto a su escritorio lista para irse. Huérfano y medio pelotudo, qué otra cosa podía hacer. Es tu naturaleza, Brena, sos generoso y te gusta que la gente trabaje bien. Y soy medio pelotudo, yo también. Sí, eso también, dice Karina y se ríen. Acordate, le dice él, quiero que me chequees entre tus amigas con hijos si es cierto que los varones cuando son bebés lloran más que las mujeres, nosotros dos no tenemos experiencia al respecto, le dice Brena. Es cierto, nosotros dos no tenemos experiencia, dice ella y Brena no llega a notar que el tema la conmueve porque Karina Vives hace un esfuerzo por disimularlo. ¿Será por eso, para compensar, que de grandes lloran tanto las mujeres y nosotros no?, le dice él. ¿Vos no llorás?, le pregunta ella, ¿qué hacen los hombres cuando están mal? Zapping, nos tiramos en la cama y hacemos zapping. Karina se acerca y lo abraza más fuerte que de costumbre. Brena se sorprende pero se deja abrazar. Hasta mañana, Brena. Hasta mañana, linda.

Jaime Brena ordena su escritorio, junta sus papeles, apaga la computadora, y cuando se está por ir se da cuenta de que la regla que le dio al pibe de Policiales para que simulara su propio degüello está en el piso, debajo de su silla. Jaime Brena conserva esa regla desde que entró a trabajar en *El Tribuno*. Él es así, se encariña con las cosas y tiene algo de fetichista. La agarra y la guarda en el cajón. Levanta la vista y ve que el pibe de Policiales sigue escribiendo en su escritorio. Se acerca. ¿Y, cómo vamos? Bien, le dice el pibe, ya termino. Okey, nos vemos mañana. Nos vemos mañana. Jaime Brena se va, pero a poco de andar por el pasillo, vuelve. ¿Te puedo preguntar algo? Sí,

claro, le dice el pibe. Vos, ¿a quién te querés parecer? ¿Cómo?, pregunta el pibe. A quién te querés parecer, cuál es tu modelo, qué periodista te gusta.

Ah, ¿de acá o de afuera? De acá, pibe, de acá, y de Policiales, si te vas a dedicar a las noticias policiales tenés que buscar ahí tu modelo. No, no sé, nunca me puse a pensarlo demasiado, llegué al periodismo policial medio de casualidad, mis modelos vienen de otro lado. Se nota, pibe, no es por joderle, pero se nota. ¿Sabés quién fue GGG en Crítica?, pregunta Brena. No, contesta el pibe. Averiguelo, Gustavo Germán González, investigá quién era, cómo trabajaba, a ver si encontrás en Internet cómo hizo para meterse en la morgue cuando tenía que investigar el asesinato del concejal radical Carlos Rey, le indica Jaime Brena. Y sigue: «No hay cianuro», se llamó la nota que escribió al día siguiente, leela. Qué buen título, pibe. Y leé también la novela de Osvaldo Aguirre Los indeseables, una ficción donde lo pone a GGG de protagonista. Haceme caso, con Internet solo no vas a poder, no alcanza. Entonces, lección número uno: leé todo lo que encuentres acerca de Gustavo Germán González, es una orden, ¿oka? Oka, contesta el pibe de Policiales. Jaime Brena hace el gesto de saludo que le gusta, mover la mano sobre su cabeza como si tuviera un sombrero que levanta y vuelve a dejar en su lugar. Y se va.

El pibe de Policiales lo mira irse. Termina su nota y la manda justo para el cierre.

www.lectulandia.com - Página 62

Antes de apagar la computadora escribe «GGG + diario critica» en el buscador de Google y espera las respuestas. Sospecha que lo que acaba de decirle Jaime Brena debe ser un buen consejo. Más que sospecharlo, lo sabe. Lo que no sabe es cómo averiguar quién fue Gustavo Germán González si no es metiéndose en Internet.

www.lectulandia.com - Página 63

CAPÍTULO 10

En los días siguientes quedó claro que la muerte de Chazarreta, tal como Nurit le escuchó decir por primera vez a dos vecinos de La Maravillosa frente a la góndola de productos frescos, no había sido un suicidio. El resultado de la autopsia estableció —

con palabras más técnicas— lo mismo que el comisario Venturini le había adelantado a Jaime Brena escrito de su puño y letra: Sección del músculo esternocleidomastoideo, sección de la arteria carótida

primitiva a unos 2 cm de su bifurcación, sección de vena yugular y sección completa de laringe a nivel de membrana cricotiroides, con apertura de vestíbulo laríngeo, quedando el asta inferior de tiroides también seccionada. No había cortes de defensa en las manos pero sí un pequeño tajo en el mentón, de poca profundidad, seguramente producto de la reacción instintiva de Chazarreta de bajar la cabeza al sentir que un cuchillo intentaba degollarlo. Y, en efecto, había un alto grado de alcohol en sangre. También se indicaba, y esto era lo importante, que el corte había sido levemente hacia arriba y que la mano que empuñaba el cuchillo cuando fue descubierto el cadáver estaba limpia de sangre. Te lo dije, señala Jaime Brena cuando el pibe de Policiales se lo confirma. ¿Qué hipótesis andan dando vueltas? Ajuste de cuentas o la venganza de la muerte de su esposa, le contesta el pibe. El ajuste de cuentas ya salió como móvil de la muerte de su mujer. Cuando vendió el banco, Chazarreta se metió en el negocio de las cobranzas, cuenta Brena. Eso le debe haber hecho ganar muchos enemigos, dice el pibe. Sí, sobre todo por cómo se manejaba, aclara Brena y sigue, le cobraba a quien fuera pero con métodos muy poco elegantes. Tenía un grupo de cobradores muy entrenados, densos, seguidores, perros de presa que le caían a un deudor, por ejemplo, en la fiesta de quince de la nena, agarraban el micrófono y le contaban a todos los invitados que el señor que pagaba esa fiesta, si es que la había pagado, les debía dinero. Los invitados se ponían nerviosos, los mozos empezaban a escamotear el vino, el disc-jockey exigía el pago en efectivo o no seguía poniendo música, y la nena que cumplía quince terminaba el cumpleaños llorando. Algunos dicen que hasta te apretaban duro si era necesario, pero nadie los denunció. ¿Qué querés decir con

«apretar duro»? Romperte una rodilla, hacerte un tajito en la cara, quebrarte un par de huesos, los dedos, por ejemplo. Chazarreta no podía hacerles juicio a sus deudores porque le prestaba a gente que estaba metida en negocios non santos, incluso ilegales: compra de inmuebles con problemas de papeles, pornografía, turismo sexual, lavado de dinero. Le pregunté en la entrevista, él me dijo que su negocio era prestar y cobrar dinero, que lo que el otro hiciera con la plata a él no le interesaba. Pero no era cierto, podía no interesarle desde el punto de vista ético, pero le interesaba sin duda desde el

www.lectulandia.com - Página 64

punto de vista económico, para evaluar si el negocio podía o no pagar el crédito que le pedían. Yo hubiera buscado más por ese lado. Si se hubiera aclarado esa cuestión, a lo mejor se habría empezado a desenmarañar la madeja y se habría conseguido una pista para llegar al asesino de Gloria Echagüe. Si es que no fue él. Corría una versión

de que el tipo necesitaba hacerla callar, de que la mina no estaba de acuerdo con alguna de estas actividades y que se había puesto muy densa, que había amenazado dejarlo y hasta denunciarlo. Pero no sé, a veces creo que todo fue pescado podrido.

En fin, concluye Brena, el ajuste de cuentas es figurita repetida, y si hay que ir por ahí en pocos días vamos a estar empantanados otra vez. Y la otra hipótesis, la venganza de la muerte de la mujer por alguien que quiso hacer justicia por mano propia me suena demasiado heroico para el elenco de esta película que estamos viendo, ¿no? ¿Entonces?, pregunta el pibe. Hay que seguir pensando, a veces nos aferramos a hipótesis que no hacen más que anclarnos ahí, le responde Brena casi en el mismo momento en que Rinaldi entra en la redacción hecho una furia y tira el diario La Primera de la Mañana sobre el escritorio del pibe de Policiales. Jaime Brena se hace a un lado, sabe que el enojo no va dirigido a él pero, desde hace tiempo, verlo a Rinaldi furioso con quien sea le contractura los músculos de la espalda. ¿Por qué Zippo tiene información del caso que nosotros no manejamos, me querés explicar? El pibe mira el diario que acaba de arrojar Rinaldi sobre su escritorio, lo toma y lee a toda velocidad la nota de Zippo. No sé, yo metí todo lo que me dieron en la comisaría y en la fiscalía. A él le dieron más, evidentemente; menos mal que tenemos los informes de Nurit Iscar, dice Rinaldi y se va hecho una furia tal como vino. Al pibe le sale espuma por la boca. Recién cuando Lorenzo Rinaldi desaparece detrás de la puerta de su oficina, Jaime Brena se acerca otra vez, toma el ejemplar de La Primera que su jefe tiró sobre el escritorio del pibe y busca la nota. Lección número dos, pibe:

¿De dónde sacó Zippo la información clasificada? No sé, te juro que hago lo mejor que puedo. Mirá la nota y decime de dónde sacó la información. Ya la leí hace un rato y no sé. Yo no te dije «leé la nota y decime», te dije «mirá la nota y decime». Mirala, pibe. ¿Nada te llama la atención? No. Desconfiá, mimetizate, ponete en la piel del otro, ponete en la piel de Zippo. Te juro que no sé. Foto del fiscal del mismo tamaño que el texto, con importante epígrafe, le marca Brena. Y luego se acerca el diario a la cara y lee por debajo de los anteojos que levanta apenas sobre sus cejas: El fiscal Atilio Pueyrredón avanza en la causa gracias a su meticuloso trabajo y al de su equipo. Repito, pibe: ¿Quién le dio la información a Zippo? El fiscal Pueyrredón.

Exacto, Zippo le está haciendo la gacetilla de prensa, ¿lo ves? Sí. Raro, Zippo no es gacetillero. Los tiempos están duros para todos, para los mejores también, dice Brena, tendrá que devolver algún favor, yo siempre preferí pagar un asado. Las gacetillas a la policía, a los jueces y a los fiscales no me caen bien, pibe. A los presos es otra cosa, porque

no tienen voz. Pero estos otros, si quieren fama, que laburen en serio.

www.lectulandia.com - Página 65

Jaime Brena vuelve a su escritorio, hoy le toca escribir sobre la inauguración de un jardín maternal de última generación en Mataderos. Se lo pidió Rinaldi, y a Rinaldi seguramente se lo pidió el Intendente. No es que Rinaldi y el Intendente sean tan amigos, pero hoy los dos detestan al Presidente de la Nación y eso los une. Si hay algo que tiene de bueno escribir sobre la inauguración del jardín maternal, reconoce Jaime Brena, es que para completarla nota a media tarde piensa ir a Mataderos. Y

saber que va a pasar parte de su jornada laboral en la calle, yirando por algún barrio de Buenos Aires, lo pone de buen humor. Con qué poco te conformás últimamente, Jaime Brena, se dice a sí mismo y empieza a tipear. Te invito a tomar el té en Mataderos, le propone a Karina Vives, que acaba de llegar. ¿El té en Mataderos?, pero qué cool que estás, Brena, ¿Mataderos Soho o Mataderos Hollywood?, le dice la chica y se instala en su escritorio. Vos reíte, nena, que una de estas noches te voy a llevar a bailar a Avenida de los Corrales y Lisandro de la Torre y ahí vas a saber lo que es bueno, le advierte Brena y la hace sonreír otra vez.

En el momento en que Jaime Brena titula la nota para el Intendente, a unos metros de él, el pibe de Policiales busca en Internet datos sobre todas las personas que trabajan con el fiscal Pueyrredón a ver si tiene la suerte de conocer a alguien, mientras en La Maravillosa Nurit Iscar intenta escribir un nuevo informe para *El Tribuno*. Al pibe no le suena ningún nombre, y a ella nada de lo que escribe la conforma. Mira por la ventana: todo es verde. Cierra la cortina y prende la luz artificial para sentir que está en su casa, en el cuarto de los chicos que convirtió en su estudio desde que ellos se fueron a vivir solos, sentada en su silla y recostada sobre el almohadón con funda tejida en punto arroz que alguna vez fue de su madre. Tendría que haberlo traído, aunque sea el almohadón, para sentirse más cerca de su casa. Y

alguna de las macetas del balcón; aunque sus plantas son menos llamativas que las que la rodean, son suyas. Sin embargo, en lugar de mirar la luna, como ET, y decir con voz balbuceante: «mi casa», ella, Nurit Iscar, Betibú, elige una frase más clara y contundente: ¿Y si me voy a la mierda? Interrumpe sus pensamientos y divagues un llamado de Carmen Terrada. Tenés mala voz hoy, le dice su amiga. Estoy pasando la segunda prueba de resistencia en La Maravillosa. La primera fue atravesar la barrera de entrada, ¿te acordás?, le pregunta

Nurit. Sí, me acuerdo, ¿y ahora con quién te peleaste?, quiere saber Carmen. Todavía con nadie, responde ella. Contame, insiste su amiga. Síndrome de abstinencia de ciudad: me estresan los árboles, me estresa el verde, me rompe poderosamente las pelotas el canto de los pájaros a las seis de la mañana, el chirrido de los grillos, las ranas que croan toda la noche, ¿sabés lo que necesito, Carmen? Un hombre, amiga. No, cemento, mucho cemento y un café en la esquina de mi casa, responde Nurit. Y sigue: Imaginate lo que es salir a caminar por la calle y sentir que en este lugar no te podés llegar a cruzar con nadie que te conmueva, que todo lo que te rodea es naturaleza, deporte, vida supuestamente sana, www.lectulandia.com - Página 66

y casas vacías. Porque aunque haya gente, no la ves si no es haciendo alguna actividad deportiva. Aunque sea trotando. Imaginate lo que es sentir que no puede suceder nada que te sorprenda, que no te puede pasar nada fuera de lo previsto, dice Nurit. Bueno, te pueden cortar el cuello de lado a lado, te recuerdo, ¿o te olvidaste por qué estás ahí?, pregunta Carmen. Ciertamente te pueden degollar, pero te digo que un par de días más de soledad y canto de pájaros, y yo voy a salir a la calle pidiendo que alguien, por favor, me degüelle, confiesa Nurit. Tranquila, el sábado temprano estamos ahí con Paula y nos instalamos en tu casa todo el fin de semana, le promete su amiga. Gracias, dice ella, eso me va a hacer bien. Al final, pregunta Carmen Terrada, ¿la casa tiene pileta?

El pibe tipea su nota bajo el efecto del susto que le dejó la entrada en la redacción de Rinaldi, hace apenas un rato, para dejarle claro que está haciendo mal su trabajo.

Jaime Brena describe las instalaciones del jardín maternal de Mataderos que todavía no vio sino a través de la gacetilla que recibió del Departamento de Prensa de la ciudad. Y yo tengo el tupé de decirle a este pibe que no le hago la gacetilla a cualquiera, piensa y le da a las teclas con bronca. Rinaldi redacta su editorial para mañana, empieza por el título: Otra mentira del Presidente. Karina Vives desgraba la entrevista que le acaba de hacer al egipcio/italiano/mexicano Fabio Morabito. Nurit Iscar tipea su segundo informe.

«Este lugar, día a día, es ganado por el silencio. Dos muertes tan extrañas y a su vez tan similares, en la misma casa, dentro del mismo club de campo (así se autodenominan este y otros lugares similares que forman la asociación que los agrupa), desconciertan y aterran a los vecinos. Pero ellos ya no lo dicen, ya no hablan como los primeros días. Intentan pensar en otra cosa, seguir con sus vidas de siempre.

Muchos, no todos pero casi, se conforman pensando: es con ellos, con los Chazarreta, no con nosotros. Como si quien entró a matar por segunda vez hubiera venido a completar un asunto que sólo afecta a Pedro Chazarreta y Gloria Echagüe. O, en todo caso, a ellos y su familia. O a ellos, su familia y sus allegados próximos. O a ellos, su familia, sus allegados próximos y sus socios de negocios. Entonces el universo se amplía. Pero no tanto. No a ‘nosotros’. A ‘nosotros’, no. ¿Y quiénes son ‘nosotros’?

Todos los demás que tienen una casa en La Maravillosa y siguen vivos. Sin embargo, hay preguntas que les incomoda contestar y que, por lo tanto, no quieren que nadie les haga ni hacérselas ellos mismos. Porque todos los que viven en este lugar, aunque quieran ignorarlo, saben que las opciones no son tantas: o el asesino es alguien de adentro de La Maravillosa, o alguien que entró por la guardia y salió con autorización de algún socio, o (y esto es llamativamente lo que más nerviosos pone a los vecinos) fallaron los controles de seguridad del ingreso en el country. Hoy, a quien quiere entrar en un lugar como éste se le pide: autorización de un socio mayor de edad (un chico de 17 años no puede hacer ingresar a un amigo, ni la empleada doméstica www.lectulandia.com - Página 67

puede dejar ingresar a nadie si no está autorizada por escrito por los dueños de casa), documento de identidad (antes se pedía sólo el número sin necesidad de mostrar el documento propiamente dicho, ya que la gente que ingresa con cierta regularidad en el country tiene su fotografía cargada en la computadora y se puede chequear que cara y foto coincidan, pero desde el último robo que hubo en un barrio cerrado vecino, por más que cara y foto sean idénticas, se pide documento), seguro contra terceros a nombre del conductor del auto que ingresa (si una persona quiere entrar con el auto de su cónyuge, estará en problemas), foto (si es la primera vez que la persona ingresa, y aunque ahora no sirva de nada ya que piden el documento; ‘lo que abunda no daña’, es uno de los tantos lemas del jefe de seguridad de este lugar; otros:

‘más vale prevenir que curar’, ‘hay que curar en salud’, ‘todo el mundo es sospechoso hasta que se demuestre lo contrario’), revisión del baúl del auto a la entrada y a la salida, y ahora también revisión del capot a la salida, ¿por si una visita se lleva algo escondido entre el radiador y el motor? Vaya uno a saber. Si el vehículo ingresa de noche se agrega, desde hace unas semanas, la obligación de apagar las luces externas y encender las internas hasta que el guardia se acerque y verifique quiénes están adentro, exactamente como era el procedimiento en la época de la dictadura militar cuando se requisaba

un auto. Pero así y todo, con autorización, seguro, foto, documento, baúl en orden y luces apagadas, o sin ellos, el asesino de Chazarreta entró. O estaba adentro, o un vecino lo autorizó a pasar, o pasó sin que la guardia notara nada extraño. Y eso, a ‘nosotros’, es lo que de verdad nos tiene mal.»

Nurit archiva el texto. Se lo manda a Rinaldi, pero esta vez no va con copia para el chico de Policiales. Al pibe se lo envía en otro mail que está dirigido sólo a él.

Intenta un cuerpo del mensaje cordial; no sabe por qué, pero no empieza con Estimado, ni con Sr., ni nada por el estilo sino simplemente con Hola! Luego: Te envío el informe para mañana. Me gustó mucho tu nota de ayer. Un abrazo. Nurit Iscar. Y se le ocurre agregar al final del texto la siguiente postdata: PD: Si te interesa conocer el lugar donde se cometió el crimen acerca del cual escribimos los dos, podés venir en algún momento del fin de semana, o cuando mejor te convenga. Y para que no quepa ninguna sospecha de que la invitación lleva bajo cuerda alguna intención de tirarle onda a un chico que debe tener casi treinta años menos que ella, Nurit Iscar agrega en un segundo renglón de la postdata: Vení con quien quieras.

El pibe de Policiales abre el mail de Nurit Iscar que acaba de entrar en su bandeja.

Le sorprende la invitación a La Maravillosa. Sin todavía leer el nuevo informe, se levanta y va hasta el escritorio de Jaime Brena: ¿Qué se traerá entre manos esta mina?, le pregunta. ¿Betibú? Betibú. Me mandó el informe sin pasar por Rinaldi y me invita a La Maravillosa. Nada, a lo mejor es buena compañera, hay también, de vez en cuando te encontrás con alguien que no está pensando sólo en cagarte para hacer carrera más rápido que vos o para ocupar tu silla. ¿Lo decís por mí? No, pibe, vos no www.lectulandia.com - Página 68

tenés nada que ver con que yo esté donde estoy, o mejor dicho, que no esté donde debería estar, ¿vas a ir?, le pregunta. Es una gran oportunidad, no la puedo desperdiciar, pero no sé. Acordate de la primera lección pibe, calle, tenés que ir y estar ahí, aunque las calles de ese lugar sean muy distintas de las de Mataderos. ¿Qué tiene que ver Mataderos con todo esto? Nada, tengo que ir en un rato a Mataderos a cubrir la inauguración de un jardín maternal, ¿me querés acompañar? Si vos me acompañás el fin de semana a La Maravillosa. No puedo caer de colado en la casa de la mina. La mina no, Brena, Nurit Iscar, tenés que aplicar tus propias lecciones. Tenés razón, Nurit Iscar. Betibú. Y sí, podés, insiste el pibe, porque ella me dice en su

mail que si quiero vaya acompañado. Pero, boludo, te está hablando de tu chica. No aclara nada, así que puedo ir con quien quiera. Yo ya conozco el lugar, dice Jaime Brena, estuve entrevistando ahí a Chazarreta, me odió después de esa entrevista. ¿Por?

Porque no dije lo que él quería que dijera, porque no me pudo manipular. Era un buen manipulador el hijo de puta y esos son los que a mí más miedo me dan. Yo de una piña me sé defender, de un manipulador me cuesta más. ¿Me acompañás entonces?, insiste una vez más el pibe de Policiales, si conocés el lugar mucho mejor, un lujo ir con alguien que conoce el terreno. Jaime Brena se lo queda mirando. Este pibe no se parece en nada a mí cuando empecé a trabajar en *El Tribuno*, piensa, pero hay algo en él que me tira a ayudarlo, será por eso de que nadie le niega una mano a un ciego que está por cruzar una calle, se dice a sí mismo y luego se sonríe y le confirma: Okey, vos también me estás manipulando, pibe, pero me caés simpático. Gracias, es todo un avance en nuestra relación, bromea el pibe de Policiales. Y, de última, si Nurit Iscar espera que caigas con una chica, yo te agarro de la mano y te doy un piquito. Sos muy viejo para mí, Brena. José de Zer lo habría hecho si hubiera sido necesario, concluye él, ¿ves?, ésa va a ser tu tercera lección, pibe, averiguá qué ciudad del conurbano, muy pegada a la capital, donde nació uno de nuestros mejores jugadores de fútbol, fue bautizada gracias a José de Zer y por qué se hizo famosa su frase: Seguime, Chango, seguime. Lo averiguo, dice el pibe y parece entusiasmado, me voy a terminar mi nota de hoy así después te puedo acompañar a Mataderos. Dale. El pibe se va. Brena mira a Karina, ¿ves?, acá tengo un colega que me va a acompañar a Mataderos aunque no sea cool, nena. Qué rápido me reemplazás, Jaime Brena. Vos sos irremplazable, linda, aunque me tengas abandonado. Ella se sonríe pero no dice nada, sabe que Brena tiene algo de razón, pero no es que lo tenga abandonado porque no le importa, sino porque estar cerca de él la obliga a tomar una decisión y contársela. ¿Por qué es para ella tan fuerte la mirada de Jaime Brena? Si ella tiene padre y hermanos mayores. ¿Por qué si pudiera elegir un padre se quedaría con Brena y no con el suyo? Lo mira y le vuelve a sonreír. Él también le sonríe y tampoco dice nada, no tiene dudas de que a la chica le pasa algo, algo que todavía no puede contarle. El pibe de Policiales se levanta y vuelve al escritorio de Brena. ¿Qué pasa, www.lectulandia.com -

Página 69

pibe?, le pregunta Brena. Te debo algo, le contesta. Brena no entiende. ¿Qué me debés? Una respuesta a una pregunta que me hiciste en la primera lección de este curso acelerado de ayuda al periodista discapacitado. Eh, pará, tampoco es para tanto.

El pibe sigue: Gustavo Germán González, el de Crítica, se disfrazó de plomero para entrar en la morgue y ver qué decían los médicos forenses acerca del cadáver del concejal radical, y después escribió: «No hay cianuro». No había cianuro en el cadáver, fue el primero en publicarlo. Jaime Brena se sonríe con cierta satisfacción.

¿Aprobado?, le pregunta el pibe. Sí, pibe, aprobado, vas a aprender vos, le dice Brena, vas a ver que vas a aprender.

www.lectulandia.com - Página 70

CAPÍTULO 11

Nurit Iscar supone que sería bueno contar con algo de ayuda para el fin de semana. Sus amigas colaboran y son como de la familia, pero la casa es grande, entra mucho polvo, mucho polen de los árboles. Además, si llega a venir el pibe de Policiales le gustaría que todo esté bien ordenado y no tener que ocuparse de la comida, la bebida, los platos, el papel higiénico en el baño y demás menesteres hogareños, para poder así atenderlo, llevarlo a conocer el barrio, la casa de Chazarreta, que todavía está rodeada de cintas plásticas que impiden el paso —

custodiada además por un policía de la Bonaerense y uno de la seguridad del barrio

—, y cualquier otro lugar que el pibe quiera conocer. Se imagina que una forma de conseguir a alguien que la ayude con las tareas de la casa es preguntarle a la empleada de algún vecino si tiene una amiga, pariente o conocida para recomendarle.

Sale a la puerta y espera a que aparezca alguna. Pero no aparece. En cambio, pasa un auto, a los diez minutos otro, quince minutos después una camioneta cuatro por cuatro. Supone que debe haber un método que le lleve menos tiempo, tocarle la puerta a un vecino, por ejemplo. Lo hace en la casa de la derecha, no sale nadie. Lo hace en la casa de enfrente, nadie. No se atreve a tocar el timbre en la de la izquierda: si de allí tampoco sale un ser vivo y hablante —no vale perros ni ningún otro animal doméstico—, la sensación de soledad la va a sumir en una angustia de la que no está segura de poder recuperarse. Si ella, Nurit Iscar, es el único ser humano en metros a la redonda, prefiere no saberlo. Deja pasar unos minutos más, fingiendo una calma que no tiene. Debe reconocer que la espera la inquieta. Para ver gente, se teme, va a tener que ir hasta la proveeduría, la cancha de tenis, el gimnasio o el bar del golf. Y

Nurit Iscar quiere ver gente. Está a punto de ser tomada otra vez por el síndrome de abstinencia de ciudad cuando por la esquina ve venir a una empleada doméstica que camina paseando un perro chihuahua. Nurit Iscar respira aliviada, como si acabara de escapar de un peligro que sólo ella reconoce. La mujer parece bastante fastidiada por la tarea que le encargaron, cosa comprensible con sólo observar los movimientos histéricos del perro. Este bicho es el diablo, dice casi para sí cuando pasa junto a ella.

Nurit asiente y aprovecha el acercamiento que provoca la confesión para preguntarle si conoce a alguien que pueda ayudarla el fin de semana. La mujer intenta detenerse para responderle, pero el perro ladra de una manera tal que las obliga a las dos a seguir caminando juntas. Yo tengo mi hija, le dice, pero el fin de semana no puede, el marido no la deja, si la quiere para la semana, sí, pero fin de semana no la deja. Y la mujer está a punto de empezar a quejarse del marido de la hija, pero Nurit Iscar la interrumpe y le aclara que lamentablemente ella sólo necesita alguien que la ayude

www.lectulandia.com - Página 71

unas horas el sábado y otras pocas horas el domingo, con el resto de la semana se arregla. Van a ser pocos, ella, dos amigas y un compañero de trabajo, pero aun así prefiere que alguien le dé una mano. Lástima, fin de semana el marido no la deja, repite la mujer. Lástima, dice Nurit. La empleada que sigue luchando con el chihuahua saluda a un jardinero que pasa en bicicleta cargando sobre el manubrio la cortadora de césped y, sin que Nurit se lo pida, la mujer le pregunta si él tiene a alguien. El hombre se detiene, ellas también intentan detenerse pero el perro ladra histérico otra vez y resulta imposible conversar con ese sonido de fondo. Entonces el hombre da vuelta la bicicleta y las acompaña unos metros en la dirección en la que el chihuahua quiere ir. Tenía, dice el hombre, mi mujer, pero ya consiguió, ayer consiguió, tres meses sin trabajar, duro, pero ayer consiguió. El hombre se acuerda de algo, le cuenta que los fines de semana, en la entrada, del otro lado de la barrera, suele haber mujeres que se ofrecen para trabajar por hora, que a lo mejor ahí puede encontrar a alguien, a veces los guardias las corren, pero es la calle, así que ellas pueden, ¿o no es la calle? Sí, es la calle, dice Nurit Iscar y se acuerda de ella misma discutiendo acerca de quién es dueño de una calle el día en que entró en La Maravillosa. Ciertamente, dice la empleada que pasea el chihuahua, yo también las tengo vistas, vienen los sábados tempranito. Y si necesita, hay hombres que se ofrecen para hacer asados o para lavar autos, lo que usted precise, dice el jardinero. Nurit agradece la información y regresa a la casa. El hombre retoma su camino. La mujer sigue detrás del perro y masculla: lástima, el

marido de mi hija.

Al día siguiente, bien temprano, Nurit se calza las únicas zapatillas que tiene, unas que le regaló su ex marido —en ese entonces marido— cuando cumplió cuarenta y nueve años, el último cumpleaños que pasaron juntos, poco antes de separarse. Estás demasiado tiempo sentada en la computadora, le dijo, dentro de un tiempo en vez de culo vas a tener una cacerola. Ella habría preferido un regalo más romántico que un par de zapatillas y una metáfora menos gráfica que la del culo como una cacerola, pero su marido siempre fue un pragmático y para ese entonces ella ya no esperaba demasiado ni de su marido ni del matrimonio. Tampoco de las metáforas. Lo cierto es que, cinco años después, las zapatillas le vinieron bien.

Aunque aún no se anima a un jogging. Por eso elige un jean —ese clásico que en la Argentina y bien combinado puede servir tanto para ir a una fiesta como para salir de picnic—, una remera, anteojos de sol, y antes de partir se pone protector solar y se rocía con repelente para mosquitos. Evidentemente en el country no encontraron un sistema para matarlos o para mantenerlos alejados, piensa. ¿O esos mosquitos estarán entrenados para reconocer al extranjero y al detectar que Nurit es una intrusa la estarán picando sólo a ella? Mira el plano que le dieron el día en que ingresó y busca cuál es el camino más directo a la salida. Hay demasiadas curvas en La Maravillosa, culs-de-sacs, rotondas y calles circulares que obligan a ser precavida para no terminar www.lectulandia.com - Página 72

como el Minotauro atrapado en el laberinto de Dédalo. Define y luego memoriza la mejor alternativa hacia la salida, pero de todos modos dobla el mapa y se lo mete en un bolsillo. Por si a pesar de su buena memoria, se pierde. Elige uno de los libros que llevó en su equipaje —Memento Mori, de Muriel Spark— para ir leyendo mientras camina hasta la puerta, se coloca el celular en un bolsillo y algún billete en el otro por si se le ocurre comprar algo en la proveeduría. ¿Qué más?, piensa. Y por fin sale. Sí, debería haberse puesto un gorro, se lamenta a pocos metros de la casa, pero no va a volver.

Por ser sábado se cruza con más gente de la que lleva vista en estos días desde que se instaló en La Maravillosa. Ella no conoce a nadie, algunos la saludan, otros no.

Le da la sensación de que algo de su aspecto les llama la atención. Como si hubiera alguna cuestión del código de vestimenta con la que ella no cumple. Pero no se da cuenta de qué. El jean no puede ser, las zapatillas tampoco. Tal vez el libro, pero a ella caminar sin leer le

aburre. Quizá crean que el hábito es peligroso porque no le permite prestar atención al camino. Si es así, es que no saben que Nurit Iscar está acostumbrada a leer en cualquier circunstancia: caminando, viajando en colectivo o en subte, en la cola de un banco, hasta en un cine mientras no apagan las luces antes de que empiece la película. Y la vista clavada en el libro, sumada a los anteojos negros, siente que la protegen. No le gustaría que nadie la reconozca, que sepan que ella está en ese lugar, como si fuera una vecina más, pero espiando. Aunque quienes leen *El Tribuno* ya deben sospechar que Nurit Iscar está allí, no es lo mismo saber que está, a reconocerle la cara y concluir que ella es ella. Una espía. La encargada de la non fiction, como diría Lorenzo Rinaldi. Dos días atrás una mujer se le acercó en el supermercado y le dijo: Yo te conozco. Y se la quedó mirando. Puede ser, contestó Nurit. La mujer se sonrió y dijo: De la clase de pilates, ¿no? Sí, de la clase de pilates, mintió Nurit. Quiere mantenerse anónima todo el tiempo que sea posible. No es que le hayan contado tanto hasta el momento, pero en cuanto comprueben que no es una de ellos, menos le contarán. Y la mirarán mal; a ella las malas miradas le hacen mucho daño. Si el «mal de ojo» es que te miren mal, ella cree en el mal de ojo, en que alguien te puede hacer daño por mirarte con odio, bronca o desprecio. Por todo eso es que Nurit Iscar camina con anteojos negros y la vista clavada en el libro, porque le gusta leer mientras camina y para que nadie la reconozca ni la ojee. Aunque nadie la mire. La mayoría de la gente con la que se cruza, trota. Algunos caminan. Dos mujeres jóvenes pasan junto a Nurit Iscar en rollers. Varios en bicicleta. Un chico que no debe tener más de 12 años se le adelanta manejando un cuatriciclo a una velocidad alarmante. Carros de golf a batería, ciclomotores, skates, reef sticks, motos. El parque automotor no compuesto por automóviles es de lo más diverso en La Maravillosa, tanto, que ella desconoce el nombre de varios de los vehículos con los que se cruza.

En el momento en que Nurit Iscar promedia su caminata hacia la entrada del www.lectulandia.com - Página 73

country donde se aloja, Carmen Terrada se sube al auto de Paula Sibona para ir hasta La Maravillosa e instalarse el fin de semana en ese lugar para hacerle compañía a su amiga, como le prometieron. ¿Traés malla?, le pregunta Paula. Traigo, responde Carmen. Es uno de esos días de fines de marzo que se declaran de los mejores del año: sol, cielo despejado, calor pero no agobiante. Mientras tanto, Jaime Brena duerme. El pibe de Policiales lo llama, quiere combinar el horario para pasarlo a buscar. Dame una horita, pibe, que termino un asunto. El pibe está listo y sabe que el asunto es que Jaime Brena tiene todavía la almohada pegada a la cara, pero dice que no importa, que

no hay apuro, que lo espera. La novia se queja de que se va a quedar todo el fin de semana sola. Voy por trabajo, contesta el pibe y enciende la computadora para hacer tiempo hasta la hora que arregló con Brena. Tipea en el buscador de Google: José de Zer. Se entera de que el barrio al que le puso nombre es Fuerte Apache —tierra de Carlos Tévez—, hasta entonces bautizado por Cacciatore, el intendente de la dictadura, como Barrio Ejército de los Andes, olvidando —o despreciando— el nombre con que lo habían bautizado sus primeros pobladores: Carlos Mugica, por el cura asesinado en 1974. En medio de un tiroteo, De Zer, sin proponérselo, borró el Ejército de los Andes de la dictadura y lo rebautizó Fuerte Apache, dándole el nombre con el que lo conocemos hasta hoy. ¡Esto parece Fuerte Apache!, gritó a cámara mientras silbaban las balas alrededor de él. Ya con esto, se merece un lugar en la historia, piensa el pibe. Hoy en el mundo lo conocen a Tévez como «El Apache» y muchos no se imaginan que se lo deben a José de Zer. Si De Zer no hubiera rebautizado el barrio, ¿cómo llamarían hoy al jugador argentino?, ¿el soldadito del Ejército de los Andes? El pibe de Policiales se entera, también gracias a Google, de que uno de los primeros trabajos que tuvo De Zer fue en la boletería de un teatro de donde lo echaron por robar. Esa anécdota forma parte de casi todas las biografías que aparecen acerca de este periodista policial, como si fuera necesario conocerla para poder completar el personaje. Y que la frase: «Seguime, Chango, seguime» se la dijo De Zer al camarógrafo Carlos «Chango» Torres, cuando seguían las luces de supuestos ovnis que habían llegado al cerro Uritorco, y que con el tiempo se supo que eran linternas apostadas por el mismo De Zer y su equipo. Seguime, Chango, seguime, y los dos fueron detrás de la luz de esas linternas. Engaños, como el muñeco inflable que tanto tiempo dio lugar a la leyenda del monstruo del lago Ness. El pibe se ríe, ¿cómo no escuchó antes esta historia de las linternas?, se pregunta. De Zer fue un adelantado, le dirá más tarde Jaime Brena cuando conversen de camino a La Maravillosa, un precursor de cada una de las linternas que encienden hoy algunos de nuestros colegas con menos gracia y más impunidad que él, arrogándose ser los paladines del periodismo y ofendidos si alguien osara compararlos con De Zer. Y le confesará que él respeta a José de Zer, a pesar de sus lados oscuros, porque invitaba a un juego que estaba claro y uno decidía si jugaba o www.lectulandia.com - Página 74

no. Hoy esa claridad es más difícil de conseguir, pibe, se lamentará Brena, «la nuestra es una profesión donde la claridad es cada día más oscura», podría ser una frase de De Zer.

La novia del pibe de Policiales le pregunta otra vez por qué no puede ir con ellos.

Él no le contesta y marca el número de Jaime Brena. Sabe que no pasaron ni diez minutos, pero no está dispuesto a esperar tanto. Suena el teléfono de Brena, sin embargo no es el pibe de Policiales, sino el comisario Venturini que le gana de mano.

¿Y, querido, cómo vas? Bien pero pobre, contesta Brena. ¿Cuándo me invitás con ese asado que me debés?, le pregunta el comisario. Hoy estoy yendo a La Maravillosa, *El Tribuno* le alquiló una casa ahí a Nurit Iscar y vamos a verla con un compañero. Ah, mirá qué justo, también voy a andar por la zona, si me queda tiempo me doy una vuelta y charlamos. Cómo no, llámeme, comisario y me acerco a donde esté, confirma Brena y corta. Otra vez suena el teléfono de Jaime Brena: ¿Y?, paso en diez minutos, ¿te parece?, le pregunta el pibe de Policiales. En quince, le contesta Brena.

Quiero ir con ustedes, dice la novia y el pibe de Policiales, por no oírlos más, le contesta, ma sí, vení. ¿Llevo traje de baño?, pregunta la chica.

Nurit Iscar se acerca a la entrada de La Maravillosa. Unos metros antes de llegar a la barrera ya puede ver a las mujeres que esperan. Apenas sale del barrio se le acerca una, más rápida que las otras. La necesidad tiene cara de hereje, tituló hace unos días su editorial Lorenzo Rinaldi, en el que les reprochaba a ciertos gobernadores de la oposición con problemas de caja alianzas con el Presidente. ¿Necesita empleada por hora?, le pregunta la mujer que se le acerca. Nurit Iscar no lo sabe pero esa mujer rubia que le habla es aquella que gritaba en la cola el día en que Gladys Varela esperaba para entrar en La Maravillosa, ese último día que vino a trabajar, cuando un rato después encontró a Pedro Chazarreta degollado. Sí, necesito empleada por hora, le contesta Nurit, ¿podés trabajar hoy hasta media tarde y mañana el mismo horario?

Lo que necesite usted, yo puedo, dice la mujer. Okey, vamos, le dice Nurit y se dirige a la entrada otra vez. Cuando van a cruzar la barrera, caminando, las detiene el guardia. ¿La señora tiene permiso de trabajo o tarjeta?, le pregunta el hombre a Nurit pero refiriéndose a la empleada. Nurit Iscar a su vez la mira como repitiendo la pregunta. No, responde la mujer incómoda. Entonces que pase a la oficina para completar los datos de ingreso y usted le firma la autorización. Cómo no, dice Nurit, y acompaña a la mujer a hacer los trámites. La mujer da su nombre, su número de documento, lo muestra, muestra su cartera —el contenido de su cartera—, le preguntan si tiene que declarar algo de lo que ingresa, ella dice que no, pero en seguida se retracta, sí, dice, el celular, y lo entrega al guardia para que él anote la marca y el modelo. El guardia carga los datos de la mujer en la

computadora, algo de lo que ve en la pantalla le llama la atención, imprime el permiso, pero antes de dárselo a Nurit Iscar para que lo firme le pide a la mujer que gritaba en la cola de
www.lectulandia.com - Página 75

entrada, el mismo día en que mataron a Pedro Chazarreta, que espere afuera. La mujer lo hace. Se para del otro lado de la puerta con desconfianza. Mira hacia adentro por la ventana. Espera. El guardia la mira a Nurit Iscar y le dice: Le pedí hablar a solas, porque me aparece en la pantalla un alerta. ¿Y eso qué quiere decir?, pregunta Nurit. Que el sistema me pide que le avise que Anabella López, dice el guardia y señala con la cabeza a la mujer que está detrás de la puerta, trabajó en la casa de una vecina y socia de La Maravillosa, la señora Campolongo, ¿la conoce? No, yo no conozco a nadie acá. Bueno, la señora Campolongo pidió que se le prohíba el ingreso en el barrio, ¿me entiende? No. Que la señora Campolongo pidió que Anabella López no ingrese en La Maravillosa. ¿Y por qué? Porque la señora Campolongo tuvo un problema con López. ¿Pero eso es legal? ¿Legal qué? Le pregunto si la señora Campolongo tiene hecha alguna denuncia, si hay alguna orden judicial para impedirle el ingreso. No, es algo de cortesía, entre los socios. De cortesía. Sí, nos manejamos así, nos manejamos con el alerta en la computadora, la señora Campolongo no puede hacer la denuncia «legal», como dice usted, porque no tiene pruebas y estas chicas en seguida se consiguen un abogado que hace un juicio interminable y, lo que es peor, impagable. Hubo una hace años que le hizo a una socia un juicio federal por impedirle el derecho constitucional al trabajo y a la libre circulación. Todavía nos acordamos todos, casi nos cuesta el puesto, nos preguntaron si la mujer había trabajado para esa socia y dijimos que sí, porque estaba en los registros, en fin, un lío.

Por eso la señora Campolongo no hizo la denuncia en la policía, pero sí la hizo acá, en la guardia y control de ingreso, para que nosotros previniéramos a posibles nuevos damnificados de esta situación. Ajá, dice Nurit, ¿y cuál es «esta situación»? Que la señora Campolongo no quiere que esta mujer ingrese. Pero cuál es el motivo, aunque no esté probado. Que aparentemente Anabella López le robó. Le robó. Sí, un queso.

¿Un qué? Una horma de queso. Una horma de queso. El hombre se la queda mirando, ella también a él. Si quiere la llamamos a la señora Campolongo y ella le cuenta mejor. ¿Me cuenta cómo le robaron el queso? Le cuenta lo que usted necesite saber.

Y dígame, si yo a pesar del riesgo de que esta mujer me robe un queso

la quiero tomar igual, ¿ustedes me van a dejar pasar con ella o me lo van a impedir a punta de rifle? Son escopetas. Ah, a punta de escopeta, entonces. No, nosotros no le podemos impedir que usted lleve a trabajar a su casa a quien quiera, por eso que le dije de la libre circulación y el derecho al trabajo, es sólo un consejo que la señora Campolongo les da a sus vecinos. Cortesía. Sí, cortesía. Qué amable. Sí. ¿Dónde tengo que firmar?

¿Firmar qué? La autorización de trabajo. Entonces le autoriza el ingreso. Sí, total, yo queso no como. Entiendo, dice el hombre de seguridad y ya no dice más.

Nurit sale con el permiso firmado y se lo entrega a la mujer. Tomá, dice y camina unos metros. Luego se detiene, la mira y le dice: Te voy a hacer una pregunta y de lo que me respondas depende que trabajes en mi casa o no, pensá muy bien lo que vas a www.lectulandia.com -
Página 76

contestar. ¿Vos te robaste una horma de queso de la casa de la señora Campolongo?

La mujer la mira. Pensá lo que me vas a contestar, le advierte una vez más Nurit mirándola fijo. La mujer le sostiene la mirada sin todavía decir nada. Ella la espera.

¿Y?, dice Nurit y mueve la cabeza invitándola a hablar. La mujer, por fin, habla: Sí, yo me llevé el queso. Nurit se queda en silencio un instante y luego dice, okey.

¿Okey? Sí, okey, estás contratada, dice y empieza a caminar. Si necesitás llevarte algo de mi casa, me avisás y yo decido si lo podés llevar o no, ¿de acuerdo? De acuerdo, dice la mujer. Y nunca toques ni mis papeles ni mis libros, ni siquiera los muebles de lugar, ¿de acuerdo? De acuerdo. La mujer queda algo rezagada, como si esta conversación la hubiera distraído del acto natural de caminar. Dale, apurate que está por llegar gente a mi casa y todavía ni ordené la cocina. La mujer avanza más ligero hasta alcanzarla. Caminan en silencio unos metros más y luego Anabella López le dice: Y no era un queso, era medio. Medio queso, nomás, la otra mitad se la comió la gorda. ¿Qué gorda?, pregunta Nurit. La gorda Campolongo, dice la mujer.

El resto del camino lo hacen en silencio.

CAPÍTULO 12

Las primeras en llegar a la barrera de entrada a La Maravillosa son Carmen Terrada y Paula Sibona. Alguien llama desde la guardia para que Nurit les autorice el ingreso. Diez minutos después las mujeres estacionan el Ford K de Paula frente a la entrada de la casa donde Nurit Iscar se instaló porque se lo pidió Lorenzo Rinaldi.

Falta que te hagan un Papanicolaou y la revisión de la entrada es más completa que el chequeo médico anual, dice Paula. No les des ideas, pide Nurit. Y luego les cuenta: Viene también el periodista que trabaja en Policiales en el diario *El Tribuno*, ¿no les molesta, no? Para nada, me encanta tener la oportunidad de conocer a Jaime Brena, dice Carmen. No, no es Jaime Brena, es un chico joven, yo no lo conocía, Brena pasó a otra sección, aclara Nurit. ¿A qué sección?, pregunta Carmen, si Jaime Brena es el mejor periodista de Policiales que nos queda. A mí me gusta más Zippo, interviene Paula. A vos te gusta más Zippo porque es morocho y bigotudo, pero el que escribe mejor es Brena, dice Carmen. Sí, coincide Nurit, lees sus notas y es como si estuvieras leyendo un cuento. Qué extraño que lo cambiaran de sección, ¿y ahora en qué sección escribe?, le pregunta Carmen. Ni idea, voy a averiguar, contesta Nurit y luego cambia de tema: No me animé a hacer un asado, así que compré empanadas y le pedí a Anabella que haga unas ensaladas. ¿Quién es Anabella? La señora que me está ayudando con la casa. Pileta y servicio doméstico un fin de semana, esto es un lujo, dice Paula. ¿Dónde me puedo cambiar así me pongo la malla?

Media hora después llaman de la guardia. Atiende Carmen y le pasa el teléfono a Nurit: De la puerta para que autorices que pase alguien. El pibe de Policiales, dice ella a sus amigas y luego al teléfono: Hola, sí. Pero el nombre que le dan del otro lado de la línea la confunde: ¿Quién?, no, yo esperaba a otra persona, ¿cómo dijo que se llama? Matías Gallo, responde el guardia, acá me dice que es un amigo de su hijo Rodrigo. Ah, sí, Matías, ¿pero qué hace Matías acá?, bueno, sí, díglele que pase. Nurit se inquieta, ¿por qué está entrando un amigo de Rodrigo en La Maravillosa?, tiene que haber pasado algo, ¿le habrán pedido que me traiga alguna mala noticia? Sus amigas tratan de tranquilizarla, pero la cara de Nurit demuestra que no lo logran. Ay, por favor, ¿por qué siempre tenés que ser tan dramática cuando se trata de tus hijos?, la reta Paula. Seguro que es una pavada, seguro que viene a la casa de alguna otra persona y pasa por acá a dejarte algo, o a saludarte, dice Carmen. No, si no hay tanta confianza, es un compañero de la facultad de Rodrigo, yo lo conozco, sé quién es, pero no tengo una relación con ese chico como para que se sienta obligado

a venir a saludarme. A lo mejor te viene a dejar algo para Rodrigo, insiste Carmen. Él me habría avisado. ¿Te parece?, con los chicos se puede esperar cualquier cueigue. Nurit www.lectulandia.com - Página 78

llama al celular de su hijo: apagado. Carmen Terrada intenta sacar a relucir el principio de la navaja de Ockham. ¿La navaja de quién?, le pregunta Paula. Carmen explica: es un principio filosófico que enunció un tal Guillermo de Ockham, que dice que ante dos teorías que explican la misma consecuencia, es mucho más probable que la verdadera explicación esté en la teoría más simple; por ejemplo, si alguien a quien esperas no llega, un hijo por ejemplo, es mucho más lógico pensar que perdió el colectivo o se atrasó en la casa de un amigo, a que se mató en un accidente de tránsito. Paula y Nurit se la quedan mirando. Sí, okey, no fue un ejemplo feliz, pero la navaja de Ockham, bien aplicada, es útil para no hacerse mala sangre. Sus amigas siguen calladas, ella decide hacer lo mismo. Paula propone ir a la puerta y esperar allí a Matías, y eso hacen. No saben por dónde vendrá, el camino desde la entrada del country a la casa que Nurit Iscar ocupa puede hacerse por la izquierda o por la derecha, porque la calle sobre la que está es un semicírculo perfecto. Miran a un lado y al otro como si fuera un partido de tenis en cámara lenta. El tiempo parece no pasar.

¿Tanto tarda este chico desde la entrada hasta acá?, dice Paula, ¿en qué viene?, ¿en sulky? ¿Querés que lo salgamos a buscar con el auto?, propone. Me parece mejor, contesta Nurit y su amiga está a punto de ir a buscar las llaves en el mismo momento en que por la izquierda, a unos veinte metros de la casa, aparece detrás de la curva un muchacho que camina sin apuro. ¿Será ése?, pregunta Carmen. Y sin esperar que nadie conteste las tres salen corriendo a su encuentro. El chico las mira venir hacia él algo desconcertado, mochila al hombro y iPhone en los oídos. La primera en alcanzarlo es Nurit, que se para frente a él y mientras se aferra a sus hombros le pregunta: ¿Qué pasó? El chico se la queda mirando sin contestar. Decime ya qué pasó, insiste ella. ¿Qué pasó cuándo?, se anima a preguntar el amigo de su hijo.

Cuando pasó lo que pasó, dice ella. ¿Qué pasó?, repite Matías. Eso es lo que quiero saber, le grita ahora Nurit. Matías mira a las otras mujeres como diciendo «tírame una cuerda, no sé qué hacer con esta loca». Nurit empieza a llorar. Paula, aunque sigue apostando a que no es para tanto, la abraza y la deja llorar en su hombro. El chico transpira, se pasa el brazo por la frente. Carmen trata de mantener la calma, pero con firmeza le pide: Lo que tengas que decir, sea lo que

sea, decilo ya. El chico se queda pensando, se nota en su rostro que nada le gustaría tanto como acertar con la respuesta correcta a las preguntas de estas mujeres, pero no tiene la menor idea de qué esperan de él. Dale, hablá, insiste Carmen, decilo, tenés que decirlo. ¿Gracias?, dice Matías. ¿Gracias qué?, le pregunta Carmen sin entender. Gracias, señora Iscar, por invitarme a pasar el día en su quinta, completa el chico como si recitara. Nurit deja el hombro donde llora y dice: ¿Que yo te invité a qué? Bueno, usted no, Rodrigo, me invitó a pasar el fin de semana en su quinta. En mi quinta. Sí, a mí y a unos amigos, ¿no llegaron? No, dice Nurit después de un suspiro que le devuelve la calma y la llena de ganas de matar a su hijo. Ah, ellos vienen con una combi que sale de www.lectulandia.com - Página 79

Plaza Italia, pero como yo vengo de la casa de mi abuela, en San Isidro, me corté solo. El conductor de un Audi les toca la bocina, apenas un toque discreto, para que lo dejen pasar. Sin darse cuenta, las mujeres y el chico ocupan toda la calle. Se corren hacia la banquina, dejan pasar el auto y luego van detrás de él hacia la casa. Y

decime, le pregunta Nurit a Matías, ¿cuántos son esos que vienen en la combi? Y...

pocos, unos cuatro o cinco. Cuatro o cinco, repite Nurit. Sin contar a Rodrigo, aclara el chico. Sí, a Rodrigo no lo contemos porque creo que va a sufrir un pequeño accidente doméstico, dice Paula. El chico no entiende el chiste. Ella se da cuenta, mira al cielo y concluye: Alabado sea el Señor que sólo me dio sobrinos.

Cuando entran en la casa, Anabella le cuenta a Nurit que llamó Viviana Mansini para avisar que va a llegar después de comer — ¿quién invitó a Viviana Mansini?, pregunta Paula— y que otra vez llamaron de la guardia: Hay una visita en la puerta que tiene que autorizar, dice la mujer y sigue cortando lechuga. Ahora llamo, contesta Nurit mientras evalúa que la cantidad de verdura ya no será suficiente: Agregá una planta más de lechuga y dos o tres tomates que se nos sumaron unos invitados, yo en seguida pido más empanadas. Nurit llama a la guardia: Sí, me dijeron que tengo que autorizar el ingreso de alguien. Ella escucha el nombre de la nueva visita. ¿Juan?, dice, sí, sí, que pase, es mi hijo. Parece que viene Juan también, no me contestan los llamados pero se caen de sorpresa. ¿Le molesta si me pongo la malla y nado un rato mientras vienen Rodrigo y los chicos?, la interrumpe Matías. No, claro, hacé tranquilo como si la casa fuera tuya, dice Nurit con cierta ironía que el amigo de su hijo no advierte. Se lo queda mirando en silencio sin agregar una palabra más como

para que el chico entienda que lo mejor que puede hacer es ir y zambullirse en la pileta. Bueno, parece que hoy no estreno el natatorio, dice Paula en cuanto Matías desaparece para cambiarse. ¿Por qué?, le pregunta Nurit. ¿Viste ese cuerpo?, ¿viste esa piel?, ¿viste esa juventud?, bueno, todo eso se va a multiplicar por cinco cuando llegue Rodrigo y por no sabemos cuántos cuando llegue Juan, y yo no estoy preparada para ese contraste. Ay, dejate de joder, somos mujeres grandes, nadie espera de nosotras juventud, le dice Carmen. No, juventud no, pero sí sentido crítico, respeto por los demás y dignidad. Más que nada dignidad. En eso coincido, dice Nurit, y se recuerda a sí misma unos días atrás frente al espejo sintiéndose indigna de que Lorenzo Rinaldi vea cómo su cuerpo envejeció en estos tres años. Yo tendría que haber hecho como Greta Garbo, dice Paula, o como Mina, que se retiraron de la vida pública a tiempo. ¿Mina la de Parole, parole?, pregunta Carmen. Sí, Mina. No sabía que se había retirado. Se recluyó, la vejez nos asusta a los artistas, somos seres estéticos, almas jóvenes en cuerpos que envejecen. Y algo ególatras, agrega Carmen Terrada. Ponele el nombre que quieras, pero yo también fui una artista consagrada aunque ese chico no parezca haberme reconocido, se queja Paula, ¿se dieron cuenta de que no tiene ni idea de quién soy? Pasó por al lado mío y me ignoró como a un

www.lectulandia.com - Página 80

poste. Con más razón, metete en la pileta tranquila que el chico ni te va a mirar, le sugiere Carmen. Sí, yo sé que el riesgo es bajo, pero existe, ¿qué pasa si uno de los amigos de Rodrigo me enganchó en una película vieja en el cable, me reconoce, saca una foto y la manda a un programa de chimentos? Me meto en la pileta mañana, total los chicos no se van a quedar a dormir, ¿o sí? A mí me pareció que este tal Matías habló de «fin de semana», dice Carmen. Las tres se miran. Paula se acerca a la ventana y, con el dedo índice y el meñique haciendo cuernitos, toca madera.

Juan no es sólo Juan, y llega en el auto que le prestó su padre. Casi lo convenzo al viejo de que venga, dice mientras saluda y ante el estupor de su madre. Trae con él a su novia —a la que Nurit no conocía hasta hoy—, a la hermana de su novia y al caniche toy de su novia. Bingo, canta Paula Sibona cuando ve el perro salticando en el jardín. No me dijiste nada que venías, le dice Nurit a su hijo mayor. Perdí el celular y no me acordaba de tu teléfono de memoria, ¿te jode que haya venido sin avisar?

No, al contrario, lindo, dice ella y a pesar de la complicación que se deriva de recibir visitas inesperadas, Nurit Iscar no miente. Si siempre se queja en silencio de lo poco que los ve, su estadía en La Maravillosa

ya le dio a esta altura un importante beneficio secundario. Está buena la quinta, vieja, le dice Juan mientras acerca unas reposeras para que se tumben su novia y la hermana. El caniche toy corre a ladrarle a alguien que se asoma detrás del ligustro. Un morocho con bigotes que no es Zippo, le avisa Paula a Nurit. Permiso, dice el hombre y pasa tratando de ignorar los ladridos histéricos del perro que salta a su alrededor. Bueno, la cosa mejora, dice Paula mientras Nurit se acerca a ver quién es y qué quiere. Comisario Venturini, mucho gusto, dice él, un admirador suyo y de sus novelas, señora Iscar, que espera con ansiedad la próxima. Gracias, pero ya no escribo novelas. Cómo que no escribe novelas. Por el momento, a lo mejor más adelante. Seguiré esperando, entonces, confío en que algún día volveré a tener entre mis manos una novela suya. Por los gestos parece galante el morocho, me gusta, le dice Paula a Carmen a unos metros de ellos. Ya me di cuenta de que te gusta, le contesta ella. Yo estaba en la zona, le dice el comisario Venturini a Nurit, y quedé con Jaime Brena que nos juntábamos para charlar un rato en su casa, si a usted no le molesta, claro. ¿Jaime Brena? Sí, me dijo que venía para acá. No sabía. ¿Cómo que no?, bueno, no sé..., pero delo por hecho, lo llamé hace una hora y ya estaba saliendo. Si usted lo dice, hoy ya perdí la lista de invitados, contesta Nurit con resignación y luego lo invita a pasar: Adelante, por favor. No, no se preocupe, vuelvo en un rato, tengo que darme una vuelta por la casa de Chazarreta a ver un tema con un colega. Nurit se pone alerta, le interesa mucho lo que acaba de escuchar, desde que llegó a La Maravillosa fue varias veces hasta la casa de Chazarreta pero nunca pudo pasar más allá de las cintas de plástico a rayas rojas y blancas que puso la policía el primer día, custodiadas por un hombre de la Bonaerense y por un guardia de La Maravillosa. No quiero ponerlo en un www.lectulandia.com - Página 81

compromiso, comisario, pero ¿hay alguna posibilidad de que usted me lleve a conocer la casa? Bueno, no es lo habitual. Entiendo. Pero tratándose de usted, el comisario hace una pausa y le sonríe, yo creo que podremos encontrar la forma. Más tarde, cuando vuelvo para ver a Brena, se lo confirmo. Gracias, no sabe lo importante que será para mí. Antes de irse, el comisario Venturini dice: permiso, no quiero ser descortés con las señoras, y avanza hacia donde están las amigas de Nurit a las que saluda con un fuerte apretón de manos —usa las dos manos al saludar—, que a Carmen le molesta y a Paula la excita. Comisario Venturini, dice dos veces, mientras sostiene la mano de Carmen primero y la de Paula después. Y el «comisario» se le clava a Paula en medio del estómago y la deja muda. ¿Usted no es Paula Sibona?, le pregunta. Ella tarda unos segundos en reaccionar y luego

dice: Sí, soy Paula Sibona.

Pero qué emoción conocerla, usted es una de mis actrices favoritas. Me acuerdo de que la vi en esa película, cómo se llamaba... esa que usted hace de la mujer de un hombre muy poderoso.... El camino de la sal... ahí me salió... El camino de la sal.

El camino al salitral, corrige ella. Eso, al salitral, me encantó, repite él que todavía sigue con la mano de Paula apretada en las suyas. Bueno, me voy y vuelvo en un rato, ya tendremos tiempo de charlar un poco más, Paula, dice el comisario, ¿la puedo llamar así? Así me llamo, contesta ella. El comisario Venturini se despide de las tres y se va. Te gustó, dice Nurit. Está que arde la hija de puta, confirma Carmen. Me emocionan los hombres que te aprieten la mano con esa firmeza, y si son morochos y bigotudos, más. Pero vos no sos de conformarte con que te aprieten sólo la mano, amiga, dice Carmen. ¿Qué querés decir? Que te lo vas a cojer, traduce Nurit. Me calienta, es cierto, pero no puedo. ¿Por qué? ¿Cómo por qué?: yo hice el Conservatorio, yo fui Medea y Lady Macbeth en el Teatro San Martín, ¡yo estuve en Teatro Abierto!, ¿entienden?, no me puedo cojer a un comisario... es una cuestión ideológica. ¿Y desde cuándo lo ideológico se te mezcla con el sexo?, se ríe Carmen.

Desde siempre. ¿Querés que te nombre una seguidilla de ideológicamente incorrectos que te cojiste?, pregunta Nurit. No, prefiero olvidarlos y además, en todos los casos, me enteré después: primero fue el sexo, después la ideología. Parece un tipo agradable y además lee, dice Carmen, ¿no dice que leyó todas las novelas de Nurit?

No insistan chicas, con un comisario me bloqueo y no acabo, yo sé lo que les digo.

Veinte minutos después llegan Rodrigo y sus amigos, que finalmente eran cinco, y diez minutos después que ellos las empanadas. Nurit está condimentando las ensaladas y le pide a Carmen que vaya a recibir el pedido: Sacá plata de mi billetera que está sobre el microondas. El caniche toy se mete en la cocina y va directo a frotarse en las piernas de Nurit. ¿Alguien se puede ocupar de este animal?, dice ella mientras intenta deshacerse del perro pero Juan, su novia y la hermana de su novia toman sol como lagartos y nadie le responde. Carmen regresa con las empanadas y le dice: ¿No serán poco dos docenas para tanta gente saludable? ¡Me olvidé de llamar www.lectulandia.com - Página 82

para agregar más!, ¿Alzheimer o desborde? Desborde, amiga, tranquila, le contesta Carmen. Nurit toma el teléfono y llama, pide que le manden cuatro docenas.

¿Cuánto?, ¿una hora y media de espera?, se queja al teléfono. Bueno, haga lo que pueda, dice y corta con un poco más de malhumor. Por suerte el chico de Policiales aún no llega, dice, en el momento en que suena el teléfono otra vez. Ella deja la ensalada, atiende, escucha lo que le dicen y luego responde: Sí, que pase.

www.lectulandia.com - Página 83

CAPÍTULO 13

Jaime Brena y el pibe de Policiales esperan en una larga cola detrás de la barrera que dice «Visitas». Nurit Iscar ya autorizó su ingreso, uno de los guardias les revisó el baúl para ir ganando tiempo y les indicó en un mapa del barrio el camino para llegar a la casa que visitan. Pero falta que pasen por la barrera, muestren sus documentos y les saquen una foto. Y hay como seis autos delante de ellos, así que tienen, por lo menos, para quince minutos más. La novia del pibe de Policiales se quedó en el primer semáforo rojo que los detuvo cuando iban camino a la casa de Jaime Brena. Pretendía pasar por su casa a buscar una bikini y su novio ya le había dicho, reiteradas veces, que era tarde, que los estaban esperando y que no iba a la casa de Nurit Iscar de picnic sino por trabajo. Pero ¿qué voy a hacer todo el día en una quinta mientras vos trabajás si no puedo tomar sol?, dijo la chica cuando estaban detenidos en una esquina, mientras la luz del semáforo pasaba de rojo a verde. Tenés razón, contestó el pibe de Policiales, se bajó del auto, lo rodeó, abrió la puerta del acompañante, la ayudó a salir y le dijo: Mejor no vengas. La chica se quedó atónita.

Nunca nadie me hizo un desplante así, se quejó mientras el pibe le daba la mano para ayudarla a salir. Siempre hay una primera vez, le dijo él, se subió al auto y se fue. A Jaime Brena no le asombró que el pibe de Policiales llegara solo porque nunca se enteró de que su novia vendría con ellos, pero sí la cara tensa, el ceño fruncido y el intento fallido del pibe de que pareciera que todo estaba en orden. ¿Pasa algo?, le preguntó. Problemas domésticos, contestó el pibe de Policiales y ya no tocaron el tema.

En el viaje a lo largo de la Panamericana hablaron de fútbol, del diario, del retiro voluntario en el que probablemente Jaime Brena se anotará, de José de Zer, de Karina Vives —¿me parece a mí o la chica te calienta?, le preguntó Brena; el pibe se hizo el tonto y apenas

contestó: es una linda chica pero muy antipática, a lo que Brena dijo: hay que saberla llevar—, de Pedro Chazarreta, de Lorenzo Rinaldi y de Nurit Iscar. El tráfico de ese sábado al mediodía era intenso y Brena le tuvo que pedir al pibe que no frenara tan pegado al auto de adelante si no quería que le vomitara el tapizado.

Bajaron de la Panamericana dos puentes antes del que correspondía a la salida de La Maravillosa, les costó más de un intento retomar la autopista y salir en el correcto, pero finalmente lo lograron. Pensar que hay gente que hace este viaje todo los días, dijo el pibe, están locos. No los subestimes, pertenecer tiene sus privilegios, como diría American Express, le contestó Brena.

Por fin es el turno de ellos, documento, foto, registro, seguro del auto, baúl otra vez —«pero si ya lo miraron», «ah, disculpe»— y entran en La Maravillosa. Jaime www.lectulandia.com - Página 84

Brena, de inmediato, reconoce el camino, esa calle bordeada por árboles a un lado y al otro, donde las ramas más altas se tocan en las copas formando un túnel verde por el que se filtra el sol del mediodía. De eso se acordaba bien, de ese túnel verde. Brena baja la ventanilla y se desabrocha el cinturón de seguridad. Carga sus pulmones de aire. ¿Conocías este lugar?, le pregunta al pibe. No, éste no, le contesta. Yo hace más de un año que no entro, pero está todo igual que cuando vine a entrevistar a Chazarreta. O parece todo igual; de hecho, ya no está él. En aquel entonces seguía implicado en la causa por la muerte de su esposa. Desde la primera pregunta me quiso manipular, intentó que la entrevista se convirtiera en una gacetilla de prensa a su favor. Un tipo difícil, frío, calculador, calmo y muy inteligente. ¿Y vos qué pensás?, le pregunta el pibe. ¿De aquella muerte? Sí. Que la mató él o que la mandó matar; o por lo menos que el tipo sabía quién la mató y por qué, pero definitivamente él era responsable de esa muerte. El pibe de Policiales frena y deja pasar a una madre y a su hija que quieren cruzar la calle subidas arriba de rollers que no dominan ninguna de las dos. ¿Sabés qué le dijo Chazarreta al operador del servicio de ambulancias al que llamó después de descubrir a su mujer muerta? No, dice el pibe.

Está grabado, yo escuché la cinta, dijo: Por favor, vengan urgente al lote 23 de La Maravillosa, mi mujer venía caminando distraída, se patinó por la humedad del piso, se llevó una puerta de vidrio por delante, se cortó el cuello y está desangrándose.

¿Podés creer? Una frase demasiado larga y elaborada para alguien que tendría que estar en estado de shock, dice el pibe. Y una frase con la

que pretende llevar al otro a concluir lo que él quería que concluyera: que todo fue un lamentable accidente, explica Brena. Además, a menos que hubiera tocado el cadáver, y él en sus primeras declaraciones dijo que no lo hizo sino hasta que llegaron los médicos, no podía saber que el corte era en el cuello porque su mujer estaba boca abajo. ¿Y por qué lo sobreyeron, entonces? Nunca lo voy a terminar de entender. El fallo dice que las pruebas no eran «concluyentes», y yo sólo con esto que te conté lo condenaría. Pero claro, yo no soy juez.

Un carro a batería que marcha delante de ellos hace que el pibe de Policiales tenga que bajar la velocidad. En el carro va una pareja que lleva detrás dos bolsas con palos de golf, los del hombre un poco más altos que los de la mujer. Uno de los palos de la mujer tiene puesto en la punta una especie de funda corta que representa la cabeza orejada de un perro de peluche. Brena los mira y dice: Hay otra vida, ¿no?

Hay otra vida, sí, hay muchas otras vidas, le contesta el pibe, el asunto es estar viviendo la que uno quiere vivir. Así es, confirma Brena, se lo queda observando un instante y luego agrega: Al final, no eras tan pelotudo vos. El pibe de Policiales lo mira exagerando su sorpresa por el comentario, Brena se ríe. Es un chiste, pibe, no sos pelotudo, te falta calle nomás, y hablando de eso, ¿querés seguir con tu entrenamiento? Sí, estoy listo para pasar a la nueva lección, ya sé todo de José de Zer, www.lectulandia.com - Página 85

de Fuerte Apache y de sus ovnis. ¿De quién me ocupo ahora? De Enrique Sdrech, a Enrique Sdrech lo tenés que conocer. Sí, vi algún informe viejo que cada tanto pasan en la televisión. Un informe no alcanza para conocer a Sdrech, tenés que investigar más, por ejemplo, tenés que saber que le balearon la casa con una Itaka en el 92, ¿o lo sabías? No. Bueno, conseguite un libro de él: Giubileo, un caso abierto. ¿Te acordás del caso Giubileo, no? Más o menos, dice el pibe para no reconocer que no tiene ni idea de qué le habla. Más o menos, repite Brena, mi Dios, una médica que desapareció de la faz de la Tierra sin dejar rastro en el 85. ¿Cuántos años tenías vos en el 85? No había nacido, contesta el pibe. Que lo parió, dice Brena, que lo parió, y se queda mirando un rato por la ventana. No habías nacido, repite con la vista perdida en el campo de golf que aparece a su derecha. Y luego sigue: La doctora Giubileo desapareció en la Colonia Montes de Oca, un neuropsiquiátrico también conocido como Open Door, donde después se supo que traficaban órganos y usaban a los pacientes de cobayos para probar drogas nuevas. En fin, una trágica historia más, no resuelta. A Sdrech este caso lo obsesionaba. Y todos los casos no resueltos: Oriel Briant, Jimena Hernández, Norma Mirta Penjerek.

Muchas mujeres para las que no hubo justicia. Era un apasionado. Y un gran lector. ¿Sabés qué aprendí de él? Que las notas policiales no se arman como las de otras secciones, nunca se pone en el copete un dato jugoso, una revelación, eso se deja para el final, como si fuera un cuento.

Tres chicos en bicicleta ocupan toda la calle y no se muestran dispuestos a correrse. El pibe de Policiales espera, no se atreve a tocarles bocina; no parece que eso, tocar bocina, sea un código del lugar. Me da la sensación de que creen que son dueños de la calle, dice el pibe. Son dueños de la calle, o lo van a ser, corrige Brena.

Uno de los chicos se va hacia la banquina y se cae, los otros se corren a un costado para ayudarlo, el pibe de Policiales aprovecha el hueco que dejan y los pasa. ¿Se habrá lastimado?, pregunta el pibe. Problema de la madre, contesta Brena. Hacen una o dos cuadras más en silencio y luego el pibe de Policiales se atreve a preguntar: ¿Y a vos qué te obsesiona, Brena? Jaime Brena lo mira sin saber si entendió bien la pregunta. Como Sdrech, como De Zer, vos también debés tener algo que te obsesiona en tantos años de carrera. ¿A mí qué me obsesiona?, ya no sé, hace muchos años me quería parecer a Rodolfo Walsh, ¿sabés?, él era mi modelo, no sé si mi obsesión pero sí mi modelo. Después entendí que no me daba el piné para querer ser como él. Ni a mí ni a nadie, hoy en este país no hay quien se pueda parecer a Rodolfo Walsh. ¿Por qué? Porque Walsh, antes que periodista, antes que escritor, antes que ninguna otra cosa, era un revolucionario, y el periodismo ya nada tiene que ver con la revolución.

Nos aburguesamos, pibe. Sacamos panza, con ciertas limitaciones hacemos lo que nos piden, cobramos un sueldo a fin de mes, zafamos como podemos. Y hay algunos caraduras que se las dan de arriesgados porque critican al Presidente o a los medios.

O al Presidente y a los medios. ¿Walsh habrá tenido miedo? Yo, en su lugar, habría www.lectulandia.com - Página 86

tenido. Hoy, popes del periodismo o «intelectuales» entre comillas hablan con suficiencia desde sus escritorios, muchas veces instalados en sus casas o donde están de vacaciones. Y se creen importantes porque son «formadores de opinión». Pero el asunto es cómo formás esa opinión, qué valores respetás y qué escrúpulos tenés.

Muchos de ellos dan como verdades irrefutables lo que no es más que su propia opinión. O la de otros para los que ellos trabajan. Cuando un periodista se aparta de la información para dar su opinión, sólo es

honesto si aclara qué está haciendo. Se puede opinar, pero no se puede pasar opinión por información. La ideología burguesa pretende pasar como natural o normal los intereses de clase. ¿Me fui al carajo, pibe?

No, no, le contesta el pibe de Policiales. Jaime Brena sigue: Mierda, nada comparable con escribirle una carta a la Junta Militar y saber que al día siguiente van a venir por vos. Eso era Rodolfo Walsh. ¿Quién sería la Junta, hoy? ¿El Presidente o los grupos de poder que te pagan el sueldo? Ninguno de los dos. Si no estás de acuerdo con la línea editorial del diario para el que trabajás, ¿qué tenés que hacer?, ¿escribir en su misma línea o renunciar?, ¿hay margen para una tercera opción? No sé. El que responde con convicción a estas preguntas, miente. Somos todos demasiado maricones para parecernos a Walsh, pibe. Pero no me hagás caso, tomalo como la sanata de un viejo, tu generación no se hace estos planteamientos. Si cuando desapareció la doctora Giubileo, vos ni habías nacido. Increíble, pibe. Vos tratá de ser un buen periodista de Policiales, salí a la calle y escribí bien, que se entienda, que tenga garra, que atrape. Y sin faltas de ortografía, que eso, hoy por hoy, ya es mucho pedir.

El auto del pibe está frente a la casa de Nurit Iscar. El sonido a reggaeton que llega desde el parque los desconcierta. El chico sube al camino de grava con dudas.

¿Estás seguro de que es acá?, le pregunta Brena. El pibe mira otra vez el mapa y chequea la dirección que escribieron en la guardia: Calandria 675. Entonces es acá, confirma Brena, mirala a Betibú qué moderna para elegir música. Estacionan, bajan del auto, el pibe toca el timbre. ¿Sabés cómo arrancarías esta nota Enrique Sdrech, pibe?, así: «Acá estamos, parapetados en el country club La Maravillosa, más precisamente en la casa de la escritora Nurit Iscar». Le encantaba la palabra parapetados a Sdrech.

Un caniche toy sale a recibirlos. Brena lo mira con desprecio: Este perro no se parece en nada al que imagino para mí.

www.lectulandia.com - Página 87

CAPÍTULO 14

Las presentaciones, las empanadas —después de que llegó la segunda tanda— y la sobremesa transcurren dentro de lo esperable. Con el prematuro anuncio del comisario Venturini de que Jaime Brena vendría a la casa, nadie se sorprende al verlo llegar junto con el pibe

de Policiales. Sin embargo, aunque Carmen Terrada se emociona cuando lo tiene frente a frente, es incapaz de decir más que: Hola, mucho gusto. A Nurit Iscar le resulta algo incómodo tanta gente y la mezcla de humanidades diversas que se terminó conformando en su casa —o en la casa que ocupa—, pero trata de manejarlo con naturalidad y aplomo. A pesar de que el aplomo nunca haya sido su virtud más destacada. Se arma un sector joven en la pileta y sus alrededores, y un sector mayor en la galería, a la sombra. Yo no sé cómo estos chicos resisten tanto calor sobre sus cabezas, dice Brena y se acomoda el pelo que le queda pasándose la mano por la suya como si fuera un peine. Nurit lo mira, lo recordaba con más pelo.

¿Cuánto tiempo pasó?, se pregunta. No se refiere al tiempo que pasó desde que vio a Jaime Brena por última vez —pocos días antes—, ni desde que ella dejó de ir al diario con regularidad cuando terminó su relación con Rinaldi —hace más de tres años—. Cuánto tiempo pasó desde que ellos, Nurit, Brena, Paula, Carmen, tenían la edad que hoy tienen sus hijos y podían permanecer al sol sin preocuparse por tener que ponerse en traje de baño frente a los demás, ni por el calor, ni por el cáncer de piel. Cuánto tiempo hacia atrás y cuánto tiempo hacia adelante, las dos opciones la perturban. Por eso, Nurit prefiere no pensar en ninguna de las dos direcciones. Pero dejar de pensar no siempre es una acción voluntaria y al rato se encuentra otra vez preguntándose cómo habrá sido la vida de Jaime Brena cuando ella tenía la edad de sus hijos, treinta y pico de años atrás. Aunque preferiría no recordarlo, Nurit Iscar sabe que saltó con sus amigas de aquel entonces en el Obelisco el día en que la Argentina salió campeona del mundial de fútbol, en 1978. ¿Qué habrá hecho Jaime Brena ese día? Le parece haber leído en alguna parte que él militaba en aquella época. Carmen Terrada también, por eso se tuvo que ir un tiempo. Qué distintos los veinte años que les tocaron vivir a ellos de los que les tocan vivir a sus hijos. Si tuviera que elegir, ella, Nurit Iscar, ¿con qué final de la adolescencia y de la ilusión se quedaría? No lo sabe, no quiere ser ingenua, ni políticamente correcta, sólo quiere hacerse la pregunta, aunque no esté segura de la respuesta. Aunque no quiera estar segura de la respuesta. El pibe de Policiales, por su edad, podría ubicarse con el grupo joven, pero por afinidad laboral se instala en la galería. El caniche toy prefiere la sombra, pero Nurit es terminante con su hijo: Sacame este bicho de encima, y el perro termina encerrado en el lavadero bajo protesta de la novia de Juan.

tiene el último comprobante de pago del seguro del auto. Tal como contará ella misma más tarde, de nada sirvió que explicara varias veces y con detalle que no tiene volante de pago porque el valor de la póliza se le debita cada mes de su tarjeta de crédito, que mostrara la tarjeta plástica de la compañía que la asegura, que propusiera que llamaran a su corredor de seguros, que implorara. Cambiaron las normas esta semana, dijo el guardia, si hubiera venido la semana pasada la dejaba entrar, pero hoy no puedo, ya le dije, cambió la norma, ahora además de la tarjeta plástica necesitamos el talón de pago, lástima que no vino la semana pasada. Por eso, porque no vino la semana pasada sino ésta y no tiene el talón de pago del seguro, Mansini hace llamar a la casa donde se aloja Nurit para que Paula o Carmen la vengán a buscar hasta la entrada, lo que origina una movida de autos ya que el del pibe de Policiales está detrás del de Juan y éste detrás del de Paula Sibona, y si bien a Juan ni se le ocurre ofrecerse para ir a buscar a la amiga de su madre a la puerta del country —es más, le da las llaves a Paula para que ella misma corra su auto y pueda así salir—, al pibe de Policiales sí se le ocurre y se ofrece, pero Paula no acepta el ofrecimiento y en cambio le pide a Carmen que la acompañe: ¿Te imaginás la cantidad de pelotudeces que le podría decir Viviana a este chico desde la entrada hasta acá? Carmen asiente y ya en el auto le pregunta a su amiga: ¿Por qué la seguimos queriendo si nos saca tanto de las casillas? Porque nos sirve de descarga a tierra y eso, además, da culpa; siempre es necesario alguien con quien agarrárselas y desahogarse, pero alguien que se lo banque estoicamente, y ella ni se inmuta, eso hay que reconocérselo. Tener con quien descargar es la única manera de proteger al resto de los mortales de nosotros, sentencia Paula. Ciertamente, casi que Viviana Mansini es nuestra víctima. Casi. Casi que nos tendría que dar pena, entonces. Casi. Pero no me da. A mí tampoco. Me sigue sacando de las casillas. A mí también. No vamos a ir al cielo. No.

Y para confirmarlo, para confirmar su capacidad de sacar de las casillas a sus amigas, un rato después, cuando aparece otra vez el comisario Venturini en busca de Jaime Brena, se hace evidente que a Viviana Mansini —como a Paula— le gusta el morocho de bigotes pero que, además, quiere que a él eso le quede claro. Qué trabajo más difícil el suyo, comisario, usted debe ser muy valiente, le dice a los cinco minutos de conocerlo y sin que venga a cuento de nada dicho en medio de la conversación desordenada que se arma entre todos ellos. Carmen mira con ironía a Paula y dice por lo bajo: Perra. Paula agrega: Se lo va a terminar cojiendo. Es que ella no tiene problemas ideológicos. ¿Viviana Mansini?, ni debe saber qué significa ideología. No es la única, mirá a los amigos de los chicos en la pileta. Paula mira

y suspira: piel joven, cuerpos jóvenes, risas jóvenes, ¿alguna ideología? ¿Cambiarías un poco de ideología por sexo? Sí. Yo también. No nos vamos a ir al cielo, eso está más www.lectulandia.com - Página 89

que claro. No. Ni vamos a entrar en la historia de las grandes mujeres. Eso tampoco.

Un rato después, el comisario Venturini propone ir a ver la casa de Chazarreta y, por supuesto, Viviana Mansini intenta sumarse al grupo. Pero Carmen la detiene con contundencia: Van a trabajar, no seas metida. Y Viviana, aunque no muy convencida, se termina quedando: Bueno, yo pregunté nada más, ¿está prohibido preguntar? El grupo que parte para la casa donde murió Chazarreta —y antes su mujer— está compuesto por Nurit Iscar, Jaime Brena, el pibe de Policiales y el comisario Venturini. Nurit propone ir caminando para que aprecien mejor el lugar. Y eso hacen.

El comisario Venturini llena sus pulmones abriendo con exageración los brazos hacia arriba y hacia los costados como si la caminata, el lugar, el aire que respira, la luz de la tarde o lo que sea, fueran algo saludable de lo que no puede gozar habitualmente.

¿A qué huele acá?, pregunta, ¿a eucalipto, a madera, a flores? A country, esto huele a country, Venturini, contesta Brena, y nadie lo contradice. El pibe de Policiales toma fotos con su Blackberry. Nurit Iscar se detiene a sacarse algo que se le metió en la zapatilla y le molesta al caminar. Todavía no sabe qué es, si una pequeña piedra, una semilla o un terrón. Jaime Brena también se detiene y la espera. La piedra que aparece cuando ella vuelca el calzado es diminuta. ¿Tanto me podía molestar esto?, se pregunta y le enseña la piedra a Brena. Es como el cuento de la princesa y el garbanzo, ¿te acordás?, le dice él. No, para nada. Ah, un lindo cuento de Andersen, una prueba por la que tenían que pasar distintas doncellas para demostrar si eran o no princesas verdaderas. Se tenían que acostar sobre veinte colchones debajo de los que la reina madre había puesto un garbanzo, siempre hay una suegra preocupada por quién va a ser la mujer que se lleve a la joya de su hijo, hasta en los cuentos de hadas.

Sólo la que era princesa verdadera sentía el garbanzo debajo de ella y no podía dormir en toda la noche, concluye Brena. ¿O sea que me estás diciendo princesa?

Algo así. Qué galante, gracias. De nada, Betibú. Ella se incomoda al oír que Brena la llama por ese nombre. Él lo nota. ¿Te molesta que te

llamen así? Betibú no es precisamente el nombre de una princesa verdadera, dice ella. Es mucho más interesante que una princesa verdadera, es una mujer casi verdadera, dice Brena y la mira. Ella no contesta, él vuelve a preguntar: ¿Te molesta que te llamen así? No, no es el sobrenombre lo que me molesta, es la historia de cómo ese nombre llegó a mí lo que a veces me perturba. ¿Y cómo llegó?, pregunta él. Entonces Nurit Iscar, sin saber por qué, como si hablara con un amigo de toda la vida, contesta: Así me bautizó Lorenzo Rinaldi, hace unos años. Lorenzo Rinaldi, ¿eso dice él?, ¿que a él se le ocurrió que te parecías a Betty Boop? Sí, el día en que nos conocimos en un set de televisión. Mirá vos... Lorenzo Rinaldi dice que él te bautizó. No, yo digo que él me bautizó, fue el primero que me llamó así. La propiedad intelectual siempre es materia controvertida, dice Brena. ¿Por qué lo decís?, pregunta Nurit. Por nada, contesta él y cambia de tema: ¿Qué tal se siente vivir en La Maravillosa?, pregunta en el momento www.lectulandia.com - Página 90

en que el pibe de Policiales, unos metros delante de ellos, se da vuelta y les saca una foto. Yo no siento que vivo acá, le contesta ella, yo siento que en este lugar trabajo, sólo eso. Pero es un trabajo con régimen de pupilaje. Sí, y ser pupilo no es fácil, dice ella. Me puedo imaginar, contesta Brena. Aunque tampoco parece tan jodido pasar unos días en un lugar como éste. Supongo que no, una vez que superarás el síndrome de abstinencia de la ciudad, lo empezás a mirar con más cariño. Relájate y goza, entonces. Lo voy a intentar, dice ella. Se miran, se sonríen, bajan la mirada, y por un rato caminan en silencio.

Es evidente que a la gente con la que se cruzan le llama la atención algo de ese grupo que conforman. Nurit lo nota pero no lo comenta. Ya lo sintió ella otras veces.

La mirada que determina «ellos» y «nosotros». Antes pensó que era por el libro que llevaba abierto para leer mientras caminaba. Pero ahora no lleva libro, entonces se pregunta qué es eso que a su paso les indica a todos que ellos son extranjeros, intrusos, aliens. Puede que sea el saco sport y el pantalón gris del comisario Venturini, inadecuado para un country un sábado a la tarde, sin mencionar el pañuelo de seda con motivos búlgaros que asoma del bolsillo superior de su saco; o los mocasines de suela de Jaime Brena que raspan contra el asfalto y parece que van a sacar chispas, o la camisa de vestir blanca que lleva desabrochada en el cuello pero con ballenitas. Los dos que mejor se pueden mimetizar con el paisaje son Nurit Iscar

—lo sabe porque lo buscó intencionalmente a la hora de vestirse— y el pibe de Policiales. Ella fue estudiando el código de vestimenta en

estos días de estadía en La Maravillosa, y aunque aún no se atreve a las calzas deportivas, entendió que un jean con zapatillas no llama la atención de nadie y eso es lo que usa día y noche. El pibe de Policiales se mimetiza porque lleva pantalón color caqui, como de fajina, con muchos bolsillos, zapatillas y una remera blanca de cuello redondo. Aunque ropa claramente deportiva y de marca los habría hecho pasar más inadvertidos aún.

Mientras el grupo camina, ahora en silencio, en la casa, Carmen Terrada prepara mate, Paula Sibona —totalmente vestida— intenta broncearse aunque sea la cara con los últimos rayos de sol de la tarde, los hijos de Nurit y sus amigos improvisan un picado en el jardín frente a la pileta, la novia de Juan y su hermana asisten al caniche toy que se estresó después de tanto tiempo ladrando encerrado en el lavadero y Anabella levanta servilletas sucias, vasos usados, restos de comida, caca de perro y cigarrillos fumados o a medio fumar desparramados a lo largo del parque. Para los que en cambio caminan por La Maravillosa, la casa de Chazarreta recién aparece a más de diez minutos de andar, detrás de una curva, en el fondo de un cul-de-sac. El perímetro sigue rodeado por una tira de plástico roja y blanca que, aunque no tiene ninguna leyenda, claramente indica, a quien no se quiera hacer el tonto, prohibido pasar. Y no es que ellos se quieran hacer los tontos, sino que cuentan con el permiso y la compañía del comisario Venturini. Pero antes de entrar, Venturini le tiene que dar www.lectulandia.com - Página 91

más explicaciones al guardia de la seguridad privada de La Maravillosa que al efectivo de la Bonaerense con quien, según dijo, ya había arreglado la cosa un par de horas antes. No porque el guardia sea más respetuoso de las leyes de la Nación, sino porque sigue a rajatabla las órdenes de sus superiores —el gerente y el dueño de la empresa de seguridad que contrata el country— y sus superiores le ordenaron que en esa casa no puede entrar nadie. Y nadie es nadie. Entonces, recién después de dos o tres llamados que el comisario Venturini hace de mala gana, el guardia recibe por handy la autorización correspondiente de sus superiores y, finalmente, todos pasan agachándose por debajo de la cinta plástica. Disculpe, yo cumplo órdenes, dice una vez más el hombre de seguridad. Está bien, está bien, querido, dice Venturini y se agacha también pero antes de traspasar la cinta vuelve y le pregunta: ¿Conocés la anécdota de San Martín, las botas de suela y el polvorín? No, no la conozco le dice el hombre. Haceme acordar cuando salga que si tengo tiempo te la cuento, querido, promete el comisario Venturini y se agacha otra vez para pasar adentro del perímetro.

Ahora el grupo avanza por la misma galería por la que se supone que avanzó Gloria Echagüe la tarde en que murió degollada. Y entran en el living por la puertaventana que atravesó ella sin abrirla. El comisario Venturini saca un pañuelo y con él mueve el picaporte para no dejar nuevas huellas. Por si las moscas, le dice a Brena y guiña un ojo. Eso sí, le advierte a todo el grupo que lo acompaña: No toquen nada, aunque ya se hicieron las diligencias del caso, todo tiene que quedar tal como lo encontramos, ¿oka? Oka, responden Brena, Nurit y el pibe de Policiales casi al unísono. Empiezan el recorrido por la planta baja y más específicamente por la escena del crimen: el living. El ambiente tiene boiserie lustrada y cara, adornos de plata, cristalería, cuadros de poco valor pero en marcos excesivamente decorados con pátinas doradas que intentan parecer antiguas. Nada de lo que se ve coincide con una decoración country sino con una estética más tradicional o conservadora, como la que podría encontrarse en un piso en Belgrano o Recoleta. Un bar hecho en madera lustrada y bronce con distintos tipos de bebidas: gin, vodka con mango, whisky —de la misma marca que el que tomaba Chazarreta la noche de su muerte—, licor Baileys.

Un kilim debajo de la mesa del comedor de madera de cerezo y otro más chico debajo de la mesa ratona del living de la misma madera. Sillones de tres cuerpos en ele, tapizados con pana beige y almohadones a rayas en distintas gamas de verde, marrón y bordó. Dos lámparas con base de bronce y pantallas blancas sobre dos mesas pequeñas de mármol de Carrara, en cada extremo libre de los sillones. Pero lo que por fin concentra la atención del grupo es el sillón de terciopelo verde, uno solo, frente a la ventana, manchado de sangre. El sillón donde murió Chazarreta aquella madrugada. Nurit, el pibe de Policiales y Jaime Brena, sin habérselo propuesto, se encuentran parados delante de ese sillón al mismo tiempo. A Nurit le impresiona más que a los hombres pero no por la sangre, ni por la muerte que la sangre evoca, sino www.lectulandia.com - Página 92

por la referencia literaria. ¿Habrá sabido Chazarreta antes de morir, lo cerca que estaba su escena final de «Continuidad de los parques»? , pregunta y sin esperar respuesta sigue: Chazarreta no leía cuando lo mataron, pero a lo mejor, mientras estaba sentado ahí, tomando whisky, pensaba en un crimen, pensaba en un intruso que se metía en una casa y degollaba a una persona, y supo, al fin, un instante antes de morir, que alguien lo haría, que alguien vendría por detrás de él y le cortaría el cuello. ¿Creés que Chazarreta habrá leído a Cortázar?, le pregunta Brena mientras el pibe de Policiales saca fotos del sillón y luego anota en su Blackberry, «Continuidad de los parques/Cortázar», y lo busca en Internet. Creo en el azar, y que la escena puede haberse dado incluso sin que él nunca haya leído a Cortázar. Aunque a lo

mejor sí lo leyó, en el colegio secundario, sigue Nurit, todos conocimos a Cortázar en el colegio secundario. Luego se queda pensando unos segundos y por ese encadenamiento de pensamientos que provoca la libre asociación pregunta: ¿A qué colegio secundario habrá ido Chazarreta? El que contesta es Jaime Brena: Nunca se me ocurrió averiguarlo. Y luego es él quien a su vez pregunta: ¿Conduciría a algo distinto saberlo? No creo, dice ella. Por algo se te ocurrió, dice él. Curiosidad, seguramente, contesta Nurit. O azar, dice Brena, el pensamiento también es azar, y vos misma acabás de decir que creés en el azar. Nurit Iscar mira al pibe y le pregunta:

¿Vos leíste a Cortázar en el secundario? Y el pibe contesta: Sí. Pero no mira a Brena cuando lo dice, cuando dice que sí leyó a Cortázar, porque sabe que su compañero de *El Tribuno* se dará cuenta de que miente. O miente a medias, porque sí leyó a Cortázar, pero «Casa tomada». Y si alguna vez leyó algo relacionado con un sillón de terciopelo verde y la continuidad de los parques, no se acuerda. En la lista que le aparece en el buscador de Google está el texto del cuento, pero no da para ponerse a leerlo ahí, delante de ellos, y en una pantalla tan chica. El comisario Venturini se acerca y les propone hacer la visita guiada por el resto de la casa. Deciden terminar primero con la planta baja. Van a la cocina, un ambiente impecable, de cerámica blanca y piso color ladrillo, con una isla de mármol negro en el medio sobre la que cuelgan algunas cacerolas y cacharros de formas diversas que no parecen haber sido usados más que unas veces. El pibe se acerca y hace balancear algunos utensilios de acero quirúrgico: un cucharón primero y luego una espumadera. Sin tocar, dije, lo reta Venturini, y el pibe se apura a sacar la mano. Los electrodomésticos a la vista son los mismos que podrían encontrarse en cualquier casa de La Maravillosa: heladera doble puerta, microondas, cafetera Nespresso, wafflera, anafe y horno eléctrico. Qué raro el lavarropas en la cocina, dice Brena. Es un lavaplatos, lo corrige Nurit. Apa, eso sí que me vendría bien a mí, sigue Brena. A vos lo que te vendría bien es una mujer, no un lavaplatos, querido, se ríe el comisario Venturini. Yo opino lo mismo, se atreve a decir el pibe. A Nurit, por supuesto, no le hace gracia el chiste: Ah, qué halagador para cualquier mujer suplantar un lavaplatos. Los tres hombres se miran, y www.lectulandia.com - Página 93

saben que es mejor no decir nada más relacionado con los lavaplatos ni con las mujeres. Ni siquiera en chiste. La segunda escala es el lavadero, casi tan ordenado como la cocina. Un lavarropas industrial que seguramente excedía las necesidades de lavado de ropa de Chazarreta, y aun las de él y su mujer cuando ella vivía. Un secarropas. Dos bachas. Sobre una de las dos bachas hay un cartel de

metal, parecido a los que anuncian los nombres de las calles pero más chico, que dice: no usar lavandina en este sector. Estantes. Tendederos ocultos detrás de mamparas tal como lo exige el reglamento de La Maravillosa. Quincho, pileta, depósito. Suben a la planta alta. En cuanto se sale de la escalera aparece un lugar de estar con televisor LCD, DVD, equipo de audio, sillones cómodos más mullidos y amigables que los del living. Un pequeño baño, casi un toilette. Y luego un pasillo que distribuye las habitaciones de la planta alta: primero un escritorio, después un cuarto de huéspedes

—seguramente los Chazarreta le fueron dando nuevos usos a cuartos que por un tiempo guardaron otras formas sostenidas en la esperanza de que llegara un hijo, piensa Nurit—. Y por último el cuarto matrimonial en suite: un cuarto que está extremadamente ordenado y resulta evidente que ahora es —o hasta hace poco fue—

el cuarto de un hombre. Lo demuestran los colores oscuros de la colcha, los artículos de perfumería que hay en el baño en suite, la tabla del inodoro levantada. ¿Habrà sido así cuando Gloria Echagüe vivía?, se pregunta ahora Nurit, pero no traslada su pregunta a los hombres que la acompañan. ¿Habrà ella permitido que lo masculino invada de ese modo el ambiente compartido?, ¿habrà cedido en eso?, ¿o la decoración del cuarto que también le pertenecía será hoy el producto del cambio que produjo en Chazarreta la viudez? Salen de allí, y vuelven por el pasillo. El cuarto de huéspedes tiene dos camas chicas, dos mesas de luz, un placard, un televisor de muchas menos pulgadas que el que está al salir de la escalera pero también LCD, una silla mecedora y una cómoda. Y en el cuarto que funcionaba como escritorio de Chazarreta hay una mesa grande y sobre ella: una computadora, una impresora, una bandeja —

seguramente para dejar los papeles pendientes—, algunos sobres de facturas por vencer, una agenda. Dos sillas, una a cada lado de la mesa; un globo terráqueo antiguo; una pequeña biblioteca en la que los libros y los adornos comparten con ecuanimidad los pocos estantes disponibles. Los adornos son recuerdos de viajes: cerámicas peruanas; tres pastilleros de distintos tamaños de metal dorado con dibujos negros típicos de Toledo; miniaturas de cristal de Murano; algunas piedras y caracoles. Los libros son de autores extranjeros best sellers —los norteamericanos Sidney Sheldon, Irving Wallace, o el africano Wilbur Smith—, de divulgación de temas de actualidad —escritos por periodistas, ex funcionarios, políticos, economistas— y algunos clásicos de la literatura universal y nacional encuadernados en cuerina azul pertenecientes a una colección que apareció hace algunos años como compra opcional del diario *La Nación* — *Cien años de soledad*, *El*

invertida, El túnel—. Con su Blackberry, el pibe de Policiales les saca fotos a los libros, primero a todos en conjunto, después en detalle o por grupos para que, de ser necesario, puedan leerse autores y títulos. Toma algunas fotografías más casi al azar y para cuando termina con su tarea se da cuenta de que Jaime Brena y Nurit Iscar ya no están parados detrás de él, esperando que termine, sino junto a la ventana, donde hay una mesa de apoyo colmada de portarretratos. Chazarreta y Gloria Echagüe; Gloria Echagüe sola, los dos con otra pareja; Chazarreta recibiendo un premio de golf junto a un compañero; Gloria Echagüe en un torneo de tenis; Gloria Echagüe y dos niños; esos dos niños más grandes, junto a una pareja, probablemente sus padres; Gloria Echagüe con un grupo de amigas muchos años atrás, tal vez cuando hicieron su viaje de egresadas porque el paisaje que se ve detrás parece Bariloche. El pibe los mira, ellos están de espaldas, quietos, inmóviles, sin hablar. Saca una foto de la escena, así tal cual: las espaldas de Nurit Iscar y Jaime Brena frente a una mesa llena de fotos junto a una ventana. La toma porque esa imagen le gusta o le inquieta. Brena escucha disparar la cámara cerca de él y gira: Vení, pibe, vení, sacá una foto acá, le pide. El pibe se acerca. Nurit también se aparta a un costado para que el pibe de Policiales trabaje con comodidad. ¿De todas o de alguna en especial? De todas, contesta Nurit.

De todas, repite Brena. Pero entonces, cuando el pibe da un paso al frente y se acomoda, parece que por la posición que adopta va a dejar un portarretrato fuera del encuadre. El portarretrato de la punta también, pide Nurit. Sí, pibe, de ése también, reafirma Brena. ¿Aunque no tenga foto?, pregunta. Aunque no tenga foto, contesta Brena. El pibe da un paso atrás y corrige el encuadre. Ahora sí lo incluye, hace una toma completa que incorpora al portarretrato de la punta: vidrio, marco y fondo, pero ninguna imagen dentro, un portarretrato vacío.

Y luego, sin decir una palabra, los tres salen del escritorio y dan por terminada la visita. En el jardín los espera el comisario Venturini, que salió un rato antes a fumar un cigarrillo. El guardia conversa con un vecino de La Maravillosa. El hombre, con equipo deportivo Nike completo desde las zapatillas hasta el gorro, parece atento a la salida del grupo, más aún, los observa con detenimiento y poco reparo. Sin embargo, antes de que terminen de pasar por debajo de la cinta plástica, saluda al guardia con una palmada en el hombro y se va. Unos metros más adelante el hombre se detiene a elongar. Chau, querido, le dice el comisario Venturini al guardia. ¿Y?, ¿no me va a

contar la historia esa de San Martín y el soldado?, le pregunta el guardia. Ah, sí, te la voy a contar, pero sólo el concepto porque estoy apurado, un resumen: el soldado tenía que cuidar el polvorín y era orden de San Martín que nadie entrara con botas de suela, por las chispas, ¿viste?, chispa más pólvora, explosión, ¿entendés?; pero esa noche el que quiso entrar calzando botas fue el propio San Martín y aunque insistió y peló chapa, el soldado no lo dejó. ¿Qué te parece? El guardia no responde. ¿Vos habrías hecho lo mismo? El guardia duda. ¿Sabés que hizo San Martín al día www.lectulandia.com - Página 95

siguiente? Lo condecoró, eso hizo. ¿Te das cuenta?, lo condecoró. ¿Te gustó la anécdota? Sí, sí, dice el guardia, gracias. El comisario Venturini se está por ir pero vuelve y le dice: Otros tiempos, querido, otros tiempos, ésa es la lección, que los tiempos cambiaron. Y luego lo saluda alzando la mano y arranca la marcha junto al grupo con el que vino. Pero entonces es Nurit quien se detiene, va hacia donde está el guardia y le pregunta: ¿Quién es ese hombre?, señalando en la dirección hacia donde el vecino enfundado en Nike elonga. Luis Collazo, un amigo de Chazarreta, responde el guardia, pasa todos los días por la casa, se ve que no se acostumbra. Nurit se queda mirándolo, entonces el vecino, como si lo presintiera, gira y la descubre con los ojos clavados en él. Sin embargo, ella no baja la mirada, se queda así, intentando registrar esa cara con la que sabe que ya se cruzó otras veces desde que está en La Maravillosa. El hombre gira y se pone en marcha con torpeza y apuro. Parece un hombre nervioso, le comenta Nurit al guardia. Y... desde que mataron a Chazarreta, las cosas cambiaron acá, no para todos, algunos andan como si no hubiera pasado nada, pero para otros la cosa cambió. Entiendo, cambiaron más aún que después de que mataron a Gloria Echagüe, ¿no?, pregunta Nurit. Sí, la verdad que sí, bastante más, dice el hombre.

Nurit se queda un instante allí, mirando la casa. Jaime Brena va a buscarla, se acerca a donde ella conversaba con el guardia: ¿Otra piedra?, le pregunta. Sí, o un garbanzo verdadero, ya veremos, dice Nurit Iscar. Y se ponen en marcha otra vez.

www.lectulandia.com - Página 96

CAPÍTULO 15

De camino a la casa que Nurit Iscar ocupa, Jaime Brena le cuenta al comisario Venturini su inquietud acerca del portarretrato vacío. Pero el comisario es terminante: Me parece una bobada, querido, ¿vos no tenés un portarretrato vacío en tu casa? Ni vacío ni con foto, no hay

portarretratos en mi casa, contesta Brena. Bueno, yo sí, hace tres meses que tengo uno sobre mi mesa de luz al que no le encuentro qué foto ponerle, ¿me estarán por matar, che? A Nurit Iscar también le pareció que ahí puede haber algo. ¡Ay, escritores, ustedes y sus fantasías! Yo no soy escritor, soy periodista.

Lo mismo, Brena, no, no pierdan tiempo siguiendo pistas falsas, ustedes dedíquense a escribir que es lo que hacen bien y déjenos a nosotros lo que sabemos hacer nosotros. Al César lo que es del César, ¿no es así, querido?

El comisario Venturini se despide, los demás entran en la casa. ¿Por qué un portarretrato vacío los dejó así?, pregunta el pibe de Policiales cuando ya están los tres, Nurit Iscar, Jaime Brena y él, sentados en el living. Porque rompe la serie, dice Brena. Porque lo que está nos habla y lo que no está nos interroga, dice Nurit y luego pregunta, ¿quién ocupaba ese espacio?, ¿por qué no lo ocupa más?, ¿desde cuándo?,

¿dónde está ahora esa fotografía?, ¿quién la tomó? Preguntas que hace Nurit Iscar sin esperar que nadie conteste. Sin embargo, el pibe intenta una explicación: La respuesta puede ser decepcionante, por ejemplo, que alguien le haya regalado a Chazarreta ese portarretrato a último momento, pocos días antes de su muerte y que él no hubiera elegido aún foto para ponerle dentro. No era nuevo, el vidrio tenía una rajadura en el ángulo inferior derecho, contesta Nurit, y el marco de bronce tenía las manchas esas que se le hacen al metal con el paso del tiempo. Por otra parte, es idéntico al portarretrato que tiene la imagen de Gloria Echagüe y sus compañeras de secundaria, dice Brena.

Apostaría a que la relación entre los dos portarretratos también estaba en la imagen, pibe, y que el vacío tenía una foto de Chazarreta y sus compañeros de secundaria. El pibe de Policiales saca su Blackberry y confirma las descripciones que Nurit Iscar y Jaime Brena hacen sin dudar como si tuvieran ahora esos portarretratos delante de ellos.

Además, dice Nurit, la casa de Chazarreta es la casa de un obsesivo: las remeras acomodadas por colores, las botellas del bar ordenadas por altura de mayor a menor, las toallas todas de color blanco, los repasadores todos de escocés rojo y verde. Y un obsesivo no pone sobre una mesa destinada a mostrar fotografías un portarretrato vacío, lo deja en su caja, embalado, hasta encontrar qué ponerle dentro, concluye Nurit. Ese portarretrato tuvo una foto que por algún motivo ya no está, estoy seguro, dice Brena, y Chazarreta lo dejó allí porque habla, porque dice algo; si no, no hubiera conservado un portarretrato con un vidrio rajado. El pibe se www.lectulandia.com - Página 97

llama a silencio, tanta argumentación lógica lo apabulla. A pesar de lo

que opine Venturini, dice Nurit Iscar, no me gustaría descartar este tema sin explorarlo un poco, no me lo perdonaría. Estoy con vos, Betibú, afirma Brena. Viviana Mansini abre la puerta sin golpear y pregunta: ¿Y el comisario Venturini? Se fue a trabajar, contesta Jaime Brena. Nosotros también estamos trabajando, dice Nurit con intención. Qué lástima, se queja Viviana, preparé unos buñuelos de banana y quería que él los probara, ¿ustedes quieren? Dale, dice Nurit, decile a Anabella que los traiga con algo para tomar. ¿Mate?, pregunta. Mate, asienten el pibe de Policiales y Jaime Brena.

Nurit propone preguntarle a Luis Collazo por la foto que falta. Pide su teléfono en la guardia y llama, pero cuando se presenta —soy Nurit Iscar, estoy trabajando para *El Tribuno*, recién nos cruzamos en la puerta de la casa de Chazarreta—, quien dijo hola del otro lado corta sin más trámite y Nurit se queda escuchando el tono de ocupado. Intenta otra vez: ocupado. Intenta una vez más: nadie responde. Es evidente que Collazo no tiene interés en hablar con nosotros. ¿Quién puede saber qué fotos ocupaban los portarretratos de un hombre que vivía solo?, se pregunta Nurit y le pregunta a los demás, ¿algún pariente?, ¿algún otro amigo más sociable que Collazo?

Por lo que sé, parientes le quedaban pocos y lejos, y no creo que Chazarreta hiciera pasar a muchos amigos a su escritorio, dice Brena, pero lo podríamos intentar, si supiéramos qué otros amigos tenía, claro. Por un rato todos se callan, como si necesitaran dejar que sus cabezas trabajaran en silencio. El pibe de Policiales observa el portarretrato vacío en la pantalla de su Blackberry buscando alguna pista. Luego se levanta y va hacia la ventana, le atrae el picado que están terminando de jugar los hijos de Nurit Iscar y sus amigos. Lo tiente. Se le van los pies. Pero aunque por momentos se sienta un estorbo, él está ahí para otra cosa, para trabajar y para aprender. Y en estas últimas horas el curso de periodismo policial al que fue invitado pasó de acelerado a aceleradísimo. La puerta se abre y entra Anabella con los buñuelos y el mate. ¿Necesitan algo más?, pregunta. No, gracias, dice Nurit. Después digamé si me salieron bien, le pide la mujer. Ah, ¿los hiciste vos?, dice Nurit no muy sorprendida. Sí, claro, le contesta Anabella, quién si no, y se dispone a salir. Pero antes de que lo haga el pibe de Policiales la detiene: Sí, algo más, dice, una pregunta,

¿conocés a la mujer que trabajaba en la casa de Chazarreta cuando a él lo mataron?

Gladys Varela, contesta Anabella, así se llama, salió en el noticiero. Sí, yo también la vi en el noticiero, pero vos, además, ¿la conocés?, ¿la

podés ubicar? La conozco poco, pero tengo su número en mi celular. Llamala, dice el pibe, llamala y decile que nosotros somos periodistas, que trabajamos para el diario *El Tribuno* y que queremos conversar un rato con ella. Nurit y Brena se quedan mirando al pibe de Policiales sorprendidos por su acertada intervención, no porque no lo crean capaz sino porque, por fin, el pibe parece haberse despertado. La llamo, sí, dice Anabella, busco el celular en la cocina y la llamo. La mujer se va a hacer lo que acaban de pedirle. El www.lectulandia.com
- Página 98

pibe sonrío con satisfacción por su suerte de principiante. No te agrandés, le dice Brena, pero vas aprendiendo; no hay nada que hacerle, si uno quiere aprender, aprende. Y el pibe, aunque no se agranda, se siente bien.

Unos minutos después aparece Anabella con su teléfono celular en la mano.

Pregunta Gladys Varela que cuánto le van a pagar. Decile a Gladys que nosotros somos periodistas serios y que los periodistas serios no pagan sus notas, se apura a contestar Jaime Brena. Pero a ella para ir a la televisión le pagaron, insiste la mujer.

Por eso, dice Brena, porque fue a la televisión, nosotros no, decile que *El Tribuno* no paga por las notas, pero que si nos ayuda le vamos a hacer una foto bien linda y va a salir en unos de los diarios de más circulación en el país, una foto muy grande, un cuarto de página decile. ¿Escuchaste, Gladys?, pregunta Anabella al teléfono y espera la respuesta de la otra mujer. Se produce un silencio corto y luego: Bueno, le digo, dice Anabella al teléfono, después mira a Brena que es el que hasta ahora parece llevar adelante la negociación y sigue: Dice Gladys que viene, aunque no le paguen, por la foto en el diario, que no le gusta cómo la trataron en la tele, ya les va a contar, pero viene, por la foto, y con una condición: que la hagan entrar por «Visitas». Brena se la queda mirando, no entiende lo que la mujer le pide cuando dice «entrar por Visitas». Que la hagan pasar por la entrada de ustedes, intenta explicar Anabella: Gladys va a la ruta, se toma un remis y pasa por la puerta del country por donde entran las visitas; si no, no viene. Porque ella no viene a trabajar como hacía antes, viene porque ustedes se lo piden, porque ustedes la invitan. Y el remis se lo tienen que pagar. Sí, está bien, se apura a contestar Nurit, que después de una semana viviendo allí entiende más rápido que los otros lo que la mujer pide. Pero avise en la guardia, le advierte Anabella, si no, la van a hacer entrar por personal, y si no le cumplen, ella se va y no vuelve. Yo aviso, y le cumplo, tranquila, confirma Nurit.

¿Listo entonces?, pregunta Anabella al teléfono y después confirma: En media hora o un poquito más está por acá. La mujer cierra su celular y se va. ¿Por qué pone como condición entrar por la puerta de visitas?, pregunta el pibe. Para sentir, aunque sea una vez, que a ella le toca la misma puerta que a los demás, contesta Nurit. No te creas que a nosotros nos hicieron sentir muy bien cuando pasamos por la puerta de

«Visitas», aclara Brena. No se trata de cómo te traten sino de cómo te nombren, dice Nurit.

Una hora después, Gladys Varela toca el timbre. Nurit Iscar la recibe, la hace pasar y la presenta a los otros. No había remis, tuve que esperar uno como veinte minutos, se disculpa la mujer, así que le dije que se quedara afuera porque si no, parairme, voy a tener otro plantón, ¿ustedes me pagan también la espera y la vuelta, no?

Sí, claro, dice Brena. Es evidente que la mujer se vistió con sus mejores ropas: pollera negra, camisa blanca brillante, zapatos de taco, cartera de simil cuero. Gladys Varela se sienta y, una vez más, se dispone a ser entrevistada. ¿Les cuento de ese www.lectulandia.com -
Página 99

día?, pregunta. No, eso ya lo sabemos, dice Brena y aunque no es su intención ser brusco sino acelerar el trámite, la mujer se descoloca por la forma terminante en que él lo dice. ¿Y para qué me hicieron venir acá, entonces? Es el pibe quien pone la cuota de cortesía y manipulación necesaria: Ya la vimos contarle en la televisión. Ah, me vieron, dice ella con un orgullo que se le nota. Y en YouTube, dice el pibe, yo la vi también en YouTube. Sí, me dijeron mis chicos que estoy ahí, en el ciber lo vieron ellos. Lo vio mucha gente en YouTube, tiene muchas entradas, le cuenta el pibe. Pero los de la tele no me cumplieron, me dieron menos plata y no me pagaron viáticos, se queja la mujer. Y me sacaron un día solo, habíamos quedado en que aparecía tres veces, tres, ¿me entiende?, y una a la noche. A la noche la gente mira más la tele. Con decirle que ni mi marido me pudo ver. Los chicos lo van a llevar al ciber, para que me vea, pero no le llega el momento, a mi marido nunca le llega el momento, dice Gladys Varela y se queda moviendo apenas la cabeza como si ese movimiento reflejara alguna queja que se le queda mordida entre los dientes y que no va a terminar de aclarar. ¿Entonces?, pregunta la mujer, ¿para qué me llamaron? La llamamos porque queremos preguntarte por un detalle, por algo que hay en la casa que nos llamó la atención, dice Jaime Brena. ¿Ustedes entraron en la casa?, pregunta la mujer. Sí, con la policía. ¿Cuándo? Hace un rato. Debe estar todo muy sucio. No tanto, dice Brena. Sí, debe estar muy sucio, nadie limpia ahí desde que yo no voy, y acá la tierra entra y se junta. Los hombres no se fijan, interrumpe Nurit, pero sí, había mucho polvo. No le digo, dice Gladys Varela, acá el polvo entra. Nosotros queríamos preguntarle concretamente por un portarretrato que está en el escritorio del señor Chazarreta, uno que no tiene foto, vuelve al grano Brena. La mujer ahora se pone tensa, tanto que parece que se le cruzara por la cabeza la idea de irse. ¿Sabe de qué portarretrato le hablamos? Pero la mujer no responde. Agarra su cartera, la aferra como si estuviera preparada para salir disparada en cualquier momento. ¿Pasa algo?, pregunta el pibe. ¿Qué les importa el portarretrato?, dice ella. Nos importa la foto, dice Brena. La mujer se pone peor. ¿Son abogados de Chazarreta?, pregunta. No, niega Brena con vehemencia y no entiende por qué a la mujer se le ocurre eso —para él, para Jaime Brena, que lo confundan con un abogado está bien lejos de ser un halago—. Nosotros somos periodistas, ¿por qué piensa que podemos ser abogados de

Chazarreta? Él dijo que si no aparecía la foto iba a llamar a su abogado y a la policía.

¿Cuándo dijo eso? Cuando faltó la foto. Pero cuándo fue eso. Hace unos meses, o un año, ya no me acuerdo, yo creí que estaba todo aclarado, o que por lo menos el señor sabía que yo no tenía nada que ver con eso. ¿Con qué? Con la foto que faltaba.

Chazarreta primero me culpó a mí, pero un día vino con que se había dado cuenta de que yo no tenía nada que ver, me lo reconoció, pero no me pidió disculpas, eso no, y después no me habló más del asunto. Lo pasé mal, yo no toco nada que no sea mío.

Yo no toco nada. ¿Para qué voy a querer una foto? La mujer los mira con www.lectulandia.com - Página 100

preocupación e insiste una vez más: ¿Cómo sé que ustedes no son abogados? Ella es escritora y nosotros dos periodistas de *El Tribuno*, dice el pibe de Policiales, si no nos cree podemos llamar al diario. Gladys Varela lo interrumpe: No, está bien, a usted le creo, le dice al pibe. La mujer pide un vaso de agua. Nurit sale de la habitación y se lo trae. La mujer bebe. Para mí era un asunto terminado, yo me olvidé, no me gustó lo que me dijo el señor, pero me lo olvidé, si uno trabaja en un lugar no puede tener cosas pendientes con el patrón, dice y deja a Jaime Brena pensando cuánto él tiene pendiente con los suyos y desde hace cuánto tiempo. Para qué voy a querer yo esa foto. ¿Y qué era esa foto, qué retrataba?, apura el pibe. Era una foto de hace muchos años, de él y unos amigos, debían ser cuatro o cinco, compañeros del colegio secundario. Jaime Brena y Nurit cruzan miradas. Había dos portarretratos iguales, en uno estaba su mujer con sus compañeras de colegio y en otro el señor Chazarreta con los de él. ¿Sabe a qué colegio secundario fue Chazarreta?, le pregunta Nurit. Y, ahí en la foto decía, pero nunca le presté mucha atención, tenían una bandera adelante, la sostenían entre todos, y era un santo: pero no San Pablo, ni San Pedro, ni San Agustín, no sé, un santo raro. Un santo no muy conocido, ¿me entiende?, por eso no me sale. ¿Y por qué cree que para Chazarreta era tan importante? No sé. Pero para colmo, al poco tiempo se muere un amigo que estaba en esa foto. Una desgracia.

Justo uno que estaba en esa foto. ¿Sabe el nombre de ese amigo?, pregunta Brena. Sí, Gandolfini, era socio de acá, de La Maravillosa también, tenía casa de fin de semana.

Se mató en la Panamericana. Le gustaba correr, dicen, y un día se la puso contra una columna. Chazarreta estaba mal, imaginesé. No era

de hablar, no hablaba nada, pero a veces, después del whisky, algo decía. Y no era para menos. Primero la mujer, después el amigo. A lo mejor, alguien le hizo un trabajo con esa foto. Porque mucha casualidad. Mucho odio hay que tener para hacer un trabajo así, dice Gladys Varela y luego se queda en silencio, apretando algo que lleva sobre el pecho, debajo de la camisa y que ellos no pueden ver. Un trabajo, repite, alguien les debe haber hecho un trabajo, yo le dije. ¿A qué se refiere exactamente cuando dice un trabajo?, pregunta el pibe de Policiales. A eso que hacen los que saben de magia negra, de vudú. Un daño.

Se le reza a alguien, se pide, para que a otro le suceda una desgracia. Yo estoy segura de que fue un trabajo; si no, ¿qué? Primero no me di cuenta, porque cuando entré a trabajar la mujer ya estaba muerta. Pero después fue Gandolfini, el mismo Chazarreta, y un poco antes el que se murió en la nieve, en la nieve de Estados Unidos creo, porque acá era verano. ¿Cómo?, dice Nurit, pero la mujer en su entusiasmo no la escucha. Eso no es casualidad, es que alguien reza y te desea el mal, es un daño, concluye Gladys Varela. ¿Quién se murió en la nieve?, insiste Nurit. Otro amigo de Chazarreta, dice la mujer, en un accidente, esquiando. No entiendo, dice Brena, ¿el de la nieve también estaba en la foto? Sí, Chazarreta, Gandolfini y el de la nieve, los tres muertos, dice la mujer. ¿Te acordás el nombre del que murió

www.lectulandia.com - Página 101

esquiando?, pregunta el pibe. No, no me acuerdo, dice la mujer, pero tenía casa acá también, fue a los meses de lo de Gandolfini. A lo mejor Anabella se acuerda, y si no le averiguamos, alguien se tiene que acordar. Todos hablaban del asunto, imaginesé, se va de vacaciones con toda la familia y se mata. Y el tipo sabía esquiar bien, tenía premios y todo, dicen, una desgracia. Gladys se detiene, bebe un poco más de agua.

Nurit, Jaime Brena y el pibe de Policiales, aunque quieren parecer compuestos y tranquilos, no logran salir de su asombro. Lo intenta el pibe de Policiales: Entonces, resumamos, en la foto dijiste que aparecían cinco compañeros de la escuela secundaria de Chazarreta. Cuatro o cinco como mucho, yo creo que cinco con Chazarreta, debe ser. ¿O seis?, duda la mujer. Y de esos cuatro, cinco o seis, tres están muertos, afirma Jaime Brena, aunque en realidad está preguntando y luego enuncia los nombres: Chazarreta, Gandolfini y el esquiador. Sí, tres muertos, repite Gladys Varela. Tres muertos, dice otra vez Brena. Tres muertos, susurra Nurit. Por eso, es un trabajo, un daño, insiste Gladys; si no, no se pueden morir todos así como así.

Sumado a que ya estaba muerta la esposa. Y vaya a saber si esto termina acá, dice la mujer y Nurit se estremece. Alguien les rezó para que les caiga encima una desgracia.

Y la desgracia les cayó.

Los tres —Nurit Iscar, Jaime Brena y el pibe de Policiales— están conmocionados con la revelación, pero lo que sienten es como una rara mezcla de excitación y de perplejidad. Y el pibe de Policiales, además, está impresionado por la intuición de sus compañeros. Más allá de cualquier explicación lógica que ellos le quieran dar al asunto, él empieza a sospechar que en todo esto —y cuando piensa en

«esto» es porque no puede poner otras palabras: muerte, crimen, asesinato— hay una conexión, una cierta percepción especial que a Nurit Iscar y Brena les hizo sentir —

sentir, no pensar— cuando se enfrentaron a esa mesa llena de portarretratos, que aquel que estaba vacío escondía una clave. Un don, se dice el pibe, estos dos tienen un don.

Gladys Varela les avisa que tiene que irse, que la esperan en su casa. Nadie la detiene, ellos no tienen mucho más que preguntar por el momento y necesitan quedarse solos para poder ordenar sus cabezas. Es demasiada información, demasiadas puntas para seguir, demasiadas dudas nuevas. ¿Y la foto?, pregunta Gladys antes de salir. Nurit y Jaime Brena no entienden su pregunta, siguen impresionados, no pueden pensar en otra foto que no sea la de los muertos que acaban de conocer. Reacciona el pibe, y saca su Blackberry. Ahora, dice. ¿Con eso la vas a sacar?, le pregunta la mujer. Sí, saca mejor que una cámara, se defiende el pibe, y le muestra cómo se ve en la pantalla cuando encuadra para tomar una foto. Ah, dice ella, ¿mejor que una cámara? Mejor que una cámara, repite el pibe. Además, como tiene conexión a Internet la mando de acá directo al diario y vos la podés ver en la edición de papel o en el ciber. Ah, sí, la veo en el ciber, dice ella y luego: ¿Dónde me www.lectulandia.com - Página 102

pongo?, pregunta. Junto a la ventana, dice el pibe, la acomoda en el lugar, toma distancia, encuadra y saca la foto. Se la muestra a Gladys Varela, ¿te gusta? Sí, ¿no?, dice ella. Sí, salió muy bien, confirma él, igual te saco dos más por las dudas, dice y lo hace. ¿Y cuándo aparece el reportaje?, le pregunta la mujer. En unos días, le contesta el pibe de Policiales, vamos a tener que chequear algunos datos antes, pero en unos días sale. Te avisamos al celular, Gladys, vos quedate tranquila. El pibe se ofrece a acompañarla hasta la puerta para arreglar con el

remisero el pago por el traslado y Gladys Varela acepta, se despide y se para, dispuesta a irse. Antes de que salgan de la habitación, Nurit Iscar los detiene. Una pregunta más, dice y se dirige a la mujer, la última, le prometo, uno de los otros hombres que estaban en la foto,

¿puede ser Luis Collazo? Sí, sí, el señor Collazo estaba en la foto, confirma Gladys, pero ése sigue vivo, que yo sepa. Ése sigue vivo, sí, contesta Nurit.

www.lectulandia.com - Página 103

CAPÍTULO 16

La improvisada y multitudinaria reunión social que se armó en la casa donde Nurit Iscar se hospeda es arrasada por los acontecimientos. Los hijos, amigos, novias y perro, luego de concluir que nadie los atenderá en lo que resta del día, que nadie está pensando en la cena de ellos para esa noche, ni nadie está preparando camas donde puedan dormir, deciden aceptar una invitación de último momento a un asado en Banfield, pero aseguran que si el domingo sigue el buen tiempo, vuelven. Viviana Mansini se queja de que no le avisaron que la reunión incluía quedarse a dormir: No cerré las ventanas, no dejé comida para los chicos. Por suerte, mis chicos se cocinan solos, dice Carmen. Yo nunca dejo las ventanas abiertas, por los murciélagos, ¿viste?, dice Paula. Al oír la palabra «murciélagos», Viviana Mansini se estremece: en mi casa no hay murciélagos. Qué raro, contesta Carmen, todo Buenos Aires está lleno de murciélagos. Nurit acompaña al pibe de Policiales y a Jaime Brena hasta su auto.

¿Cómo seguimos?, pregunta el pibe de Policiales. Creo que lo mejor es manejar esta información sólo entre nosotros hasta que esté chequeada, dice Jaime Brena. Yo opino lo mismo, dice Nurit. Y yo soy el pelotudo al que Lorenzo Rinaldi va a cagar a puteadas por no haber dado la primicia cuando se nos adelante alguien, se queja el pibe. Jaime Brena se queda mirándolo, recién en ese momento toma conciencia de que, mal que aún le pese, él ya nada tiene que ver con el manejo de la información acerca de la muerte de Chazarreta. Entonces dice, sin enojo ni poniéndose en lugar de víctima, sino con resignada convicción: La decisión es tuya, vos sos el que maneja Policiales, o tuya y de Nurit, yo ya no soy parte. Vos sos nuestro asesor honorario, Brena, dice Nurit. Honorario y ad honorem, aclara el pibe, ¿aceptás? Brena se queda un instante en silencio y luego dice: ¿Ni un billete hay? Los tres se ríen. No lo dice, pero lo cierto es que Jaime Brena hasta pagaría por hacer ese trabajo: después de un tiempo de no sentir nada cuando está trabajando en un informe o una

nota —o sentir, sí, pero pereza, frustración, hartazgo, bronca—, otra vez palpa aquel vértigo, aquella pasión por los que eligió ser periodista. Mi opinión honoraria y ad honorem es que tenés que guardar la primicia para cuando esté más redonda, pibe, no podés mandarte a publicar esto con tan pocos datos. ¿Y a la policía?, pregunta el pibe de Policiales,

¿deberíamos decirle algo? Sólo sabemos que hace tiempo robaron una foto de la casa de Chazarreta, y eso ya se lo dije yo mismo al comisario Venturini y no le importó ni mierda. No creo que sea necesario, por el momento, avisarle que en esa foto están incluidas tres personas que, casualmente o no, murieron, dos de ellas, en accidentes.

Yo no creo en las casualidades, dice Nurit. Y yo no creo en los trabajos a los que se refería Gladys Varela, dice el pibe de Policiales. Yo no creo en ninguna de las dos www.lectulandia.com - Página 104

cosas, dice Jaime Brena, pero sí creo en que en el mundo hay asesinos. Empecemos por averiguar a qué colegio fue Chazarreta y quiénes eran sus amigos más cercanos, propone. Por el lado del comisario Venturini no quiero insistir, se va a hartar y me va a cortar el chorro. Yo voy a intentar ser más sociable con los vecinos de La Maravillosa; alguno, además de Collazo, tiene que saber, dice Nurit. Y yo, por supuesto, y cuando el pibe dice por supuesto mira a Jaime Brena como si le estuviera dedicando lo que está por decir, voy a sumergirme en Internet, en alguna parte de la red debe decir dónde hizo Chazarreta el secundario. Los dos hombres saludan con un beso a Nurit y se suben al auto. Ella se queda parada ahí, esperando que arranquen.

Siente frío. El rocío de la noche sumado a un viento lento e intermitente que se arremolina justo frente a la casa hacen que Nurit Iscar junte los brazos sobre su pecho y se los frote en el mismo momento en que Jaime Brena baja la ventanilla buscando un poco de aire. Los hombres y las mujeres siempre tenemos distinto termostato, le dice. Sí, es un clásico, contesta ella. Vos debés ser de las que prefieren el ventilador de techo al aire acondicionado, le dice Jaime Brena. Y vos de los que prenden el aire hasta en invierno, contesta Nurit. ¿O sea que nuestra convivencia sería fatal?, pregunta Brena y ella se sonroja. Nunca se sabe, diría Nurit Iscar si fuera la protagonista de una novela que ella escribe. Pero no lo es, entonces no lo dice; sólo lo piensa y se sonríe. ¿Por qué pone tanta distancia? ¿Por qué pone aún más distancia cuando un hombre le gusta? A la edad que tiene, sigue sin entenderlo. Viviana Mansini viene corriendo apurada, se acaba de dar cuenta de que tiene el auto en la entrada del country.

¿Me alcanzan?, dice. Sí, claro, le contesta el pibe. La mujer le da un beso a Nurit y se sube al auto. Jaime Brena saluda con la mano, haciendo como que se saca un sombrero que no lleva puesto y lo vuelve a dejar sobre su cabeza, mientras el auto avanza por la grava gris y luego desaparece.

Nurit entra y se prepara un café. Aunque Paula Sibona y Carmen Terrada son casi sus hermanas, esta noche preferiría estar sola. La conversación de ellas le llega como si fuera el diálogo en inglés de una serie proyectada en una televisión encendida en la que no alcanza a leer los subtítulos. Se disculpa: Tengo que ir a escribir el informe para *El Tribuno*, y se va a su cuarto. Enciende la computadora. Nada de lo que escribe le importa, porque ahora lo único que tiene importancia, de verdad, es esa foto que falta y los muertos que incluye. Y de esa foto ella no puede hablar. No todavía.

Entonces se dedica a describir la casa de Chazarreta, por dentro y por fuera, cada detalle, cada lugar donde estuvo, los colores de las paredes, las texturas de las telas que tapizan los sillones o que visten las ventanas, a qué huele esa casa, su sonido a pesar del vacío: el motor de la heladera todavía enchufada y un reloj despertador sobre la mesa de luz de Chazarreta que marca un tictac seco. Todo. Menos el portarretrato sin foto. Relee lo que escribió, no la conforma, no está a la altura de los otros informes. Ella sabe por qué, por el silencio, por lo que calla o esconde, eso que www.lectulandia.com - Página 105

cuando escribía ficción se convertía en la parte del iceberg de Hemingway que quedaba sumergida debajo del océano para bien del relato pero que en este caso, un informe, un texto periodístico que saldrá en un diario, le resulta delator de su imposibilidad de decir lo que tendría que decir. Es lo que hay, piensa. Hoy es lo que hay. Tipea dos o tres oraciones más y luego remata el informe que se trata casi en su totalidad de la descripción de la casa de Chazarreta con lo siguiente:

«Si la casa de Pedro Chazarreta pudiera hablar sabríamos quién fue el asesino.

Porque esa casa fue el único testigo del crimen que allí se cometió. En esa casa está la verdad. En sus pisos, en sus paredes, en los muebles y adornos que aún la visten.

Todos testigos mudos.

Si el fantasma de Pedro Chazarreta pudiera presentarse ante nosotros,

como se presentó el fantasma del padre muerto de Hamlet a decir su verdad, también sabríamos quién lo mató. Siempre que ese fantasma estuviera dispuesto a contárnoslo, cosa que en este caso rodeado de secretos, mentiras y ocultamientos en los que también estaba involucrado el muerto no parece tan claro como en el caso del padre de Hamlet, rey de Dinamarca.

Si el asesino se quebrara, si quien mató a Pedro Chazarreta no pudiera guardar más su secreto, viniera ante nosotros y dijera, arrepentido o no: ‘Yo lo hice’, tendríamos otra oportunidad de saber la verdad.

¿Cuál de las tres alternativas es más probable y cuál menos?

He visto muy pocos asesinos de este tipo de crímenes quebrados.

Una casa no tiene voz.

Los fantasmas no existen.

Marcelo dijo en el primer acto de Hamlet, después de conocer la versión del fantasma: ‘Algo está podrido en el reino de Dinamarca’. Y yo después de estar dentro de la casa de Pedro Chazarreta digo lo mismo, algo está podrido, algo huele mal.

Una casa no tiene voz, ¿pero puede hablar de alguna otra manera?

Algo huele mal, no sólo en esa casa. Algo huele mal en La Maravillosa.»

Guarda el archivo. Le gustaría mandárselo a Jaime Brena para que le dé su opinión. Pero Nurit Iscar se da cuenta de que no tiene un mail de él, ni un número de teléfono. Nada. Ni él de ella. Si quiere contactarlo, no tendrá más alternativa que llamarlo al diario el lunes. Pero por qué lo haría, con qué excusa. ¿La necesita?,

¿necesita una excusa para llamarlo? No, si ahora están juntos en este lío, se responde.

Y trata de pensar en otra cosa. Nurit adjunta el archivo a un nuevo correo y se lo envía al pibe de Policiales. Esta vez se olvida por completo de enviárselo a Lorenzo Rinaldi.

En el momento en que Nurit apaga la computadora y baja a cenar con sus amigas, Jaime Brena está en la cocina de su departamento cocinando un churrasco que encontró perdido en su heladera y que, a pesar de su mustio color, lo salvará de bajar www.lectulandia.com -

a comprar algo para la cena de esa noche. Las empanadas del mediodía y los buñuelos de banana de la tarde hace rato desaparecieron de su estómago que está, otra vez, pendiente de que alguien se ocupe de él. Mientras el churrasco se cocina se acerca al mueble donde tiene los pocos libros que compró o le regalaron después de la separación, y los DVD. Los DVD sí los recuperó, seguramente porque a Irina nunca le gustó el mismo cine que a él. ¿Qué cine le gusta a su ex mujer? ¿Le gusta el cine a ella? No está seguro, y le sorprende cómo se le van borrando de Irina no sólo la cara sino sus gestos, sus gustos, las anécdotas que compartieron. ¿Será eso lo que llaman «el duelo»? ¿O será que por fin el duelo terminó? Pero no se le borra que ella le debe sus libros. Eso no. Jaime Brena busca en su propio desorden hasta que encuentra el DVD que quiere, lo saca de la pila. Mira la caja un instante. Lee: Betty Boop y sus amigos, 90 minutos de dibujos animados. Lo da vuelta y revisa el índice: No! No! No! Un millón de veces No!, Pobre Cenicienta, Betty Boop y el pequeño Jimmy, Betty Boop y el pequeño Rey, Matar a la Mosca, Montañeses músicos, Betty en Disparatelandia. El churrasco chirrea desde la cocina, Jaime Brena va hacia allá con el DVD en la mano y sin dejar de leer: También un automóvil, Cupido Flecha su Hombre, Pudgy En Feliz Tu Alegre Yo, Grampy en Blues de Limpieza de la Casa. El humo y el olor a carne asada invaden la cocina, Jaime Brena sala el churrasco, lo da vuelta y lo sala del otro lado. Se sirve un vaso de vino. Grampy con el Bromista Poco Práctico, Pingüinos Curiosos, Grampy en el Candidato Cándido. Busca los cubiertos y los pone sobre la mesa. Deja un plato junto a la plancha para cuando el churrasco esté listo. Y el DVD de Betty Boop a un lado. En un rato, cuando se vaya a dormir, se va a fumar un porro, va a poner ese DVD y, cuando sea, se va a dormir. Con Betty Boop cantándole Boop, Boop a Doop como si fuera una canción de cuna. ¿Se animará alguna vez a contarle a Nurit Iscar que fue él quien la bautizó Betibú? ¿Le contará que tenía en su escritorio pegada la foto de ella que salió en la revista del diario cuando publicó Morir de a ratos, su novela preferida? ¿Le contará que Rinaldi no hizo más que copiarlo? ¿Le contará alguna vez a ella, Nurit Iscar, Betibú, que él estuvo enamorado a la distancia — como alguien puede estar enamorado de una actriz de cine— no sólo de esos rulos sino de la cabeza que inventaba esas historias, que elegía esas palabras, que creaba esos personajes? No, no cree que se anime. Y mucho menos se animará a contarle que la tarde en que se dio cuenta de que ella y Rinaldi eran amantes, despegó la foto de su escritorio y la tiró a la basura.

Jaime Brena empieza a comer su churrasco, se sirve más vino, y mira

de reojo el DVD que dejó sobre la mesada, en el mismo momento en que el pibe de Policiales enciende su computadora. El pibe revisa su casilla y encuentra el informe de Nurit Iscar. Lo lee. A pesar de las dudas de ella, que él desconoce, al pibe de Policiales le parece muy bueno. Lo reenvía a la redacción para que entre antes del cierre. Se lo reenvía a Jaime Brena, y agrega una posdata: El que se murió esquiendo se llamaba www.lectulandia.com - Página 107

José Miguel Bengoechea, lo encontré en Internet, claro. Pero Jaime Brena no revisa mails en su casa, nunca, a menos que alguien lo llame por teléfono, le avise que es algo urgente y no le quede más remedio que hacerlo. Y el pibe no lo llama, sólo le reenvía el mail de Nurit Iscar. A él, en cambio, al pibe de Policiales, una vez que enciende la computadora le cuesta dejarla. Es una compañía incondicional, como para Jaime Brena la fantasía de tener un perro. El pibe revisa los tweets, a ver si entró alguno nuevo que importe, los hace pasar rápido; la mayoría, como pasa todos los fines de semana, son reflexiones más egocéntricas que interesantes. Y después se mete en Google a buscar información acerca del colegio al que fue Pedro Chazarreta.

Pone en el buscador: Chazarreta + Gandolfini + Collazo + colegio secundario. No aparece nada que sirva. Intenta probando sacar alguna de las variables. Empieza eliminando uno de los apellidos. Tampoco. Prueba rotando el apellido que elimina.

Nada. Elimina dos apellidos cada vez. No funciona. Cambia «colegio secundario», por «escuela», luego por «instituto», luego por «colegio» solo, luego por

«secundaria» sola. No. Cambia de estrategia, busca ahora todos los colegios que tienen nombre de santo. Incluso eligiendo de entre las respuestas sólo los colegios que están en la ciudad de Buenos Aires, esa lista es interminable. Descarta los colegios con nombre de santos «conocidos», como dijo Gladys Varela. Se queda con San Ildefonso, San Bartolomé, San Anselmo, San Viator, San Silvestre, San Hermenegildo. Prueba con éstos, ingresa en cada uno, ninguno tiene lista de nombres de egresados. Se levanta a hacerse un café, mira por la ventana de su departamento, se despereza, piensa. Se da cuenta de que su novia no lo llamó en todo el día y que a él no le importa. La noche ganó la calle. Las luces de los autos que van y vienen se confunden entre sí. Le gustaría salir, dar una vuelta. La noche es generosa, piensa, siempre te tira algo. Eso se lo dijo Cynthia, una ex novia, hace tiempo, hace tanto.

¿Qué será de la vida de Cynthia?, se pregunta. Debería salir. Al fin y al cabo, se pasó todo el sábado trabajando. Vuelve a la computadora y se mete en Facebook a ver si alguien organizó algo para ese final de sábado. Contesta dos o tres encuestas, mira un video, revisa las fotos del álbum de un amigo que no ve hace años. Y el álbum de un amigo de ese amigo. Busca en los eventos del día otra vez. Nada que le interese. ¿Y si sale a ver qué pasa, sin nada armado, sin rumbo fijo? No, él no es para ese tipo de salida a lo imprevisto. Puede terminar bajoneado mal, lo sabe. No se le cruza llamar a su novia. O se le cruza pero lo descarta inmediatamente, casi con desprecio. ¿Puede despreciar a alguien con quien durmió hace menos de 24 horas? No, debe ser que está enojado con ella, por lo de la bikini, o cansado. O medio podrido. O que la desprecia, sí. Pone el nombre completo de Cynthia en el buscador de Facebook, la encuentra entre varias opciones, sabe que es ella por la foto, porque está igual, revisa su muro, dice que está en pareja, entonces no le pide que sea su amiga, para qué. ¿Y si invita a salir a Karina Vives? Qué estupidez, si ni siquiera tiene el teléfono. Además ella debe www.lectulandia.com -
Página 108

ser como cinco o seis años mayor que él. ¿Le importa? También la busca en Facebook, la encuentra, verifica el año de nacimiento, siete años mayor que él, bueno tampoco es tanto, dice, pero no se atreve a pedirle que sea su amiga. Amiga en esa red social. A veces tiene la sensación de que ella cree que es un pelotudo. Sigue un rato más pensando en ella, revisa su muro en la pantalla, el de Karina Vives, su álbum de fotos; le extraña que no esté restringido sólo a amigos, si se atreviera a decirle que lo estuvo mirando, le aconsejaría que lo restringiera. Pero no le pide su amistad. No, eso no. Reinicia la página para ver si se sumó alguna noticia nueva. Funciona, hay una.

Un amigo suyo se unió al grupo «Yo soy Fan de la 99 y odio al agente 86». Le causa gracia. ¿O le parece un idiota? ¿Se estará convirtiendo él también en un idiota? En Facebook hay grupos de lo que quieras, piensa. Y de lo que no quieras. Grupo de todo. Es entonces que se le ocurre, porque acaba de pensar «en Facebook hay grupos de lo que quieras y de lo que no quieras». Tipea en el buscador: «Yo fui al colegio San...» y le aparece una lista de 28 posibilidades. Descarta, otra vez, los de nombres de santos comunes y entra en San Ildefonso, San Anselmo, San Jerónimo Mártir y algunos otros. Todos los comentarios son de usuarios que buscan a ex compañeros, intentando organizar reuniones, encuentros, homenajes. Nadie de una generación cercana a Chazarreta. Mientras sigue revisando noticias antiguas, el pibe de Policiales se pone a pensar en su propia escuela secundaria. Le da miedo imaginar que sus ex compañeros estén tratando de juntarse.

No le interesa. La escuela secundaria no fue una etapa feliz para él. Dos o tres ex compañeros lo engancharon en Facebook de manera individual, pero él no respondió al pedido de amistad. Si nunca socializó con ellos más que en los recreos y en algunas pocas salidas que siempre le resultaron aburridas, ¿por qué buscarlos ahora? Los busca. Ahí están. Lee los comentarios de varios de ellos y confirma lo mismo que pensaba en ese entonces: él no tiene nada que ver con esa gente ni le interesa saber de ellos. Pero sigue leyendo, y mirando fotos, y pensando «qué manga de boludos». Vuelve a los colegios a los que podría haber ido Chazarreta y en el San Jerónimo Mártir encuentra un comentario que lo pone alerta. No lo alerta lo que dice —Aguante el San Jerónimo Mártir, carajo—, sino quién lo hace. Es de uno de los miembros del grupo, Gonzalo Gandolfini.

Gandolfini. Entra en su muro y se trata de un tipo joven, según dice en su perfil es del 83. No entiende por qué la gente pone su fecha de nacimiento con año y todo, él la omite, y omite la ciudad donde vive y su estado sentimental. Piensa que ese Gandolfini del 83 podría ser pariente del muerto, con suerte un hijo. Busca datos en sus comentarios y amistades, pero no encuentra nada más. Es amigo de otro Gandolfini, Marcos. Entra en el muro de Marcos. También fue al San Jerónimo Mártir, y es de 1987. ¿Hermanos? ¿Primos? Empieza a sospechar que tal vez el colegio sea de esos que conserva familias de generación en generación, colegios que se autodenominan «tradicionales». Le manda un mensaje a Gonzalo. Hola, cómo
www.lectulandia.com - Página 109

estás? Hace tiempo fui amigo de un Gandolfini que fue a este colegio —si el pibe de Policiales supiera el nombre de pila del Gandolfini muerto lo agregaría al mensaje, pero no lo sabe—, un tipo que hoy debe tener unos sesenta años. Luego me fui del país y le perdí el rastro. ¿Lo conocés, es algo tuyo? Era de la camada de Pedro Chazarreta y Luis Collazo. Me gustaría contactarlo. Tengo muchos recuerdos de ellos. El pibe envía el mensaje y espera un rato a ver si llega respuesta. Mientras tanto, pasea por otros muros. Se da cuenta de que es mejor que Gonzalo no sea el hijo de Gandolfini, si lo fuera, no cree que le resulte agradable recibir un mensaje que pregunte por su padre muerto. Pero no se arrepiente de haberlo hecho aun corriendo ese riesgo, es más, siente que está aplicando las enseñanzas de Jaime Brena como nunca. Si Brena vuelve a preguntarle, «¿te disfrazaste alguna vez?», «¿te hiciste pasar por policía y llamaste a la casa del muerto?», va a poder contestarle que sí, que empezó a hacerlo. A su modo. Las nuevas tecnologías aportaron miles de disfraces.

Pasa el tiempo, el pibe de Policiales empieza a sentir el cansancio de un largo día.

Gonzalo Gandolfini sigue sin contestar el mensaje, un chico joven, piensa, debe estar haciendo algún programa de sábado a la noche. Un chico tan joven como él. Pero él, el pibe de Policiales, decide que mejor se va a dormir, que lo más lógico que puede hacer esa noche de sábado que a través de la ventana todavía parece encendida, es cerrar los ojos y descansar.

Se despereza, apaga las luces, cierra la cortina. Pero no apaga la computadora, deja abierta la pantalla del Facebook, a lo mejor a la madrugada, cuando Gonzalo Gandolfini regrese de su salida, encienda la suya y le conteste. A lo mejor él, el pibe de Policiales, se levante al baño y, cuando vuelva a la cama, pase a dar una mirada a la pantalla y encuentre lo que busca allí, en su computadora encendida.

www.lectulandia.com - Página 110

CAPÍTULO 17

El domingo amanece lloviendo. No es una lluvia torrencial, ni siquiera podría decirse que eso que cae es, estrictamente, lluvia. Apenas una garúa. Pero tupida, constante, de esas que de verdad, mojan. Nurit se levanta y mira por la ventana. Se da cuenta de que la garúa en lugar de quitarle belleza al paisaje la hace más profunda, los colores son más intensos, la variedad de distintos verdes es incontable, el olor a tierra mojada le llega a pesar de que todavía no abrió las ventanas. ¿O lo intuye?

¿Puede uno anticiparse a un olor, evocarlo como si allí estuviera? El agua corre por la canaleta de chapa que bordea el techo y baja por el desagüe. Allí, donde finalmente cae, se formó un pequeño charco. El sonido del agua sobre la canaleta le trae un recuerdo lejano que no llega a precisar. Como si ella ya hubiera escuchado esa misma lluvia en otro lugar, hace tiempo. O la hubiera soñado. Piensa que en un día así, de garúa intensa, un domingo también, fue que mataron hace unos años a Gloria Echagüe; a pesar de que no aceptó el trabajo que le pidió Rinaldi aquella vez, se acuerda muy bien de que aquel día, el de la muerte de la mujer de Chazarreta, también llovía. Va al cuarto donde descansan sus amigas, abre la puerta y espía. Las dos siguen durmiendo. Se prepara un café, levanta en el frente de la casa el ejemplar de *El Tribuno* que dejó el diariero esta mañana, y todas las mañanas, según ella misma se lo encargó no bien llegó a La Maravillosa. Pero los domingos Nurit Iscar quiere leer otros diarios,

todos, o casi todos. Y no se conforma con la edición on line, ésa la revisa cada día, para no tener tanto gasto, pero los domingos quiere papel, tinta, dedos manchados al pasar las hojas. Un diario. Todos los diarios. Sabe que si llama por teléfono al quiosco tardarán en traerlo, más aún siendo domingo, más aún con esa garúa, entonces decide que es mejor caminar, se dice que a pesar de la lluvia no hace frío y que moverse un poco le va a venir bien. Además prometió, le prometió a Jaime Brena y al pibe de Policiales, que se ocuparía de socializar más con los vecinos para ver si consigue que alguno de ellos le dé información acerca de a qué colegio secundario fue Chazarreta y quiénes eran sus amigos de aquella época. No trajo paraguas con su equipaje, no pensó que le haría falta, pero sí una campera liviana con capucha, y se la pone. Esta vez no lleva un libro, para que no se moje. Ni anteojos negros. Avanza unos pasos, decidida, y no llega a recorrer cien metros cuando se cruza con Luis Collazo, que viene trotando en dirección contraria a la de ella. Lo mira, pero él pasa a su lado reconcentrado —o eso parece—, inspirando y exhalando con intensidad no porque le cueste respirar sino como explícita rutina de entrenamiento. Va a un trote constante. Lleva en el brazo algo que Nurit cree que es una radio pero que, sin embargo, es uno de esos aparatos que sirven para controlar el www.lectulandia.com - Página 111

ritmo cardíaco. Ella da unos pasos más y se da vuelta. Él, sin dejar de trotar, ha vuelto la cabeza y la está mirando desde esa distancia que aumenta con cada uno de sus pasos. En cuanto se da cuenta de que ella también lo mira, vuelve la vista hacia adelante y continúa la marcha como si él no hubiese mirado a Nurit Iscar ni ella a él.

Nurit está tentada de seguirlo. Muy tentada. Tanto que lo hace. Corre unos metros detrás de Luis Collazo, con pasos cortos y rápidos, como quien corre en Buenos Aires un colectivo para no perderlo. El suelo está resbaladizo y Nurit Iscar tiene miedo de terminar desparramada en el asfalto de La Maravillosa como una mancha de aceite.

Cambia el trote por un paso ligero pero más seguro. Él no logra sacarle demasiada ventaja; aun así, en una curva, ella lo pierde de vista. Entonces, a pesar de que se siente ridícula, vuelve a correr. En cuanto la curva y la vegetación que la bordea le permiten ver otra vez hacia dónde la calle describe su recorrido, se da cuenta de que Luis Collazo ya no está en ese camino. Es imposible que haya trotado tan rápido como para llegar a la próxima curva. Imposible. Nurit Iscar sigue, con paso más calmo, pensando qué hacer ahora. Se acomoda la capucha para que la garúa no le empape el pelo. Se mete dentro algunas mechas que quieren escaparse. La humedad hace que sus

culos, sus culos de Betibú, se marquen más; ella lo sabe y le gusta. Pero la última vez que dejó que la lluvia la mojara terminó con un resfrío del que le costó recuperarse. Sube el cierre de la campera hasta arriba, el gancho del que tira casi toca su cara, y luego sigue caminando. Se pregunta si alguna de esas casas que ella ve a un lado y al otro del camino será la de Luis Collazo. Las mira con descaro. Busca algún indicio, pero nada aparece. Nurit Iscar teme que si sigue caminando en esa dirección se pierda, se olvidó de traer el mapa de La Maravillosa y nunca antes en sus pocas caminatas exploró hacia ese lado del barrio. Mejor volver, dice, y gira sobre sus pies para hacerlo. Entonces Collazo, que desde que desapareció siempre estuvo escondido detrás de ella, la enfrenta: ¿Qué quiere? Ella no responde, tiene taquicardia del susto.

¡Le pregunté qué quiere!, vuelve a gritar Collazo. Nada, estaba caminando. Me estaba siguiendo, señora, yo no soy tonto. Bueno, en realidad sí, en realidad le quería hacer una pregunta. Yo no contesto preguntas. Es una pregunta tonta, sólo saber a qué colegio iba Chazarreta, usted y él eran compañeros, ¿no? Una pregunta tonta, repite Collazo, con una intención que Nurit no termina de captar, ¿qué sabe usted, señora?, dice y la agarra firmemente de un brazo. Ella mira la mano del hombre que la aprieta sobre el codo aunque sin hacer ningún movimiento para que él la suelte, y contesta: Nada, pero me gustaría saber. Si es por mí, no pierda su tiempo, dice Collazo y la suelta, yo no le tengo miedo a nada, ni siquiera a que me maten, pero no espere nunca ni usted ni nadie que yo cuente, eso nunca lo voy a hacer. Nurit sigue sin entender, en ese momento pasa junto a ellos un guardia en su carro a batería, los mira, duda si detenerse o no, saluda y pregunta: ¿Todo bien? y sigue a marcha lenta pero sin detenerse. Todo bien, responde Collazo. Sin embargo, el guardia no queda conforme www.lectulandia.com - Página 112

y, unos metros más adelante, para. Entonces Collazo le advierte a Nurit en voz baja aunque firme: No se meta. Y de inmediato se pone en marcha otra vez. Nurit Iscar se queda allí, mirando cómo Collazo se aleja. El guardia se acerca con su carrito haciendo marcha atrás. Mientras lo hace, suena un pitido constante que advierte la maniobra en reversa y que Nurit juzga ridículo en esas circunstancias. El guardia se detiene junto a ella y le pregunta: ¿Está bien?, ¿quiere que la alcance a su casa? Ella saltea la primera pregunta y va directo a la segunda: No, a mi casa no, al quiosco,

¿puede ser? Sí, claro, contesta el hombre y Nurit Iscar se sube junto a él.

El carro anda unos metros con ellos en silencio. Poco antes de llegar al quiosco el hombre dice: ¿Quedó asustada? Un poco, responde Nurit. No, no tenga miedo. El señor Collazo está muy nervioso desde que se murió Chazarreta, se entiende, eran muy amigos, corre y corre todo el día, a cualquier hora, pero ya se le va a pasar.

Llegan al quiosco. Bueno, acá la dejo, dice el hombre. Gracias, dice Nurit y luego: Antes de que se vaya, ¿le puedo hacer una pregunta? Sí, claro, contesta el guardia y detiene el carro que ya estaba en movimiento. Dígame, ¿usted sabe a qué colegio fue Chazarreta? El hombre se sorprende con la pregunta. No, no tengo la menor idea. ¿Y

no se le ocurre tampoco cómo puedo averiguarlo?, insiste Nurit. ¿Le preguntó a Collazo?, dice el guardia. Sí, pero no me quiso responder, dice ella. Qué raro, es una pregunta tonta. Eso mismo le dije yo. Bueno, si lo cruzo y se me pone a charlar le saco el tema y le pregunto, usted es la del diario *El Tribuno*, ¿no? Sí, contesta Nurit.

Yo le aviso, dice el hombre, pero usted por las dudas no le diga a nadie, a mis superiores esas cosas no les gustan, que les demos datos a los periodistas, ¿me entiende? Lo entiendo. Yo le aviso, repite el hombre y se va. Nurit entra en el quiosco y pide los diarios. ¿Cuál?, le pregunta el quiosquero. Todos menos *El Tribuno*, contesta ella. Un vecino que revisa entre las pastillas de menta la mira con desprecio, Nurit Iscar sabe que no es porque no compre *El Tribuno*, sino porque acaba de reconocerla. Ella le sostiene la mirada. El hombre pone cara de «lo que nos tenemos que aguantar acá adentro», elige dos paquetes de pastillas del mismo sabor —mentol

— pero de distinta marca, los paga y sale. El quiosquero la mira pero no dice nada, espera, es ella quien entonces avanza: Me parece que acá no me quieren. Usted no se preocupe, dice el hombre mientras enrolla los ejemplares de los diarios que ella lleva y los mete en una bolsa de plástico para que no se mojen, no se crea que acá quieren a tantos. Nurit sonríe, paga sus diarios y va hacia la puerta. El hombre desde atrás del mostrador le dice: Muy buenos sus informes, el de hoy me gustó mucho, eso del feo olor. Gracias, dice ella, y antes de cerrar la puerta le pregunta: ¿Usted no sabe a qué colegio secundario fue Chazarreta, no? No, no tengo la menor idea, le contesta el quiosquero, ¿por? Nada, algo que se me ocurrió para un informe; bueno, si de casualidad se entera, ¿me podría avisar? Sí, dice él, cualquier cosa yo le aviso.

Nurit camina otra vez bajo la garúa. Ya no está preocupada por si se moja, ni www.lectulandia.com - Página 113

perturbada por la aparición de Collazo, ni asustada por cómo él le habló. Está entusiasmada pensando en que hay algo seguro y cierto en la pista que siguen, en la foto que falta en el escritorio de Chazarreta, que ahí está la clave, la llave que les permitirá por fin entrar en el misterio de esa muerte. Sabe que si no fuera así, Luis Collazo no se habría puesto de ese modo. ¿Dónde quedó a esta altura aquella primera duda acerca de si la muerte de Chazarreta fue suicidio o asesinato?, se pregunta. En la nada, apuesta a que eso fue sólo un método de distracción, hacer que gracias a ese cuchillo plantado, todos se concentraran en pensar los lazos entre la muerte de su mujer y la de él. Pero la de él está relacionada con otra cosa, no tiene dudas, algo seguramente más turbio, más tremendo, tanto como para que los que lo mataron se tomen semejante trabajo. Su muerte y la de sus amigos. No ve la hora de llegar a su casa, escribirle al pibe de Policiales y contarle lo que pasó. Y de paso pedirle el mail de Jaime Brena. Sí, por qué no, también eso.

Abre la puerta de la cocina y se encuentra con sus amigas desayunando.

Amanecieron, dice. Nos hicieron amanecer, sonó insistentemente el teléfono, se queja Carmen con tono de reproche que esconde algo más que la molestia por haber sido despertada. No te llevaste el celular, cabeza de novia, dice Paula. Nurit se tantea los bolsillos: Cierto, no me lo llevé. Te llamó Lorenzo Rinaldi, pidió que lo llames urgente. Nurit se agarra la cabeza, ay, me olvidé de mandarle el informe de ayer. Pero si acá está, le dice Carmen Terrada mostrándole la página de *El Tribuno* donde su informe aparece. No, sí, se lo mandé al pibe de Policiales, él es el que lo envía a edición, pero habíamos quedado en que cada informe se lo pasaba también a él, a Rinaldi, por anticipado, y anoche me olvidé. Mucha cosa en esa cabecita, dice Paula.

Mucha cosa, repite Nurit y sale. ¿Adónde vas? A llamarlo, desde mi habitación. No, amiga, lo llamás de acá, nosotras te vamos a hacer de contención y además queremos fiscalizar, dice Paula Sibona. Tenemos la obligación de cuidarte, dice Carmen. Y de fiscalizar, repite Paula. Es un llamado de trabajo, aclara una vez más Nurit, aunque sabe que sus amigas nunca van a estar seguras de que así sea. Ni ella tampoco. No importa, todas sabemos cómo puede terminar un llamado de trabajo, ¿o nosotras nunca trabajamos?, dice Carmen, agarró el teléfono y marcó, acá, delante de tus amigas. Entonces, porque sabe que no hay margen para discutir, eso hace Nurit Iscar: agarra el teléfono y marca. No necesita fingir delante de ellas que ya no se acuerda el número de teléfono de Lorenzo Rinaldi de memoria. Espera con el tubo en la oreja.

Carmen y Paula no le sacan la vista de encima. Hola, sí, Lorenzo... Nurit, sí... Mirá, te pido mil disculpas que ayer se me pasó por completo mandarte el informe, estaba con dolor de cabeza y... ah, no... ¿sí?, ¿te gustó?... me alegro, sí... sí, no era fácil, me alegra que te haya gustado. Nurit ahora escucha en silencio, mira a sus amigas, sigue escuchando. Es evidente que algo de lo que dice Rinaldi prefiere no filtrar, así que las mira y calla. Ellas se dan cuenta y están cada vez más atentas. Por fin, Nurit www.lectulandia.com - Página 114

no tiene otra alternativa que decir algunas pocas palabras que alcanzan para que sus amigas intuyan de qué va la cosa, por ejemplo, cuando Nurit, Betibú, dice: Ajá, sí, sí, puedo. Y ellas, que la conocen, se preocupan. Mucho. Y se enojan, un poco. Entonces Nurit Iscar confirma sus sospechas: Bueno, sí, está bien, a esa hora está bien. Y no bien pronuncia «a esa hora está bien», y un segundo después, «¿me pasás a buscar por acá?», Paula Sibona se estampa una palmada de desaprobación en la cabeza —la mano abierta, la palma justo en el centro de la frente—, y Carmen Terrada le da la espalda, abre el diario en cualquier página y se interna en la lectura.

www.lectulandia.com - Página 115

CAPÍTULO 18

Poco antes de que Lorenzo Rinaldi pase a buscar a Nurit Iscar por La Maravillosa para ir a almorzar, Jaime Brena se prepara su primer café del día y el pibe de Policiales, que no se despertó en toda la noche ni en lo que va de la mañana, mea desenfrenadamente para ir, de inmediato, a la computadora a ver si llegó respuesta de Gonzalo Gandolfini. Y la respuesta llegó. Hola, sí, soy el sobrino. Lamentablemente, mi tío falleció hace un tiempo en un accidente de autos. Supongo que lo conocés de la época de la Chacrita, ¡espero que tus recuerdos sean gratos! (Ja ja). Según mi viejo, no a todos les quedaron gratos recuerdos de aquella época. Un abrazo. El pibe de Policiales lee el mensaje varias veces. Se pregunta cómo seguir. Lo llama a Jaime Brena, que ahora está tomando su segundo café. ¿Qué chacrita?, pregunta Brena. No sé, ni idea, le contesta el pibe. Habrá tenido alguno de ellos una chacra. Me parece que es otra cosa, dice Chacrita con mayúscula. Un nombre, entonces. Sí, parece un nombre. ¿Te fijaste si hay algo de esa Chacrita en Internet?, pibe. Eh, Brena, ¿vos pidiéndome que busque algo en Internet? Si no puedes contra ellos, únete a ellos, pero sabiendo que la red no es Dios. Ah, ¿no es Dios?, ¿hay algo más parecido a Dios que la red? No me jodas, pibe, te acepto que sea una religión, pero no Dios. El pibe se sonríe aunque Brena no lo sepa. Sí, me fijé, dice, pero no encuentro nada que

parezca un dato que sirva. ¿Y si le preguntás? ¿A quién? Al sobrino de Gandolfini. Bueno, intento. Decime, ¿alguna novedad de Nurit Iscar? Sí, te mandé el informe por mail ayer a la noche en cuanto lo recibí. Ah, yo no enciendo la computadora en casa a menos que sea una situación especial. Es una situación especial, Brena, prendela; de todos modos, el informe lo podés leer impreso en el diario de hoy. Jaime Brena abre *El Tribuno* que dejó sin hojear sobre la mesada de mármol gris y pasa las páginas hasta encontrar el texto de Nurit Iscar. Sí, acá está, ahora lo leo, dice y busca sus anteojos por la cocina. Avisame si hay alguna novedad de eso de la Chacrita. El pibe, frente a la computadora, dice que sí, que le avisa, y antes de cortar le advierte que en ese mismo mail le decía que encontró en Internet el nombre del que se mató esquiando, Bengoechea. Bengoechea, repite Brena, okey, y corta. El pibe de Policiales chequea otra vez sus mensajes. Acaba de entrar otro mail de Nurit Iscar. Lo lee, es un informe detallado de lo que le pasó esta mañana con Luis Collazo, y todo lo que ella pensó a partir de ese episodio. Un informe que seguramente nunca saldrá en *El Tribuno*, un informe privado para ese equipo de tres que armaron sin proponérselo.

En la posdata Nurit le pide al pibe que le reenvíe su mail a Brena y que le pase el teléfono de los dos, así nos podemos comunicar más fácil, dice. Y ella le deja el suyo.

El pibe lee otra vez el texto del mail y, mientras lo hace, siente en su cuerpo algo que www.lectulandia.com - Página 116

no sabe describir ni explicar. ¿Será que por primera vez él empieza a reaccionar con cosas relacionadas con su trabajo? Algo dentro de él bulle, eso siente. Y ese bullir no lo produce esta vez ni una mujer, ni una final de fútbol, ni un recital de Coldplay en la cancha de River. El pibe siempre creyó que terminó la carrera de periodismo por terco y para no darle un disgusto a su madre, más que por vocación. Cuando entró en Comunicación, ni siquiera sabía si se iba a orientar a la especialidad de periodismo o a la de publicidad. Pero como la gente que mejor le caía seguía periodismo, él los siguió a ellos. O eso creía hasta hoy. Que el periodismo en su vida había sido producto del azar y de su falta de iniciativa propia. Y lo mismo creía con respecto a la sección de la que se ocupa: que terminó trabajando en Policiales porque ése fue el primer hueco que encontró en una redacción. Sin embargo, hoy piensa, no podría hacer otra cosa. No está seguro de cómo fue ni qué pasó, pero por el momento, en este domingo lluvioso, no hay nada que le interese a él más que este caso en el que está metido. Le reenvía el nuevo mail de Nurit Iscar a Jaime Brena, pero además lo llama y le dice que lo lea. Y Jaime Brena, con fastidio por

tener que quebrar uno de sus principios de vida más respetados —no encender la computadora en casa—, pero tan entusiasmado con el caso como lo está el pibe, la enciende y lee el mail de Nurit Iscar. Se lo contesta: Grande, Betibú, vamos bien. Cuidate. Brena. En el momento en que Nurit Iscar lee: Cuidate. Brena., suena la bocina del auto de Lorenzo Rinaldi en el frente de su casa. Ella no sabía que él ya estaba adentro de La Maravillosa, una de sus amigas le autorizó el ingreso, pero la mufa que les produce ese hombre no le permitió a ninguna de las dos subir a su cuarto a avisarle. Nurit se asoma por la ventana y grita: Ya voy. Él no debe escuchar porque toca la bocina por segunda vez.

Ella se apura, agarra su cartera y, antes de salir, pasa por el baño y se mira en el espejo. No sabe si es una buena idea, pero lo hace. Acomoda sus rulos, se pasa rápido un poco de rouge de un color suave —definitivamente no el color que usaría Betty Boop—, un rosa subido pero seco, casi tirando al marrón, un color de día, que no llama la atención pero que le da humectación, algo de brillo y hace que sus labios parezcan un poco más jóvenes. ¿Parecen más jóvenes sus labios después del rouge?

Los mira girando la cabeza a un lado y al otro, abriendo la boca, forzando una sonrisa estirada. No sabe. Se acaricia el cuello, levanta el mentón, no puede decir que tenga papada pero es evidente que su piel perdió tensión. No, no hizo bien en pasar por el baño y mirarse, ahora saldrá más insegura. Suena la bocina por tercera vez. Paula Sibona aparece detrás de ella en la imagen del espejo y dice: Escuchás que este hombre te toca bocina, ¿no? Sí, sí, ahí voy. Estás linda, le dice Paula. Ella se da vuelta, le sonríe y contesta: Gracias, amiga.

Lorenzo Rinaldi se baja cuando la ve venir por la galería, gira por delante del auto, abre la puerta del acompañante y la espera así, con la puerta abierta. Siempre lo hizo —bajarse a abrir la puerta—, pero ella casi lo tenía olvidado. Rinaldi conoce y www.lectulandia.com -
Página 117

respetar todas las reglas de cortesía en el trato social hombre-mujer —reglas entre las que no está serle fiel a su mujer y no arruinarle la vida a ella con falsas expectativas que siempre supo no cumplir—, y que hoy ya no todos los varones conservan: caminar del lado del cordón de la vereda, abrir puertas —no sólo de autos, también de ascensores, de edificios, de oficinas, de habitaciones de hotel alojamiento—, abrir también la puerta de un taxi pero entrar primero para que la mujer no tenga que atravesar todo el asiento y quede en el lugar más incómodo —detrás del conductor, que seguramente tiene su butaca corrida hacia

atrás—, subir una escalera detrás de la mujer y bajarla delante, cargar los bultos que lleve, servir la bebida en un restaurante.

Y, por supuesto, pagar todas las cuentas, todas. ¿Qué diría una mujer flapper de estas normas?, que un hombre tenga todas esas consideraciones con una mujer, ¿es hoy galante o humillante?, se pregunta Nurit Iscar. Humillantes son los que se dicen modernos y no pagan la cuenta, sostuvo siempre Carmen Terrada. Pero hay distintas formas de humillar, piensa Nurit, al tiempo que Lorenzo Rinaldi dice: Hola, Betibú, y le da un beso discreto en la mejilla mientras coloca la mano en su cuello, casi en la nuca, debajo de sus rulos. Y ella la siente. Siente la mano de Lorenzo Rinaldi tres años después. Nurit Iscar se deshace de esa mano y se sienta, él cierra la puerta y vuelve a su lugar de conductor. Ahora avanzan hacia la entrada de La Maravillosa.

¿Viste que cambié el auto?, le pregunta Rinaldi. Y ella dice que sí, pero miente porque no tiene ni idea de a qué auto se acaba de subir. Aunque le pusieran una pistola sobre la sien y la obligaran a contestar de qué marca es ese auto en el que está metida, qué modelo, o hasta qué color, Nurit no podría dar una respuesta. Nunca se acuerda de qué auto tiene quién. No se fija. Sin embargo, puede recordar varias patentes con las que juega a armar palabras agregando letras. Por ejemplo, el BRM de la patente de Paula que ella transforma en BROMA. O el GRL del auto de su ex marido que usan sus hijos y que Nurit transforma en GRULLA. Y el HMD de Viviana Mansini que ella cambia por HUMEDAD. Pero no tuvo oportunidad de mirar la patente del nuevo auto de Rinaldi. ¿Te gusta?, pregunta él y antes de que ella conteste, agrega: No sabés lo que cuesta, más que un departamento en Belgrano, pero le tenía ganas hace tanto... Además, departamento en Belgrano yo ya tengo, dice y se ríe. Nurit Iscar mira el reloj y se pregunta si soportará las horas que tiene por delante.

Aquello que no le gustaba de Lorenzo Rinaldi, pero que ella ignoraba porque estaba enamorada de él, se le viene encima todo junto, al medio de la frente, como un pedrazo. ¿Cómo me olvidé de esta parte?, se reprocha. A vos te fue bien, ¿cobraste buena guita por los libros que tenés publicados, no?, pregunta él y confirma los pensamientos de Nurit. Ella no puede creer hacia dónde va esa conversación, ¿habrán sido así sus charlas cuando ella estaba enamorada de él?, ¿habrá el amor —y ella—

disfrazado las conversaciones e intereses de Lorenzo Rinaldi con inteligencia e importancia?, ¿o él se habrá cuidado de no mostrarse tan imbécil? Nurit suspira y www.lectulandia.com - Página 118

deja que se le pierda la vista por la ventanilla. ¿Seguís cobrando derechos, no?, insiste Rinaldi. Nurit Iscar quisiera no contestar, pero sabe que es mejor hacerlo; si no, él seguirá preguntando: Algo, dice. ¿Cuánto es algo?, pregunta él. Ah, no, piensa ella, no podés ser tan pelotudo. No sé, Lorenzo, le dice, si querés cuando llego a casa te reenvío la última liquidación de la editorial. Pero él, sin hacerse cargo de la ironía de Betibú, sigue: ¿y cuánto te podrían dar por el anticipo de tu próxima novela? Nurit Iscar mira otra vez el reloj. En dólares, completa él, porque además vos te podés hacer valer, podés presentársela a varias editoriales y que se maten por el manuscrito, dárselo al mejor postor. Como una especie de licitación, decís vos, ironiza Nurit, pero él lo toma como una descripción de la realidad. Sí, una licitación de la publicación de tu nueva novela, eso mismo. No hay nueva novela, dice ella. ¿Todavía no? No va a haber, dejé de escribir. Me estás jodiendo. No, estoy hablando en serio, ¿no te pareció raro que en estos años no saliera una nueva novela mía? No, supuse que habrías quedado medio golpeada con el asunto de la última y que por eso te tomabas más tiempo. No le fue bien a tu última novela, ¿no? No, no le fue bien. ¿Cómo era que se llamaba? *Sólo si me amas. Sólo si me amas*, cierto; pero igual te habrán pagado anticipo, dice Rinaldi, ellos no sabían cómo le iba a ir al libro. Nurit no responde, se dice a ella misma por enésima vez: qué hago yo acá. Mira el reloj. Yo no sé cómo vos que tenías tan claro lo que había que meter en una novela para que le vaya bien, te corriste de ese lugar, le dice Rinaldi. Nurit siente muchas ganas de darle una cachetada. Infinitas ganas. Y no lo disimula. Pero él, a quien le cuesta darse cuenta de lo que le pasa al otro, sigue: De todos modos, que te hayas equivocado una vez no quiere decir que no tengas el don. ¿Cuál don?, le pregunta Nurit con un fastidio indisimulable. El de saber qué hay que poner en un libro para que la gente quiera comprarlo: un poco de esto, un poco de esto otro. ¿Por qué no te vas al carajo, Rinaldi? Epa, qué pasó, se sorprende él. Mirá, yo no voy a discutir con vos por qué escribo, qué escribo y cómo escribo, porque vos de eso no entendés, dice ella y lo dice con tal firmeza que por primera vez Rinaldi repara en que Nurit Iscar está molesta. Bueno, parece que no empezamos bien, dice él. No, no empezamos bien, dice ella. Salen de La Maravillosa en silencio, después de dar algunos datos en la barrera. Luego, ya en la ruta, él intenta recomenzar con comentarios de rutina: la lluvia, los restaurantes de la zona, el último informe de Nurit, los negociados en los que estaría metido el Presidente, el estado desastroso en el que se encuentra el país —

a su criterio, el criterio de Lorenzo Rinaldi, aunque lo diga como verdad revelada e irrefutable—, la sensación de estar perseguido por

el gobierno —soy un perseguido político, dijo—, el hecho de que esa persecución en lugar de acobardarlo le genera más adrenalina. Ella no comparte casi nada de lo que escucha de Rinaldi, ni acerca del Presidente, ni del país, ni de los supuestos riesgos que corre por el ejercicio de la profesión. Nada. Ni siquiera coincide en lo que él opina acerca de los restaurantes de www.lectulandia.com - Página 119

la zona. Pero Nurit Iscar calla, sabe que no vale la pena darle su opinión. Sabe que Lorenzo Rinaldi no puede ni siquiera sospechar que ella piense tan diferente. Si ella es inteligente, si ella es profesional, si ella se acostó con él, ¿cómo va a pensar así?,

¿cómo no se va a dar cuenta de cuál es la realidad? Hoy, la realidad es una entelequia.

Una construcción teórica. Si ella mencionara que «su» realidad es tan distinta de la realidad de él, entrarían en una discusión sin sentido ni final. Lorenzo Rinaldi trataría de convencerla, aunque ella no a él. ¿Cómo pudo estar tan enamorada de alguien que hoy siente tan lejano, de alguien con quien hoy no puede ni siquiera compartir una conversación trivial en un auto? ¿Cuáles son los mecanismos del amor que hacen que uno no vea lo que no quiere ver? Porque eso que es hoy Lorenzo Rinaldi lo fue también hace tres años. No tiene dudas. Sin embargo, ella, entonces, sólo vio lo que de él le atraía. ¿Qué le atraía? Sus manos, su voz, eso es cierto. ¿Pero alcanzan una voz y un par de manos para que una mujer caiga muerta a los pies de un hombre? Si hoy ella, Nurit Iscar, tuviera que decir qué la enamoró de Lorenzo Rinaldi, diría, porque eso es lo que cree, que la enamoró que él estuviera enamorado de ella. O al menos que él dijera eso. Muy enamorado, decía. Lo repitió hasta último momento. Y

que Nurit le haya creído. Eso, sentir que una mujer, ella, bautizada por él Betibú, nombrada por él, le despertara pasiones, amor, cariño, necesidad del otro a ese hombre, la enamoró. Algo que Nurit Iscar ya no sentía que le pasara desde hacía rato en su matrimonio. Y a eso apostó. A estar enamorados. ¿Se equivocó?, se pregunta mientras mira por la ventanilla y Rinaldi le habla de la pérdida de ventas desde que aparecieron los diarios on line. No, no se equivocó en apostar. Pero se equivocó en la apuesta. Había que intentarlo y eso hizo, probar si quedaba en su cuerpo algo de lo que había sentido cuando era joven, cuando el amor, la pareja, el matrimonio eran aún un misterio en el que ella quería creer. Y quedaba. ¿Queda aún? No lo sabe.

¿Cómo está tu mujer?, pregunta Nurit en medio de una frase de Rinaldi acerca del aumento de los costos de los insumos en los diarios.

Bien, dice él, bien. ¿Qué es de su vida?, insiste ella como si hablara de una conocida, de alguien lejano pero que le despierta interés, aunque el verdadero propósito de sus preguntas no es ningún interés real acerca de la mujer de Rinaldi, sino establecer que él tuvo, tiene y tendrá, siempre, mujer. Está prácticamente instalada en Bariloche, le cuenta él. Tenemos ganas de retirarnos ahí. Cuando llegue el retiro, claro, no ahora. Compré unos terrenos, a un precio increíble, una sucesión con problemas que terminamos arreglando por monedas, y nos hicimos una casa al pie de un cerro con vista al lago, un lugar soñado.

Soñado, repite. ¿Soñado por quién?, se pregunta Nurit, ¿por Lorenzo Rinaldi?, ¿por la mujer de Lorenzo Rinaldi?, ¿por el finado que dejó la sucesión con problemas?, ¿por la gente que es como ellos? Cuando alguien dice «soñado», ¿es que supone que todos tenemos el mismo sueño? El lote era muy grande, loteamos, hicimos cabañas y Marisa — el nombre la perturba, ya no se trata de hablar de «la mujer de Rinaldi», www.lectulandia.com - Página 120

sino de alguien que tiene un nombre, Marisa, nombre que mientras Nurit y Lorenzo Rinaldi tuvieron una relación evitaban, ambos, siempre, pronunciar— se ocupa de administrarlas. Está muy entretenida allá, porque además tiene animales y plantas y eso a ella le encanta. Yo voy cada tanto, ella viene cada tanto. Un lugar soñado, vuelve a decir. Una pesadilla, piensa ella. A unos veinte kilómetros del Centro Cívico,

¿conocés? Bariloche sí, tu lote no creo. Ya casi recuperamos la inversión, algunas cabañas las alquilamos pero otras las vendimos a un precio tres o cuatro veces mayor, fue un muy buen negocio, tremendo negocio. Nurit mira otra vez por la ventanilla, en silencio.

Lorenzo Rinaldi elige un restaurante italiano, un lugar de pastas exclusivo, con pocas mesas rodeadas de sillas antiguas de distintos estilos y tapizados, una bodega en el sótano que se puede ver a través de algunos huecos vidriados en el piso concebidos para que los clientes del restaurante vean los vinos sin moverse de sus mesas. Lo que tiene de bueno estar ya ahí, se dice Nurit, es que en unos minutos más van a comer y en una o dos horas ella estará libre de Lorenzo Rinaldi y de su conversación. El tiempo que sigue transcurre un poco mejor, ella saca algunos temas que le interesan más —cine, libros, sus hijos, el caso Chazarreta— para evitar que se instale la conversación monotemática de Rinaldi. Pero él parece no meterse de verdad en los temas que ella elige. Contesta con algún monosílabo, asiente, sonríe, pero no escucha, sólo espera que termine para poder volver a hablar

de él y de su mundo.

Entrada, plato principal, vino elegido por Rinaldi después de dar varias vueltas y querer demostrar que de eso sabe, postre, café. Listo. Se suben al auto. Pero Rinaldi no arranca. La mira. Se sonríe. Se mete en la boca una tableta de menta para mejorar el aliento. Le ofrece una a ella; no, gracias, dice Nurit y el hecho de que él esté preocupado por su aliento la pone alerta. ¿Supiste que me operé hace un mes atrás?, pregunta Rinaldi. No, no supe, ¿algo importante? No, nada grave, pero incómodo, la semana pasada me dieron el alta. Me alegro, dice ella. Próstata, dice él. Ah, es bastante común en hombres de tu edad, ¿no? Sí, eso me dijeron, pero no fue consuelo, dice él y se ríe. Luego Rinaldi se acomoda en el asiento de manera de poder mirarla mejor y deja en claro de forma evidente que no piensa poner el auto en marcha por el momento. Soy virgen otra vez, dice. ¿Qué?, le pregunta Nurit. Que todavía no estrené el aparataje después de la operación, aclara él. ¿Este hombre me está hablando de su pija?, se pregunta Nurit Iscar en silencio sin terminar de creerlo.

Me dijeron que no voy a tener problemas, pero hasta que no pruebe no voy a estar tranquilo. Ah, mirá, dice Nurit. Él le sonríe, la mira directo a los ojos. Ella se teme lo que está por venir. La tableta para el aliento, se dice a sí misma. ¿Me querés ayudar, Betibú?, pregunta Rinaldi con cara de oveja recién nacida que perdió el rebaño. ¿Vos me estás hablando en serio?, le contesta ella con otra pregunta. Nosotros funcionábamos bien juntos, bueno, por lo menos yo tengo ese recuerdo, ¿o no? Sí, www.lectulandia.com - Página 121

funcionábamos bien, dice Nurit, hasta que dejamos de funcionar. Dale, dice él,

¿querés estrenarme?, mirá el privilegio que te estoy dando. No, no, ¡un hijo de puta!, dirá Paula Sibona un par de horas más tarde cuando Nurit le cuente lo que dijo: «mirá el privilegio que te estoy dando». ¿Y así, de una, sin ni siquiera hacerte el novio?, preguntará Carmen. Yo creo que tenés que estrenarla con Marisa, Lorenzo, le dice Nurit, ella te va a tener paciencia, te conoce de tantos años, andate a Bariloche, relajate en ese lugar soñado, y estrenala con ella. Rinaldi niega con la cabeza y luego dice: No me preguntes por qué, pero estoy seguro de que con Marisa no va a funcionar. Entonces probá con una prostituta, ellas sí que son especialistas en hacer resucitar pijas, dice Nurit sin ni siquiera pestañear al decir la palabra pija, mirándolo también ella directo a los ojos y sosteniéndole la mirada. No se reconoce hablándole a Rinaldi con tanto desparpajo, pero le gusta hacerlo. ¿Eso le dijiste?, preguntará Carmen en medio de risas. ¡Qué tipo hijo de

remil putas!, volverá a decir Paula. No, una prostituta tampoco, dice Rinaldi y suspira antes de seguir: ¿Sabés que nunca me gustó tener sexo con prostitutas? Es una buena oportunidad para probar, contesta ella,

¿viste que cuando uno es joven a veces le gusta más lo salado y cuando es viejo lo dulce?, a lo mejor probás y te llevás una sorpresa. Y yo que tenía puestas todas mis esperanzas en que vos fueras mi Florence Nightingale, dice él, ¿de verdad no querés ser mi Florence Nightingale? Yo no te puedo creer, dirá Carmen espantada, no te puedo creer, decime que no, que no lo dijo. ¿Pero quién se cree que es ese pelotudo?, dirá Paula. No, no quiero ser tu Florence Nightingale, dice Nurit.

El recorrido hasta La Maravillosa se hizo, al menos para ella, interminable. Él la deja en la puerta de la casa que ella ocupa, pero esta vez no baja. Pensalo, le dice, yo martes y jueves te puedo hacer de novio. Martes y jueves, repite Nurit. Y acordate qué bien lo pasábamos juntos. Ella se lo queda mirando. Pensalo, vuelve a decir él, y Nurit le sonríe y se mete en la casa sin contestar.

De erotizar a una mujer cero, este tipo, le dice Paula Sibona mientras le alcanza un café a su amiga y sigue: ¿Cómo podés calentarte con alguien que te propone ser su Florence Nightingale? Si planta eso así, es porque está muy seguro de que hay minas que le harían de Florence Nightingale con ganas, dice Nurit. ¿Se dan cuenta, no?, pregunta Paula ¿De qué? De que hasta hace un tiempo los problemas de los hombres con los que salíamos eran distensión de ligamentos, meniscos, una apendicitis con toda la furia. La próstata es un viaje de ida, le dice Carmen.

www.lectulandia.com - Página 122

CAPÍTULO 19

Para cuando Nurit Iscar repasa con sus amigas los pormenores de la salida con Lorenzo Rinaldi, el pibe de Policiales recibe un mail que lo sorprende. Es de Gandolfini, pero no de Gonzalo sino de su padre, Roberto, el hermano del Gandolfini muerto. Hola, sé por mi hijo Gonzalo que usted conocía a mi hermano y a sus amigos. Me dijo también que le hizo una serie de preguntas que él no sabe responder, por eso me dio su mail para que yo le contestara. Pero es tanto lo que hay para hablar de aquella época que a lo mejor sería más conveniente que nos encontráramos a tomar una café. ¿Qué le parece? ¿Cómo viene el resto de este domingo para usted?

¿Vive en Buenos Aires como nosotros? Un abrazo, Roberto Gandolfini. El pibe de Policiales otra vez bulle. Lo llama a Jaime Brena antes de contestar el mail. Increíble, dice Brena. ¿Si me tiro el lance y le pido que lleve alguna foto de aquella época al encuentro?, tal vez damos con una copia de la perdida y tenemos así el grupo completo. Sí, me parece bien, pero lo que me preocupa es otra cosa, pibe, si no habías nacido cuando fue el caso de la doctora Giubileo, ¿cómo podés conocer vos a Chazarreta y su compañía de aquella época? Cuando ellos terminaron el colegio secundario, vos tampoco habías nacido, ¿o me equivoco? Tenés razón. El pibe de Policiales y Jaime Brena se quedan un instante en silencio, pensando, y luego el pibe dice: ¿Y si vos te hacés pasar por mí?, lección número uno de Jaime Brena: disfrazarse. ¿Cómo sería eso? El sobrino de Gandolfini sabe mi nombre, aparece en Facebook, y él se lo dijo a su padre al pasarle mis datos; cambiar eso ahora, desdecirse, los pondría alertas, desconfiarían. Pero de mí no tienen más dato que ése, el nombre; en mi foto de Facebook no está mi cara sino la camiseta de Estudiantes de La Plata. ¿Sos de La Plata, pibe? No, soy de Estudiantes, nada más, aclara y sigue: Vos, Brena, sí podés haber sido amigo de ellos. Dios me libre, pero sí, yo soy tan viejo como esos tipos. Hay un riesgo, advierte el pibe, que Gandolfini te reconozca; aunque sos un periodista de gráfica, apareciste varias veces en televisión y para colmo hablando de la muerte de la mujer de uno de los amigos de su hermano. Si el tipo te vio en alguno de esos informes y te conoce, ¿qué le decimos? Que me parezco a Jaime Brena, efectivamente, y que eso me ha traído grandes problemas a lo largo de la vida, pero que por suerte yo no soy él. El pibe se ríe. Lo que dijiste, mimetizarse, pibe, disfrazarse, esconderse, decir que uno es quien no es, lo que haga falta, eso es parte de la profesión. Los periodistas de Policiales somos detectives neuróticos obsesivos, y tercicos, sabemos lo que es el fracaso pero remamos hasta el final. Y como dijo Walsh, si no hay justicia, por lo menos que haya verdad. Lo dijo Walsh, ¿no? El pibe no contesta, pero lo va a averiguar. En Internet. Citalo a Gandolfini en un bar

www.lectulandia.com - Página 123

para dentro de una hora o dos, decile que traiga fotos, sí, y reenvíame todos los mails que hayas intercambiado con él o con su hijo así no meto la pata. Pasame a buscar,

¿podés?, vos me esperás en el auto mientras yo hablo con Gandolfini. Según lo que surja de esa charla, a lo mejor nos podemos ir a trabajar un rato a lo de Nurit Iscar,

¿qué te parece? Me parece bien, ¿le escribo a Nurit para decirle en qué andamos? Yo la llamo, dice Brena, pasame el número. Te lo pasé

en un mail, dice el chico. No me vas a hacer prender la computadora para buscar un número de teléfono, ¿no, pibe? El pibe de Policiales le pasa el número. Y Jaime Brena llama. Increíble, dice Nurit Iscar usando la misma palabra que un rato antes usó él cuando lo llamó el pibe de Policiales para contarle. Estamos cerca, Brena. Estamos cerca, sí, le contesta él y luego pregunta: ¿Te parece que cuando terminemos la reunión con Gandolfini vayamos para tu casa?, creo que tendríamos que juntarnos a intercambiar ideas y empezar a aproximar conclusiones, aunque sean borradores. Sí, claro, los espero, dice ella, ¿a qué hora vendrían? Creo que de comprar una pizza para cenar no te vas a salvar, Betibú. Ella dice: Me han pasado cosas peores, Brena. Y sonrío, y él no ve su sonrisa pero la intuye.

Jaime Brena imprime los mails que le reenvía el pibe de Policiales, los lee, los dobla y se los guarda en un bolsillo. Toma su anotador Congreso y anota encolumnados cada uno de los muertos que tiene el caso hasta ahora, una flecha que sale de cada nombre, y la causa de su muerte en otra columna sobre el margen derecho, en algunos casos con aclaraciones entre paréntesis. Pedro Chazarreta, flecha, degollado (igual que su mujer). Gandolfini, flecha, accidente automovilístico.

Bengoechea, flecha, accidente de esquí. Luis Collazo, flecha, vive aún. Brena recuerda que Gladys Varela habló de cuatro hombres en la foto; o cinco, se corrigió;

¿o seis?, se preguntó después. Por eso agrega dos posibilidades más, para abarcar la alternativa de máxima: Desconocido 1, flecha, ¿vive aún? Desconocido 2, flecha,

¿vive aún? Jaime Brena se queda mirando su cuadro sinóptico ad hoc. Sabe que ese dibujo le dice algo que todavía él no puede escuchar. O ver. O descifrar. Mira los nombres, mira las flechas una debajo de otra, mira las causas de muerte. ¿Qué hilo une a cada una de esas muertes además de una foto? ¿Cuál es el patrón? ¿Cuál es la melodía que toca el asesino? ¿Por qué piensa en una melodía y en un asesino si la mayoría de esas muertes fueron accidentes? ¿Lo fueron? Los hechos dicen que sí. El único caso producto de un crimen es el de la muerte de Chazarreta. Piensa. Otra vez se pregunta: ¿Qué dicen esos nombres, qué dicen esas muertes?, ¿qué dice el azar o la casualidad o el destino cuando tres personas, de las pocas que fueron retratadas en una foto antigua que desapareció de su marco, están muertas? Piensa. Suena el portero eléctrico. Va a la cocina, levanta el auricular, dice: Bajo, y corta. Sabe que es el pibe de Policiales aunque no puede escucharlo, hace meses que no funciona bien ese aparato y no logra que el encargado del edificio lo haga arreglar. Cuando el

timbre del portero eléctrico suena, él puede atender pero no escuchar a quien habla desde abajo. Va a tener que darle una propina mayor al encargado, el portero eléctrico no le importa demasiado, pero cuando se rompa alguna otra cosa, se va a lamentar.

Busca su campera de cuero negro y una gorra del mismo material que hace mucho que no usa. Se la calza en la cabeza, se mira en el espejo del baño. Siente que al ponérsela, de alguna manera, se está camuflando. Se ríe de sí mismo. Con esa gorra, los años que pasaron desde su última intervención en un programa de televisión y los kilos que aumentó desde entonces, bien puede discutirle a cualquiera que él, ese hombre que ahora se mira en el espejo, no es Jaime Brena. El portero eléctrico vuelve a sonar cuando Brena está abriendo la puerta de su departamento, así que no se detiene a calmar la supuesta impaciencia del pibe de Policiales, sino que sale y se mete en el ascensor. Pero cuando llega a la planta baja lo que ve del otro lado de la puerta del edificio lo sorprende: Karina Vives, con los ojos rojos. Jaime Brena se apura a abrirla y dice: ¿Qué pasa, linda? Pero ella no responde, se cuelga de su cuello y llora sin consuelo. Él la deja llorar. Hace tiempo que entendió que cuando una mujer llora, lo mejor no es solucionarle el problema sino dejarla tranquila que se desahogue. De a poco la lleva hasta un sillón que hay en el palier, se sienta y la hace sentar junto a él. ¿Qué pasa?, vuelve a preguntar Jaime Brena cuando ella logra hacer más espaciada la frecuencia de hipo y suspiros. Estoy embarazada, le dice la chica.

Él la mira. Espera sin decir nada para dar tiempo a que ella agregue algo, pero ella no lo hace. Él todavía espera un poco más. Se le cruzan por la cabeza preguntas que no hace, se le cruzan algunas que nunca haría. Si Karina Vives no menciona quién es el padre, él no va a hacer esa pregunta, por ejemplo. Jaime Brena le acaricia el pelo. Le sonrío. Ella sigue callada. Él dice: ¿Y qué querés hacer? Ése es el problema, contesta Karina, y luego llora otra vez pero sigue hablando: Que no sé qué hacer, que un día estoy segura de que quiero tenerlo y otro día estoy segura de que no quiero. Jaime Brena le toma las manos. ¿Cómo te puedo ayudar, linda? Así, agarrándome las manos, dice Karina y apoya su cabeza en el hombro de él. Brena cruza un brazo sobre la espalda de la chica, ella se acomoda sobre su hombro y para hacerlo se mueve más cerca de él. Jaime Brena mira hacia la calle y ve al pibe de Policiales, parado detrás del vidrio, mirándolos sin entender de qué se trata la escena que transcurre frente a él.

O entendiendo mal. Brena le hace gesto de que espere un minuto.

Toma a la chica del mentón y levanta su cara para que ella lo mire: Tengo que ir con el pibe de Policiales a una reunión de trabajo, dice y señala con la mirada hacia la puerta para que ella vea que el pibe está ahí, ¿nos acompañás? La chica gira la cabeza y lo ve. No le cuentes, le dice a Brena. Quedate tranquila, le contesta él. Sin darle más explicaciones, Jaime Brena la levanta y la guía hacia la puerta, abre con las llaves que guardó en el bolsillo de su campera, saluda al pibe de Policiales y, sin tampoco darle a él explicaciones, le anuncia: Ella nos acompaña. Los tres se suben al auto y se dirigen a la cita.

www.lectulandia.com - Página 125

Unos diez minutos después el pibe estaciona el auto en la esquina del bar donde acordaron encontrarse con Roberto Gandolfini. Baja Jaime Brena y ellos —el pibe de Policiales y Karina Vives— se quedan a esperarlo dentro del auto tal como convinieron. Brena cruza la calle y antes de entrar en el bar se detiene en un quiosco a comprar cigarrillos. El pibe de Policiales lo sigue con la mirada, que de regreso queda suspendida sobre la cara de Karina Vives. Ella lo nota y le sonríe. Él se incomoda, como si hubiera sido descubierto mirando a través de la cerradura de una puerta. Para salir del paso, el pibe siente que debe decir algo: Tenés los ojos irritados.

Y apenas Karina le responde, él se arrepiente de haberlo dicho: No paro de llorar desde ayer a la noche, contesta la chica. El pibe, ahora menos que antes, no sabe qué decir. Peor en un lugar tan chico, tan íntimo a la fuerza como es el interior de un auto.

Es ella la que habla: ¿Ustedes no lloran? ¿Ustedes quiénes?, pregunta él. Ustedes, los hombres. El pibe no responde pero hace un gesto con la boca que podría traducirse como un «no» dubitativo, o «rara vez», o «alguno llorará pero no es mi caso». Sin embargo no dice nada de esto, tan sólo sostiene el gesto. ¿Y qué hacen cuando están mal, entonces?, quiere saber Karina. Nos colgamos en la computadora, chat, Facebook, Twitter, esas cosas. Hace poco hice esa misma pregunta y me respondieron: nos tiramos en la cama y hacemos zapping. Le debés haber preguntado a un hombre de otra generación, un tipo más viejo, ¿no? O sea que la tecnología que reemplaza el llanto masculino es un tema generacional, dice Karina. Sí, contesta el pibe. Pero llorar, nunca lloran, ni joven ni viejo, insiste ella. El pibe hace un gesto que no dice nada, y prende la radio en un intento de dar por terminada la conversación que le incomoda.

En el mismo momento en que el pibe logra sintonizar una música que aunque no le gusta demasiado le permite mantenerse callado y fingir

que la escucha, Jaime Brena entra en el bar. Mira tratando de adivinar si alguna de las personas que están allí sentadas puede ser Roberto Gandolfini. Dos parejas, una mujer con sus hijos, un hombre joven — casi tan joven como el pibe de Policiales—, una mujer de unos cincuenta años que llora junto a la ventana. De ésa no se va a hacer cargo, demasiada mujer que llora para un domingo a la tarde, piensa Jaime Brena. Irina no lloraba, gritaba, y recién después de tanto grito, a veces, se le saltaban las lágrimas, aunque de bronca. ¿Y por qué aparece Irina, ahora? ¿Por qué aparece cada tanto los domingos por la tarde? Jaime Brena se sienta a una mesa, junto a la puerta. Mira a su alrededor otra vez. Nada. De pronto, un hombre sale del baño hablando por teléfono y se acomoda en otra mesa, en diagonal a él. Dice algo así como Okey, ¿me quedo tranquilo, entonces?, un último esfuerzo y terminamos. Aunque Jaime Brena más que oírlo rescata algunas sílabas y lo demás lo adivina en sus labios. Tranquilo, esfuerzo, terminamos. Brena se lo queda mirando. Es un hombre bajo, de unos cincuenta y tantos años, tal vez un poco joven para ser el hermano de Gandolfini. El hombre www.lectulandia.com - Página 126

cierra su celular y juega con él sobre la mesa, girándolo a un lado y al otro. Usa anteojos, lleva puesta ropa de confección, cara, de buena calidad, pero algo antigua.

Los pantalones de cintura demasiado alta, la camisa abrochada hasta el último botón, mocasines clásicos y una campera de sarga beige. Jaime Brena lo estudia con la mirada, el hombre se ve inquieto o hasta nervioso. Ahora saca fotos de un sobre de papel madera. Las observa una a una. ¿Será él?, se pregunta. Tiene que ser él. Esa cara le resulta conocida. Pero Jaime Brena no sabe qué cara luce Gandolfini —ni el hermano muerto ni el hermano vivo—, así que si lo conoce tiene que ser de otro lado.

El hombre mira el reloj, agita las fotos en el aire como para darse viento. Jaime Brena está cada vez más seguro de que ese que está allí, en diagonal a él, es el hombre con el que se citó, pero espera un poco más, lo sigue observando, estudiando. Se da cuenta de que al hombre la misma espera lo abruma. Y así, abrumado, finalmente se para, mira a su alrededor y dice, casi grita: Soy Roberto Gandolfini, ¿alguno de ustedes me está esperando? Todos —los clientes del bar, los mozos, el cajero— lo miran como si fuera un loco y quedan alertas, detenidos en sus propias acciones, atentos a lo que el loco pueda hacer. Todos menos Jaime Brena, que también se para y dice: Sí, yo. Y avanza hacia la mesa del hombre. Permiso, ¿me puedo sentar?, pregunta. Sí, claro, siéntese, dice Gandolfini y el bar vuelve a la normalidad. Con apuro guarda las fotos en el sobre, como si todavía no estuviera seguro de si

va a mostrárselas o no a ese desconocido. ¿Qué quiere tomar?, le pregunta, y Jaime Brena responde: Una lágrima. El hombre dice: Yo también, y luego sonríe y se queda esperando que Brena diga algo más. Brena lo nota y agrega: Gracias por venir. No por favor, le contesta Gandolfini, me gusta tener la oportunidad de hablar de mi hermano con alguien, fue todo tan rápido, tan inesperado. Bueno, qué accidente no lo es, dice Brena. El hombre lo mira en silencio unos segundos y recién después de una pausa algo incómoda pregunta: Pero usted no era compañero de colegio de ellos,

¿no? No me suena su apellido —el apellido del pibe de Policiales, aunque Gandolfini no lo sepa—. No, yo no fui al colegio con ellos, nos conocimos en el viaje de egresados y quedamos en contacto por un tiempo, pero no con toda la camada sino con el grupo de Chazarreta, Collazo, su hermano. Con la famosa Chacrita, dice Gandolfini. Con la famosa Chacrita, repite Jaime Brena sin saber del todo qué está diciendo. Entonces nosotros también nos conocemos de aquella época, le advierte Gandolfini. ¿En serio? Yo era ese chico insoportable que iba con ellos a todas partes,

¿no se acuerda?, incluso al viaje de egresados. Delirios de mi madre que decía que todo lo que hacía mi hermano lo tenía que hacer yo para que fuera justo, ¿usted puede creer? Un concepto de justicia bastante peculiar. Las madres, a veces, queriendo hacer un bien hacen un daño. ¿Sabe la bronca que me tenía mi hermano?, dice Gandolfini y se ríe. Lo mandan al viaje de egresados con un hermano menor y una niñera para que me cuide. Qué tremenda mi madre, qué tremenda. El hombre se www.lectulandia.com - Página 127

queda un rato con la mirada perdida en sus manos, como si mirarlas le ayudara a recordar. Brena dice: Lamento lo de su hermano. Gandolfini hace una mueca triste, una especie de sonrisa rara, melancólica, y asiente con la cabeza. Sí, fue un accidente tremendo, llovía, a mi hermano le gustaba correr con el auto, ¿sabe? De una manera u otra, todos imaginábamos que algún día iba a morir así. El hombre saca otra vez las fotos y ahora sí se las pasa a Brena. La primera, la que inicia la pila, sospecha él, Jaime Brena, es similar a la que falta en el portarretrato de Pedro Chazarreta: seis compañeros, en un lugar montañoso, probablemente Bariloche, con una bandera del colegio sostenida entre todos: San Jerónimo Mártir. Él vio esa foto en alguna otra parte, está seguro. ¿O será un deja vú? La Chacrita, dice Jaime Brena con la foto en la mano, nunca supe por qué se hacían llamar así. El hombre mira el retrato invertido, sostenido frente a él. Tuvo suerte, se ríe Gandolfini. No entiendo, dice Brena. Nada, un chiste, aclara el hombre y vuelve a su sonrisa melancólica. Brena espera. Se hacían

llamar la Chacrita porque en la chacra de los Chazarreta hacían las ceremonias de iniciación. ¿Ceremonias de iniciación?, pregunta Jaime Brena. Bueno, esas cosas que hacen las banditas de pibes para dejar ingresar a alguien, a un nuevo miembro, rituales para pertenecer, dice Gandolfini, pruebas que había que atravesar, esas cosas, pasó tanto tiempo, ya ni me acuerdo. ¿Usted era parte del grupo?, pregunta Brena.

¿De qué grupo? De la Chacrita. Ah, no, no, a mí no me dejaban. Decían que era muy chico. Yo iba a todas partes con ellos como una carga, un impuesto que tenían que pagar para que dejaran ir a mi hermano, pero no me incluían en nada; eso sí, me usaban de cadete cuando podían. Mi hermano me llevaba casi diez años. Y no éramos hijos de la misma madre. Mi padre enviudó y se casó con mi mamá. Al tiempo me tuvieron a mí. Teníamos el mismo padre pero distinta madre. Medio hermanos.

Entiendo, dice Jaime Brena. Los dos se quedan en silencio otra vez. Se observan mutuamente sin disimulo. Brena se pregunta de dónde conoce a ese hombre, pero el que lo pregunta primero es Gandolfini. Le veo cara conocida, dice, ¿puede ser que lo conozca de alguna parte? Bueno, responde Jaime Brena y va directo al punto para evitar sospechas, algunos dicen que me parezco a un periodista del diario *El Tribuno*, me paran en la calle cada tanto porque me confunden con él. Ah, sí, es eso, usted se parece a Jaime Brena. A Jaime Brena, sí. ¿Y a usted puede ser que lo conozca de alguna parte, Gandolfini? Bueno, yo soy desarrollador de empresas, en mi estudio armamos compañías, las ponemos en funcionamiento y después las vendemos.

También hacemos estudios de factibilidad, análisis de mercados nacionales e internacionales, trazamos tendencias a futuro, esas cosas, nos consultan mucho, de grandes grupos económicos, incluso algunos políticos, por eso muchas veces estuve en programas de televisión o noticieros donde me llevan a hablar sobre algún aspecto relacionado con lo que sé, con lo que es mi materia, dice el hombre con orgullo indisimulable y remata: Soy un referente en ciertos temas en este país. Temas www.lectulandia.com - Página 128

económicos más que nada, ¿sabe? Sí, sí, ahora que me dice, lo vi en algún programa de cable. Seguramente. Otra vez los dos hombres quedan en silencio y luego Gandolfini apura la charla: ¿Por qué no me hace esas preguntas que le hizo a mi hijo?, aproveche ahora que me tiene enfrente. Bueno, nada, yo más que preguntas quería contactarme con este grupo de amigos de la juventud, saber qué fue de ellos, todo lo que pasó con la mujer de Chazarreta primero y con él después puso

algunos recuerdos de aquella época en primera plana. El hombre se lo queda mirando, una mirada que asiente pero a la vez lo penetra, y luego dice: Sí, la muerte de la mujer de Chazarreta nos volvió a conectar a todos, para cuando la mataron hacía tiempo que no nos veíamos. O por lo menos, yo hacía tiempo que no los veía. A mi hermano sí, claro, no tan seguido por las ocupaciones de cada uno, pero estábamos en contacto, sabíamos el uno del otro, éramos familia. Al resto no. Y después las otras muertes, una desgracia tras otra. El hombre detiene el relato y otra vez se queda con la vista perdida en sus manos. Jaime Brena lo observa, el tiempo pasa y parece que Gandolfini no fuera consciente de cuánto rato se mantiene así, en silencio y mirándose las manos. Por fin dice: Lo que es el destino, ¿no? Sí, asiente Brena; luego señala en la foto y dice: Sobre seis amigos, tres muertos. El hombre lo corrige: Tres no, cuatro muertos. Jaime Brena se impacta con la noticia. ¿Cómo que cuatro? El hombre toma la foto y va señalando: Mi hermano en un accidente automovilístico, Chazarreta aparentemente asesinado, Bengoechea en una tonta caída mientras esquiaba y Marcos Miranda, dice y señala al hombre más alto del grupo de amigos, que acaba de morir en Estados Unidos en uno de esos absurdos ataques en los que un tipo se vuelve loco y dispara contra cualquiera que sale de un supermercado empujando un chango con sus compras. ¿Acaba de morir un amigo más? Sí, Marcos Miranda, hace un par de horas, me topé de casualidad con la noticia en la CNN. Un argentino que vivía en New Jersey desde hacía años y que era el CEO de un banco importante. ¿No oyó nada, usted? No, contesta Brena. Ya va a oír, ya va a estar en todos los diarios, es una noticia de esas que nadie se pierde. Por suerte, sólo hubo un par de heridos pero nadie de gravedad, la gente está muy loca hoy día. Sí, dice Brena, la gente está muy loca, y no sale de su asombro. O sea que los únicos dos amigos vivos son Luis Collazo y... ¿cómo es que se llama el otro que se me fue el nombre?, finge Brena. Gandolfini lo mira un instante, se rasca la cabeza como si eso lo ayudara a recordar, lo mira y luego dice: ¿Vicente Gardeu? Eso, Vicente Gardeu, contesta Brena. Gandolfini asiente varias veces con la cabeza, como si acabara de confirmar algo. Y otra vez los dos se quedan en silencio, mirándose, midiéndose, pero esta vez Brena siente que la mirada de Gandolfini cambió, levemente, apenas, pero cambió.

Gandolfini busca la hora en su reloj. Bueno, si no tiene nada más que preguntar, dice y empieza a guardar las fotos. Brena lo detiene: Preguntar no, pero dígame, ¿hay alguna posibilidad de que usted me preste esta foto para yo saque una copia y luego www.lectulandia.com - Página 129

se la devuelva? No, mire, es uno de los pocos recuerdos de mi

hermano y sus amigos que me quedan, dice Gandolfini. Para mí sería muy importante, insiste Brena, me gustaría quedarme también con ese recuerdo. No es una buena foto, dice el hombre, es una foto sacada así nomás. Eso es lo de menos. No, disculpe, esta foto no, si quiere otra lo pienso, pero ésta no. Gandolfini cierra el sobre con las fotos como dando por terminado el asunto, luego mete la mano en un bolsillo interno de la campera, saca un tarjetero y le da su tarjeta personal. Por cualquier cosa, por si me quiere consultar algo por una vía más directa que el Facebook. Okey, muchas gracias, acepta Brena.

Un último favor, ¿me deja ver la foto una vez más? El hombre duda, pero finalmente mete la mano en el sobre y se la da. Jaime Brena la observa como si quisiera retenerla en su memoria. Está seguro de que vio esa foto en alguna parte. Está seguro. Se maldice por su memoria que fue implacable, pero que siente que desde hace un tiempo empezó a palidecer. Gandolfini estira la mano como para que le devuelva la foto. Él se la da. Gracias, dice Jaime Brena, y déjeme que pague el café, vaya tranquilo. Me parece un trato justo, dice el hombre, usted pague el café, y se va.

Jaime Brena lo mira irse a través de la ventana. ¿Dónde vio esa foto? Saca su anotador Congreso, tacha Desconocido 1 y escribe Marcos Miranda. Tacha Desconocido 2 y escribe Vicente Gardeu. A la derecha de la flecha de Marcos Miranda escribe: muerto en ee.uu. por ataque de francotirador. Guarda otra vez el anotador Congreso en el bolsillo de su campera. Piensa en Chazarreta y sus otros muertos. Piensa en Gloria Echagüe. Piensa en lo mucho que trabajó en la noticia de la muerte de esa mujer. Piensa en él, hace unos años, reconstruyendo ese crimen, entrevistando a Chazarreta, haciendo informes incluso para la televisión. La televisión. Eso, la televisión, ahí vio la foto, en el informe que pasaron no bien mataron a Chazarreta, cuando todavía no tenían nada, ese informe en el que aparecía él, y que cerraba con una serie de fotos del matrimonio Chazarreta: fotos de Gloria Echagüe, fotos de Pedro Chazarreta, fotos de los dos juntos, fotos de cuando eran jóvenes, fotos actuales. Fotos de Gloria Echagüe con unas amigas. Fotos de Chazarreta con unos amigos. Y más fotos, pero las otras ya no le importan. Le importa sólo esa en la que Chazarreta estaba con sus amigos. Apostaría doble contra sencillo que es la misma foto. Tiene que conseguir ese tape, si no fuera domingo sería fácil, pero si llama a alguien ahora lo van a patear hasta el lunes. O hasta el martes.

Se lo va a comentar al pibe de Policiales, seguro que él se las ingenia para encontrarlo en algún lugar de la red. Jaime Brena no tiene idea de dónde ni cómo, pero le tiene fe al pibe para esas cosas, mucha fe.

Por fin, deja sobre la mesa la plata que paga las dos lágrimas y sale. Mientras cruza la calle en dirección al auto del pibe de Policiales, se pregunta cuánto tiempo pasará antes de que escriba en la columna de la derecha de su anotador Congreso la causa de la muerte de Vicente Gardeu y la de Luis Collazo.

www.lectulandia.com - Página 130

CAPÍTULO 20

El portón de entrada de La Maravillosa está cerrado a la hora en que llegan Jaime Brena y compañía: las ocho de la noche. Desde la ventanilla de ingreso, el guardia le pide al pibe de Policiales que apague las luces exteriores y encienda las de adentro del auto. Pero el pibe no entiende sus indicaciones, él sólo ve un hombre que hace gestos con la mano, abriendo y cerrando los dedos extendidos como si imitara el pico de un pato, un hombre que no levanta la barrera de ingreso ni piensa acercarse a darle explicaciones, sino que está esperando que el pibe de Policiales haga aquello que él pretende. Jaime Brena sí entiende su gesto y se lo explica: Apagá las luces de afuera y prendé las de adentro. El pibe, entonces, lo hace. Pero aun cuando él, Jaime Brena, sí entiende lo que ese guardia pide, o justamente por eso, y a pesar de que es un hombre paciente, se irrita. El método tiene para Brena la marca del abuso de poder y le recuerda otras épocas. En sus años de matrimonio discutió muchas veces con Irina acerca de lo que ella consideraba una más de sus incoherencias y contradicciones: tener paciencia y, sin embargo, irritarse con tanta rapidez. Si te irritás, hacé algo; y si vas a tomártelo con paciencia, no te irrites, se quejaba su mujer. Cuando un mosquito te pica, la piel se irrita inmediatamente, eso nada tiene que ver con la paciencia o la impaciencia, respondía él, por otra parte, si ya te picó, además de rascarte, ¿qué podés hacer? Jaime Brena era paciente entonces, cuando estaba casado con Irina, y es también paciente ahora, frente a la puerta de entrada a La Maravillosa, porque sabe que no serlo ayudará muy poco, que cualquier cosa que haga no servirá en absoluto y sólo demorará el ingreso. Aunque eso no impide que, como si lo hubiera picado una banda de mosquitos, se irrite. Cuando llegan junto a él, el guardia pregunta nombre, número de documento, número de la chapa patente, el modelo del auto y el color. ¿El color?, dice el pibe de Policiales. El color, repite el guardia. Verde, dice el pibe con tono de respuesta evidente a pregunta tonta. ¿Verde qué?, insiste el guardia. ¿Cómo?, pregunta el pibe. ¿Qué verde?, dice el hombre invirtiendo el orden de las palabras que componen la pregunta como si eso ayudara a que pueda ser entendida. Verde, vuelve a decir el pibe. Otro guardia que merodea por la zona con una

escopeta apoyada sobre el hombro, se acerca y, como quien en el hipódromo pasa por lo bajo una fija para la siguiente carrera, dice: Verde Tahití. Verde Tahití, oka, agradece el guardia que registra el ingreso de las visitas mientras tipea con dos dedos en el teclado de su computadora seguramente esa palabra: Tahití. El pibe mira a sus compañeros y dice: Lo peor de todo es que esto no es joda. Ni me lo digas, responde Jaime Brena. El guardia ahora le pide al pibe el registro, el documento de identidad, el seguro del auto, el talón de pago del seguro del auto, le pide que abra el baúl y luego que abra el

www.lectulandia.com - Página 131

capot. El pibe lo hace, hace una a una cada cosa que le indica ese hombre, pero aclara: Ayer estuve acá, entré de visita en la misma casa, ya me sacaron una foto y cargaron todos estos datos en el sistema, menos el color... Sí, eso es nuevo, dice el guardia, se le habrá pasado a mi compañero. ¿Y hace falta anotar todo otra vez?, pregunta el pibe. No, no tendría que hacer falta, pero se cayó el sistema y tenemos que volcar los datos a mano. Jaime Brena se irrita un poco más. Karina Vives se ríe: Estos tipos son increíbles, no existen... ¿Vos te creés que este tipo no se da cuenta de que saber si tu auto es verde Tahití o verde musgo no sirve para una mierda?, pregunta Brena, la idea genial no es de ellos sino de los que les dan las instrucciones.

Con cada nuevo asalto a un barrio privado agregan algún requisito de control que no va a servir en absoluto para evitar el próximo suceso, pero que nadie se atreve a cuestionar. Karina dice: Yo creo que tendrían que desarmar los asientos como hace la policía antidrogas, levantar las alfombras, probar el matafuego para ver si no está cargado con alguna sustancia que sirva para hacer bombas caseras, palparnos de armas, revisar mi cartera, pasarnos por el detector de metales... Dales tiempo, interrumpe Jaime Brena, ya más resignado que irritado, mientras la barrera se levanta delante de ellos y les permite, por fin, el acceso a La Maravillosa.

En su casa, o la casa que ocupa, Nurit Iscar, que sabe que Jaime Brena y el pibe de Policiales están entrando porque ya se comunicaron de la guardia para que ella autorizara el ingreso —aunque ignora que Karina Vives viene también en ese auto—, se peina, se pone un poco de perfume, se pasa brillo en los labios, y se siente una idiota. Vuelve a la cocina con las amigas. ¿Para qué hora pediste las pizzas?, pregunta Paula Sibona. Para las nueve, tendría que haberlas pedido más temprano, ¿no? No, las nueve es buena hora para comer, dice Carmen. ¿Y si vienen con hambre?, ¿preparo una picada?, pregunta Nurit. Betibú, ¿me parece a mí o estás más nerviosa que cuando te vino a buscar Lorenzo Rinaldi?, pregunta Paula. Te parece a vos. El

sonido de las ruedas del auto sobre la grava de la entrada la salva de dar ninguna explicación más. Nurit Iscar va hacia la puerta a recibir a sus invitados. La oscuridad todavía no le permite ver que con el pibe de Policiales y Jaime Brena viene alguien más, sino hasta que Brena abre la puerta trasera y Karina Vives sale del auto que, ahora sus pasajeros saben, es verde Tahití. Espero que no te moleste, trajimos a una amiga: Karina, dice Jaime Brena y las presenta. Nurit, contesta ella, le da un beso a la chica y luego a los dos hombres. Y nunca sabrá, Nurit Iscar, Betibú, por qué no sospecha quién es esa mujer en el momento en el que besa a Karina Vives y la acompaña por la galería hasta entrar en la casa —imaginando por la edad que es invitada del pibe de Policiales y no de Jaime Brena— y en cambio recién se dará cuenta un par de horas más tarde cuando se lo dirán sus amigas —¿sabés quién es esa hija de puta?—. Por qué no sospecha aún que esa con la que camina por la galería de la casa es la mujer que destruyó su novela *Sólo si me amas*, tres años atrás, ayudándola así a iniciar el

www.lectulandia.com - Página 132

camino que la desterró al mundo de los escritores fantasma. Es cierto que nadie menciona su apellido en las presentaciones, que nadie menciona que es periodista cultural, que nadie dice ni siquiera: «ella trabaja con nosotros». ¿Pero no existe acaso la intuición femenina?, ¿el rechazo de piel?, ¿el sexto sentido? Parece que no, o que la excitación que le provoca a Nurit Iscar tanto el caso de las muertes relacionadas con Chazarreta como que Jaime Brena esté allí —ya es hora de reconocerlo— anula otras percepciones. Lo cierto es que en ese momento ella entra en la casa, conversando con esa chica, simpática, amable, y así se la presenta a sus amigas: Paula, Carmen, les presento a Karina. Y todos se besan, se sonríen, se acomodan en los sillones del living y se dicen cosas agradables como si a pesar de que varios de ellos se conocen bastante poco, cada uno, solitario como el otro, creyera, sin objeciones, en el refrán popular: los amigos de mis amigos son también mis amigos.

Lo primero que hace el pibe de Policiales es cumplir con el pedido de Jaime Brena: sube al cuarto de Nurit y busca en Youtube el video del informe de la muerte de Chazarreta que hace unos días pasaron en el canal que pertenece al mismo grupo que *El Tribuno*. No le resulta difícil, como tampoco imprimir la foto que aparece al final del informe, en medio de una sucesión de distintas tomas, y que Brena sospecha que es la misma que estaba en el portarretrato vacío. Aunque le molesta la mala definición de la imagen, es muy probable que la foto sea ésa y las caras de los hombres, aunque en menos píxeles de los que él quisiera, se ven con bastante claridad. Baja, se la muestra a Jaime Brena, y Brena confirma: Es ésta pibe, gracias.

Un rato después, ya instalados en el living, Jaime Brena saca de su bolsillo el anotador Congreso y la foto que le acaba de entregar el pibe de Policiales, busca la página con sus últimas anotaciones y le hace un gesto a Nurit Iscar para que se acerque. Ella lo hace, toma la foto impresa en papel común, papel de impresora, y observa a cada uno de esos hombres. Los mira una y otra vez, cara por cara. Una imagen de sonrisas posadas, la de todos menos la de Gandolfini, que tiene un gesto distinto, más duro, como si estuviera hablándole a quien saca la foto, más que hablando dándole instrucciones o retándolo. Nurit y Jaime Brena intercambian algunas pocas impresiones, el pibe de Policiales sigue con atención esa conversación.

Los demás también pero con cierta distancia, sin saber todavía si corresponde o no que lo hagan. Jaime Brena se da cuenta y los incluye: si les interesan las extrañas elucubraciones en las que estamos metidos, se pueden sumar. Y todos se suman. Él hace una síntesis de su encuentro con el hermano de Gandolfini, en la que no escatima elogios para el pibe de Policiales y sus habilidades en la red que le permitieron ubicarlo. Y ubicar la foto. Luego se pone los anteojos para leer en voz alta lo que más le importa: su cuadro sinóptico, cada muerto y cada causa de muerte.

Nurit deja la foto sobre la mesa y sigue ahora con los ojos los apuntes que Jaime Brena lee. El pibe de Policiales busca señal para su Blackberry, pero para eso tiene www.lectulandia.com - Página 133

que acercarse al marco de la puerta que separa el living de la cocina. No sabe para qué se preocupa tanto por tener señal, pero lo hace. Cuando Brena termina de leer su cuadro, Carmen Terrada, con el cuidado de quien sabe que va a opinar sobre un asunto que no le incumbe del todo, dice: Si no les molesta que haga un comentario, a lo mejor poco adecuado, esto me suena a muerte de Carnaval. Jaime Brena asiente.

¿Qué quiere decir «muerte de Carnaval»? , pregunta el pibe de Policiales, aunque podría haberlo preguntado cualquiera, porque nadie allí, excepto Jaime Brena y ella, sabe de qué se trata eso de lo que Carmen Terrada habla. Ella explica: Ahora la cosa está más controlada, pero hace años atrás en el Carnaval de Río de Janeiro morían muchas personas en peleas que se aceptaban como consecuencia del alcohol, la fiesta, el descontrol. Esas muertes se asumían como un costo del Carnaval, no se investigaba demasiado, muchas muertes y pocas pistas, lo que hizo que asesinos que querían cobrarse una víctima por la causa que fuera, esperaran el Carnaval para que a ese crimen se lo incluyera en el paquete de muertos del

dios Momo y que pasara así inadvertido, o casi. Bueno, algo de lo que vengo escuchándoles decir me hace pensar en eso, en las muertes de Carnaval. No lo sé explicar bien, es casi una intuición, concluye Carmen. Jaime Brena, que la escuchó con mucho interés, asiente. Él también cree que alguien está queriendo hacer pasar gato por liebre, que alguien es mucho más inteligente que todos ellos, que alguien, de alguna manera, sigue manejando los hilos de esas muertes. Y de las que faltan. A pesar de lo complejo de la situación, no cree que los accidentes sean sólo eso, accidentes. Le pide al pibe de Policiales que busque más información sobre el último muerto, Marcos Miranda, aquel que acaban de matar, hace unas horas, esa misma tarde, en un tiroteo en Estados Unidos ¿Son todas éstas muertes de Carnaval?, ¿alguna lo es?, ¿alguna no?

¿Qué puede unir un accidente de esquí, un choque mortal, un degüello y un francotirador?, dice Jaime Brena en voz alta participando al grupo de lo que lo desvela desde hace unas horas. ¿Cuál es el patrón, la constante que se repite en un caso y en otro?, insiste. El pibe dice que le resulta extraño, pero que en las agencias de noticias todavía no encuentra nada acerca del tiroteo en New Jersey. Karina Vives se olvidó por un rato de su embarazo y mira ahora la foto de los hombres de «La Chacrita» arrodillada junto a la mesa ratona. Nurit Iscar sigue con la vista clavada en el anotador Congreso de Jaime Brena. Va con el dedo, como si fuera un puntero, del muerto a las causas de su muerte. Parece haberse aislado del resto del grupo, parece que ya no escuchara lo que los demás dicen, sino lo que su cabeza rumia. Lee una y otra vez causa y muerto, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, de abajo a arriba y de arriba a abajo. Hasta que por fin, como si hubiera tenido una revelación, interrumpe la conversación que no estuvo escuchando y dice: Cada uno murió como debía morir. ¿Qué quiere decir eso?, pregunta el pibe de Policiales. Que murieron como era esperable que murieran, dice Nurit Iscar, luego se incorpora y, tal como www.lectulandia.com - Página 134

haría si estuviera dando una clase en la Universidad, camina por ese living y explica, mientras señala a cada uno de los hombres que nombra en la foto que le saca de las manos a Karina Vives en un gesto que más que prepotente es impulsivo y hasta entusiasta: El que manejaba como loco y todo el mundo creía que se iba a dar un palo, murió en un accidente de autos; el arriesgado esquiador murió esquiando; el que se fue a Estados Unidos murió de un tipo de muerte posible en los Estados Unidos: baleado por un loco. Y Chazarreta, a quien tantos consideraban el asesino de su mujer, murió como ella, murió como debía morir, como era esperable que muriera.

Cada uno de ellos tuvo la muerte que tenía que tener, concluye Nurit. Pero no fueron ni el destino, ni el karma, ni la casualidad, ni una maldición, ni siquiera un trabajo como diría Gladys Varela, aclara Jaime Brena, y Nurit, en silencio, coincide. ¿Quién es Gladys Varela?, pregunta Karina Vives, pero nadie le contesta. ¿Qué fue entonces?, pregunta Paula Sibona. Asesinatos por encargo, dice Jaime Brena sin dudarle un instante. Alguien quiso que murieran todas estas personas y se ocupó de encontrar quién lo hiciera para él. Ése es el patrón. ¿Eso existe?, pregunta Carmen,

¿de verdad uno consigue fácilmente a alguien que mate a otra persona?, yo creía que eso era un mito urbano. No sé si fácilmente, pero nada de mito urbano, un sicario, dice el pibe de Policiales. O menos que eso, o más que eso, contesta Jaime Brena y luego sigue: Un trabajo «serio» entre comillas, prolijo, hecho por profesionales, puede costar entre 3000 y 5000 dólares, pero también hoy encontrás a un tipo que te baja a otro por 300 pesos. Haberlo sabido antes, dice Paula Sibona y le guiña un ojo a Carmen Terrada, que no le festeja el chiste. Este trabajo, a quien lo haya encargado, le tiene que haber salido bien caro, sigue Brena, esto no lo hace un sicario aislado, lo hace una empresa, una serie de asesinatos como éstos demanda logística, información, expansión territorial, hasta un guión. Una verdadera empresa. Yo una vez escribí una nota sobre algo que tiene su parecido con esto, dice Karina Vives —

ah, ¿sos periodista vos también?, pregunta Paula Sibona, que hasta entonces parecía la menos atenta a la conversación. Sí, responde ella —, escribí sobre una empresa que se dedicaba a armar cursos o congresos truchos para tipos o mujeres que eran infieles a sus parejas. Los fulanos decían que se iban a un congreso a alguna parte del mundo y les armaban folletería falsa, carpetas con papeles de los cursos, credenciales, fotos trucadas, diplomas, etc., etc., todo impecable. Hay cada hijo de puta, dice Paula Sibona. Sí, coincide Karina. Esto parece algo así, ¿no?, una organización para armar una mentira que, en lugar de tapar infidelidades, tapa otra cosa. Varias muertes, dice Jaime Brena, y además de taparlas las ejecuta, mata, un trabajo verdaderamente profesional en el peor sentido. Y Brena seguiría explicando y hablando del asunto pero se da cuenta de que las tres mujeres incorporadas al grupo de trabajo quedaron enganchadas en la empresa para maridos y mujeres infieles y hablan por lo bajo de ese tema sin prestarle demasiada atención a lo que él les acaba de explicar. Esa www.lectulandia.com - Página 135

conversación va ganando entusiasmo al otro lado del living. A Jaime Brena, al pibe de Policiales y a Nurit Iscar no les pasa lo mismo. Están

preocupados. Muy preocupados. Se separan un poco de ellas para hablar con libertad sin alarmarlas.

Ahora sí, me parece que hay que hablar con la policía, dice el pibe de Policiales. Sí, coincide Jaime Brena. Nurit asiente pero su cabeza no deja de trabajar: ¿Quién puede contratar una empresa sicaria y por qué? Por lo pronto, alguien que tiene mucho dinero, contesta Brena. Y ella sigue: Está claro, alguien que tiene mucho dinero,

¿pero qué hicieron estos hombres para que alguien gaste tanta energía y plata en premeditar su muerte y ejecutarla de una manera tan sofisticada? Esas dos cosas son lo que nos queda por averiguar ahora, dice Jaime Brena, quién y por qué. Pero sin duda, tenemos que avisar a la policía.

Suena el timbre y eso los interrumpe. ¿La pizza?, dice Nurit, qué raro que no avisaron de la guardia. Vamos a ver quién puede comer ahora, yo por lo menos tengo un nudo en el estómago, dice mientras va hacia la puerta. Sin embargo, cuando la abre, advierte que del otro lado no está la pizza sino el guardia que la llevó esta mañana en su carrito hasta el quiosco. Disculpe que la moleste, señora, dice. No, no es nada, ¿qué pasa?, pregunta ella. Yo... no sé si corresponde que esté acá, pero...

¿Qué pasa?, insiste Nurit. El señor Collazo, ¿se acuerda de que estuvimos comentando que él estaba nervioso? Sí, dice Nurit e intuye lo que sigue. Jaime Brena y el pibe de Policiales, que ya se dieron cuenta de que quien habla está a punto de revelar algo importante, se acercan a la puerta. El señor Collazo se mató, me avisó hace un rato un compañero... y yo lo acabo de ver. Nurit siente como si recibiera un golpe seco en el medio del pecho. ¿Cómo murió?, pregunta Brena. Se colgó de un árbol, todavía está ahí colgado, en su casa, no lo pueden bajar, hay que esperar a que llegue el juez. Nurit se agarra del brazo de Jaime Brena, él la sostiene, pero además apoya su mano sobre la de ella y la aprieta. El pibe de Policiales se frota la cara como si quisiera despertarse de un sueño que lo tiene agobiado. No les diga a mis superiores que yo le avisé, le pide el hombre a Nurit, a ellos no les gusta que uno lleve y traiga... pero le digo, estoy tan impresionado, lo que son las cosas, ¿vio?... Le quería contar, disculpe. No, hizo bien, dice ella, hizo bien en venir a contarme y quédese tranquilo que no le voy a decir a nadie cómo me enteré. Estaba muy nervioso, insiste el guardia, se veía venir, ¿no? Nurit Iscar intenta decir algo, pero se le quiebra la voz. Jaime Brena se da cuenta y le evita tener que dar la respuesta que el guardia espera. Por eso, es él quien dice las mismas palabras que ella hubiera dicho si no se le

hubiera apretado la garganta, palabras que aunque suenan a confirmación encierran una intención distinta de la que puede juzgar ese hombre parado frente a ellos: Sí, se veía venir, Collazo también murió como debía morir.

www.lectulandia.com - Página 136

CAPÍTULO 21

Jaime Brena y Nurit Iscar están a punto de salir para la casa de Collazo en donde aún su cuerpo cuelga de un árbol. El pibe de Policiales, que en un primer momento pensaba ir con ellos, coincide con Brena en que es mejor que se quede buscando datos para ubicar al único sobreviviente: Vicente Gardeu. Por lo menos es eso lo que ellos esperan, que Gardeu aún sobreviva al resto. Nurit Iscar le sugiere que lo haga en la computadora que está en su cuarto, con una pantalla más grande y un teclado que a futuro, es de desear, no le provoque tanta artrosis como el pequeño teclado de su Blackberry. Karina Vives, Paula Sibona y Carmen Terrada se quedan en la casa esperando novedades y las pizzas. Por eso, en el momento en que Nurit y Jaime Brena caminan en la oscuridad de una noche sin luna —en La Maravillosa los socios votaron en la última asamblea negativamente un proyecto que pretendía aumentar el alumbrado eléctrico de las calles, con el fin de preservar el ambiente natural del lugar,

«para eso nos vamos a vivir a Buenos Aires», dicen que gritó uno de los socios y todos lo aplaudieron—, el pibe de Policiales está en el cuarto de Nurit tipeando:

«Vicente Gardeu», en el buscador de Google, y las amigas de Nurit Iscar charlan con Karina Vives en la cocina mientras esperan que llegue el repartidor de pizzas que ya se anunció en la guardia. Prendemos el horno para mantenerlas calientes hasta que vuelvan, ¿no?, dice Paula. No creo que vengan con muchas ganas de pizza, pero sí, frías va a ser peor, dice Carmen. Y luego le pregunta a Karina Vives: ¿Así que vos también sos periodista? Sí, contesta la chica. ¿Y dónde trabajás? En *El Tribuno*, igual que ellos. Ah, son los tres compañeros, trabajan juntos. Sí, y de hecho bastante cerca, los escritorios están bastante cerca. ¿Hace poquito que entraste en el diario?, pregunta Paula Sibona. No, dice Karina y se ríe, hace demasiado, como ocho años. ¿Pero cuántos años tenés? Treinta y cinco. Parecés mucho menos. Gracias. Así que estás hace un montón ahí. Sí. ¿Y en qué sección estás?, ¿siempre te ocupás de mujeres y hombres infieles? No, por suerte no, eso fue muy al principio, que me tenían de comodín cubriendo lo que hiciera falta, después pasé por

Espectáculos y desde hace unos años que estoy en Cultura. Carmen es la primera a quien le suena un alerta, entonces repite como para confirmar: Estás en Cultura de *El Tribuno*. Y de inmediato pregunta: ¿En cultura del diario o en el suplemento? En los dos, confirma la chica. Y

te llamás Karina. Sí, vuelve a confirmar ella, ahora un poco sorprendida por tantas preguntas pero, sobre todo, por el tono con el que Carmen se las hace. Trabaja en Cultura de *El Tribuno* y se llama Karina, le dice Carmen a Paula con una intención que su amiga capta inmediatamente. Decime, linda, ¿Karina cuánto te llamás vos?, pregunta Paula. Karina Vives, dice la chica. No te puedo creer, dice Paula. Karina www.lectulandia.com - Página 137

Vives, repite Carmen con cara de «me lo venía venir». Decime, Karina, ¿vos sabés en la casa de quién estás?, le pregunta Paula. Sí..., dice la chica sin entender todavía a dónde va la mujer con esa pregunta. ¿En la casa de quién?, insiste. ¿Qué pasa?, ¿es un chiste?, no entiendo, en la casa de Nurit Iscar, contesta. ¿Y a vos no te da un poquito de cosa estar acá? ¿Cómo de cosa? De cosa, sí, de vergüenza, de pudor, de remordimiento, digamos: ¿no te sentís un poquito una mierda?, remata Paula Sibona.

Karina se incomoda, no termina de entender si esta absurda conversación es una broma, un malentendido o qué, intenta encontrar una explicación a la repentina agresividad con la que la tratan las amigas de Nurit Iscar: Si es por... yo no tengo nada que ver ni con Jaime Brena ni con el pibe... No, no, linda, no es eso, esto no tiene que ver con hombres. Karina Vives no acierta a pensar en una crítica de hace tres años atrás que para ella significó algo muy distinto que para Nurit Iscar y sus amigas. Una crítica que por otros motivos ella intentó olvidar, hasta hoy, con éxito.

Paula Sibona se lo recuerda: Vos hiciste una reseña de un libro donde destrozaste a Nurit y te presentás acá como si nada. ¿Ahora?, ¿un libro nuevo? No, nuevo no, de hace tres años, ¿tan mala memoria tenés? Te ayudo: La reseña de *Sólo si me amas*.

Ah, sí, esa reseña, pero fue hace tres años, dice Karina, que por fin entiende de qué le hablan. ¿No tenés nada para decir?, insiste Paula. Miren, me están haciendo sentir muy mal, esa reseña fue algo que me encargaron y yo hice, habla de un libro, no de una persona, fue mi primer trabajo como editora de Cultura y además yo no conocía a Nurit Iscar en ese momento. ¿Qué?, ¿si la hubieras conocido habrías hecho una reseña distinta?, ¿así se manejan ustedes?, pregunta

Carmen. Prefiero no hablar de eso, hay cosas que pertenecen a mi trabajo y que no voy a discutir fuera de él; fue una reseña, nada más, una reseña no le cambia la vida a nadie. A Nurit Iscar, sí, afirma Paula con dureza. No habrá sido la reseña sino alguna otra cosa, ¿importa tanto lo que opina una persona de un libro como para marcar la vida del que lo escribe?, se defiende Karina Vives. Bueno, a cada una le afecta lo que le afecta, ¿o a vos no te afecta nada?, pregunta Carmen y sigue: Puede que no te afecte que alguien hable mal de tu trabajo, que no valoren el tiempo y esfuerzo que le dedicaste, pero algo en la vida te debe afectar, algo te debe hacer llorar, ¿o no llorás, vos? Karina Vives le sostiene la mirada unos segundos, los dientes apretados, la respiración intensa, los ojos calientes de bronca, y luego, sin solución de continuidad, se pone a llorar a los gritos. Bueno, pará, que tampoco es para tanto, nosotras te estamos hablando bien, estamos diciendo lo que hay que decir, pero bien, ¿no es cierto?, dice Paula y mira a Carmen. Re bien, confirma Carmen. Si lo que querés es hacernos sentir mal... ¡No lloro por eso! No lloro por ustedes, ni por Nurit Iscar, ni por esa reseña de mierda,

¡lloro porque estoy embarazada! Ahora son Paula Sibona y Carmen Terrada las que se quedan sorprendidas. ¿No es eso un asunto más importante que una bibliográfica?

Paula y Carmen se miran y luego la miran a ella. A Karina Vives le cuesta respirar, se www.lectulandia.com - Página 138

ahoga con su propio llanto. Y no sé si quiero tenerlo o no, balbucea. Sí, dice Carmen, estás en problemas. Paula Sibona llena un vaso con agua y se lo acerca. Tomá, linda, empecemos otra vez. ¿Qué es una bibliográfica?

En el momento en que Paula Sibona le entrega a Karina Vives el vaso con agua, el pibe de Policiales descubre que Vicente Gardeu fue el fundador de la orden que trajo el Colegio San Jerónimo Mártir a la Argentina, y que si ese hombre estuviera vivo en este momento tendría 109 años. ¿Alguien con su mismo nombre? Insiste en su búsqueda, pero todas las entradas remiten al mismo Vicente Gardeu. Varias de ellas hablan de causas en su contra por denuncias de pedofilia y abusos. Entra en una de ellas: más de quince seminaristas que pasaron por su orden dicen haber sido víctimas de abusos de parte de Gardeu. Otros lo defienden. Hay declaraciones de padres que llevan a sus hijos a colegios que pertenecen a la congregación y que sostienen que a ellos no los afecta lo que haya sucedido en el pasado, porque «los logros de la fundación exceden a la vida personal del fundador». Definitivamente, Jaime Brena tiene que haber entendido

mal, Vicente Gardeu no es el sexto amigo. No puede serlo. El pibe de Policiales vuelve a las noticias acerca del tiroteo en New Jersey. Ahora sí, en todos los sitios aparece más o menos la misma información en inglés que él traduce mentalmente mientras lee: Hoy, apenas unos minutos pasadas las tres de la tarde, un francotirador no identificado disparó desde un edificio vecino al estacionamiento del supermercado Walmart de New Jersey, dejando un saldo de un hombre muerto y tres heridos leves. La policía está tratando de determinar desde dónde fueron efectuados los disparos. La víctima se trataría de un gerente de una importante compañía, un argentino de sesenta años, establecido en Estados Unidos desde hace varias décadas. El pibe de Policiales imprime tres páginas de distintos diarios on line con la noticia porque sabe que Jaime Brena, cuando pueda, querrá leerla impresa en papel. Intenta que una de las tres opciones, al menos, sea en castellano, y siente que de a poco va a conociendo a Jaime Brena.

Cuando de la impresora sale la tercera página con el tiroteo de New Jersey, Nurit Iscar y Jaime Brena llegan al frente de la casa de Luis Collazo. Saben que no van a poder avanzar mucho más, que no los van a dejar acercarse al cuerpo que entre sombras cuelga lánguido de un roble. Un patrullero de la Policía Bonaerense y la camioneta del jefe de seguridad de La Maravillosa tapan cada una de las dos entradas a la casa, y personal de seguridad del barrio impide que nadie se acerque desde algunos metros antes. Una mujer llora abrazada a un hombre joven, de poco menos de treinta años. Jaime Brena se dirige a uno de los guardias y, señalándolos, le pregunta: ¿Quiénes son? La mujer de Collazo y el hijo, le responde. ¿Están mal, no?, dice Brena. ¿Y usted cómo estaría si su marido o su padre se matara colgándose de un árbol?, contesta el guardia de mal modo y se adelanta a hablar con su jefe, sin importarle dejar ahí a Jaime Brena, con una posible respuesta en la boca. Pero a www.lectulandia.com - Página 139

Brena no le preocupa el desplante, sabe que su pregunta fue tonta, pero también fue adrede, él ya obtuvo la información que quería: La policía no duda de que la muerte de Collazo fue un suicidio, que él mismo se colgó en ese árbol. Se lo cuenta a Nurit, que tiembla no por el frío sino por la impresión que le produce el asunto en el que están metidos. Y él, Jaime Brena, aunque sabe que el temblor no se debe a la temperatura, se saca su suéter y se lo pone a ella, a Nurit Iscar, en los hombros. Tomá, Betibú. Gracias, dice Nurit e intenta una sonrisa que apenas aparece. El guardia que unos minutos antes les dio la noticia de la muerte de Collazo acaba de llegar en su carro. Saluda a Nurit desde lejos, apenas, moviendo la cabeza casi imperceptiblemente, como si no quisiera que nadie se dé cuenta de que la saluda. Ella le devuelve el saludo del mismo modo. Jaime Brena

observa la situación, se acaricia el mentón, casi que lo aprieta. Necesitamos ver el cadáver de cerca, dice por fin. No nos van a dejar acercarnos, responde Nurit. A nosotros, no, dice Jaime Brena, pero a él sí, y señala al guardia. ¿Te animás a pedirle que saque una foto con tu celular?, se va a sentir más obligado a decirte que sí a vos que a mí. No creo que con tan poca luz una foto de celular nos muestre demasiado. Sí, tal vez no se va a ver lo que quiero, tenés razón, mejor decile que se fije él mismo en dos cosas: dónde está el nudo de la soga con la que supuestamente se ahorcó Collazo y el color de su cara. Para ser más preciso, necesitamos saber en qué lugar del cuello está el nudo, si adelante, en la nuca o a un costado, y si la cara de Collazo está blanca o azul. Okey, yo lo transmito tal como me decís y después vos me explicás por qué estoy pidiendo lo que le pido; ahora no podría soportar un relato acerca de las marcas en el cuello de un ahorcado.

Por supuesto, yo después te explico. Nurit Iscar va hacia el hombre con algún reparo, recién cuando él la ve y le hace un gesto de que está todo bien ella se termina de acercar. Lo saluda y le transmite las indicaciones de Jaime Brena. El guardia acepta y camina hacia el roble. Nurit Iscar vuelve junto a Brena. Por segunda vez desde que se conocen él la ve hacer el gesto de frotarse los brazos como si tuviera frío. Si querés, podés ponerte el suéter. No, está bien, en los hombros está bien. Nunca creí que estos asesinatos estarían tan cerca de nosotros, dice Brena; en periodismo policial siempre se llega después, más tarde, le pisamos los talones a la muerte. Y al asesino. Esta vez es distinto. Sí, esta vez es distinto, coincide Nurit, necesitamos encontrar al único sobreviviente aunque sea para sentir que algo pudimos modificar. ¿Llegaremos a tiempo esta última vez? Cuando volvamos a tu casa voy a llamar al comisario Venturini, anuncia Brena, no podemos cargar sobre las espaldas con un muerto más.

Ojalá Collazo se haya suicidado y estemos equivocados, pide ella. Ojalá, pero lo dudo mucho, dice él. El guardia que fue a ver cómo cuelga del roble el cuerpo de Collazo regresa y va a donde ellos lo están esperando. El nudo está a un costado, debajo de la oreja izquierda, dice, y la cara blanca como un papel. Más blanca que un papel. Gracias, responde Brena, y no hace ninguna pregunta más, no necesita hacerla.

www.lectulandia.com - Página 140

Cuando el guardia se va, Jaime Brena le indica a Nurit: Vamos, volvamos a tu casa, no tenemos mucho más que hacer acá, lo mataron. ¿Por qué estás tan seguro? ¿Ahora sí estás preparada para escuchar el efecto de los ahorcamientos? No, preparada no, pero me

muero de curiosidad y eso es más fuerte. Brena entonces explica: Hay ahorcados blancos y ahorcados azules, los blancos son los que tienen ahorcadura simétrica, es decir que tanto ambas arterias carótidas como ambas venas yugulares son comprimidas simultáneamente, dice y mientras lo hace va señalando sobre su cuello. El paso de sangre se detiene y se produce anemia cerebral y palidez en la cara.

Para que se dé esa simetría en la compresión de venas y arterias, el nudo tiene que estar debajo de la nuca o del mentón. Nurit tiene un mareo, Jaime Brena, entusiasmado con su explicación, no lo nota. Si el nudo está debajo del ángulo del maxilar o por debajo de la oreja, la compresión es asimétrica, sigue describiendo, la circulación se interrumpe en ambas yugulares pero sólo en la arteria carótida donde está el asa de la sogá, no donde está el nudo. ¿Vamos yendo?, sugiere Nurit y lo toma del brazo. Vamos, dice él, y empiezan a alejarse juntos. Pero Brena no detiene la charla: Donde está el nudo hay menor compresión por lo que la sangre pasa a la cabeza pero no puede retornar al corazón, se produce lo que se llama cianosis, y la cara se pone azul. Jaime Brena y Nurit Iscar caminan despacio, dándole la espalda al cuerpo muerto que aún cuelga del árbol. Si Collazo estuviera azul, podríamos dudar.

Pero Collazo es un ahorcado blanco con nudo debajo de la oreja, algo imposible.

Nurit se estremece una vez más. Jaime Brena ahora lo nota. La mira; sí, Nurit Iscar tiembla. Entonces él le pasa una mano por detrás de la espalda, la toma del hombro y la acerca a él. Así, con esas palabras prefiere pensarlo ella, que le pasa una mano por detrás de la espalda, la toma del hombro y la acerca a él. Así lo escribiría si estuviera trabajando en su propia novela. Porque si escribiera «Jaime Brena me abraza» o

«Jaime Brena la abraza», el personaje abrazado, o sea Betibú, ella, se estremecería aún más. Y mucho menos escribiría: «Por fin un hombre la abraza después de tres años».

Ella, Nurit Iscar, no le haría algo así a uno de sus personajes.

www.lectulandia.com - Página 141

CAPÍTULO 22

Las porciones de pizza a medio comer terminan enfriándose en los platos. Nurit Iscar, además de inapetente, permanece callada a pesar de los esfuerzos de sus amigas por hacerla sentir un poco mejor. Pero

un muerto que cuelga de un árbol no es una imagen que pasa sin dejar huella. Y menos si uno conocía al que cuelga, y habló con él, y hasta discutió. Y menos si uno se imaginaba que algo así iba a pasar. Y menos si uno cree que no se colgó por voluntad propia, sino que lo obligaron a hacerlo. O

hasta que lo mataron y después lo colgaron. Una cosa es escribir acerca de la muerte y otra es verla. Paula Sibona le alcanza una manta que, después de revolver en una casa que nadie conoce, encuentra en un placard del pasillo de la planta alta. Karina Vives sigue con los ojos irritados de llorar, pero en medio de tanta muerte nadie le presta atención. El pibe de Policiales le da a Brena la hoja que imprimió un rato antes con la noticia en castellano del asesinato del amigo de Chazarreta en New Jersey; espera que se ponga los anteojos y la lea, y en cuanto termina le traduce las páginas que imprimió en inglés, salteando la información redundante. Jaime Brena, entonces, llama al comisario Venturini pero no lo encuentra. Le deja un mensaje: Comisario Venturini, acá Brena, llámeme urgente, es por la muerte de Collazo, no sé si está enterado. Ya es casi la medianoche del domingo y todos se miran la cara sin saber qué hacer, ni por dónde seguir. Nadie se atreve a proponer una alternativa: descansar hasta el día siguiente, anotar los nuevos datos obtenidos para no olvidarse de algo importante, volver a insistir con el comisario Venturini, definir qué información va ya mismo para la sección Policiales de *El Tribuno* y qué información no. Silencio, nadie dice nada. Entonces es Paula Sibona la que, usando un mecanismo de asociación libre que tantas veces explicó en las clases de teatro cuando les enseñaba a sus alumnos a improvisar, pregunta: Che, ¿nadie tiene un porro, no? Carmen Terrada se sorprende de lo directa que es la pregunta de su amiga. Nurit Iscar mira a Paula con reprobación, Paula lo nota pero no deja que esa mirada la cohíba. Karina Vives está pensando en otra cosa y no escuchó de qué hablan; si no, ofrecería con gusto el porro que lleva en la cartera y que no enciende desde que se enteró de que está embarazada.

Jaime Brena se sonríe y dice: Ojalá tuviera. Al escucharlo, Paula la mira a Nurit más relajada, le guiña un ojo y hace un gesto, una sonrisa lateral, que entre ellas significa algo así como «viste que no estuve tan mal». El pibe de Policiales se levanta y dice: Si no me equivoco, yo tengo un fasito en la guantera del auto. Y sale.

La espera del porro detiene la escena aún más. Nurit Iscar está entregada: sabe que en apenas unos minutos todos fumarán en su casa. Y no es que eso le produzca ninguna clase de prurito. Lo que le da es envidia. Ellos lo pasarán bien, se reirán, se www.lectulandia.com

relajarán, hablarán de cosas pequeñas como si fueran inmensas, sacarán conclusiones fundamentales a preguntas banales o conclusiones banales a preguntas fundamentales, resolverán problemas que nunca antes se plantearon, se mirarán con cariño y, mientras tanto, ella, Nurit Iscar, Betibú, intentará una vez más que la marihuana le produzca algún efecto. Y una vez más, la marihuana no hará otra cosa que picarle en la garganta, darle ganas de toser y decepcionarla. Algo así como no poder reírse con un chiste que todos disfrutan, no conmoverse con un poema al que los que saben le otorgan valor «de culto», o —después de ponerle empeño— no llegar al orgasmo. El pibe de Policiales entra en la casa jugando con el porro entre sus dedos índice, pulgar y mayor. ¿Fuego?, dice. Y Brena le acerca su criquet. El pibe enciende el porro y da la primera pitada hasta que la brasa se pone roja. Luego lo pasa hacia su derecha. Paula Sibona fuma con gusto, con ganas, como si lo estuviera deseando desde hace rato. Lo está deseando desde hace rato. Carmen Terrada da una seca corta y se disculpa: Yo, apenas; si no, me duermo o me pongo tonta. Brena recibe el porro casi con tanto gusto como Paula Sibona, pero fuma de una manera distinta, con más serenidad; para él fumar es un acto cotidiano, fuma todas las noches, se relaja y después se duerme. Le da tiempo al acto de fumar: apoya los labios sobre los dedos que sostienen el porro y encima de ellos aspira, mientras entrecierra los ojos. Disfruta lo que hace. Retiene el humo, lo larga al rato, de a poco, y recién después de toda esa ceremonia, se lo pasa a Karina Vives. Yo no, dice ella, gracias. No fumás, no te gusta, dice Nurit casi con alegría como si hubiera encontrado en esa mujer, que aún cree no conocer, a alguien a la que le pasa lo mismo que a ella.

Todos se quedan callados, intuyen que eso que deduce Nurit —que no le guste— no es el motivo. Todos menos ella creen saber por qué Karina rechaza el porro, pero nadie sabe que el otro lo sabe. Entonces disimulan. Esperan que Karina misma responda. Jaime Brena continúa con el faso en la mano, sin entregarlo. Paula se acerca a él, lo toma y mientras se resuelve el asunto, da su segunda seca. Yo algo voy a fumar para no desairar la invitación pero a mí tampoco me gusta, dice Nurit y parece que se lo dijera especialmente a Karina Vives, a mí no me hace efecto. Y

cumple lo que dice: Nurit Iscar recibe el porro que le entrega Paula Sibona, da una pitada poco convencida y lo pasa. No, a mí sí me gusta, aclara Karina, pero estoy embarazada, no sé si puedo. Nurit tose. El pibe de Policiales lo mira a Brena y le dice: Está embarazada. Sí, sabía, contesta él. Pero todavía no sabe qué hacer, le cuenta

Carmen a Nurit. Suena el teléfono de Jaime Brena, es el comisario Venturini.

Jaime Brena escucha y después dice: No fue suicidio, Venturini, yo sé lo que le digo.

Por la cara que pone Brena, por su gesto, es obvio que el comisario Venturini no comparte su teoría. Ah, ¿usted está ahora en lo de Collazo?, y hace un movimiento con la cabeza como si quisiera decir que si el faso le toca a él no se lo salteen. Sí, yo estuve también, dice Brena, pero no lo vi, comisario. Sí, sigo en lo de Nurit Iscar.

www.lectulandia.com - Página 143

Jaime Brena escucha con un poco de fastidio lo que le dicen del otro lado. Nurit Iscar tose. Okey, okey, yo le entiendo, pero ahorcado blanco con nudo lateral, no cierra, comisario. Paula le saca el porro a Nurit con la excusa de tirar la ceniza antes de que caiga al piso, aunque después de hacerlo aprovecha y da otra seca, en el caso de ella, la tercera. Brena se despide del comisario y corta: Un nabo, dice. Me parece que igual un poco no te va a hacer nada, le dice Carmen a Karina Vives. Yo fumé en mis embarazos, poco, menos, pero no te hace nada, es como tomar una copita de vino, cuenta. Yo no tomé vino durante mis embarazos, dice Nurit. Es que vos sos muy controlada, amiga, por eso no te hace efecto la marihuana, dice Paula y se ríe. A Nurit no le hace mucha gracia el comentario. El orden de la ronda se altera y el porro pasa a Jaime Brena. Ya no está claro si va de derecha a izquierda o de izquierda a derecha.

De Jaime Brena cruza al pibe de Policiales. Y otra vez a Paula Sibona. Después de ella, Nurit hace otro intento. Se lo pone en los labios. Aspirá más, le dice Brena y desde su lugar la alienta imitando el gesto que debería hacer, más, insiste, tiene que encender, se tiene que poner la punta roja. Paula se ríe. Nurit le pasa el porro a Carmen y larga el humo. Aguantá, le dice Brena, no lo largues tan rápido, andá largando de a poco. Carmen fuma. No es porque lo largue rápido, explica una vez más Nurit, es que a mí el porro no me hace efecto. ¿Pero vos entrás el humo hasta acá?, dice el pibe de Policiales y se toca el pecho. Sí, dice Nurit, no soy tan pelotuda.

Paula se ríe: «Asistencia al fumador frustrado». Carmen se ríe con ella, y después se acomoda en el sillón como si quisiera dormir. Bueno, dame que voy a dar una seca, dice Karina Vives y le saca el porro a Carmen antes de que lo agarre otra vez Paula.

La chica aspira y se lo pasa al pibe de Policiales que luego de fumar limpia la punta del porro en el cenicero. La ceniza tiene algo de nube, ¿no?, dice el pibe, no sé si es el color o esa inconsistencia que tiene que si uno la toca se desarma, se desvanece. Se desvanece, repite Paula. Ahora el pibe juega con la ceniza en silencio y unos segundos después dice: Como una nube, igual que una nube cuando la atravesás con el avión. Es una nuuube, no hay duuuda, entona Carmen casi dormida. Vox Dei, dice Brena. Vox Dei, confirma Carmen y canta: Liviana como... una nu u u beeee. Mi tío Luis cantaba siempre ese tema con la guitarra, dice Karina. El pibe de Policiales jamás escuchó esa canción, aunque sabe quién fue Vox Dei, cree, no está seguro. Pero dice: Una nube, sí, como una nube. Mientras, el porro por ahí anda haciendo su camino de mano en mano. Porque la ceniza viene del fuego, dice el pibe, y la nube, de alguna manera, también. Paula le saca el porro a Karina Vives: ¿Te diste cuenta de quién es esta mina?, le pregunta a Nurit y se ríe. Nurit niega con la cabeza. Karina se pone tensa. Karina Vives es la hija de puta de *El Tribuno* que hizo la reseña de *Sólo si me amas*, le informa Paula Sibona. Liviana como... una nu u u beeee..., canta Carmen y se acomoda un poco más horizontal en el sillón. Karina Vives empieza a llorar otra vez. Nurit está entre perpleja y enojada. O perpleja y enojada, las dos cosas. No te

www.lectulandia.com - Página 144

preocupes, dice Paula, no llora porque es hija de puta, llora porque está embarazada, ya estuvo llorando antes, llora que te llora. Nurit le saca el porro y da una pitada mucho más profunda que las anteriores, mientras deja los ojos clavados en Karina Vives aunque no sabe qué decir. Entonces, como no sabe qué decir, dice una vez más: A mí esto no me hace efecto, y tose. Jaime Brena relaja su espalda, el cuello a un lado y al otro, y sonrío: ¿Estamos bien, no?, pregunta. En medio de los hipos, Karina Vives le dice a Nurit Iscar: Yo no leí tu novela. Carmen, que parecía dormida, se incorpora: ¿Qué dijiste?, y se ríe. El pibe de Policiales desarma la ceniza con el dedo índice, tocándola apenas: El Facebook y las redes sociales tienen algo de ceniza, algo de nube. Algo, dice Brena. Eso..., dice el pibe. ¿Ustedes no escucharon que esta chica acaba de decir que no leyó el libro de Nurit?, pregunta Carmen. Yo tampoco, dice el pibe de Policiales. Pero vos no hiciste una reseña donde la destrozaste, dice Paula y está a punto de largar una carcajada pero con esfuerzo se contiene. Yo no hice esa reseña, aclara Karina Vives. ¿Cómo?, pregunta Nurit y pide que le pasen el porro.

Que yo no hice esa reseña, repite Karina y se suena los mocos. No leí tu novela ni hice esa reseña. La firmé, eso sí. Yo acababa de pasar a Cultura, era mi sueño, lo que quise desde que entré en el diario, y

Cultura no tenía editor, entonces Rinaldi me dio el puesto, yo no lo podía creer, dice y llora. Y al rato vino y me dio esa reseña y me dijo que la firmara y la publicara, y yo la publiqué. ¿Rinaldi escribió esa reseña?, pregunta Nurit sin salir de su asombro. No, Rinaldi no, su mujer, me dijo que Marisa,

¿se llama Marisa la mujer de Rinaldi, no?, bueno, Marisa, estaba empezando a dar unos pasos en el oficio, pero todavía no quería publicar las cosas con su nombre hasta estar más segura porque todos iban a poner los ojos en ella por ser «la mujer de». La mujer de un flor de hijo de puta que además tiene próstata, dice Paula y se ríe.

¿Rinaldi tiene próstata?, dice el pibe de Policiales sin dejar de jugar con la ceniza. A veces hacemos reseñas que ya vienen direccionadas, es algo que cada tanto pasa, y hay que bancárselo, en general son para levantar un libro, no para hundirlo, si lo que hay que hacer es hundirlo no se lo menciona, no se habla, se hace de cuenta que no existe. ¿Y por qué pueden querer hundir un libro?, pregunta Carmen y bosteza. Por problemas políticos, o porque el libro habla mal del diario, o porque el libro habla mal de alguien muy relacionado con el diario, o porque el que lo escribió hizo hace un tiempo otra reseña donde destrozaba a un amigo. Qué desilusión, dice Carmen. O

porque el escritor o escritora es amante del director del diario, dice Paula y se ríe.

Paula..., dice Nurit en un intento vano de que se controle. No sabía que te había pegado tan mal esa reseña, se lamenta Karina. El porro no le hace efecto pero las críticas sí, dice Paula y se tapa la boca como pidiendo perdón. ¿Quién te dijo que me pegó tan mal?, pregunta Nurit. Ellas, dice Karina y señala a las amigas. En una jaauulaa de alaaambre, dice Carmen, y después agrega: perdón. Por eso no leí nunca tu novela, repite Karina, porque no quería saber si lo que había firmado estaba bien o www.lectulandia.com - Página 145

mal. ¿O sea que mi amiga Nurit Iscar se pasó tres años sin escribir por una reseña que le hizo la hija de puta de la mujer del hijo de puta de su amante?, sintetiza Paula Sibona. ¡Paula!, dice Nurit. Perdón, dice Paula y se ríe. Jaime Brena dormita en su sillón y entre sueños parece que hablara con el comisario Venturini. El pibe de Policiales intenta darle la última pitada a un porro que ya no da para más. ¿Da para una última seca?, dice y se estira para agarrarlo. Después de la tuya, la mujer mandó dos o tres reseñas, sigue Karina, y después no volvió a mandar, le pregunté a Rinaldi y me dijo que estaba trabajando para el suplemento de viajes, que ahí se sentía más

«en su salsa», me acuerdo de que usó esas palabras: «en su salsa». ¿Qué será la salsa para una mujer como ésa, no?, pregunta Paula, porque salsa por salsa no todo es lo mismo, para mí la salsa es tomate y orégano y para otros puede ser otra cosa, es decir,

¿qué será la salsa para una cornuda hija de puta? ¿Sabés que algunos le ponen ceniza a la salsa?, le dice Carmen al pibe de Policiales, que la mira con atención. Y otros le ponen hojitas de marihuana, pero eso sí que te pega mal, dice Paula y se sonríe, una vez comí buñuelos de marihuana, cuenta, pero no puede completar la anécdota porque se empieza a reír y se olvida de lo que quería contar. O sea que, para que no haya más confusiones, todo esto que me pasó fue a partir de una reseña firmada por alguien que no leyó mi libro, concluye Nurit. Te pasó porque dejaste que te pasara, dice Carmen, también nos podrías haber hecho caso a nosotras. Pero ustedes no son críticas, son amigas. Yo te prometo que te la leo, Nurit, yo quiero ser tu amigo, dice el pibe de Policiales y apaga el porro dibujando nubes con la ceniza. Perdón, dice Karina y se suena otra vez los mocos. Nurit no contesta. Increíbles las vueltas de la vida, dice Carmen. ¿Alguien tiene algo dulce?, pregunta Paula, ¿un chocolate, un alfajorcito? Nurit va a la cocina — más que por el dulce, por salir un instante de la escena— y vuelve con dos barras de chocolate y un pote con restos de helado. Le da una de las barras a Paula y muerde la otra. El pibe agarra el pote y la cuchara.

Gracias, amiga, dice Paula. El pibe de Policiales, mientras come helado del pote de telgopor, mira a Karina y le dice: El Facebook, a la larga, va a ser la ceniza de la red, acordate de lo que te digo hoy. Jaime Brena ronca. Carmen se acomoda otra vez como para dormir. Paula, mientras muerde el chocolate, le pregunta a Nurit: Ya que estamos, ¿te puedo confesar algo, Betibú? Sí, dice Nurit, ya estoy entregada. ¿Segura, segura? Segura, sí. Bueno, ahora que sabemos que la reseña que te llevó al ostracismo la escribió la mujer de Rinaldi, y que esta pobre chica que tanto hemos puteado no tiene más responsabilidad que la de dejarse cojer por el sistema, dice y se detiene. Sí, seguí, la alienta Nurit. ¿Segura? Segura. A mí, amiga, debo confesarte, me siento en la obligación de confesarte, *Sólo si me amas*, siempre, siempre, desde el primer renglón al último, me pareció una reverenda mierda. Nurit la mira sorprendida.

Carmen intenta incorporarse de su estado anterior al sueño. Paula, estás fumada, la reta, y vos fumada no tenés que confesar nada. Sí, estoy fumada, pero *Sólo si me* www.lectulandia.com - Página 146

amas es lejos la peor novela de Nurit, vos misma lo dijiste, ¿o no te

acordás? ¡Paula!, dice Carmen, yo nunca dije eso, le dice a Nurit, dije que me gustaron más las otras, que no es lo mismo. El pibe de Policiales pregunta: ¿Me parece a mí o Jaime Brena ronca? Paula Sibona insiste: Pero uno tiene derecho a hacer alguna vez algo que le salga para la mierda. O no te acordás de lo que fue mi Nora de Casa de muñecas en el San Martín, que cuando di el golpe en la puerta y me fui, uno del público gritó ¡Pero sí, andate de una buena vez, loca! Y tenía razón. Compuse una loca. ¿O no es una mierda *Sólo si me amas*, Karina?, le pregunta Paula. Yo no sé, yo no la leí, reitera la chica. Yo la voy a leer, te prometo, dice el pibe. Nurit, yo te lo aseguro, amiga, esa novela es mala, ¿sabés por qué?, porque estabas enamorada, estabas con la cabeza en otra parte, y el amor y el arte no se llevan bien. Sexo y arte sí, pero amor y arte, no.

El amor sufriente también. Pero ese amor pelotudo, el de cuchi cuchi amorcito de mi vida, ése no. Yo nunca dije cuchi cuchi amorcito de mi vida, se queja Nurit. Ahora tenés que escribir, sigue Paula sin contestar a la queja, vas a ver cómo te sale una buena novela otra vez. Carmen, desde su posición en el sillón y sin abrir los ojos, se agarra la cabeza y pregunta: ¿Alguien tiene acá un CD de Vox Dei? Nadie le contesta.

Y te tengo que confesar algo más, amiga, le dice Paula a Nurit. No, pide Carmen, no confíes más nada. ¿Qué?, dice Nurit. No, no, basta, términenla, vuelve a decir Carmen, que alguien ponga música, cualquier cosa, pero música. Si no sabés qué voy a decir, se defiende Paula. No importa, seguro que es algo que no tenés que decir, contesta Carmen. Es ahora o nunca, advierte Paula. Nunca, dice Carmen. Decilo, pide Nurit. Que lo diga, dale, dice el pibe de Policiales. Bueno, ¿viste ese pelado con chiva que escribió un artículo donde contaba que cuando se mudó la última vez descartó de la mudanza tu novela Morir de a ratos porque necesitaba espacio y sabía que nunca la iba a leer? ¿Morir de a ratos o *Sólo si me amas*? Morir de a ratos, te digo. No, no me acuerdo. Te acordás, sí, si te acordás de lo que dice cualquiera, vos. Del pelado no me acuerdo. Ese pelado que se supone que sabe de cine, dice Paula. ¿Se supone que sabe de cine pero escribe sobre literatura?, pregunta Karina, se me ocurren dos o tres, pero no son pelados. No, bueno, no me acuerdo, dice Nurit, pero qué pasa. Bueno, ése, dijo una vez que en cada mudanza aprovechaba para hacer limpieza de libros, que sólo se llevaba los que valían la pena y que en la última mudanza dejó tu libro Morir de a ratos con plástico y todo, como lo recibió de la editorial, porque sabía que en su puta vida lo iba a leer. Lo de «puta» vida es un agregado mío, aclara Paula. No me acuerdo, repite Nurit. Bueno, nosotras sí, nos acordamos entonces y nos seguimos acordando ahora, y ¿sabés lo que hicimos? ¿Hace falta

contarle?, pregunta Carmen.

Le mandamos un nuevo ejemplar firmado por vos, o por nosotras con tu nombre, claro, con la siguiente dedicatoria: Para que repongas el ejemplar que perdiste en la última mudanza, pelado. Paula se ríe.

Perdón, dice Carmen. Perdón, perdón, dice Paula. No lo puedo creer, dice Nurit y le saca el pote de helado al pibe. No lo puedo

www.lectulandia.com - Página 147

creer, vuelve a decir, ¿de cuántas cosas más me voy enterar esta noche? El pibe se tira sobre la alfombra. Cómo ronca el maestro, se queja y él también cierra los ojos.

Perdón, dice otra vez Carmen. De esta loca, no me extraña, pero de vos..., le contesta Nurit. Paula se ríe y dice: No deja de ser un piropo que a una la llamen loca; la locura enciende. Ojo con la ceniza, dice el pibe, y se ríe. ¿Te podés callar un poco?, dice Nurit, a vos no, le dice al pibe, a Paula le digo. Paula obedece. Carmen y Karina, como si la orden hubiera sido también para ellas, se mantienen calladas esperando los próximos pasos de Nurit. Betibú rasca el pote de telgopor con la cuchara hasta sacar el último resto de helado que queda. Después le pasa la lengua a la cuchara y mientras lo hace deja el pote vacío sobre la mesa. Luego emboca de un tiro la cuchara dentro. Se para, mira a los que están despiertos y dice: Yo me voy a dormir a una cama. Da dos pasos y se vuelve: ¿Y saben qué? Lo haya escrito quien lo haya escrito y me haya hecho lo que me haya hecho, o me haya hecho yo lo que me haya hecho yo... Deja un espacio como para crear suspenso y después remata: Sí, *Sólo si me amas* es un libro de mierda; por lejos, lo peor que escribí. Nunca hay que escribir con la concha.

Y se va.

www.lectulandia.com - Página 148

CAPÍTULO 23

Cuando Nurit Iscar baja a la cocina a prepararse el café que la ayudará a enfrentar un nuevo día, ya no quedan visitas en su casa. No sabe en qué momento se fueron ni en qué condiciones, pero se imagina que cada uno de los que terminaron la noche de domingo en su casa estará ahora en su propio lugar, intentando arrancar con ese día lunes, igual que ella. Mientras bate el café instantáneo con el polvo edulcorante —

sabe que el café batido sólo se puede hacer con azúcar verdadera, la que sale de la caña y no de los laboratorios, pero le quedó la manía de agitar la cuchara en el fondo de la taza mezclando los dos polvos de cuando no se preocupaba por su peso y consumía azúcar de altas calorías—, piensa en cómo la vida de cada día, lo cotidiano, hasta lo banal, se mezclan con el crimen en un menjunje que quita dramatismo al horror y perturba lo simple. ¿Se puede batir un café cuando anoche colgaba un cadáver de un árbol?, ¿se puede preparar un desayuno creyendo que ese muerto puede ser parte de algún plan o proyecto

criminal mayor?, ¿se puede soplar un café demasiado caliente mientras se sospecha que si no se llega a tiempo puede haber, todavía, una muerte más? Sí, se contesta, y de hecho eso es lo que ella hace en este momento: batir su café. Los días están llenos de batidas de café, cosas pequeñas y prescindibles en el relato pero no en la vida. Penélope Cruz también va al baño y hace caca, suele decir Paula Sibona cuando hablan de las diferencias entre mundos imaginarios y mundos reales. La ficción y el arte descartan batidas de café e inodoros. Error, diría su amiga Carmen Terrada, Duchamp no, Jacques Prévert tampoco, «il a mis le café. Dans la tasse». ¿Por qué todavía recuerda esa poesía que aprendió en el colegio cuando tenía 16 años en un idioma que apenas balbucea? Nurit Iscar se sienta a la mesa a tomar su café negro. Mira por la ventana hacia donde termina el jardín de esa casa que no es suya. Se queda pensando cuántos distintos tonos de verdes pueden combinarse en un mismo cerco; pero no los cuenta. Contarlos les quitaría magia, significaría tratar como individual algo que sólo puede apreciarse en conjunto. Le gustaría ir a ver una vez más el roble de donde colgaba Collazo, pero no está segura de si se atreverá a hacerlo. ¿Qué une la muerte de todos estos hombres, como el cerco une los distintos verdes en una sucesión de gamas sin importar cuál es cuál? ¿Hay algo detrás de esas muertes o son ellos —Jaime Brena, el pibe de Policiales y ella— una manga de paranoicos que buscan el crimen donde apenas hay una seguidilla de coincidencias? ¿Por qué siempre necesitamos encontrarle una explicación a la muerte? Aunque no exigimos las mismas respuestas cuando se trata de muerte natural y de muerte violenta, se responde Nurit, en la muerte natural uno tropieza en seguida con la imposibilidad de encontrar un último sentido, un por qué.

www.lectulandia.com - Página 149

Uno busca respuestas a preguntas demasiado lejanas: ¿Por qué la vida es finita?, ¿qué pasa después de la muerte?, ¿existe o no otra oportunidad, otra vida después de ésta, la vida eterna o lo que sea, que permita pensar la muerte un poco más allá de carne que se pudre para que coman los gusanos? Y ella, Nurit Iscar, lamenta ser tan racional, o desconfiada, o desilusionada, como para creer sólo en lo que ve: en los gusanos, cree. A veces también lamenta ser agnóstica y envidia a los que tienen fe en algo. En lo que sea. Sólo un rato. Y luego vuelve a confiar en sus propias creencias.

O mejor dicho: en lo que no cree. Otra vez deja que la vista se pierda en el cerco y se queda un rato así, mirando hacia afuera sin tomar su café, con las manos rodeando la taza; le gusta calentarse las palmas de ese modo, aunque no haga frío. Pero a pesar del café no deja de

pensar en la muerte. Ahora, en cambio, piensa en las muertes violentas y las preguntas que ellas generan: la búsqueda del sentido se desplaza y se pone en algo que uno intuye más posible de descifrar que «el más allá», algo terrenal, una muerte que no la decidió la naturaleza o el dios que sea, sino un hombre, alguien como nosotros. Y eso, que esa muerte la haya decidido alguien como nosotros, hace que nos consideremos en igualdad de condiciones y con la obligación de encontrar, entonces sí, respuestas a las preguntas que surgen a partir de ella. Aunque tampoco haya respuestas. En ocasiones, hasta preferimos aceptar una conclusión que intuimos falsa antes que tener que soportar la incertidumbre de no saber quién y por qué.

Nurit Iscar termina su café, enjuaga la taza, la seca, la guarda. Hay familias con sino trágico, piensa. Grupos con sino trágico. Empresas con sino trágico. El sino trágico es la aceptación de la muerte en personas relacionadas entre sí como parte de un destino inmodificable. ¿Serían entonces Chazarreta y sus amigos un grupo con sino trágico? Más allá de esa tragedia, ¿es casual que esos amigos, uno a uno, hayan muerto o existe ese hombre o esa mujer, un hombre o una mujer iguales a ella, que decidió sus muertes y a quien Nurit Iscar, Betibú, se siente obligada a encontrar? Ella no lo sabe, pero sabe que de eso se tratará su próximo informe, y sube a su cuarto a escribirlo.

En el momento en que Nurit está encendiendo la computadora el pibe de Policiales entra, todavía un poco dormido, a la recepción del Colegio San Jerónimo Mártir. Sobre la pared del hall hay un retrato de Vicente Gardeu, con hábito. Debajo hay una placa con su nombre y la dedicatoria: Al padre Gardeu, fundador y alma de este colegio, en el aniversario de su muerte. Increíble, se imagina la misma foto pero con la leyenda «Buscado por pedofilia». Ya desde ayer, cuando se metió en Google en la casa de Nurit Iscar, tiene claro que así no se llama el amigo de Chazarreta que falta identificar en la foto. Pero recién ahora se pregunta cómo el hermano de Gandolfini cometió semejante error, siendo que Gardeu era alguien tan presente para quienes iban al Colegio San Jerónimo. Brena asegura que ése fue el nombre que dio.

¿Le estaba tomando el pelo? El pibe lleva en el bolsillo la foto del grupo de amigos www.lectulandia.com - Página 150

que imprimió para Brena, y que él le dio a la madrugada, antes de bajarse en la puerta de su casa, después de que con esfuerzo volvieron de lo de Nurit Iscar. Se la dio con la instrucción de que hiciera copias para los tres —Nurit, Brena y él—; aunque no era estrictamente necesario, ya que él podía volver a capturarla desde YouTube y hacer

las copias que quisiera. Pero a esa hora y después de ese domingo, ni él ni Brena estaban en condiciones de definir lo estrictamente necesario y lo que no lo es. El pibe saca la foto de su bolsillo y la mira mientras espera que lo atiendan sentado en un sillón de gobelino, antiguo pero impecable. Transcurren varios minutos y no aparece nadie. Ve que hay un timbre junto a la puerta de lo que aparenta ser una oficina o un despacho. Se mete la foto otra vez en el bolsillo, se levanta y va hacia allí. Toca el timbre, aunque no sabe por quién pedirá cuando la puerta se abra. Si pudiera, quisiera hablar con el cura más antiguo del colegio, alguien que haya estado en la época en que en el San Jerónimo Mártir estudiaban Chazarreta y sus amigos. El pibe de Policiales no confía en que tendrá éxito, pero lo intentará. Cuando está por tocar el timbre por segunda vez se abre la puerta y lo atiende un secretario que no puede tener mucho más de veinte años y le pregunta qué quiere. El pibe le dice lo que inventó de camino hacia allí: que es sobrino de Luis Collazo, quien acaba de quitarse la vida, y que en su balbuceo de despedida pidió que le entregaran esa foto a uno de sus amigos, el pibe señala con el dedo al hombre que aún no ubican, el que Gandolfini dijo que se llamaba Vicente Gardeu pero que no se llama de ese modo. No llegamos a entender qué nombre dijo y al rato estaba muerto, concluyó el pibe y el secretario asintió con la cabeza como si además le diera el pésame. Claro que vos no vas a saber, sos muy joven, le dice al chico, los profesores de aquella época deben estar ya todos jubilados, pero pensé que a lo mejor queda en el colegio algún sacerdote de entonces que pueda acordarse de su nombre. El secretario lo deja hablar sin hacer ningún gesto que convalide lo que el pibe de Policiales dice, ni que lo contradiga. Y

luego, con la misma cara de nada, propone: Sacerdotes y profesores de aquella época no quedan, pero vení por acá que hay algo que te puede servir. El secretario lo hace pasar y le indica el camino. Es un pasillo de baldosa gris, impecable aunque haya perdido el brillo, que parece no terminar nunca. Cuando llegan delante de una puerta que dice: «Salón de los San Jerónimos, espacio de reuniones y lectura», el secretario se detiene y la abre. En el centro de la sala hay una mesa de cerezo y alrededor de ella una gran cantidad de sillas. Pero lo importante no es eso, sino que las paredes están cubiertas por fotografías, una a continuación de la otra, fotos de cada camada egresada del colegio año por año y debajo de cada foto una tabla de madera donde, tallados en letras doradas, aparecen los nombres de los fotografiados en el orden en que están ubicados en la respectiva imagen. Hoy es mi día de suerte, dice el pibe y lo dice en serio. El secretario lo deja a solas en ese lugar «para que busque tranquilo».

Al pibe de Policiales le da un poco de impresión sentirse rodeado de

varias décadas atrás aunque detenidos en sus 18 años, posando detrás de un pizarrón donde, con tiza blanca, fue escrito el año de egreso. Recuerda que Chazarreta estaba cerca de los sesenta años cuando lo mataron y entonces calcula que debería haber egresado unos cuarenta y dos años atrás. Nunca fue malo para la matemática, pero siempre le costó hacer cuentas en el aire, así que resta cuarenta redondos y busca los egresados de 1970, y de los cinco años para atrás y de los cinco años para adelante.

Encuentra al grupo de amigos en el 66. Al primero que reconoce es a Chazarreta, tal vez porque es la cara que tiene más fresca. Y después busca uno a uno a los otros.

Mira la foto que ahora tiene otra vez en su mano y busca en la pared. Confirma el nombre del resto del grupo con la tabla de madera tallada. Collazo, en la última fila.

Gandolfini, en un costado casi fuera de cuadro. Bengoechea, dos lugares después de él, hacia el centro. Y abajo, sosteniendo el pizarrón, Marcos Miranda, el que murió de un tiro en New Jersey. Junto a él, de un lado Chazarreta y del otro aquel hombre que aún no sabe cómo se llama. Busca en la tabla siguiendo el listado con el dedo índice por temor a equivocarse: Emilio Casabets. Lo anota en su Blackberry. Vuelve a chequear, no hay margen para el error. Cuenta los alumnos de la primera fila hasta llegar al que sostiene el pizarrón, cuenta en la tabla otra vez: Emilio Casabets. Sale y cierra la puerta que, detrás de él, hace un sonido a picaporte de buena calidad y a madera pesada. Podría ya mismo buscar en Google —«googlearlo», un verbo que seguramente Jaime Brena reprobaría—, pero prefiere salir cuanto antes de ese salón y hacerlo mientras toma un café en algún bar de la zona. Cuando llega al hall, saluda al secretario, que está entregándole formularios a un matrimonio. ¿Todo bien?, le pregunta el chico. Todo bien le dice él, ahora sólo me falta encontrarlo, se llama Emilio Casabets. Casabets, no me suena, no debe tener hijos o nietos en el colegio, pero sus datos seguro están, tenemos un registro de todos los egresados con sus datos personales y detalle de dónde están trabajando actualmente, se consulta mucho, por contactos. Ah, eso me interesa, dice el pibe. Ahora estoy ocupado, pero si me llamás más tarde te lo busco, le contesta el secretario y le da un folleto del colegio similar al que acaba de darle al matrimonio, ahí tenés los teléfonos. Gracias, dice el pibe de Policiales y sale a buscar su café. A él, con el dato del nombre de Casabets, lo primero que se le cruzó por la cabeza fue googlearlo. Si en su lugar hubiera estado Jaime Brena, con el

mismo dato habría vuelto a encarar al secretario, piensa. Le parece escuchar su voz diciendo, calle, pibe, calle. Pero él, para bien y para mal, no es Jaime Brena.

Dos segundos después de que el pibe de Policiales entra en un bar tres cuadras más allá del Colegio San Jerónimo Mártir, Jaime Brena llega al diario. Es más temprano que de costumbre, su horario habitual empieza en una hora, pero durmió poco, se desveló de madrugada y no supo qué hacer, solo, en ese departamento que, a pesar de que ya pasó tiempo suficiente desde que dejó de vivir en el que compartía

www.lectulandia.com - Página 152

con Irina, aún no termina de sentir su casa. Así que decidió vestirse y empezar el día.

Volvió a pensar en la alternativa de un perro. Ahora, sobre su escritorio, lo espera un cable con la posible nota del día: el estudio de un instituto de salud sexual francés que asegura, después de haber analizado doscientos cincuenta casos, que las mujeres multi-orgásmicas suelen tener más vello púbico que las que no lo son. Jaime Brena lo lee y se ríe a carcajadas. Lo lee una y otra vez, y no puede parar de reírse. Le caen lágrimas de tanto hacerlo. Luego, cuando logra calmar su risa, se imagina a cientos de mujeres francesas cojiendo detrás del vidrio de una cámara Gesell mientras los científicos observan y cuentan cada orgasmo que ellas tienen. O fingen. Y luego, revisándolas una a una y contando, pendejo a pendejo, cuánto vello púbico hay en el sexo de cada mujer. Tabla de doble entrada, en las equis orgasmos, en las yes cantidad de pendejos, se dice a sí mismo. Se ríen de nosotros, piensa. Y si es así, yo también me voy a reír de ellos. Tipea la información básica del cable y luego remata:

« *El Tribuno*, por su parte, quiso confrontar las conclusiones de la prueba con testimonios locales pero todas las mujeres consultadas aseguraron tener mucho vello púbico, así que no pudo constatarse qué sucede en el caso contrario». Por un momento pensó titular: «El elogio de la concha peluda», pero le pareció demasiado.

Y remata: La gran inmigración italiana y española en el país determinó que en la Argentina las mujeres sean sexualmente activas y púbicamente velludas. Está seguro de que, antes de publicarse, alguien bochará su texto. O lo cortará. O lo editará. Si es que alguien lo lee. En los apuros de la redacción, a veces las notas de los periodistas con mucha experiencia —y él lo es— se suben y a otra cosa, siempre que calcen justo en el espacio de caracteres previstos. Él se va a ocupar de

que ésta tenga los caracteres justos. Tipea el título que sabe que la nota tampoco va a tener: El elogio del vello púbico, y la manda al mail de Karina Vives para que cuando llegue la lea y le dé su opinión. Mira el reloj, casi no empezó su horario de trabajo y ya terminó la tarea del día. Se pregunta si Nurit o el pibe de Policiales tendrán novedades de algún tipo, mira en la bandeja de mails, pero ninguno de los dos le escribió. Llama al comisario Venturini. No puede evitar el: ¿Cómo vas, querido? Bien pero pobre, mi comisario. En cuanto termina la ceremonia del saludo, va directo al grano: ¿Se supo algo más de la muerte de Collazo? Suicidio, Brena, no hay mucho más que saber, le contesta. Pero hay algunos indicios... Esta vez haceme caso: no te metas, dejala correr. No entiendo, dice él. No entiendas, dice Venturini, solamente dejala correr.

Cortala, querido. No gastes tu energía en esto, yo te aseguro que no vale la pena. Te hablo más tarde que estoy con mucho trabajo, dice y se despide. Jaime Brena se queda mirando el teléfono, nunca antes el comisario Venturini fue tan poco explícito, tan poco amable, con él. Quizá también Venturini se tendría que acoger al retiro voluntario, se dice y sale a la calle a fumar su primer cigarrillo. Mejor dicho, su primer cigarrillo dentro de la jornada laboral; ya fumó en su casa y de camino al www.lectulandia.com - Página 153

diario. Se pregunta otra vez en qué andarán Nurit Iscar y el pibe de Policiales. Él no lo sabe, pero cuando termine de fumar y vuelva a sentarse en su escritorio tendrá en la bandeja de entrada de su correo un mensaje del pibe donde le pasa el nombre que estaban buscando: Emilio Casabets, y el nuevo informe de Nurit Iscar con el expreso pedido de que se lo revise y le dé su opinión.

¿Existe el sino trágico? Esa fuerza inmodificable a la que según los griegos se le oponía en vano la hybris, algo así como la soberbia o el orgullo insolente. En vano, porque el camino hacia lo fatal es tan incomprensible como ineludible.

¿Pero de qué está hablando esta mujer?, se preguntarán ustedes, los lectores de este diario.

Hablo del crimen de Chazarreta, sí. Y tal vez del de Gloria Echagüe. Pero sin duda hablo de las muertes de cuatro amigos de Chazarreta que sucedieron en los meses anteriores y posteriores a su muerte en accidentes de distinto tipo. O que al menos eso parecen: accidentes.

Las muertes sucesivas en grupos de personas relacionadas entre sí, y estas personas lo estaban, si no son evidentemente planeadas por uno

o varios asesinos, suelen aceptarse como muertes de sino trágico. Pero que en sus vidas haya hechos trágicos no impide que detrás de esos sucesos se esconda el crimen, como una tragedia más.

Los Kennedy, por ejemplo. Una familia cuyos miembros ejercieron poder económico, político y gubernamental, nada menos que en un país como los Estados Unidos. Joseph Kennedy y Rose Fitzgerald tuvieron nueve hijos. Su hijo Joseph (Jr) murió a los 29 años piloteando un avión en la Segunda Guerra Mundial. John Fitzgerald murió asesinado a los 46 años siendo presidente de los Estados Unidos.

Kathleen Agnes murió a los 28 años cuando el avión en el que viajaba se estrelló contra los Alpes franceses. Robert murió asesinado en el Hotel Ambassador de Los Ángeles a los 42 años, minutos después de ganar las elecciones primarias. También falleció trágicamente uno de los nietos del clan, el hijo de John F., John-John, al estrellarse el avión en el que viajaba cuando tenía 38 años.

Tres de los hermanos varones del clan, una de las mujeres y un nieto murieron asesinados o estrellados en aviones. ¿Se puede leer esto como una casualidad?,

¿como destino?, ¿como sino trágico? Tratamos de encontrarle explicación a la muerte y no siempre es posible. A veces no nos queda más que quedarnos en la incomodidad que provoca no entender por qué una vida llega a su fin. Hoy no sabemos aún quién mató a Gloria Echagüe. Sé que muchos de quienes lean estas líneas están convencidos de que sí lo saben, de que el asesino fue Pedro Chazarreta. Los envidio, esa seguridad los corre de la incomodidad que yo siento. Pero aunque no estemos de acuerdo en ese punto, sé que ustedes sí compartirán conmigo la ansiedad por la espera de alguna explicación que dé sentido a la muerte del mismo Chazarreta. Y yo, www.lectulandia.com - Página 154

que tuve en mis manos una foto de sus amigos, de los cuales sólo queda uno vivo, estoy más incómoda todavía. Intento responderme también si las muertes de Luis Collazo, José Miguel Bengoechea, Arturo Gandolfini y Marcos Miranda son producto del destino, del sino trágico al que los condujo la propia hybris, o si hay detrás de esas muertes otra explicación, una explicación más humana, más terrenal, relacionada con algo tan propio del ser humano y no de los dioses, como es el crimen.

Una explicación que me aterrorizaría pero que, a su vez, me sacaría de

la incomodidad de que estas muertes no tengan sentido.

Jaime Brena termina de leer y piensa: Esta mina es buena. Muy buena. ¿Eso solo piensa? Y luego escribe la respuesta a su mail: Adelante, Betibú, está muy bien. Un día de éstos te voy a invitar a comer a mi casa. Un beso. Jaime Brena.

www.lectulandia.com - Página 155

CAPÍTULO 24

A las tres de la tarde, ya en la redacción del diario y después de haber desechado la poca información irrelevante que encontró en Google, el pibe de Policiales llama al Colegio San Jerónimo Mártir y pide por el secretario. Hay pocos datos, lo último que aparece es que Casabets administra desde hace unos años un establecimiento rural en Capilla del Señor, donde también vive. ¿Dirección, teléfono, algo?, pregunta el pibe.

El establecimiento se llama «La Colmena», es lo único concreto que aparece, pero si lo googleás seguro... Sí, sí, interrumpe el pibe, gracias.

La Colmena se presenta en su página web como una de las primeras chacras de la provincia de Buenos Aires que fueron adaptadas a finalidades turísticas: asados criollos, cabalgatas, hospedaje de fin de semana, grupos de extranjeros, eventos. En la página hay un mapa para llegar. Primero tomar la ruta 6, luego el Camino de Arroyo de la Cruz, y unos pocos kilómetros más allá del casco histórico de Capilla del Señor

—asegura la página— empezarán a aparecer los carteles indicativos. Al pibe de Policiales no le cuesta convencer a Jaime Brena de que lo acompañe. Sí, poder, puedo, ya mandé mi informe y no creo que nadie me extrañe. ¿Me dejan sola?, pregunta Karina Vives cuando los ve preparándose para salir. Jaime Brena contesta con un chiste: No vayas a salir a fumar sin mí que la nuestra es una relación monogámica. Pero el pibe de Policiales no escucha el chiste de Brena porque se queda pensando en que Karina Vives lo incluyó, dijo: ¿Me dejan sola?, en plural, lo que quiere decir que le hablaba a Jaime Brena pero también a él. Y eso le gustó.

¿La invitamos a Nurit Iscar?, le pregunta Brena al pibe, cuando se están subiendo al auto, y el pibe responde que sí y la llama. Pero no la encuentra, porque mientras ellos arrancan hacia Capilla del Señor, Nurit está caminando por La Maravillosa y, una vez más, no se llevó

su celular con ella. Salió distraída, pensando en que en cuanto aparezca en *El Tribuno* el informe que acaba de escribir ya no podrá andar por esas calles con la misma tranquilidad. Sabe que nombrar públicamente —en uno de los medios de mayor circulación— a vecinos de ese lugar, y dejar en el aire la sospecha de que tal vez sus muertes esconden algo que debería, cuanto menos, investigarse, no resultará gratuito para ella. Se pregunta si el pibe de Policiales o Jaime Brena habrán encontrado algún dato más que les permita llegar al amigo de Chazarreta que falta ubicar. El único que aún vive. O al menos eso cree, que aún vive.

Le extraña que no la hayan llamado todavía. Tantea sus bolsillos buscando el celular y se da cuenta de que no lo trajo con ella. Mejor, piensa, no me va a venir mal andar un rato sin estar conectada a nada, andar incluso sin rumbo, eligiendo el camino de acuerdo con el color de los árboles, o el perfume de alguna flor, o el silencio. Se
www.lectulandia.com - Página 156

escucha a sí misma y se siente cursi. Ella siempre tuvo algo de cursi, pero antes lo disimulaba mejor. Con los años no es que se profundice lo peor de uno, sino que por fin sale a la luz. Lo que se fingía ya no se puede fingir más. Le molesta reconocerlo, pero ese lugar, La Maravillosa, le gusta. Si uno pudiera olvidarse del muro que lo rodea, de los requisitos con los que hay que cumplir para poder entrar, de la mirada de algunos vecinos, de que para comprar un antibiótico hay que hacer mínimo diez kilómetros, de que no hay transporte público ni bares en las esquinas ni teatros que funcionen cualquier día de la semana, podría decirse que La Maravillosa es un lindo lugar. En eso piensa, en todas esas cosas de las que no es tan fácil olvidarse y de por qué uno elige un camino o el otro, cuando se da cuenta de que está frente a la casa de Collazo. Le extraña que nada marque el lugar de los hechos, que nada impida el acceso como lo hacía la cinta roja alrededor de la casa de Chazarreta. Si ella quisiera podría llegar al camino de adoquines que pasa junto al árbol de donde colgaba ayer ese hombre, podría llegar al árbol mismo, a la rama exacta. Lo hace, avanza por el camino y se detiene debajo del roble, mira hacia arriba, busca los rastros de la soga que sostuvo el peso de un cuerpo sin vida, las marcas, la madera lastimada. Ahí están, la corteza descascarada, el tronco húmedo y claro, como si sudara. Se imagina a Collazo colgando justo encima de donde ella está parada en ese momento. Los pies inertes a la altura de su cabeza. Si ya no queda nadie en la casa, si no pusieron un guardia frente ella ni la rodearon con una cinta plástica, es porque dieron el caso por terminado: suicidio. Demasiado pronto. Si un día decidiera suicidarse, ella, Nurit Iscar, Betibú, jamás elegiría colgarse de un árbol. Se imagina que debe doler, colgar así, ese

instante entre la vida y la muerte. Debe doler. Además no sabría hacer el nudo. Al pensar en eso, en el nudo, se acuerda de que dejó pendiente a la mujer del transportista y su Desarma los nudos. La tendría que llamar, para que no se inquiete, decirle que en un par de semanas le entrega el trabajo. Lo va a hacer. Cuando termine con sus informes. Pronto. Mira hacia la copa del roble. No, ella no elegiría colgarse de un árbol. Tampoco elegiría tirarse debajo de un tren o pegarse un tiro. Reventar el cuerpo que la cobijó de esa manera no le parece justo. Seguramente tomaría pastillas, muchas, para pasar del sueño a esa otra cosa que todos desconocemos. ¿Habría una manera propia y singular de suicidarse reservada para cada persona? Si Collazo se hubiera suicidado, ¿se habría colgado de un árbol?

En el momento en que Nurit Iscar entra otra vez en su casa, el pibe de Policiales y Jaime Brena encuentran sobre la ruta el cartel que indica el acceso a la estancia La Colmena, y hacia allí se dirigen. Al lugar se le huele algo de escenografía, una prolijidad que no puede lograrse si no es con el esfuerzo de estar pendiente de eso.

Pasan de largo un sector que dice «Estacionamiento buses y visitas», y en cambio se detienen frente a la entrada de lo que debió ser el casco del lugar. Antes de bajarse del auto, ya aparece frente a ellos una mujer que se presenta como la encargada. Los www.lectulandia.com -
Página 157

lunes no recibimos visitas, dice. No somos estrictamente visitas, aclara Jaime Brena, estamos tratando de ubicar al señor Emilio Casabets. ¿Por qué asunto es?, pregunta la mujer. Personal, se apura a decir Brena, tenemos conocidos en común y queremos charlar con él, hablar acerca de algunos asuntos. Emilio no es de hablar, dice la mujer de manera automática, como si esa frase no fuera una respuesta a Brena sino algo que ella dice a menudo. Emilio es mi marido, salió a dar una vuelta a caballo, debe estar por volver. La mujer los hace pasar y les ofrece algo para tomar, pero ellos no aceptan. No se moleste, dice Jaime Brena y siente al dirigirse a ella que la mujer los mira con recelo, como si no terminara de confiarles, o como si él y el pibe de Policiales implicaran, de algún modo, un peligro. Intenta sacarle un tema de conversación, pero ella es parca, contesta lo necesario y después se calla sin hacer ningún esfuerzo por continuar el diálogo. Emilio no es de hablar y ella tampoco, piensa Brena. La espera se hace tensa. El pibe de Policiales pide permiso para sacar fotos del lugar. La mujer le dice: Sí, podés. Y no agrega una palabra más.

Sobre una pared de ladrillo a la vista hay una colección de estribos. Y en una vitrina distintos tipos de mates y bombillas. Las alfombras

dispersas por la sala son cueros de algún animal: vaca, oveja, cordero. Sobre un taburete colocaron en exposición una montura preparada para salir, y a un costado dos rastras de plata y un facón en su funda. Todos los lugares comunes de la argentinidad, se dice a sí mismo el pibe de Policiales. Falta que suene una zamba, piensa, y sospecha que si fuera fin de semana la zamba estaría sonando. Detrás de lo que parece un bar, sobre una pared donde es evidente que alguna vez hubo una puerta que fue tapiada, cuelga un gran escudo que tiene bordado en la parte superior la frase: Exaltación de la Cruz. Eso sí le parece algo distinto, algo que no vio antes. Un objeto que al menos él no habría incluido si alguien le hubiera dicho: Dibujá una chacra o una estancia. El pibe lo fotografía desde distintos ángulos. La mujer de Casabets lo observa, y de pronto se muestra alerta, no por el pibe y sus fotos sino por algo que llega desde afuera; ella gira apenas la cabeza, como esos perros que oyen un sonido antes que las personas.

Ahí viene, dice, y al rato se escucha el galope de un caballo. Unos minutos después se abre la puerta y entra un hombre, vestido de la cintura para abajo de campo —

bombacha y alpargatas— y de la cintura para arriba de ciudad — remera Chemise Lacoste algo descolorida por el sol—. Trae en la mano un sombrero que perdió su forma. El hombre mira a la mujer como si no hubiera nadie más en ese lugar y dice:

¿Sí...?, esperando que ella le explique quiénes son esos a los que él no saluda ni mira. Los señores conocen a gente que te conoce y quieren conversar con vos. ¿Y

quién es esa gente que me conoce?, pregunta Casabets todavía sin mirarlos. Luis Collazo, por ejemplo, dice el pibe de Policiales. Luis Collazo, repite el hombre y luego va hacia el bar y se sirve un whisky sin ofrecerles a ellos. Así que Luis Collazo habla de mí y me incluye entre sus conocidos. El hombre se sienta en un sillón junto

www.lectulandia.com - Página 158

a la ventana y se cruza de piernas, la vista clavada en el whisky que mueve dentro del vaso describiendo pequeños círculos. La mujer mira al hombre. El pibe de Policiales mira a Jaime Brena esperando que él decida qué contar y qué no. Jaime Brena entiende que no se puede seguir siendo elusivo y dice: Mire, Casabets, voy a ser honesto con usted, conocemos a Luis Collazo pero no estamos acá porque él nos haya mandado, sino porque somos periodistas y estamos investigando una serie de muertes de personas que usted conoce. ¿Le sigue importando a alguien la muerte de Gloria Echagüe y de Pedro

Chazarreta?, pregunta el hombre. Le importa a mucha gente, sí, pero no me refiero sólo a ellos. ¿Y a quién más? A Gandolfini que murió en un accidente de auto, a Bengoechea que murió esquiando, y a Marcos Miranda que lo mataron en un tiroteo en New Jersey. ¿Marcos Miranda también está muerto?, pregunta el hombre. Sí, dice Brena, y Luis Collazo también, acaba de aparecer ahorcado. Casabets lo mira sin inmutarse, inexpresivo, como si no hubiese oído. Pero oyó, porque luego mira a su mujer, hace una mueca, una sonrisa casi imperceptible y le dice: No queda nadie. Ella no contesta; sin embargo, es evidente que sabe de lo que su marido habla. No queda nadie, vuelve a decir Casabets, y se sonríe más abiertamente. Pero Brena lo corrige: Sí, queda alguien: usted. Y le hace un gesto al pibe de Policiales para que le extienda la foto del grupo de amigos de Chazarreta.

¿Qué es eso?, pregunta la mujer e intenta tomarla antes de que llegue a su marido.

Dejá, dice él, dame eso, vos no te preocupes, yo ya te lo expliqué... no hay que preocuparse. Casabets busca sus anteojos por el lugar y luego vuelve a su sillón. Mira la foto y asiente varias veces con la cabeza. Tenemos miedo de que las muertes de los hombres que están en esa foto hayan sido provocadas y que usted esté en peligro, le dice el pibe de Policiales. La mujer se inquieta. Casabets se ríe. Señala su imagen en la foto. A este que está acá no le puede pasar nada, se murió hace mucho tiempo, mucho; si no me equivoco, a los pocos días de esa foto. Emilio, dice la mujer, a lo mejor... A lo mejor nada, la interrumpe él, ¿vos tampoco entendiste que este que está acá se murió? Sí, yo entendí pero..., intenta decir ella, él la interrumpe otra vez: Todos los que están en esta foto, si murieron, fue porque se lo merecían. Excepto este chico, dice y vuelve a señalarse a sí mismo, éste no merecía morir y lo mataron igual.

Algún día alguien iba a hacer justicia. ¿Justicia por qué?, pregunta Brena. El hombre lo mira mal: ¿No escucha usted?, dice y se termina el whisky de un trago. ¿Quién hizo justicia?, pregunta el pibe. Dios habrá sido, responde el hombre. Me parece que estas muertes vienen de la mano de un hombre y no de Dios, corrige Brena, si fuera un hombre, ¿quién habría sido? Casabets se queda pensando, no quiere entrar en el juego de Jaime Brena pero le resulta inevitable. El hombre toma otra vez la foto y la mira con más detenimiento. Piensa, no parece preocupado, sólo piensa. Si fue necesaria justicia es que hubo un delito, ¿qué delito se cometió?, insiste Brena, ¿y quién hizo justicia? Si no fue Dios..., dice Casabets, que parece haber aceptado el

www.lectulandia.com - Página 159

desafío y sin dejar de mirar la foto se empieza a sonreír como si, por fin, supiera. Si no fue Dios... ¿Quién?, vuelve a preguntar Brena. El hombre sabe, se nota que sabe, Brena está seguro de que ahora que descartó a Dios, sabe. Esta foto la sacamos en una fecha muy cercana a ese día, dice el hombre. ¿Cuál día? Basta, dice la mujer, por favor, no insistan más. Dejalos, le dice Casabets, dejalos. Y luego mira al pibe de Policiales y le pregunta: ¿Cuántos hombres hay en esta foto? Seis, responde el pibe.

Error, dice Casabets. Y usted, que se lo ve con más experiencia, ¿cuántos dice que hay?, le pregunta a Brena. Lo lamento, aun con más experiencia, yo también veo seis.

Una pena, dice Casabets, se pierden lo más importante: ver lo que no se ve. Ese día, el día que no voy a volver a recordar, estábamos todos nosotros, dice, los que se ven y los que no se ven. Igual que en esta foto. Casabets la tira sobre la mesa y sigue: A veces los testigos se llevan la peor parte, incluso un dolor más intenso que el que se lleva la víctima, se culpan de no haber podido evitar la desgracia, de no haber hecho algo. El hombre se para, ¿cómo me olvidé de él? ¿De quién?, pregunta Brena.

Éramos él o yo para matarlos... y yo soy cobarde. Casabets no sigue, termina de un trago su whisky, deja su vaso en el bar y actúa como si no hubiera escuchado la pregunta de Jaime Brena. Mira el escudo de Exaltación de la Cruz, se queda un rato así, parado de espalda a ellos, mirándolo. O mira la puerta tapiada. ¿Quién lo habrá bordado?, pregunta. Y luego gira hacia ellos, se sonríe y dice: Parece mentira. ¿Qué es ese escudo?, pregunta Jaime Brena. El escudo de Exaltación de la Cruz, el partido al que pertenece Capilla del Señor, donde estamos ahora. En 1940, su intendente, un tal Botta, manda hacer un escudo que represente hechos históricos. El escudo es como un corazón, ¿no? Dos aurículas, dos ventrículos. Yo iba a estudiar medicina, iba a ser médico, pero antes... Casabets se queda un instante en ese pensamiento que no comparte y luego vuelve a su relato: El diseño es del secretario municipal José Peluso. ¿Aurícula izquierda?, pregunta Casabets y señala el primer cuartel del escudo. Una cruz, responde Jaime Brena. Sí, muy bien, una cruz, representa la fundación del pueblo por Francisco Casco. ¿Aurícula derecha?, le pregunta con tono de profesor de secundaria al pibe de Policiales. ¿Una carreta, puede ser?, dice el pibe.

Una carreta, sí, la carreta que llevaba la imagen de la Virgen María y que se detuvo en la otra punta de la ruta 6, dando nacimiento así a la leyenda de la Virgen de Luján.

Porque en el fondo, todo son leyendas, la mía, la suya, la de la Virgen María, ¿no?, dice y mira a Brena. En eso estamos de acuerdo, le contesta él. Ventrículo izquierdo: dos espigas de trigo que representan la fertilidad de la tierra, y ventrículo derecho: una pluma, porque acá fue donde instaló Rivadavia la primera escuela pública en el año 1821. ¿Qué más ven?, pregunta. Ayúdenos, le pide Jaime Brena. Un hilo de plata, dice Casabets y señala, ¿ven ese cordón gris que separa la izquierda de la derecha?, es el Arroyo de la Cruz. Emilio Casabets suspira, parece cansado. Me voy a dormir un rato, dice y se acerca a su mujer. La besa en los labios. Tranquila, le dice, tranquila, www.lectulandia.com - Página 160

ya pasó todo. Y se dirige hacia los cuartos. Acompañalos hasta la tranquera, le pide, y entonces sí Casabets se va. La mujer se levanta: Los acompaño, dice. Jaime Brena la mira un instante: ¿Nos puede explicar algo de todo esto? No hay nada que explicar, contesta ella, ya mi marido dijo todo lo que tenía para decir, vamos, los acompaño a la tranquera. Jaime Brena insiste: Mire, yo respeto su silencio y el de su marido, pero de verdad él puede estar en peligro. ¿Por qué quien mató a los amigos de su marido no va a venir ahora por él? No eran sus amigos, contesta ella con dureza, y nadie va a venir por él porque Emilio no hizo nada. ¿Y los otros qué hicieron? La mujer no contesta. Ahora es el pibe quien dice: Alguien que mata o hace matar a cinco personas no piensa como nosotros, no usa la misma lógica, es un asesino, ¿cree usted de verdad, señora Casabets, que puede saber lo que pasa por la cabeza de un asesino?,

¿cree usted que matar a alguien siempre tiene una explicación a la que podemos acceder? La mujer empieza a dudar. Jaime Brena lo nota y le hace un gesto al pibe de Policiales para que apriete en el lugar donde está apretando. Si ese asesino piensa que su marido puede delatarlo, ¿no cree que vendría por él aunque no haya hecho nada?, pregunta el pibe. La mujer lo mira un instante, y después dice: Espérenme en la tranquera, yo los sigo.

Cinco minutos después de que Jaime Brena y el pibe de Policiales llegan a la tranquera, aparece la mujer de Casabets en una Ford Ranger que tiene varios años encima y mucho barro en los neumáticos. En cuanto ve que Jaime Brena está fumando le pide un cigarrillo: A Emilio no le gusta que fume, dice y da la primera pitada. ¿Usted también cree que mi marido puede estar en peligro?, le pregunta a Brena. De verdad, señora, le juro que sí, dice él con seguridad. Ella se toma un tiempo corto, da dos o tres pitadas más, y recién entonces empieza a contar lo que sabe.

La Chacrita era un grupo de amigos que estaban dejando atrás la adolescencia, los que aparecen en la foto, ustedes los vieron. Se divertían como lo hacían los muchachos de aquella época pero, además, cada vez que podían molestaban al prójimo. Ésa era su máxima diversión: molestar a los demás. La mujer da una pitada profunda. Jaime Brena y el pibe de Policiales la esperan. Ella exhala el humo y sigue: Cuando los de la Chacrita llegaban a una fiesta o a una reunión, todo se detenía y al rato la cosa empezaba a girar a su alrededor. O porque los que estaban los admiraban o porque les tenían miedo. Eran el grupo de «los chicos malos», al que si no se podía pertenecer mejor tenerlo de amigo. Y Emilio, aunque les temía, quiso pertenecer. La mujer da dos pitadas más, luego tira lo que queda del cigarrillo al piso y lo aplasta con la punta de su zapato. Para aceptar a un nuevo integrante, dice, el aspirante tenía que someterse a pruebas de iniciación: meterse en un vagón de tren abandonado, tomar orín, caminar por la calle más desolada a oscuras, entrar a medianoche en un cementerio. A él, a Emilio, Chazarreta le pidió más. La mujer ahora se queda callada, www.lectulandia.com - Página 161

pero no lo hace en espera, se queda callada como si allí terminara el relato, o como si ella quisiera que termine en esa última frase: A Emilio, Chazarreta le pidió más.

Tiene los ojos inyectados en sangre de la bronca. Pide otro cigarrillo. Jaime Brena le extiende el paquete, espera a que ella tome uno, se lo ponga en la boca y entonces él lo enciende. La mujer sigue sin hablar. ¿Qué le pidieron?, pregunta Brena para que siga. Ella lo hace con dificultad: En realidad no hubo un pedido, no es lo que le pidieron sino lo que le hicieron, dice y se le quiebra la voz. Disculpe, pero necesito entender, ¿qué cosa le hicieron?, insiste él. Usted sabe, no me lo haga decir a mí, pide la mujer con la boca apretada de rabia, usted sabe. Brena la mira fijo a los ojos, midiendo si debe decirlo o no, tratando de entender si la mujer está pidiendo silencio o que, por fin, alguien lo diga de una vez por todas, que alguien le ponga palabras a lo que pasó para que duela menos, si es que esto es posible. Entonces Jaime Brena se decide y dice: Chazarreta lo violó. La mujer aprieta más fuerte la mandíbula, le empiezan a rodar lágrimas sobre las mejillas, lágrimas gruesas, calientes, ajenas a ella, lágrimas que todavía no son suyas. Luego lo corrige: Chazarreta solo no, todos.

Y después de decirlo, sí se larga a llorar con desconsuelo. El llanto y las palabras se le mezclan. Los cinco, parece que dijera entre sollozos, lo violaron los cinco. El llanto de la mujer, aunque inevitable, hace que los hombres se sientan incómodos; el pibe de Policiales amaga acercarse, pero Brena lo detiene con un gesto y le dice con los labios:

dejala llorar. Cuando ella logra calmarse, sigue: Hace treinta años que estamos casados, pero yo no sabía nada, nunca me dijo, nunca. Me lo contó recién una noche, poco tiempo después de que mataron a Gloria Echagüe. No pudo decirlo antes, se da cuenta. Esa gente empezó a aparecer en los noticieros, en el diario, en las revistas, y el recuerdo del horror que hasta entonces estuvo muerto, sepultado, volvió. La mujer se seca las lágrimas, respira, intenta hablar con más calma a pesar de lo que tiene para decir. Me contó todo, cómo lo penetraron, uno a uno, me lo contó con detalle, el olor del lugar, los golpes, los gritos, su cara raspándose contra la pared de ladrillo, el dolor, las risas, y después la vergüenza, y el silencio. Me hizo prometerle que nunca más volveríamos a hablar de eso. Emilio nunca se lo había contado a nadie, entiende, ni siquiera a sus padres. Nunca pudo. La mujer otra vez llora. ¿Cómo alguien puede callar tanto tiempo una cosa así?, pregunta. Él había enterrado todo, había matado al que era, había nacido distinto, como pudo, otra persona. Así lo conocí yo, otra persona. Nunca voy a saber cómo era antes, cómo era en esa foto. Con la aparición de esta gente, volvieron los recuerdos muertos, no para resucitar al Emilio que murió, sino para recordarle que estaba muerto. Él los buscó, a ellos, a todos, necesitó buscarlos, les habló, hasta con Miranda se juntó cuando vino de visita al país. Le negaron todo. Como si no hubiera pasado. Como si estuviera loco. Emilio sólo quería que le reconocieran el daño que le habían hecho, que le pidieran perdón, pero no; ni siquiera le concedieron eso, hijos de puta, ni siquiera esa mínima reparación. Fue un www.lectulandia.com - Página 162

golpe muy duro para mi marido. Entonces a él se le ocurrió comprar esta casa y este campo, se encaprichó, no estaban en venta pero les hizo a los dueños una buena oferta y los consiguió. Yo no quería, me opuse todo lo que pude, pero me di cuenta de que no iba a ser posible detenerlo. Tenía que ser esta chacra. Esta y ninguna otra.

¿Qué tiene este lugar?, pregunta el pibe de Policiales casi con temor a la respuesta que intuye. Ésta fue hace años la chacra de los Chazarreta, dice la mujer. Le tiembla el mentón, pero no quiere seguir llorando, se contiene, y en medio de ese temblor sigue: El lugar donde violaron a mi marido, el lugar donde mataron al que era hasta ese día, para siempre. Después de que los otros negaron todo, él vino hasta acá, volvió al sótano donde lo vejaron, necesitaba encontrarse con esos testigos mudos, las paredes, los ladrillos. Necesitaba confirmar que no estaba loco. Y era. Era el lugar, era el olor, era la misma humedad. Compramos la chacra y al poco tiempo nos vinimos a vivir acá. Se pasó una semana entera metido ahí adentro, sin hablar con nadie, casi sin comer. Y cuando salió, él mismo tapió esa puerta para siempre, la que está ahora escondida detrás del escudo de Exaltación

de la Cruz. La tapió. Desde ese día nunca habló otra vez del asunto, ni salió de esta chacra más que para ir al pueblo conmigo, al banco o al médico, y volver. La mujer ahora otra vez llora. El pibe de Policiales busca una botella de agua en el auto. Se la ofrece y ella bebe, luego se seca las lágrimas con torpeza. Yo no sabía nada, vivía al lado de él y no sabía nada, hasta que un maldito día mataron a Gloria Echagüe y todos ellos aparecieron otra vez.

¿Usted sabe quién cree su marido que puede ser el asesino? No, eso no sé, y no creo que me lo diga, no va a volver a hablar. Inténtelo de todos modos, le pide Brena. Le juré que nunca más iba a hablar del tema, dice ella. Éste es un caso de fuerza mayor, insiste él. No sé si voy a poder. Si puede, si él llega a darle cualquier dato que usted crea que nos podría ser útil, por favor llámeme, dice Jaime Brena y le da una tarjeta.

Y si ustedes averiguan algo que ponga en peligro la vida de mi marido, no dejen de avisarme también, pide la mujer. Quédese tranquila, eso vamos a hacer.

Recorren varios kilómetros en silencio, no porque no tengan de qué hablar, sino porque no pueden. Está oscureciendo y por el espejo retrovisor el pibe de Policiales ve el sol aún encendido a punto de ponerse. ¿Cómo puede haber elegido vivir ahí?, pregunta recién cuando salen de la Panamericana y toman el camino que lleva a La Maravillosa. No sé, dice Brena, de verdad no sé. Yo tengo una teoría, confiesa el pibe, ¿puedo decir una barbaridad aunque no sea políticamente correcta? Podés, a mí me tiene harto lo políticamente correcto. A veces pienso que las mujeres están más preparadas que nosotros para pasar por algo como esto, dice el pibe, que la violación es un hecho temido por ellas, pero del que tienen conciencia. Alguien, en algún momento de sus vidas, les advirtió que un hombre puede hacerles daño, que tienen que tener cuidado, que no vayan por lugares peligrosos, oscuros, cercanos a las vías, no sé, todas esas cosas que mi mamá le decía a mi hermana y nunca a mí. A los

www.lectulandia.com - Página 163

varones no, nosotros no hablamos de esos temas, no nos pertenecen, nadie nos advierte que también pueden vejarnos, violarnos, entonces, cuando sucede, quedamos absolutamente perdidos, desarmados, muertos como le pasó a Casabets, porque lo que sucedió no podía pasar, a nosotros no, y hasta dudamos de la propia percepción: lo que pasó no pasó, es imposible, no es real. Quizá para Casabets eso, que le hayan mentido tantos años después, que le hayan hecho dudar de lo que vivió, que los que lo violaron siguieran hoy negando que lo que

sucedió, sucedió, le produjo el efecto de una nueva violación. Primero violaron su cuerpo, y después su conciencia y su memoria. Y su dolor. La primera violación no la podía reparar, la segunda sí, yendo allí donde tuvo lugar la desgracia, reconociendo esas paredes, buscando testigos cómplices, mudos y fieles, recuperando los recuerdos que durante años quiso matar.

Para después matarlos él, otra vez como un acto de voluntad, como decisión propia, tapiarlos detrás de una puerta y colgarle un escudo encima, un escudo que parece un corazón lastimado atravesado por un hilo de plata. El pibe se calla, Brena lo mira.

¿Dije una boludez?, pregunta el pibe. No, dijiste una verdad, y lo dijiste lindo, sentido, casi literario. Algún día vas a escribir bien, vos, pibe, si lees un poco más, algún día vas a escribir.

Cuando llegan a la puerta, no les importa el tiempo que los guardias les hacen perder ni los controles por los que tienen que pasar. Hoy no. Hoy no hay margen ni para la discusión ni para el enojo. Lo que le piden, el pibe de Policiales se lo da. Y

Jaime Brena espera sin irritarse. Cuando llegan a la casa de Nurit Iscar, ella los está esperando en el camino de grava. Apenas los ve se da cuenta de que a esos hombres les pasó un camión por encima. Prepara café mientras ellos le cuentan. ¿No hay ninguna posibilidad de que el asesino sea el mismo Casabets?, pregunta Nurit. No, lo descarto totalmente, contesta Brena, creo que algo entiendo después de tantos años viendo asesinos y víctimas, y ese hombre es incapaz de matar a nadie. Además, según dijo la mujer, Casabets no se mueve de esa chacra desde hace tres años, agrega el pibe de Policiales. Parecía sincero, tanto cuando se sorprendió por la muerte de Miranda y de Collazo, como cuando no se preocupó por mostrar la más mínima tristeza por la muerte de ellos ni la de ninguno de los integrantes de ese grupo. Ahora se entiende por qué a Collazo le afectaba más que se supiera la verdad que sospechar que a él también lo iban a matar, dice Nurit. Sí, ahora se entiende, asiente Jaime Brena y le pide al pibe que saque otra vez la foto y se la muestre a ella. La clave está en esta imagen, lo vi en su cara. Casabets dice que hay una séptima persona que no vemos, y da a entender que esa persona, además de testigo de lo que le pasó, es el asesino. Nurit toma la foto y la observa con detenimiento. ¿Tenés una lupa?, pregunta Brena, a lo mejor hay un detalle que es demasiado pequeño, un pie o una mano escondido detrás de ellos. Nurit no le contesta, no sabe si en la casa hay lupa ni le importa, está atenta a lo que mira. ¿Ves algo?, pregunta Brena. Ves algo, sí, se www.lectulandia.com - Página 164

responde a sí mismo. No es lo que veo, corrige ella, ¿no pensaron que tal vez lo que buscamos no está escondido detrás de ellos sino delante? ¿Delante dónde?, dice Jaime Brena. ¿Cómo delante?, pregunta el pibe de Policiales. Una foto es un testimonio de lo real, y el testigo es el fotógrafo. Siempre hay un fotógrafo. Ése es el séptimo hombre, dice Nurit. El fotógrafo, repite Brena. Tenemos que averiguar quién sacó esta foto, dice el pibe de Policiales, podemos insistirle a la mujer de Casabets.

No hace falta preguntarle a nadie, dice Jaime Brena, yo sé quién sacó esa foto.

¿Quién?, pregunta Nurit. Roberto Gandolfini, iba con ellos a todos lados, lo usaban de che pibe, pero no pertenecía al grupo. Él sacó esa foto. ¿Estás seguro?, pregunta Nurit. Casi, contesta Brena, la madre lo obligaba a su medio hermano a que lo llevara a todas partes, incluso al viaje de egresados. Lo convirtió en una carga. ¿Sabés el cariño que le debían tener éstos a ese chico? Me imagino, dice el pibe de Policiales, él también los debe haber padecido. Estoy seguro de que estuvo también en la chacra de los Chazarreta aquella noche, dice Brena. Él es el testigo. El vengador. ¿Alcanza ese dolor, el de haber sido testigo de las barbaridades que hicieron, para matarlos a todos?, pregunta el pibe de Policiales. Qué es suficiente motivo para matar — y qué no — es una pregunta que no tiene respuesta lógica para nosotros, pibe, le contesta Brena. Que sea él explicaría además por qué todas las noticias de la muerte de Miranda en New Jersey no aparecieron sino hasta varias horas después de que él te lo contó, dice el pibe de Policiales, él lo supo antes que nadie. Lo que no entiendo es por qué dijo que el sexto amigo se llamaba Vicente Gardeu. Gandolfini sabía muy bien quién era el sexto amigo y quién era Vicente Gardeu. Estaba haciéndole una advertencia a Brena, dice Nurit, quería que si llegaba a la verdad, supiera. ¿Qué cosa?, pregunta el pibe. Con quién se estaba metiendo. Gandolfini fue a esa reunión para medirte, para ver quién es ése que anda preguntando por él y sus muertos, concluye Nurit Iscar. Ahora ella mira a Jaime Brena y le habla a él: Quería que sepas que él sabe, quería que si por fin entendías, supieras que aquella tarde, cuando lo encontraste en el bar, él ya sabía. Sabía quién sos y por qué querías verlo. Lo que hizo fue una advertencia. O tal vez lo que quiso hacer es una guapeada, dice Jaime Brena, una manera de vanagloriarse de sus actos. Más que eso, dice Nurit, yo creo que lo que quiso hacer es amenazarte. Los tres se quedan en silencio, ninguno refuta la teoría de Nurit. ¿Cómo seguimos?, pregunta al rato el pibe de Policiales. Por ahora tenemos conjeturas, dice Jaime Brena, pero puede ser que no estemos lejos de la verdad.

Gandolfini es un tipo de empresas, poderoso, tiene suficiente dinero como para pagar un sicario, o varios, él puede contratar una muerte prolija de su hermano y sus amigos, contratar a alguien que mate a cada uno de la manera que debería morir. Y si fue así, mañana vamos a confirmarlo, concluye Jaime Brena. ¿Qué pasa mañana?, pregunta el pibe de Policiales. Voy a presentarme en su oficina y le voy a contar nuestra teoría. Vos estás loco, dice Nurit, ¿acabo de decir que este tipo te amenazó y www.lectulandia.com - Página 165

vos pensás presentarte ante él así como así? Pará, Brena, coincide el pibe, es un tipo peligroso. No conmigo, a mí por qué habría de hacerme nada. Porque sabés. No creo que le importe, si total no tenemos ni una prueba. Te advirtió aquella tarde en el bar, te amenazó, insiste Nurit. Pero no me mató, hace rato que sabe que sé y no me hizo nada, contesta Brena. No me parece sensato que te presentes ante él, a decir qué, a confirmarle qué, dice el pibe de Policiales. Jaime Brena lo interrumpe: Es mi trabajo, pibe, dice con firmeza. El pibe se ve preocupado, Nurit también. Es una locura que vayas, dice ella, te está esperando. Es mi trabajo, vuelve a decir Brena. El pibe lo mira, duda, y luego se decide y dice: No, no es tu trabajo, ahora es el mío, vos no estás más en Policiales. Jaime Brena se queda sorprendido por la respuesta del pibe.

Desarmado, casi ofendido. No es que no sepa que él ya no está más en Policiales, pero en estos días junto al pibe y a Nurit Iscar había recuperado la ilusión de que, a pesar de todo, a pesar del traslado, a pesar de Rinaldi, a pesar de los tontos informes que le toca analizar y publicar, él estaba otra vez en el lugar donde quería estar. Pero no. Fue sólo una ilusión. Jaime Brena mira a Nurit Iscar que nada dice, pero es evidente que su silencio avala lo que acaba de decir el pibe, aunque sea como única alternativa para protegerlo. Niega un par de veces con la cabeza, suspira, parece que fuera a decir algo pero se interrumpe, abre su billetera, saca de allí la tarjeta que le dio unos días atrás Gandolfini, y la tira sobre la mesa. Si ahora es tu trabajo, ahí tenés la dirección, le dice al pibe, por si te atrevés. Luego guarda la billetera, se pone su saco y se despide: Que tengan suerte. ¿A dónde vas?, pregunta Nurit. A mi casa, contesta él. ¿Y cómo? Caminando hasta la puerta y ahí me pido un taxi o un remis.

No seas cabrón, dice el pibe, si yo te puedo llevar. Soy cabrón, sí, dice Brena, a veces no está tan mal ser cabrón, mantiene tu dignidad a flote. Y en tiempos en que todo lo que te rodea es mierda, mantenerse a flote es importante. Jaime Brena hace el movimiento imaginario de levantar un sombrero que no tiene sobre su cabeza, esta vez sólo dedicado a Nurit Iscar, y luego sale. El pibe se queda preocupado. Yo

sólo quise protegerlo, dice. Ya lo sé, contesta Betibú, y Jaime Brena también lo sabe. Lo sabe muy bien. Pero es terco y se cree inmortal, una combinación muy poco aconsejable. ¿Cómo seguimos?, pregunta otra vez el pibe de Policiales. No sé, dice Nurit, todavía no sé. Tal vez lo mejor sea que nos tomemos unas horas para pensar.

Descansemos un poco y mañana después del mediodía resolvamos qué hacer. Como dijo Brena, sólo tenemos conjeturas, aunque confiemos en ellas. ¿Qué te parece? Me parece bien, dice el pibe de Policiales. Vení, dice Nurit, antes de subirte a esa ruta tomate otro café, vamos a la cocina. Nurit Iscar le indica el camino. Andá enchufando la cafetera que yo bajo las cortinas y voy, dice. El pibe asiente y sale, pero ella no hace lo que anunció. Vuelve sobre sus pasos, toma la tarjeta que Jaime Brena tiró sobre la mesa con la dirección de Gandolfini, la mira, la guarda en el bolsillo de su pantalón y, ahora sí, va a la cocina a preparar café.

www.lectulandia.com - Página 166

CAPÍTULO 25

A las once de la mañana, el remis del diario pasa a buscar a Nurit Iscar por La Maravillosa. La noche anterior ella le había pedido que llegara más temprano, pero el hombre le recordó que vivía en Lanús y que desde allá «se hace pesado llegar». Nurit se quedó pensando en el adjetivo que modifica al verbo: pesado llegar; se preguntó si por ser un verbo debería decirse: llegar pesadamente; o dejarlo así pero agregar un artículo: se hace pesado «el» llegar. No se decide. Mientras ella se pierde en vanas disquisiciones acerca del uso del lenguaje — cuando está nerviosa, desde chica, se concentra en el uso de las palabras para sacarse de la cabeza lo que la perturba—, el remisero insiste con lo suyo: ¿Usted sabe lo que es la avenida Pavón a esa hora? Y

ella no sabe lo que es, pero se lo imagina. En realidad, a Nurit nada la apura, sólo la propia ansiedad y el temor de que el pibe de Policiales llame reclamando la tarjeta de Gandolfini que le dejó Jaime Brena y que él nunca se llevó. Le pidió a Anabella que viniera otra vez unas horas y dejara la casa impecable; le había dicho que sólo trabajaría el fin de semana pero se imagina que ella, Betibú, no estará mucho más tiempo en La Maravillosa y antes de irse quiere que todo quede en el estado en que lo encontró. Mejor aún que como lo encontró. Lleva su celular en la cartera por alguna emergencia, pero lo tiene apagado: prefiere que Jaime Brena o el pibe no la encuentren; si no, intentarán detenerla como hizo Nurit Iscar con ellos.

Frente a la barrera, el remisero devuelve la tarjeta que le dieron al entrar, luego un guardia le revisa el baúl —«¿me permite el baúl?»— y salen. Salir siempre es más fácil que entrar, dice el hombre. Y Nurit otra vez se queda pensando en algo tan abstracto como una frase, una oración de siete palabras, y se pregunta si ése no es un buen título de su próximo informe desde La Maravillosa, tal vez del último informe de Nurit Iscar: «Salir siempre es más fácil que entrar».

En el momento en que el auto atraviesa la barrera de La Maravillosa rumbo al encuentro con Gandolfini, el pibe de Policiales está por dejar su casa para ir al diario.

Le preocupa que su relación con Jaime Brena se haya resentido, pero tenía que pararlo como fuera. Tal vez debería haberlo hecho de otro modo, explicarle mejor las razones sin recurrir a golpes bajos, sobre todo sin mencionar su alejamiento de la sección Policiales de la que, hoy el pibe lo sabe, Jaime Brena nunca debería haberse ido. Pero ayer decir eso, decir: «No, no es tu trabajo, ahora es el mío, vos no estás más en Policiales», fue todo lo que se le ocurrió. Ahora, cuando ya es tarde, se le ocurren muchas otras frases mejores que ésa. Incluso podría haberle ofrecido ir a ver a Gandolfini juntos. Se asustó, sintió que Jaime Brena iba directo a una zona de alto riesgo. Tenía que ser contundente. Pero —y eso es lo que no se perdona— sabe que,

www.lectulandia.com - Página 167

además de contundente, fue cruel.

Cuando el remis que lleva a Nurit Iscar pasa por el peaje, el pibe se sube a un taxi y Jaime Brena sale de su casa con la decisión tomada de ir caminando hasta el diario.

Son veinte cuadras y su estado físico no es el mejor, pero hoy quiere caminar.

Necesita caminar. Pensar. En la primera esquina en que lo detiene un semáforo, tiene que compartir cordón con un paseador de perros. Y con su atado de animales: un manojo de correas y ladridos. Eso sí que no haría, tener un perro para que lo saque a pasear otro, metido en medio de una jauría inevitablemente resentida con sus dueños.

Él, Jaime Brena, quiere el perro para eso, para sacarlo a pasear con una correa. Y para llevarlo a una plaza, y para que le mueva la cola cuando llega a su casa. Es la máxima compañía que podría soportar viviendo con él, cree. Poco a poco se fue transformando en un hombre solitario, en eso piensa Jaime Brena mientras observa a un dálmata

que lo mira con la cabeza ladeada moviendo la cola en gesto amistoso. Se reconoce solitario aun desde antes de separarse de Irina. La soledad es un estado interior que puede practicarse, incluso, estando con otra gente, cree. Claro que esa otra gente, si no es un solitario como uno, se termina hartando. Como se hartó Irina. Y cree también que es eso, la soledad, lo que paradójicamente lo une con algunas personas.

La soledad que une. O que junta. Una cofradía de solitarios. Con Karina Vives, por ejemplo. Con el pibe de Policiales, aunque hoy no quiera ni verlo. Con Nurit Iscar.

Nurit Iscar, él apuesta, es una mujer solitaria aunque esté rodeada de amigas. Una solitaria hasta la médula, se le nota. Tanto como se le nota a él. Ser un solitario es algo constitutivo, una forma de ser, algo que no suele cambiar con el paso del tiempo ni con que se llene la casa de gente. Si él y Nurit Iscar algún día tuvieran algo, si armaran algún tipo de pareja, igual seguirían siendo dos solitarios. Felices, tal vez, bien acompañados, acariciados el uno por el otro, con buen sexo, pero dos solitarios.

Y no le suena mal, casi cree que ése podría ser el modelo de pareja que él necesita: compartir lo que le queda de vida junto a una mujer tan solitaria como él. Sólo un solitario es capaz de estar al lado de otro sin sentir la necesidad, la obligación y el derecho, de poseerlo ni de cambiarlo. ¿Y de dónde salió esto de pensar en Nurit Iscar de ese modo? Mejor vuelvo al perro, se dice. Y eso hace.

La oficina de Gandolfini está en una torre en Catalinas, sobre Leandro N. Alem, una de las varias que se levantan al costado del hotel Sheraton. Para no dar tanta vuelta, el remisero deja a Nurit en la mano contraria y le indica que ahí la esperará, pero que si cuando sale no lo ve es porque alguien le pidió que se corriera y entonces él se fue a dar una vuelta a la manzana. O a varias manzanas porque en la zona hay muchas calles peatonales ahora, ¿vio?, cualquier cosa me llama al celular, dice el hombre. Cualquier cosa lo llamo, dice ella. Nurit Iscar cruza la avenida y el viento casi la voltea. No había notado que el día fuera tan ventoso. Tal vez no lo era.

Siempre le llamó la atención lo fuerte que sopla el viento en esa zona de Buenos
www.lectulandia.com - Página 168

Aires, y no está segura de que la cercanía del río sea el único motivo de ese fenómeno climático. Se acuerda de una amiga de Paula Sibona, una actriz que desde hace tiempo vive en España, que cuando estaba deprimida se ponía pollera acampanada, se paraba en Leandro Alem y

Córdoba y esperaba que el viento produjera en su falda un efecto Marilyn Monroe que los transeúntes ocasionales agradecían y a ella le levantaba el ánimo. A Betibú, con su pantalón negro y su camisa blanca, el viento sólo le bate los rulos que ella cada tanto acomoda en un gesto reflejo e inútil.

El edificio de Gandolfini es todo de vidrio polarizado. Negro, si uno lo mira desde afuera. Tiene tanta seguridad como La Maravillosa. Apenas uno pasa la puerta giratoria, lo detiene alguno de los guardias que están sentados detrás de un largo escritorio y que piden nombre, documento, y el piso y oficina que el ingresante quiere visitar. Cuando es su turno, Nurit dice que no se acuerda del piso pero que va a ver al señor Gandolfini. Piso 17 le responde el guardia y pregunta: ¿Tiene cita? Sí, claro, miente ella. El hombre anota sus datos en una planilla y le entrega una tarjeta de visita; a Nurit le extraña que esa parte del control sea tan fácil de vulnerar, apenas hace falta una tonta mentira: Sí, tengo cita. Y a lo mejor también una cara, un color de piel, cierta ropa, el hecho de ser mujer. El documento hay que dejarlo en custodia hasta salir del edificio y devolver la tarjeta, le indica el hombre de seguridad. Y

aunque a Nurit no le hace gracia que alguien retenga su documento, se lo entrega.

Antes de pasar por un molinete, ella todavía debe mostrar el bolso — como las empleadas domésticas en La Maravillosa, aunque en este caso el miedo es otro—, pasar por un detector de metales, y luego apoyar la tarjeta de visita en un lector. La identidad de todos nosotros se redujo a una cantidad variable de tarjetas para distintos usos, piensa. Se siente en una película norteamericana entrando en la CIA o en la serie 24 entrando en el edificio donde trabaja Jack Bauer. Parece mucho. En especial, si uno toma conciencia de que todo esto es para proteger, entre otros —como ella, el pibe de Policiales y Jaime Brena sospechan—, a un asesino. Alguien que paga para que asesinen gente a medida. Como quien contrata un sastre. Un sastre de la muerte, piensa y se pregunta si ése podría ser un buen título para una próxima novela: «El sastre de la muerte», de Nurit Iscar. O «Muerte a medida». O «Muerte XXI». ¿Está pensando ella en una próxima novela? Se para delante del ascensor y cuando la puerta se abre sube en medio de un grupo compuesto por hombres de traje impecable, mujeres con ropa de oficina y tacos altos —de esos que ella hace años que ya no usa

—, un cadete con el casco de su moto colgando de un brazo y sobres de distintos tamaños debajo del otro, y una mujer que lleva de la mano a un niño que le pregunta:

¿Acá trabaja papi? Nurit baja en el 17 y busca alguna secretaria. La encuentra detrás de una puerta de vidrio esmerilado que dice en letras blancas, talladas y difíciles de percibir: RG Business Developers. Se presenta a la chica: Mi nombre es Nurit Iscar, soy escritora, y vengo a entrevistar al señor Roberto Gandolfini por un libro de www.lectulandia.com - Página 169

crónicas que estoy haciendo. La secretaria mira su agenda: No tengo marcada una cita con usted, ¿me repite su nombre por favor? Nurit Iscar, así como suena; qué raro, me dijeron en la editorial que estaba todo acordado. ¿Qué editorial?, conmigo no habló nadie. A lo mejor hablaron directamente con el señor Gandolfini y él se olvidó de avisarle. No creo, él siempre me avisa. Bueno, si es tan amable, consúltelo si me puede atender aunque no esté la cita agendada. Me parece que no va a ser posible, el señor Gandolfini tiene el día muy cargado. ¿Lo podría intentar? La mujer duda. ¿Lo podría intentar, por favor?, insiste ella. Nurit Iscar me dijo, ¿no?, pregunta la secretaria. Sí, contesta, y díglele que me dio sus datos el señor Luis Collazo, no se olvide de eso, de mencionar a Luis Collazo. La mujer habla por teléfono con su jefe y sobre el final de la charla repite: Sí, sí, Luis Collazo. La mujer corta, la va a atender en quince minutos, espere en los sillones de recepción que en cuanto termine una reunión la hace pasar. Okey, dice Nurit Iscar, y se le fruncen las piernas. Si algo quiere, es estar ahí en ese momento. Y si algo no quiere, es exactamente lo mismo.

Piensa en Jaime Brena y en el pibe de Policiales, en lo que le van a decir cuando se enteren de que estuvo allí. Se imagina el reto. En la mesa ratona que está delante de los sillones hay una Newsweek, la revista de un diario dominical de dos meses de antigüedad y el anuario de una cámara empresarial argentina. Ella cierra los ojos y espera.

En el momento en que Nurit Iscar cierra los ojos, Jaime Brena entra transpirado y con poco aire a la redacción de *El Tribuno*. El pibe de Policiales, que lo ve llegar, sigue atento sus movimientos tratando de decodificar si todavía está enojado con él.

Brena saluda en general y se sienta en su escritorio. Sigue enojado, piensa el pibe.

Jaime Brena se acomoda en su silla, se frota la cara, relaja un poco el cuello mientras enciende la computadora. En la pantalla lo está esperando el cable para su siguiente nota: El estudio de un centro médico de Lyon, Francia, que revela que los alérgicos a la penicilina

tienen 64% más probabilidades de divorciarse antes de los cuarenta años que quienes no lo son. ¿Puede de verdad alguien haberse tomado el trabajo de estudiar la relación entre la penicilina y el divorcio antes de los cuarenta años? Lo lee una vez, dos veces, tres veces. Y luego apaga la computadora, saca del cajón los papeles para el retiro voluntario y los empieza a completar. El pibe de Policiales se acerca a su escritorio. Jaime Brena da vuelta los formularios para que no vea lo que está haciendo. ¿Tenés un minuto?, le pregunta el pibe. Jaime Brena lo mira pero no dice nada; el pibe sí, dice: Perdón. Jaime Brena sigue sin contestar. Perdón, vuelve a decir, me dio miedo que fueras a ver a Gandolfini sin evaluar los riesgos y me pareció que era la única manera de pararte. Okey, dice Jaime Brena, ¿algo más? El «algo más» de Brena lo deja cortado, pero el pibe hace un esfuerzo y sigue: Sí, algo más,

¿te acordás de la pregunta que me hiciste la primera vez que empezaste a instruirme sobre periodismo policial? No, dice Jaime Brena, te hice muchas preguntas, no tengo www.lectulandia.com -
Página 170

idea de cuál fue la primera. La más importante, me preguntaste a quién me quería parecer, cuál era mi modelo, pero yo todavía no sabía. No me acordaba, le responde Brena. Bueno, ahora sé, dice el pibe y espera que él le pregunte quién es ése al que quiere parecerse. Pero Brena no lo hace. Entonces lo dice sin que llegue la pregunta: A vos me quiero parecer, a Jaime Brena. Brena se lo queda mirando sin otro gesto que un imperceptible temblor en el labio inferior, como un latido involuntario; si el pibe lo conociera más, sabría que si a Jaime Brena le late así el labio inferior es porque lo que dijo acaba de clavársele en un lugar del cuerpo, no sabemos cuál, pero allí donde él todavía siente. ¿Vamos a ver juntos a Gandolfini?, dice el pibe. ¿Cómo?

Que vayamos juntos, me parece una manera de bajar el riesgo, y en definitiva no podemos dejar este tema abierto por cagones, nos cuidamos entre los dos. ¿Vamos?

Jaime Brena, como si fuera un día más de trabajo, como si no hubiera existido su enojo de ayer, ni los formularios del retiro voluntario a medio completar, ni la declaración de admiración del pibe de hoy, le pregunta: ¿Dónde es?, ¿te fijaste en la tarjeta que te di? El pibe maldice: La dejé en la casa de Nurit, qué tonto. Llamala y decile que te pase los datos, sugiere Brena. El pibe lo hace: Apagado, dice. ¿Para qué tiene celular esta mujer?, se pregunta Brena, como si él no fuera tan difícil de ubicar en un teléfono móvil como ella, y luego dice:

Llamá a la casa. No tengo el número, voy a pedírselo a la secretaria de Rinaldi. Eso hace el pibe y vuelve al rato por el pasillo hablando con Anabella. La señora se fue, le dice la mujer, la vino a buscar el remis, ¿por qué no la llama al celular? Lo tiene apagado, ¿no sabés a dónde iba? Dijo que tenía que ver a alguien en la capital, creo. El pibe se acaricia la quijada varias veces y luego se queda con la mano abierta sobre la boca mientras niega con la cabeza, como si no quisiera sospechar que Nurit está donde está. Haceme un favor, Anabella, fijate si sobre la mesa del living la señora dejó una tarjeta que me olvidé ayer, la tarjeta de un tal Roberto Gandolfini. La mujer va a ver y cuando vuelve al teléfono le confirma su sospecha: sobre la mesa del living no hay nada. Gracias, dice el pibe, corta y va al escritorio de Jaime Brena. Nurit Iscar está yendo hacia la oficina de Gandolfini, si es que todavía no llegó. Qué mujer tremenda, se queja Brena,

¿hablaste con ella? No, pero por lo que me dijo la empleada, me juego que fue para ahí; está loca, dice el pibe. Igual de loca que nosotros, aclara Brena, pero más viva, ella lo logró. Y más allá de la admiración que le provoca esa mujer, confiesa su temor: Tenemos que alcanzarla, no me gusta pensar en lo que se puede llegar a meter.

Buscá en Internet a ver si aparece la dirección de la empresa de Gandolfini, le pide Brena. Ya lo hice, contesta el pibe, no hay nada, es como si fuera un fantasma. Brena se queda pensando un instante y luego dice: Averiguá con la secretaria de Rinaldi con qué remis se maneja Nurit, si es con la agencia que siempre contrata el diario estamos salvados, si no...

Pocos minutos después el pibe habla con el remisero que llevó a Nurit Iscar a la www.lectulandia.com - Página 171

oficina de Gandolfini, pero el hombre no tiene la dirección exacta. Sólo sabe dónde está él esperándola, estacionado en infracción, y que ella cruzó Leandro N. Alem un poco antes de Córdoba y se metió en alguno de los edificios típicos de esa zona, en cualquiera, cómo voy a saber si dos pisos más dos pisos menos son todos iguales, dice. Y que la tiene que esperar ahí. No, ya se lo dijo, no sabe en cuál edificio entró.

No, ella lo va a llamar cuando termine. Por favor, no te muevas de ahí, le dice el pibe, vamos para allá. Y eso hacen.

Cuando el pibe de Policiales y Jaime Brena salen del diario Nurit Iscar ya está sentada frente a Roberto Gandolfini. Lo que puede ver a través de la inmensa ventana detrás de él es de tanta belleza que a Nurit le

provoca una sensación ambivalente: por un lado, ese paisaje la atrae con su claridad y no puede impedir que sus ojos vayan hacia allí: el río, los barcos que parecen inmóviles, el reflejo del sol. Por otro lado, le resulta el marco menos adecuado para la conversación que tendrá que tener en ese mismo lugar con Gandolfini. Si ésta fuera una novela de Nurit Iscar, sacaría esa ventana. El hombre también es muy diferente de cómo ella lo había imaginado, más bajo, menos rotundo. Vestido con buena ropa, pero algo pasada de moda. Si no sospechara lo que sospecha de él, no le temería a quien está sentado delante de ella.

Le parecería inofensivo. ¿Así que usted quiere entrevistarme por un libro que está escribiendo?, dice él mientras juega con una lapicera que aprieta en el extremo superior haciendo que la punta aparezca o se esconda intermitentemente. Sí, dice ella, le agradezco que me haya atendido a pesar de la confusión con la cita. Gandolfini asiente con un gesto apretado en la boca y luego dice: ¿Cuál es el tema de su libro?

Bueno, estoy investigando sobre empresas que prestan servicios especiales o fuera de lo común. Ah, si es así, me temo que voy a desilusionarla, mis empresas no son algo tan extraordinario, dice, pero se le nota una falsa humildad. Tal vez para usted no, porque es cosa de todos los días, pero para los lectores sí. El hombre la mira, ella sabe que él la está estudiando. Me dijo mi secretaria que le recomendó que me viniera a ver Luis Collazo. Sí, un poco antes de su muerte, dice Nurit que va directo al punto para detectar alguna reacción en la cara de Gandolfini. Pero el hombre dice casi sin expresión: Una desgracia, me enteré de que se ahorcó. Apareció ahorcado, corrige ella; una desgracia, sí. ¿Y sobre cuál de las empresas que manejo es que quiere consultarme? Sobre una que se ocupa de eliminar gente a pedido, dice ella intentando mostrarse impasible. ¿Eliminar de dónde?, pregunta él. Eliminar del mundo.

Gandolfini se sonríe: ¿Y qué le hace pensar que yo tengo una compañía que se ocupa de eso? Tal vez no sea suya, tal vez sólo la haya contratado. Otra vez, señora, no sé qué le hace pensar eso. Ciertas circunstancias y coincidencias. Circunstancias y coincidencias la pueden llevar a un lugar equivocado. El hecho de que todos los integrantes del grupo «La Chacrita», incluso su hermano, hayan muerto en condiciones muy particulares es algo que llama la atención; ¿recuerda al grupo La

www.lectulandia.com - Página 172

Chacrita, no?, y cuando ella lo nombra, espera que Gandolfini se muestre inquieto, apenas, lo suficiente como para marcar una diferencia. Sin embargo, tampoco ahora esa inquietud aparece, o ella

no la nota. Claro que me acuerdo, es más, creo que todavía tengo conmigo una foto de ellos que recuperaré hace algún tiempo, dice y Nurit sabe a qué foto se refiere y sospecha que de donde la recuperó es del portarretrato de Chazarreta, como si esa foto fuera su trofeo de guerra. ¿Pero qué le llama la atención de algo tan de todos los días como matarse en una ruta?, pregunta Gandolfini. Que matarse en una ruta es la manera precisa en que todos creían que iba a morir su hermano. Debería entonces haber atendido esa percepción de los demás y haber manejado más despacio; mi hermano nunca escuchó a nadie y el mayor desafío de su vida parecía ser batir su propio récord de velocidad. Opinan que manejaba muy bien, dice Nurit. Muy bien pero demasiado rápido, aclara Gandolfini, fuera de toda norma, y poniendo en riesgo no sólo a sí mismo, sino también a los demás. ¿Así que usted cree que yo hice algo para inducirlo o para provocar que se mate en la ruta? Usted o alguien que usted contrató, sí, eso me imagino, afirma Nurit. Le corté los frenos, por ejemplo. Por ejemplo. Usted tiene una imaginación prodigiosa, dice Gandolfini y se sonríe. Y a Collazo para que se cuelgue y a Bengoechea para que se mate esquiando, agrega él. Ella completa: A Miranda lo hizo matar de un disparo disfrazado de francotirador alienado, y a Chazarreta lo mandó matar como murió su mujer: degollado. Cada una de las muertes fue como debía ser, como era esperable que fuera. Gandolfini asiente con la cabeza: Ahora que lo dice, sí, en eso tengo que darle la razón: cada uno murió como debía morir. El hombre se para, va hacia la ventana, mira el río. Sin darse vuelta dice: Lo que no significa que yo haya tenido que ver con esas muertes. Ni nadie. Puede ser nada más que una coincidencia, el destino que suscribe la probabilidad estadística del riesgo de cada uno, señora Iscar. Hasta se puede tratar de justicia divina, si uno lo quiere ver desde una mirada «religiosa», por llamarla de alguna manera. O que alguien estudió esa posibilidad y se dio cuenta de que era la mejor manera de ocultar un crimen, dice ella, que cada uno muriera como debía morir. Él se da vuelta y la mira: Y usted cree que ese alguien soy yo. Sí.

Gandolfini se sonríe otra vez, vuelve a su silla, mira a Nurit sin todavía decir nada.

No, pensándolo bien, si esta fuera una novela de Nurit Iscar, ella no sacaría esa ventana, es uno de los pocos elementos que les permite moverse a los personajes.

Gandolfini intenta desarmar las elucubraciones de Nurit Iscar por el absurdo: O sea que para usted, yo soy casi Dios; o Dios mismo. No creo en Dios. Atea, dice él.

Agnóstica, corrige ella. Gandolfini la mira, pero ahora en sus ojos hay un brillo que, Nurit Iscar cree, es más excitación que preocupación. Como cuando alguien muy competitivo en algún juego descubre que su rival es bueno, casi tan bueno como él, pero que aun así tiene muchas posibilidades de ganarle. Y que, si es así, si lo logra, le va a producir una gran satisfacción vencerlo. Más que a ninguno. Muy buena idea la www.lectulandia.com - Página 173

suya, señora Iscar, muy buena, ¿se la puedo robar?, ¿la tiene registrada? ¿Se imagina?, yo, desde esta oficina con vista al río, equipada con la mejor tecnología y confort, decorada con un gusto excelente que no es una virtud mía sino de los arquitectos que contraté, a lo mejor yo, le decía, desde acá, puedo manejar dos o tres personas en el país y sicarios en otros países, poca gente, como para que el secreto esté bien guardado, y por una cifra que dependerá de la dificultad de cada caso, hago matar a quien sea exactamente en la forma en que todos esperan que ese alguien va a morir. Algo así, dice Nurit. No deja de ser una buena idea, sí, debo reconocerlo. Y

además de sicarios debería manejar gente experta en obtener datos de las víctimas,

¿no?, continúa con entusiasmo Gandolfini. Espías a la vieja usanza y espías de red.

Gente que pueda averiguar hasta la marca de la ropa interior que lleva una posible víctima. Gandolfini se sonríe, va hacia un costado de la oficina y se sirve un café.

¿Café?, pregunta. No, gracias, dice ella. Pero supongamos que usted tiene razón, que esas muertes no fueron accidentes, supongamos que sí hay una cabeza detrás de ellas, vuelvo a insistir: ¿por qué yo?, ¿por qué querría yo matarlos más allá de lo simpáticos o antipáticos que me parecieran mi hermano y sus amigos? Nurit Iscar responde sin eufemismos, va directo al punto, lo quiere ver reaccionar: Porque usted presencié la violación de Emilio Casabets. Ahora sí, por primera vez, la cara de Gandolfini sufre una pequeña transformación, ella lo nota, como si la tensión se le hubiera instalado en las mejillas, en el arco de las cejas, en el rictus. No hace una mueca, no se ríe, pero su cara se endurece. Tal vez hasta no haya sido la única violación que lo obligaron a presenciar. Y llegó un punto en el que usted no pudo más con la culpa de haber sido testigo sin haber hecho nada por evitarlo, remata Nurit. Gandolfini la mira con la misma dureza por un rato y luego dice entre dientes, casi para él: Tenía apenas ocho años. Yo no lo juzgo por nada de lo que haya pasado entonces, dice Nurit Iscar,

sino por las muertes recientes. Un sentimiento que estuvo oculto durante años salió a la superficie mucho después, cuando su hermano y sus amigos aparecieron con frecuencia en los diarios por la muerte de Gloria Echagüe. Gandolfini va otra vez a la ventana, se queda con la vista perdida, toma su tiempo y después, como si se tratara de un actor que logró concentrarse y regresar a su papel dice: Usted tiene mucha imaginación. Eso no se lo niego, confirma ella. Aunque hace años haya pasado lo que pasó y yo haya estado allí, insisto: ¿qué prueba tiene para demostrar que tuve algo que ver con esas muertes? Ninguna, dice Nurit, todavía ninguna. Mire, señora Iscar, todo lo que usted dice podría ser así o podría no serlo. Pero en este mundo nada es si no puede probarse. Además, supongamos por un rato que usted tiene razón, que yo manejo sicarios en distintas partes del mundo, o hasta que tengo una empresa semejante, le digo más, supongamos que yo usé esa empresa no sólo para sacarme de encima a esta gente que menciona, sino también a algunos otros, como un negocio, para hacerla rentable. Supongamos que algo que empezó respondiendo a una www.lectulandia.com - Página 174

necesidad personal se expandió a otros usos. ¿No cree entonces que yo sería alguien demasiado poderoso e intocable? Yo y mi compañía. Una compañía «matagente».

Sería una empresa muy exitosa, todo grupo de poder recurriría a mí, yo les prestaría servicios y me deberían favores. Gente de la política, otros empresarios, hasta religiosos de distintos credos, por qué no. Me convertiría así en alguien intocable.

Imagínese que yo, o mejor dicho mi empresa, pudo haber hecho caer el helicóptero del hijo de un presidente. O pudo haber tirado a una secretaria indiscreta por la ventana de su casa simulando que quería cortar un cable de televisión. O hasta pudo haber inducido a un poderoso empresario a que se volara la cabeza de un escopetazo.

Mucho poder tendría yo, señora Iscar, mucho, ¿no cree? Sería lo que se dice «un intocable». Nadie es intocable, dice ella. Ah, no crea, muchos favores por cobrar en el momento preciso son un salvoconducto. Pero no quiero contarle más. No debo contarle más, señora. Ya bastante problema tuve después de mi encuentro del otro día con Jaime Brena. ¿Quién le hizo problema?, pregunta Nurit. Todos reportamos a alguien, ¿o no? ¿Se preguntó usted si habrá alguien arriba mío o si yo soy verdaderamente mi propio jefe? Porque eso también pasa hoy día, ¿no?, un investigador, usted, por ejemplo, cree que descubrió al asesino, pero ¿quién es el asesino? ¿El que desea la muerte de otro, el que la contrata, el que la ejecuta con un degüello, o

un tiro, o el método que usted prefiera, el que organiza esa ejecución, el que la planea, el que la encubre, el que cobra por el trabajo? ¿Quién de ellos es más responsable? ¿Cómo es la pirámide del asesinato hoy? ¿Quién es en este siglo XXI el verdadero asesino, señora Iscar? Todos, responde ella. Una respuesta fácil, señora, una respuesta políticamente correcta. Y las respuestas políticamente correctas, además de mariconas, nunca dicen la verdad. ¿Sabe qué respondería yo? Que el asesino es el que queda vivo al final de todo, ese al que nadie pudo matar. Los demás son sólo eslabones. Eslabones reemplazables en la mayoría de los casos. Pero el que queda vivo al final, ése es otra cosa, ése sí que tiene poder de verdad. Gandolfini se levanta y camina por la oficina otra vez sin mirar a Nurit Iscar, con la vista perdida en el río. Luego se detiene y dice: Ay, ay, ay... estuvo cerca, pero nunca sabrá si dio en el blanco. La única persona que se lo podría confirmar soy yo, y yo no se lo confirmo, señora Iscar, lo siento. ¿Podrá soportar esta incertidumbre? ¿Podrá soportar que no le respondan a su pregunta, que no le confirmen su teoría?, ¿podrá soportar que nadie le diga si esto que usted imaginó con tanto detalle es la verdad? Yo sé que sí, que es la verdad, dice Nurit, e intenta parecer firme y decidida, aunque las piernas le tiemblan debajo de sus pantalones negros. No, no puede saberlo, en su interior hay algo que duda, que le exige dudar, yo puedo verlo. Y Gandolfini la mira como si de verdad estuviera viendo esa duda en ella. Recién después de un rato de silencio tenso, él pregunta: ¿La puedo ayudar en algo más? No, dice Nurit, creo que nada más, usted fue muy claro, más de lo que imaginé que iba a ser, me llevo mucho material. No www.lectulandia.com -
Página 175

creo que pueda usarlo, señora, no hay fuente confiable que pueda citar. Yo no soy periodista, soy escritora, puedo contar sin citar fuentes, puedo dar por hecho algo que sólo está en mi imaginación. Es sólo cuestión de llamar a lo que escribo «novela» en lugar de «crónica», un detalle casi menor, cuenta Nurit. Gandolfini la mira, la estudia, decide qué pieza va a mover de acuerdo con su rival y no con el juego. Yo sí quiero decirle algo más, señora Iscar. ¿O prefiere que la llame Betibú?, pregunta Gandolfini ante el asombro de Nurit, mientras saca de un cajón de su escritorio una carpeta amarilla cruzada en el extremo superior derecho por dos rayas gruesas y negras, como un crespón. Betibú me dicen sólo los amigos. Ah, no quería parecer atrevido, disculpe. Sin abrir la carpeta que acaba de sacar del cajón, pero dejando su mano encima de ella como si estuviera por hacer un juramento sobre la Biblia, recita lo que probablemente es su contenido —como le contará Nurit Iscar a Jaime Brena y al pibe de Policiales en unos minutos más—, lo recita de memoria: Jaime Brena, sesenta y dos

años, vida desordenada, excesos de distinto tipo: alcohol, cigarrillo, drogas, aunque ahora sólo consume marihuana. No realiza ejercicio físico. Muerte aconsejada: infarto. Nurit pasa del asombro a la conmoción. Él sigue. Paula Sibona: cincuenta y seis años, actriz, sin problemas médicos a la fecha. Etcétera, etcétera. Le gusta salir y frecuentar gente que no conoce. Muerte aconsejada: ataque de amante ocasional en su propio departamento después de una noche de sexo. Juan y Rodrigo Pérez Iscar, dice Gandolfini, ¿sus hijos, no? ¡Basta!, dice ella. ¿No quiere que siga?

No. Puedo intentar con otros amigos. No me interesa saber. ¿En serio?, mire que me estoy jugando, mire que si trasciende que le estoy pasando esta información me costará bien caro. Ella sigue aterrada, sin poder emitir un sonido. Él lo nota. Quédese tranquila, es sólo un juego, un ejercicio teórico, nadie va a morir. Por el momento. No es bueno que muera gente sin motivo, eso nunca es bueno. Mi hermano y sus amigos tenían que morir, no importa si murieron en accidentes o los mataron. Se lo merecían.

Hoy están muertos, y eso, para mí, es un alivio. Como si el mundo estuviera otra vez en equilibrio. Nadie me puede culpar de sentirme aliviado por la muerte de gente tan miserable, ¿entiende? Nurit se levanta: Sí, entiendo, dice y le tiemblan las piernas.

¿La acompaño? No, sé el camino. ¿No le intriga saber cuál sería la manera en que

«teóricamente» debería morir usted? Nurit no contesta, pero le encantaría saberlo.

Usted no es un caso sencillo, ¿sabe? Se arriesga poco. No frecuenta gente que no conoce, no bebe demasiado, no fuma ni se droga. Dígame, ¿es usted feliz? Nurit Iscar otra vez queda descolocada con una pregunta de Gandolfini, aunque ésta sea de otro tipo. Ay, señora, qué difícil es ser feliz, ¿no?, se lo digo yo que tengo, casi, todo. Si usted, si Betibú, muriera en el country donde está ahora, lo más aconsejable es que fuera por escape de monóxido de carbono. Las casas que tienen la caldera adentro, aunque sea en un gabinete aparte, en el cuarto de servicio o en un lavadero, por ejemplo, son un peligro. Eso estaría bien, no sería la primera en morir así en un

www.lectulandia.com - Página 176

country. Hubo varios casos, por más que se trate de casas caras, se preocupan por otras cosas, ¿sabe? Pero si ya estuviera de vuelta en su departamento, yo diría que lo más aconsejable sería que se cayera por

el hueco del ascensor. Una salida imprevista y distraída, alguien la llama por algo urgente, usted agarra sus cosas a las apuradas, deja el teléfono, se lo olvida, no se detiene, no puede, la luz del pasillo no funciona, llama al ascensor, cree que está ahí, el mecanismo falla y usted abre la puerta y da un paso al vacío. También podría caerse de su balcón al regar las plantas, pero eso es demasiado parecido a la muerte de la secretaria que cortaba el cable de la televisión, y usted se merece más protagonismo, algo más exclusivo.

Nurit ya no quiere estar allí; como puede, va hacia la puerta y la abre. En cierta forma me halagó con sus sospechas, crearme capaz de montar una empresa así, no es algo que pueda hacer cualquiera. ¿Se acuerda de las Erinias? —¿las qué?, preguntará el pibe de Policiales un rato después cuando Nurit Iscar le cuente—; sería algo así como levantar su bandera, creo que Esquilo se equivocó al transformarlas en Euménides, pasaron de ser vengadoras impiadosas a benévolas, una pena. Las Euménides respetan la ley y la justicia, no hacen justicia por mano propia, logra decir Nurit. Por eso, una pena, dice Gandolfini, ¿no le parece justo que alguien haya hecho justicia con estos hijos de puta que violaron a un amigo? Olvídense de lo políticamente correcto y dígame exactamente lo que piensa. Que usted me da miedo, eso pienso, dice Nurit Iscar y está a punto de irse pero Gandolfini la detiene una vez más: Dos últimas cosas. Ella gira la cabeza y lo mira sin soltar el picaporte de la puerta. La primera: Ni una palabra de esto a nadie, me divierte hablar con ustedes pero no quiero tener el mismo problema que tuve después de ver a Jaime Brena. Y la segundo: Maidenform, dice Gandolfini y se sonríe. ¿Cómo? Maidenform. Entonces sí, Nurit Iscar se va, casi huye. De camino al ascensor se detiene frente a la secretaria, le pregunta por el baño y hacia allí se dirige.

Entra, se baja la bombacha y lee en la etiqueta lo que ya sabe: Maidenform.

www.lectulandia.com - Página 177

CAPÍTULO 26

Nurit Iscar no puede recordar qué pasó entre el momento en que entró en el ascensor en el piso 17 del edificio de las oficinas de Roberto Gandolfini, y el momento actual, en el que está sentada a la mesa de un bar en Córdoba y San Martín, junto con el pibe de Policiales y con Jaime Brena. Le dicen que cruzó Alem corriendo, que casi la pisa un auto, que traía su documento en la mano y que cuando llegó a la vereda contraria se desplomó en los brazos de Jaime Brena y perdió el

conocimiento. Pero Nurit Iscar no recuerda nada, ni la corrida, ni el auto que casi la pisa, ni siquiera los brazos de Jaime Brena. La última imagen nítida que tiene en la cabeza es ella curvada hacia abajo, las rodillas apenas flexionadas, su bombacha baja, a mitad de las piernas, y la etiqueta: Maidenform. Y luego el ascensor, pero borroso, algo que debía ser el ascensor, y el nudo en el estómago del vacío que produce cuando baja. Le dicen que así desmayada como estaba la subieron al remís, que apenas recibió el aire que entraba por la ventanilla abierta recuperó el conocimiento pero que seguía ida, perdida. Que la llevaron al primer bar que encontraron para darle de tomar algo que la reanimara. Ella —mientras revuelve el café doble al que Jaime Brena le echó un chorro de coñac y tres cucharadas de azúcar— cuenta lo que recuerda, el tiempo anterior a esa extraña amnesia, lo que sucedió desde el momento en que se presentó ante la secretaria de Gandolfini hasta que subió al ascensor después de la charla con él: cómo era la oficina, la ventana, el río, la reunión, lo que Gandolfini dijo y lo que negó, lo que dijo ella. La pirámide del asesinato. Y por fin la amenaza. La carpeta amarilla con las dos rayas negras. Una carpeta que Gandolfini nunca abrió pero de la que, era obvio, conocía y alardeaba: amarilla con dos rayas negras cruzadas en diagonal en el extremo superior derecho, repitió. La marca de su ropa interior. Y las Erinias, pero, aunque el pibe de Policiales pregunta, ella no se detiene a explicarle lo que las Erinias significan. Después lo buscás en Google, pibe, le dice Brena. Los dos hombres no salen de su asombro. No puedo creer que te hayas mandado sola con esto, Betibú, le dice Brena. No me retes, dice ella, tengo más miedo ahora que cuando estaba ahí. A Nurit se le llenan los ojos de lágrimas, Jaime Brena mueve la mano como si fuera a agarrar la de ella, pero ella —sin notarlo, sin descubrirle la intención— la corre, apenas, y eso hace que él se arrepienta a medio camino. ¿Cómo seguimos?, pregunta el pibe de Policiales. No seguimos, dice Nurit casi enojada, yo no voy a poner en peligro la vida de nadie y menos la de mis hijos.

Los tres se quedan en silencio un rato. Un grupo de brasileños que entran en el lugar con bolsas y paquetes los obligan a moverse para poder llegar a la única mesa libre que queda junto a la ventana, una mesa que les queda chica y a la que tienen que www.lectulandia.com -
Página 178

agregar un par de sillas. Hablan fuerte, se ríen, esos turistas brasileños son el contrapunto perfecto a lo que sucede en la mesa de Nurit, Jaime Brena y el pibe de Policiales. Cuando los recién llegados logran acomodarse, Jaime Brena dice sin resignación: A veces hay que conformarse con haber encontrado la verdad. ¿Qué quiere decir eso?, pregunta el pibe. Nosotros no estamos para administrar justicia, somos

periodistas, y si en medio de una investigación llegamos a un dato importante y cierto, pero que no estamos en condiciones de probar, es mucho más de lo que logramos la mayoría de las veces. ¿No tenemos la obligación de dar parte de esto a la policía? Yo ya hablé con el comisario Venturini y no me dio pelota. Pero más allá de la responsabilidad, si este Gandolfini sigue matando gente, esa culpa va a caer sobre nuestra cabeza, dice el pibe. Siempre se lleva una culpa encima, se trata de decidir con cuál de ellas estamos dispuestos a vivir, dice Brena. Yo no podría vivir con la culpa de que este loco mate a uno de mis hijos, dice Betibú y lo mira al pibe cuando lo dice. Te entiendo, aclara el pibe de Policiales, es una pena que ni siquiera podamos hacer un informe periodístico con todo esto. Tenemos que pensarlo un poco, dice Brena, a lo mejor se puede decir algo entre líneas, darle una vuelta y contar sin contar, como intentábamos hacer en la dictadura, una escritura en clave. ¿Para quién escribiríamos en clave hoy?, pregunta Betibú. No sé, para quien quiera saber. ¿Y

quién es ese que hoy quiere saber? ¿Quién es el que lee las notas que publicamos, las novelas que escribimos? ¿Las lee alguien? ¿Quién? Los brasileños se ríen a las carcajadas y esa risa los sobresalta. El mozo llega a la mesa de al lado con cervezas y una picada que incluye muchos más platitos y cazuelas de las que podrán comer esos turistas. Las risas dan paso a sonidos de exclamación y sorpresa ante lo que el mozo deposita delante de ellos. Y luego otra vez risas. Me gustaría intentar hablar en persona con el comisario Venturini, dice Brena, me parece que sabe más de lo que dice. No quiero poner en riesgo a nadie, advierte Nurit. Tranquila, voy a ser discreto, pero en riesgo estamos, aclara Brena, y luego pregunta: ¿Te parece que estás en condiciones de volver a La Maravillosa, Betibú? No sé, pero es lo que voy a hacer, ir, escribir el último informe y juntar mis cosas. Hoy mismo me vuelvo a mi casa. No tiene sentido seguir ahí. ¿Querés que alguno de nosotros te acompañe?, pregunta Brena. No, todos tenemos cosas que hacer, dice ella. Hoy va a ser un día complicado, hablemos más tarde. Okey, hablemos, dice Brena. El pibe asiente pero no dice nada.

¿Qué pasa, pibe?, le pregunta Brena. ¿Esto es ser periodista? ¿Buscar la verdad, asumir que se la encontró aunque no se la pueda probar del todo, y tener que callarte porque si no, ponés en riesgo tu vida o la de otros? A veces sí, pibe, a veces es eso, otras ni siquiera eso, ni siquiera llegás a estar cerca de la verdad. Y unas pocas, apenas unas muy pocas veces, sentís que estás haciendo las cosas bien. Pero entonces, un día mirás el calendario y te das cuenta de que se te pasó la vida, que para adelante ya queda poco. Yo no quiero que me pase eso, dice el pibe. Yo tampoco www.lectulandia.com - Página 179

quería, dice Jaime Brena.

En el momento en que el pibe de Policiales está subiendo en el ascensor a la redacción de *El Tribuno* y Nurit Iscar atraviesa con el remís la barrera del peaje de la ruta que la lleva a La Maravillosa, Jaime Brena entra en la sala de recepción de la oficina del comisario Venturini y se sienta, por indicación de una secretaria, frente a la puerta de su despacho. No tiene cita, pero sabe que Venturini lo va a recibir de todos modos, siempre lo hizo. Al poco rato la secretaria le trae un café sin consultarle, en tacita de porcelana Tsuji blanca con virola dorada, un lujo que sólo se da la institución en los altos cargos. En la bandeja hay una azucarera también de porcelana pero de otro juego, con azúcar vieja pegada a la cuchara, y una servilleta de papel doblada en triángulo debajo de la taza. En seguida lo atiende, dice. Jaime Brena aún no sabe cuánto le va a contar y cuánto no. Le prometió a Nurit Iscar, a Betibú, que no pondrá en riesgo a nadie. ¿Se atreverá algún día a decirle a Nurit que ese sobrenombre, Betibú, se lo puso él y no Rinaldi? Cuando ella publicó su novela *Morir de a ratos*, él se convirtió en uno de sus lectores —o fans— más fieles.

Después de terminarla, leyó todas las novelas que ella había escrito antes y esperó ansioso las que vendrían. Hasta *Sólo si me amas*, aunque le pareció una novela menor, le gustó. Para la época en que salió *Morir de a ratos* apareció en el suplemento cultural del diario una foto a página entera de ella. La recortó y la pegó en su escritorio. La tenía frente a él mientras trabajaba. Un día en que no le aparecía una palabra que necesitaba para terminar una nota, levantó la vista y le preguntó a esa imagen: ¿Cómo se dice cuando alguien que es el heredero natural a un trono rechaza serlo, Betibú? Así lo dijo, «Betibú», como si ése hubiera sido su nombre siempre, como si Nurit Iscar y sus rulos no pudieran llamarse de otra manera. Betibú. Abdicar, apareció la palabra, un rato después, y él chasqueó los dedos: abdicar. Y Nurit Iscar, Betibú, se convirtió en su consultora para asuntos difíciles y de los otros. Cuando en aquella época Lorenzo Rinaldi —con quien todavía Jaime Brena tenía una buena relación, una relación casi de pares— le preguntaba cuál era la fuente de algunas de las que él consideraba «sus descabelladas teorías conspirativas para analizar un crimen», Jaime Brena respondía: Me lo dijo Betibú, y señalaba la foto sin dar más explicaciones que ésa. Hasta que una tarde, Rinaldi pasó por su escritorio y le contó que la acababa de conocer en un programa de televisión, a ella, en persona, a la de la foto. Y al tiempo Nurit Iscar empezó a aparecer por la redacción cada tanto. A veces Betibú esperaba a Rinaldi en los sillones de la recepción y al rato se iban juntos. Ella y Lorenzo Rinaldi. Otras veces se pasaban un largo tiempo en la oficina de él, y después ella se

iba sola. Un día el chisme empezó a correr por la redacción. Entonces Jaime Brena prefirió sacar la foto y no consultarla más. ¿Se atreverá algún día a contárselo?, se pregunta una vez más. No cree, sería revelar demasiado de sí mismo y si algo hizo Jaime Brena toda su vida es cuidarse muy bien de no contarle a ninguna www.lectulandia.com -
Página 180

mujer nada de lo que —según su propia neurosis— no deberían saber ellas acerca de él.

Mientras tanto, mientras Jaime Brena recuerda cómo bautizó Betibú a Nurit Iscar, el pibe de Policiales, con la computadora apagada, se pregunta qué hacer. Y qué hacer no significa qué escribir acerca de los crímenes de La Maravillosa, ni siquiera qué escribir acerca de otros crímenes menores en interés mediático pero de los que también tiene que ocuparse. Se pregunta qué hacer de su vida. Si lo que quiere es seguir haciendo carrera en *El Tribuno* —siempre que le dejen hacerla —, para un día terminar siendo editor de una sección que no le interese o en la que tenga que consultar cada cosa que se aparte de la línea editorial del diario con Rinaldi o con quien lo reemplace. ¿En diez años estará él allí? ¿Estará Rinaldi? ¿Y Jaime Brena?,

¿dónde estarán ellos de acá a diez años? Mira a su alrededor. El pibe de Policiales no quiere parecerse a los editores que ve compartiendo la redacción con él. Mucho menos quiere parecerse a Rinaldi, que alguna vez fue también periodista. Él quiere parecerse a Jaime Brena. Pero Jaime Brena fue desplazado de la sección que le correspondía por naturaleza a una sección que lo único que hace es amargarle la vida.

Eso tampoco quiere él, el pibe de Policiales. ¿Hay lugar hoy en *El Tribuno* para ser el periodista que él quisiera ser? ¿Se sentirá cada día más libre trabajando allí o cada día más atado a intereses que desconoce pero que le serán dados como pautas inamovibles? ¿Está dispuesto a que se le pase la vida allí, como a Jaime Brena, para recién comprobar una cosa o la otra cuando ya no queden muchas más opciones que seguir o el retiro voluntario? No lo sabe, no sabe nada. Apenas sabe, ahora sí, que quiere ser periodista. Periodista de Policiales. Y que se quiere parecer a Jaime Brena.

Pero no quiere terminar en el lugar en el que él está hoy. Eso no.

Nurit Iscar deja sus cosas a un costado, enciende la computadora y empieza a tipear su último informe. El pibe de Policiales busca a Karina Vives pero le dicen que hoy no fue a trabajar, que dio parte de enferma y él se preocupa. Jaime Brena entra en la oficina del

comisario Venturini, que lo recibe con su habitual: ¿Cómo vas, querido?

Pero esta vez Jaime Brena no le sigue el chiste, no dice: Yo bien pero pobre, mi comisario. Sólo se sienta, frente a él, del otro lado del escritorio y dice: ¿Avanzó algo con la muerte de Collazo? Venturini pone cara de fastidio. Ese tema está cerrado, Brena, Collazo se suicidó, ¿por qué me querés hacer trabajar hasta cuando no es necesario? ¿Por qué apareció usted también cuando se murió Collazo, comisario?

¿Qué quiere decir también? Que por jurisdicción no correspondía que estuviera en la muerte de Chazarreta, ni tampoco en la de Collazo. ¿Casualidad?, ¿asistencia a otros colegas?, ¿intereses particulares? A ver, ¿desde cuándo te tengo que dar explicaciones de en qué causa me meto y en cuál no? No, tener no tiene, comisario, sólo quería tratar de entender por qué me evade este último tiempo. Venturini se lo queda mirando, parecería que quisiera hablar, que dudara si hacerlo o no. Y finalmente dice www.lectulandia.com - Página 181

esto: Mirá, Brena, a veces tenemos que aceptar nuestras limitaciones, a veces no podemos llegar hasta donde quisiéramos, pero eso no invalida todo lo demás que hacemos. Que una vez tengamos que transar, ¿nos hace transas? No sé, dígame usted, comisario. No, no nos hace transas, nos hace humanos, a veces podemos, y a veces no. A veces podemos por el camino que corresponde, y a veces tenemos que tomar otros caminos que no sabemos si nos van a llevar o no a donde queremos ir, ¿me entendés? La verdad que no. No te preocupes, tampoco se puede entender todo, eso también es humano, pero confiá en mí, yo te aseguro que soy un tipo confiable. Brena no contesta, no sabe si creerle. Quisiera, pero no sabe. Ya no hay nada más que hacer allí.

Jaime Brena se para, hace el gesto de que se saca un sombrero que no tiene, lo vuelve a dejar sobre su cabeza, dice: Comisario. Y se va.

www.lectulandia.com - Página 182

CAPÍTULO 27

Es más fácil salir que entrar.

Me despido. Éste es mi último informe desde La Maravillosa. Ya no escribiré más esta columna acerca del caso Chazarreta. Pero quiero que recuerden lo que aquí les digo: el hecho de que éste sea el último informe es un acto de voluntad del que quiero dejar constancia. Yo decidí no escribir más sobre la muerte de Pedro Chazarreta ni sobre

otras muertes relacionadas. Y eso es una decisión, una elección.

No quiero que suceda como tantas otras veces que un tema, una noticia, una información que un día ocupó espacio e interés, empiece a perder lugar y frecuencia hasta que nadie hable más de ella. Eso es lo que se busca a veces: que la noticia se desvanezca, que nos olvidemos del asunto. No es el caso. Dejo de escribir porque tengo miedo. Dejo de escribir porque no tengo pruebas ni garantías suficientes para decir lo que pienso. Lo único que tengo es temor y conjeturas. Este caso no está resuelto. Y no voy a poder ser yo ser yo quien lo resuelva. Quizá no lo resuelva nadie.

Quizá pronto ya nadie hable del caso Chazarreta. No lo permitan.

Lo que pasa con esta noticia policial es trasladable a cualquier noticia y a la situación general de los medios hoy. Una agenda de prioridades informativas que deja afuera ciertas noticias es censura. No permitan que nadie les arme su agenda. Ni los unos ni los otros. Lean muchos diarios, vean muchos noticieros, todos, hasta aquellos con los que no están de acuerdo, y recién después armen su propia agenda. La comunicación hoy dejó de ser emisor-receptor, la armamos entre todos. Jerarquizar las noticias de acuerdo con el criterio propio y no con la agenda impuesta es hacer contrainformación. Y la contrainformación no es una mala palabra sino todo lo contrario. Es informar desde un lugar distinto, desde un lugar de no poder.

Hay que entender y mostrar los móviles de grupos y personas. No conformarse con una causa directa, ir más profundo, entender conductas. ¿Qué tiene que ver esto con noticias policiales?, ¿qué con un asesinato? Mucho. Deja más tranquilo pensar que a Chazarreta lo mataron por tal o cual motivo. No cuenten conmigo para un análisis tan simple. Si no puedo hacer un análisis más profundo no lo haré, pero ustedes sepan que esa profundidad existe y les está siendo negada. Yo hoy se las niego por miedo. Búsquenla siempre, en una noticia policial, pero también en una noticia política, internacional, de espectáculos o deportiva. Decir quién tomó un cuchillo y abrió el cuello de Chazarreta de un lado al otro es decir quién lo mató y a su vez es no decir nada. ¿ta?, ¿importa que el fundador de ese colegio tenga causas por reiterados abusos?, ¿importa cuál era la ideología de Chazarreta y sus amigos en la adolescencia y cuál era en los últimos tiempos? Creo que sí, que importa. ¿Influyen www.lectulandia.com -
Página 183

los agravios, abusos y crímenes no resueltos de otros tiempos en los agravios, abusos y crímenes de ahora, o en los futuros? Cuando no

importan los antiguos agravios quedan heridas abiertas y, lo que es peor, a veces alguien se cree con derecho a reparar lo que en su momento no tuvo justicia. Pero la justicia por mano propia no deja de ser otro agravio, entonces se alimenta una rueda de odios y venganzas que no termina más. ¿Es menos asesino el que mata a quien se lo merece? La condena justa del agravio cometido, del crimen cometido, es lo único que nos puede salvar como sociedad.

No se olviden de los crímenes impunes, porque siempre encierran algo más tremendo que el crimen mismo.

Hoy dejo de escribir en este diario no porque esto no me importe, sino exactamente por todo lo contrario. Rodolfo Walsh reconoce que a partir de 1968

empezó a desvalorizar la literatura «porque ya no era posible seguir escribiendo obras altamente refinadas que únicamente podía consumir la ‘intelligentzia burguesa’, cuando el país empezaba a sacudirse por todas partes. Todo lo que escribiera debía sumergirse en el nuevo proceso, y serle útil, contribuir a su avance. Una vez más el periodismo era aquí el arma adecuada». ¿Sigue siendo hoy el periodismo, este periodismo, el arma adecuada? No lo sé, ni tengo derecho a responder esa pregunta porque no soy periodista. Yo soy escritora. Invento historias. Y a ese mundo de ficción volveré cuando termine este último informe. Porque en ese lugar no tengo miedo, porque en ese lugar puedo inventar otra realidad, una aún más cierta. Allí es donde puedo empezar una novela cualquiera, la próxima, con una mujer que viene a hacer las tareas domésticas a la casa de alguien como Pedro Chazarreta, por ejemplo, y que tiene que pasar como cada día por todos los controles de acceso a La Maravillosa sin saber, sin sospechar, que cuando llegue al chalet de su patrón se encontrará con que él fue degollado. Puedo fingir una investigación, descubrir lazos que nadie vio con otras muertes, determinar culpables materiales e ideólogos, decir por qué se mató a quien se haya matado. Inventar una y otra vez. Hasta decir, por ejemplo, que las responsabilidades últimas hay que buscarlas en un alto empresario, en un rascacielos, una torre imponente de Retiro, o de Puerto Madero, o en Manhattan. Donde yo quiera, porque no tengo que rendir cuentas. Una oficina con una gran ventana. O no, sin ventana. Total, todo será apenas una realidad que yo inventé. Una novela es una ficción. Y mi única responsabilidad es contarla bien.

Vuelvo a la literatura entonces. No escribo más estos informes porque escribir lo que debería me da miedo, y escribir otra cosa me da vergüenza.

Mis respetos para mis lectores.

Y mi confianza en que sabrán qué hacer en estos nuevos tiempos de la información. Tiempos en los que ustedes, también, son parte ineludible y activa.

El pibe de Policiales termina de leer el último informe de Nurit Iscar en el mismo www.lectulandia.com - Página 184

momento en que ella atraviesa la barrera de entrada —o de salida— de La Maravillosa, en el remís del diario, con su pequeña valija cargada en el baúl que los hombres de seguridad abrieron pero no inspeccionaron, rumbo a su casa, la verdadera, su departamento en Buenos Aires. El pibe manda el informe para que salga en el diario del día siguiente. Sabe que a Rinaldi no le va a gustar. Sobre todo si Nurit Iscar no le avisó que no va a escribir más para *El Tribuno*. Aunque le haya avisado, se corrige, no le va a gustar. A Lorenzo Rinaldi no le gusta que lo dejen. El pibe contesta algunos mails atrasados, después junta sus cosas, apaga la computadora y está por irse a su casa cuando un grito de Rinaldi lo detiene: ¿Cómo se te ocurre mandar este informe para mañana sin consultarme?, menos mal que alguien lo leyó en el camino y me avisó. El pibe de Policiales se hace el inocente: ¿No era que los informes de Nurit Iscar iban sin corte ni edición? No me tomés el pelo, pibe, sabés que esto es otra cosa, esto no sale. La mina piró mal, ¿no te das cuenta? La estoy llamando y desapareció del mapa. Piró mal. ¿Cómo se te ocurre que esto podía salir?

Hay un criterio editorial en este diario, no podemos sacar cualquier cosa. Rinaldi está muy enojado, pero intenta parecer compuesto a pesar de su tono y la vehemencia inicial: Prendé otra vez la computadora y ponete a escribir algo para cubrir este espacio, le ordena y se va a su oficina sin decir una palabra más. El pibe de Policiales se lamenta de que el mejor informe de Nurit Iscar no va ser leído por los lectores del diario. Le va a pedir permiso a algunos amigos para subirlo a sus blogs y va a poner links en Facebook, Twitter y otros sitios para que mucha gente pueda llegar a él. Mira el reloj, son las siete de la tarde. Enciende la computadora otra vez, ¿de verdad está dispuesto a escribir algo que reemplace ese informe? No, no está dispuesto. Pone el buscador de Google, escribe Erinias. Lee en Wikipedia: en la mitología griega personificaciones femeninas de la venganza, fuerzas primitivas que no se someten a la autoridad de Zeus. Vuelven a la Tierra a castigar a criminales vivos. Finalmente, a pesar de su sed de venganza, las Erinias aceptan la justicia que imparte Atenea porque quieren que el pueblo deje de despreciarlas. La venganza que cede ante la justicia. El pibe mira otra vez la hora, siete

y diez. ¿Por qué está todavía en el diario?, se pregunta, pero no se refiere a la hora sino a su vida, a por qué sigue trabajando allí.

La decisión de Rinaldi de no publicar el informe de Nurit Iscar, ¿no es suficiente motivo para renunciar? Vuelve a las Erínias y a la justicia. ¿Qué pasa cuando asesino y asesinados son todos gente de mierda: Chazarreta, sus amigos, Gandolfini?, se pregunta. Comprobar que Chazarreta era un hijo de puta, ¿hace su muerte más justa?,

¿hace a Gandolfini menos criminal? Que lo hayan asesinado, ¿hace a Chazarreta menos hijo de puta? Mira el reloj, siete y cuarto. Escribe en Google: Contraintormación. Descarta varias entradas y se mete en la de un libro con ese título, de Natalia Vinelli y Carlos Rodríguez Esperón. Le interesa el resumen que lee, intenta encontrarlo para descarga, no está on line. No le va a quedar más remedio que www.lectulandia.com - Página 185

comprarlo. ¿Dónde? ¿Se conseguirá? Entra en Mercado Libre, lo encuentra y lo compra. Pacta la entrega para el día siguiente. En efectivo. Mira hacia la puerta de la oficina de Rinaldi. Mira otra vez la hora en su Blackberry: las ocho menos veinticinco. Pone en el buscador de Google: medios de información alternativos, 2.730.000 respuestas aproximadas. Entra en dos, en tres, en cinco. Entra en Indymedia, entra Radio Sur 102.7, deja el sitio de la Red Nacional de Medios Alternativos, Antena Negra y Barricada TV, para revisarlos cuando llegue a su casa.

Es demasiado, no tiene suficiente tiempo en este momento. Está mareado, excitado, como si se hubiera drogado. Las ocho menos cuarto. Tiene que ser ahora. Apaga la computadora, agarra la billetera, la Blackberry y sale. Llega al correo justo cinco minutos antes de que cierre. Quiero mandar un telegrama, dice. Y redacta su renuncia a *El Tribuno*. Cuando sale, ya están bajando la cortina metálica. Desde su Blackberry llama a Jaime Brena: Brena, ¿quierés dejar el diario y venirte conmigo a armar un portal de noticias?

www.lectulandia.com - Página 186

CAPÍTULO 28

Una semana después Jaime Brena y Nurit Iscar cenan en El Preferido. Él le aseguró que allí se come el mejor puchero de Buenos Aires. A menos que te guste más uno de esos restaurantes donde no te atienden mozos sino lindos chicos, y donde se come comida fusión o algún otro invento que podrías comer en cualquier ciudad del mundo, dijo Brena

cuando la llamó para arreglar el encuentro. Puchero me encanta, respondió ella. Y allí están, uno frente al otro, eligiendo el vino tinto. ¿Viene con chorizo colorado?, le pregunta Nurit al mozo. Sin chorizo colorado, garbanzos y caracú no sería puchero, le contesta el hombre. Ella le guiña un ojo, alza el pulgar, cierra el menú y se lo da. Jaime Brena señala un cabernet sauvignon y también devuelve el menú. Ella le dice que todavía no le contestó los insistentes llamados a Rinaldi, que sabe que va a maltratarla por su último informe, sobre todo después de que el pibe hizo que circulara por Internet, y que no tiene ganas de escucharlo. Él le cuenta que por el momento seguirá trabajando en *El Tribuno*, que lo va a ayudar al pibe con su portal sólo de onda, que va a escribir algunos informes para él, pero que no se imagina sin levantarse para ir al diario todos los días. Que a pesar de Rinaldi, a pesar de la sección Sociedad, a pesar de las tontas estadísticas acerca de qué hacen hombres y mujeres, niñas y varones, o chicas con mucho o poco vello, él sigue eligiendo trabajar en un diario. Creo que no podría acostumbrarme a perder el olor de una redacción, dice. ¿A qué huele?, pregunta ella. Bueno, antes olía a pucho, mucho pucho, a papel y tinta de las impresoras; hoy ya no sé, pero es como si ese olor que tuvo se hubiera quedado ahí para siempre, en el aire viciado, lleno de polvo, que entra y sale de los equipos de aire acondicionado infinita cantidad de veces. Y el ruido, también extrañaría el ruido, ese motor humano que es el sonido del vértigo, de las cosas que pasan. Hoy representado por el sonido de televisores encendidos por toda la redacción que abandonan el «mute» sólo cuando aparece algo importante. El zumbido suave pero permanente de las computadoras, como un mosquito. Y

teléfonos que suenan no como antes, que lo hacían todos con la misma melodía, sino cada uno con su ridículo, propio y exclusivo ring tone. Una competencia de ring tones cada vez más extraños para identificar sin ninguna duda el teléfono propio. No sé si sería feliz sin todo eso, dice Jaime Brena. Le pregunta a Nurit si empezó a escribir, y ella le cuenta que sí, le habla de su nueva novela, dos páginas apenas y mucho en su cabeza. Muertos, sí, suspenso, y la verdadera historia que corre por debajo de la muerte, la que más me importa, la cotidiana, esa que la muerte no alcanza a detener. Comen pan mientras esperan el puchero, y los dos se quejan por llenarse de miga y por los kilos que ya tienen de más. Y se ríen. ¿Tendríamos que www.lectulandia.com -
Página 187

haber hecho algo más?, pregunta ella, ¿tendríamos que haber intentado denunciar a Gandolfini? No sé, yo también me lo pregunto, contesta Jaime Brena, por ahora tendremos que cargar con eso: el costo de decir lo que sabemos, o lo que creemos saber, es demasiado

alto. A lo mejor más adelante se nos ocurre cómo, a veces con el paso del tiempo aparece una oportunidad, no sé. Yo tampoco sé, dice Betibú, pero no me quedo tranquila. Llega el vino, el mozo lo sirve, ellos chocan copas y beben.

Aunque no brindan. Sobre sus cabezas, en el televisor encendido sin sonido que cuelga de un soporte en la pared, empieza el noticiero de las nueve. Ellos no lo miran, deberían estirar el cuello como garzas para poder verlo, y además no les importa, hoy no quieren saber de noticias de otros.

Mientras Jaime Brena y Nurit Iscar esperan el puchero, Carmen Terrada y Paula Sibona comen empanadas y revisan el celular. ¿Te mandó mensaje?, pregunta Carmen. No, ¿a vos?, dice Paula. Tampoco, contesta Carmen. Y eso que prometió que nos iba a ir mensajeando cómo le iba, se queja. Lo prometió para que no le insistieras más, Paula, no nos puede relatar la salida como si fuera un partido de fútbol. A mí me habría gustado que me la relatara, dice Paula. ¿Querés ver una película o una serie?, consulta Carmen ¿Qué serie tenés? In Treatment o Mad Men. In Treatment, me mata ese psiquiatra. Carmen enciende la televisión y pone el cd. Se acomodan en los almohadones que están tirados en el piso. ¿Habrán cojido ya?, pregunta Paula Sibona.

No creo, dice Carmen, conociéndola a nuestra amiga no sé si llegaron a un pico todavía. Yo le tengo fe a Jaime Brena, afirma Paula. Yo también, el asunto es tenerle fe a ella, aclara Carmen. Che, no será capaz de abandonarnos si se enamora de Jaime Brena, ¿no?, se inquieta Paula. No, nuestra Betibú, no, afirma Carmen Terrada con seguridad mientras busca con el control los subtítulos en castellano. Habría que exigir un preaviso de amistad y acompañamiento cuando una de nosotras se engancha con un tipo, que te den un margen para acomodarte, propone Paula. Conmigo quedate tranquila, yo no tengo nada a la vista, dice Carmen. Conmigo también quedate tranquila, tengo mucho a la vista que es lo mismo que no tener nada. ¿Tendrá amigos presentables, Jaime Brena?

Llega el puchero a la mesa. ¿Te sirvo?, le pregunta él. Dale, dice ella. En ese mismo momento el pibe de Policiales abre una cerveza en la casa de Karina Vives.

¿Y?, ¿qué te parece lo que estoy armando? Me encanta, le dice ella. Lástima que Brena no se animó a ser mi socio, se lamenta. Brena es hombre de redacción, dice la chica, tenés que entenderlo. Pero lo que estoy armando es una redacción. Karina Vives lo pone en duda. Sin la

gente trabajando toda junta, sin la salida para ir a fumar con los amigos a la calle, sin el jefe al que putear: demasiada virtualidad para un tipo como Brena, concluye. ¿Y vos?, ¿te vendrías a trabajar conmigo?, le pregunta el pibe.

Más adelante, cuando esté en condiciones de dejar el diario, dice ella, antes tengo que resolver qué voy a hacer con el embarazo. Me parece que a esta altura ya lo www.lectulandia.com - Página 188

resolviste, aunque sea por omisión. Ella no contesta. El pibe de Policiales toma otro trago de cerveza, mientras lo hace la mira por sobre el lomo de la botella. ¿Ink or link?, pregunta el pibe. ¿Qué?, dice ella. ¿A qué apostarías?, ¿al enlace o a la tinta?

No entiendo. Un buen contenido sin enlace nadie lo ve, explica el pibe y sigue: Hoy la gente necesita que alguien seleccione el mejor contenido para ellos. Pero alguien tiene que seguir escribiendo ese mejor contenido, dice ella. Okey, acepta él, hacen falta las dos cosas, pero cuando el contenido sobreabunda, es mucho más crítica la selección, y yo me voy a dedicar a enlazar el mejor contenido posible para los que quieran seguirme. ¿Confiás en mi capacidad para hacer eso?, pregunta el pibe de Policiales. Confío, responde Karina Vives. El pibe deja la botella sobre la mesa ratona. ¿Se puede besar a una mujer embarazada?, pregunta. Creo que sí, dice ella. Y

se besan.

Después del puchero no queda lugar para postre, apenas para dos cafés y la cuenta. En el televisor sobre la cabeza de ellos, aparece una imagen de último momento con el siguiente zócalo: Asesinan a un empresario de quince balazos, se habla de ajuste de cuentas. La imagen es la entrada a la oficina de Gandolfini, RG

Business Developers. Pero Nurit y Jaime Brena no se enteran, recién lo sabrán mañana, hoy no miran el televisor, están en otra cosa. La imagen en el televisor que cuelga arriba de ellos les es totalmente ajena. La policía valló la entrada, se ven muchos efectivos trabajando, el notero habla a cámara, una foto de archivo de Gandolfini, el notero ahora entrevista a un jefe policial, el zócalo dice: Comisario García Prieto a cargo de la investigación del crimen. Cambian el zócalo: Asesinato a mansalva, el empresario Roberto Gandolfini acribillado a balazos en torre con alta seguridad. Y en esa pantalla, dos pasos más atrás, asomado apenas detrás de García Prieto, si Jaime Brena o Nurit Iscar levantaran la cabeza, reconocerían al comisario Venturini, de traje impecable y actitud serena, como supervisando un operativo que,

una vez más, no le corresponde pero que maneja a la perfección, con una carpeta amarilla en la mano. Una carpeta amarilla con dos líneas negras en el margen superior derecho. Una carpeta que aferra porque no pertenece a la escena del crimen sino que es suya. Si levantaran la cabeza, Jaime Brena y Nurit se conmocionarían, creerían entender por fin, hablarían esta noche acerca de la pirámide del asesinato y de la frase que dijo Gandolfini apenas unos días atrás: el asesino es el que queda vivo.

Discutirían si esa carpeta que lleva Venturini, y que ahora, en pantalla, dobla en dos y se la mete como si fuera un diario del día en uno de los bolsillos del saco, es propia o de la escena del crimen. Se preguntarían por qué le dio tantas pistas a Brena acerca del asesinato de Chazarreta e incluso los llevó a la casa. Se contestarían que porque en ese caso sí quería que quedara claro que fue un asesinato: para que Chazarreta muriera como tenía que morir, debía morir asesinado. Y que por eso se corrió cuando aparecieron los otros muertos. Todo eso hablarían ahora si levantaran la cabeza y www.lectulandia.com -
Página 189

vieran lo que pasa en ese noticiero. Pero no lo hacen, no miran el televisor, no les tienta que dos o tres personas en las mesas que los rodean miren hacia arriba de ellos y hagan comentarios como si algo importante estuviera pasando. Esas preguntas, Nurit Iscar y Jaime Brena las harán y responderán recién mañana, cuando amanezca, cuando enterados de la muerte de Roberto Gandolfini con semejante cantidad de balazos y buscando pistas, rebobinen cientos de veces la misma escena, esa que ahora no miran, porque descubrieron, o alguien les advirtió, que en la escena aparece el comisario Venturini. Mañana, todo eso mañana. Hoy, Jaime Brena llama al mozo y paga — De ninguna manera, le dice a Nurit Iscar cuando ella ofrece pagar su parte—, se levantan y se van.

En el momento en que ellos salen de El Preferido, Lorenzo Rinaldi entra en otro restaurante de la zona con su mujer y se sienta a la mesa donde los está esperando uno de los ministros más cercanos al Presidente y su esposa. ¿Cambiaron los vientos?, se preguntan los habitués del lugar que los reconocen y también se lo preguntaría Jaime Brena si los viera. Pero Jaime Brena está en otra cosa, camina por Palermo con Nurit Iscar. La calle está tibia de restos de ese calor raro de principios del otoño. Te acompaño a tu casa, dice Brena, y no es una pregunta. ¿Caminamos o tomamos un taxi? Empecemos caminando, dice Nurit Iscar, y si nos cansamos tomamos un taxi. Van en silencio, tratando de que las veredas rotas y las raíces crecidas de los árboles no sean un obstáculo insalvable. ¿Querés saber de dónde

salió tu apodo, Betibú? Dale, dice ella. Entonces Jaime Brena le empieza a contar aquella historia que hasta hace poco no sabía si algún día le contaría, y mientras lo hace apoya su mano en la cintura de ella. Primero como si fuera un tanteo, un reconocimiento; y luego firme, indubitable. Nurit Iscar se inquieta, pero le gusta.

Hace mucho que un hombre no la lleva de la cintura. Él mismo, Jaime Brena, fue el último que la llevó de un hombro el día en que apareció Collazo colgado de un árbol.

Pero hombro y cintura no es lo mismo. La cintura tiene más de punto G que un hombro. Si es que el punto G existe. Al menos para ella, para Nurit Iscar, la cintura tiene mucho más de punto G. Jaime Brena, como si no advirtiera lo que su mano provoca —«como si» porque sí que lo advierte—, no deja de hablar. Se divierte con lo que cuenta, lo cuenta con gracia, quiere que ella también se divierta, quiere seducirla. Para ayudarla a esquivar un montículo de baldosas levantadas que amenazan la estabilidad de los transeúntes con sus puntas rotas, él la acerca con cuidado hacia su cuerpo. Desde la cintura, como si fuera un bailarín de tango que le marca el paso. Y ella se deja conducir y se queda allí, en ese lugar, más cerca de él.

Si ésta fuera una novela de Nurit Iscar, ella no contaría qué pasa un rato después.

Sobre todo, después del fracaso de *Sólo si me amas*. Apenas contaría el beso que se dan en una esquina, que él le acaricia el pelo y que un poco antes de llegar a la entrada de su edificio vuelve a besarla. Si es que con esfuerzo encuentra las palabras www.lectulandia.com -
Página 190

adecuadas, si cuando lo relee una y otra vez escucha una música que le gusta. Pero no contaría el recorrido en el ascensor, donde las manos ya se sienten libres. Y mucho menos lo que sucede cuando los dos entran en su departamento. No, definitivamente ella no incluiría nada de eso en una novela suya. Pero sabe, no le caben dudas, que cuando venda esa historia para que hagan una película, el director a cargo ya se encargará de agregar la escena de sexo que él se imagina para ese final. Contará con imágenes, no con palabras, los cuerpos desnudos, la respiración, los jadeos. Hasta se tomará el atrevimiento de hacerlos más lindos de lo que son. Ella, Nurit Iscar, Betibú, y Jaime Brena serán, en esa escena, otros. El director le buscará unas piernas más firmes que las de ella, y un vientre de hombre con una barriga menos prominente que la de él. Y los hará hacer lo que ellos no hacen. Porque aunque ellos hagan todo lo que tienen ganas de hacer, son un

hombre y una mujer que no piensan en los tantos espectadores que los están viendo sentados en una butaca, sino sólo el uno en el otro, y eso hace la diferencia.

Nurit Iscar piensa en eso, en la película que harán con ellos dos, en lo que agregarán y en lo que quitarán, y se ríe. Lo mira a Jaime Brena, él también está sonriendo.

¿De qué te reís?, le dice ella.

Nada, una pavada, me preguntaba si vos dormís boca arriba o boca abajo. Una pavada. Y vos, ¿de qué te reís, Betibú?

De vos y de mí.

De nosotros, entonces, dice Jaime Brena.

Sí, de nosotros, responde Nurit Iscar.

FIN

www.lectulandia.com - Página 191



CLAUDIA PIÑEIRO, nació en el Gran Buenos Aires en 1960. Es escritora, dramaturga, guionista de TV y colaboradora de distintos medios gráficos. Ha obtenido diversos premios nacionales e internacionales por su obra literaria, teatral y periodística.

Es autora de las novelas *Las viudas de los jueves*, que recibió el Premio Clarín de Novela 2005; *Elena sabe*, Premio LiBeraturpreis 2010 (Clarín/Alfaguara, 2007), *Las grietas de Jara*, Premio Sor Juana Inés de la Cruz 2010 (Alfaguara, 2009) y *Tuya* (Alfaguara; 2010). Ha publicado también los relatos para niños *Un ladrón entre nosotros* (2005), Premio Iberoamericano Fundalectura-Norma 2005, y *Serafín, el escritor y la bruja* (2000; Alfaguara, 2011). Su obra de teatro *Cuánto*

vale una heladera fue estrenada en el marco del ciclo Teatro por la Identidad 2004 y publicada por el Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología. Su drama *Un mismo árbol verde* ha sido candidato a los premios Florencio Sánchez y María Guerrero, y ganó el premio ACE 2007.

Sus obras están siendo traducidas a varias lenguas y son disfrutadas por miles de lectores en distintas partes del mundo. La novela *Las viudas de los jueves* lleva vendidos cientos de miles de ejemplares y se ha convertido en un clásico popular que además ha sido llevado al cine.

Document Outline

- [Betibú](#)
 - [Agradecimientos](#)
 - [Capítulo 01](#)
 - [Capítulo 02](#)
 - [Capítulo 03](#)
 - [Capítulo 04](#)
 - [Capítulo 05](#)
 - [Capítulo 06](#)
 - [Capítulo 07](#)
 - [Capítulo 08](#)
 - [Capítulo 09](#)
 - [Capítulo 10](#)
 - [Capítulo 11](#)
 - [Capítulo 12](#)
 - [Capítulo 13](#)
 - [Capítulo 14](#)
 - [Capítulo 15](#)
 - [Capítulo 16](#)
 - [Capítulo 17](#)
 - [Capítulo 18](#)
 - [Capítulo 19](#)
 - [Capítulo 20](#)
 - [Capítulo 21](#)
 - [Capítulo 22](#)
 - [Capítulo 23](#)
 - [Capítulo 24](#)
 - [Capítulo 25](#)
 - [Capítulo 26](#)
 - [Capítulo 27](#)
 - [Capítulo 28](#)
 - [Autor](#)